



Sociedad Española de Amigos del Arte

UAB
Universitat Autònoma de Barcelona



Catálogo ilustrado
de la
Exposición Franciscana

Madrid 1927

EXPOSICIÓN FRANCISCANA

CATÁLOGO
DE LA
EXPOSICIÓN FRANCISCANA

CATÀLOGO

DE LA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN ARTÍSTICA Y LITERARIA

EXPOSICIÓN EXCEPCIONAL

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE AMIGOS DEL ARTE

EXPOSICIÓN FRANCISCANA

VII CENTENARIO DE LA MUERTE DE SAN FRANCISCO DE ASÍS

CATÁLOGO GENERAL ILUSTRADO



MADRID, MAYO Y JUNIO, 1927



BIBLIOTECA FRANCISCANA

JOSÉ VILAMALA | S. FERMÍN DE LOS NAVARROS
PROVENZA, 266—BARCELONA | CISNE, 12—MADRID, 10

1927



COMISIÓN ORGANIZADORA

Por los PP. Franciscanos:

Fr. Juan R. de Legísima

Fr. Federico Curieses

Fr. Manuel Bandín

Por los PP. Capuchinos:

Fr. Paulino de Cerbatos

Fr. Leonardo de Vera

Por la Sociedad de Amigos del Arte:

Sr. Margués de Montesa

Sr. Conde de Cedillo

Don Joaquín Ezquerra del Bayo

Don Pedro del Castillo Olivares

Secretario:

Don Joaquín Enríquez

GÉNESIS DE LA EXPOSICIÓN



L año pasado, los Reverendos Padres Franciscanos han llamado a la puerta de los Amigos del Arte en demanda de auxilio para organizar la Exposición de Arte con que, entre otras fiestas religiosas y literarias, pensaban celebrar el VII centenario de la muerte del seráfico San Francisco.

Nuestra Sociedad, siempre dispuesta en favor de cuantas iniciativas redunden en beneficio de la cultura artística, como es de esperar de la reunión y comparación de obras de pintura, escultura y artes industriales, accedió gustosa a la petición, acordando que ese certamen fuera el anual de esta primavera en el local social y para ello nombró una comisión de su seno que actuara en individuos conspicuos de la Orden.

Ha sido norma general de los Amigos del Arte en sus Exposiciones anuales, no poner a contribución, o hacerlo de modo muy parco, las colecciones que el Estado o las Corporaciones oficiales poseen en museos y lugares preparados para poder ser estudiados libremente, pues sobre privar al viajero

o al curioso, siquiera sea temporalmente, de los objetos, no ofrece la novedad de lo desconocido. En el caso presente las novedades podían ser mayores que nunca, pues, aparte la propiedad particular con sus hallazgos inesperados, había de contarse con los centenares de conventos de la Orden, tanto de frailes como de monjas, existentes en España, que, aun desposeídos en gran parte por la rapiña de invasores, por gobiernos que decretaron expulsiones y la imperiosa necesidad de alimentarse o de reparar los muros y techumbres de sus ruinosas moradas, debía significar todavía un caudal artístico considerable acumulado por el tiempo y la generosidad de los donantes.

Ahora bien, para girar una visita a todos esos conventos, eran necesarios años y la comisión sólo disponía de unos pocos meses y eso suponiendo que Su Santidad nos concediera en breve plazo el permiso necesario para entrar en clausura, pues no era cuerdo esperar de personas consagradas al servicio de Dios, con la mirada siempre puesta en el cielo, las fijaran en la tierra para saber apreciar objetos al parecer iguales por sus usos y empleos, pero enteramente distintos si en su creación intervino el Arte o la vulgaridad.

Los impresos pasados a los conventos para que en ellos se consignara lo que poseían digno de exhibición nos vinieron a demostrar esa verdad. Los amigos de reconocida competencia, a quienes se pidieron noticias en las diferentes provincias, o necesitaban igualmente licencias para pasar a la clausura o dudaban de que los cabildos catedrales e iglesias nos dieran facilidades, pues habríamos querido traer a Madrid piezas de reconocido mérito y con frecuencia expuestas al culto.

En esos tanteos el tiempo corría sin adelanto alguno, así que, al recibir del Santo Padre, avanzado este año, la autorización solicitada, se conceptuó indispensable reducir el campo de investigación al Arzobispado de Toledo y al Obispado de Madrid-Alcalá, donde creímos, dado el reducido espacio de nuestro local, encontrar lo suficiente para de modo decoroso cumplir el cometido que nos habían encomendado. En Toledo, los célebres conventos de San Juan de la Penitencia, Santa Isabel, San Antonio, Santa Clara, Concepción y Capuchinas; en Alcalá, los de San Diego, Ursulas y San Juan de Penitencia; en Aranjuez, el de San Pascual; en Pinto, el de Capuchinas; en Cienpozuelos, las Clarisas; en Cubas, el de Santa Juana; en Griñón, el de la En-

carnación; en Illescas, las Concepcionistas; a los que han de sumarse varios de frailes, como el de Capuchinos, de El Pardo; el de San Pedro Alcántara, en Arenas de San Pedro, y otros de Segovia y Avila fueron revisados detenidamente, proporcionándonos material abundante. Ahora bien, como el acarreo de ese material tan delicado, a mas de costoso ofrece dificultades y riesgos, imposibles a veces de evitar por las distancias, se recorrieron otros conventos Franciscanos del mismo Madrid, como el de San Pascual, La Latina, Concepcionistas de la calle de Sagasti, Capuchinas, el de la calle de Blasco de Garay (antiguas del Caballero de Gracia) y, principalmente, la maravilla de las Descalzas Reales, fundado por la piedad de la princesa D.^a Juana, hermana de Felipe II, retiro de la familia real austriaca en duelos y ejercicios religiosos, pues sobre la pléthora de cuadros y esculturas notables cuenta con un estuche de tal carácter y belleza, arreglo del palacio heredado de su padre el Emperador Carlos V, que por si solo, de haberse podido organizar en él la Exposición Franciscana, hubiera bastado para atraer numeroso público nacional y extranjero.

Para dar variedad al concurso se ha procurado escoger una muestra de cada uno de los artistas principales que han interpretado la figura del santo, a excepción del pintor cretense, que llenó de ellas las iglesias y conventos de Castilla, del que se ofrecen a la contemplación tal vez mas de los convenientes, teniendo en cuenta es quien mejor supo transmitir al lienzo la expresión del amor divino en que se inflamaba su alma. Van, además de las representaciones diversas de pasajes de su vida, entre las que descuellan por su importancia la de su estigmatización, que horrorizado presenció su compañero Fray León hasta el punto de quererse ocultar bajo la tierra, otros asuntos referentes a santos franciscanos, como San Antonio de Padua, tan importante en la orden, San Buenaventura, San Pedro de Alcántara, San Diego de Alcalá, etc., y de Santas como Santa Clara, que recibió de San Francisco la regla para sus fundaciones.

No se han olvidado objetos que recuerden ciertas personalidades tan salientes en la Orden como Raimundo Lulio, el gran Cardenal Jimenez de Cisneros, la venerable Sor María de Agreda, consejera de Felipe IV, y Sor Patrocinio, en el mundo D.^a María Rafaela Quiroga, pero conocida por el vulgo con

el nombre de «la Monja de las llagas», pues su gran amistad con la reina D.^a Isabel II la hizo víctima de las intrigas políticas, bien demostradas en su actual proceso de beatificación.

Otros años, en los catálogos ilustrados, se hacía un estudio más o menos detallado de la especialidad a que la Exposición estaba dedicada; en éste, donde se han reunido objetos de todas las artes conocidas, no era eso posible, pero sí, ya que principalmente se trata de ofrendar un homenaje al pobrecito de Asís, todo ternura y amor a lo creado, encabezar sus páginas de reproducciones de lo más importante que constituye la Exposición, con trabajos originales de los individuos que han formado parte del comité de organización relativas a San Francisco en la historia, a su estancia en España y a los Santos y personajes franciscanos españoles, pues sabido es el número de reyes, aristócratas y literatos que han cifrado su gloria en pertenecer a la Venerable Orden tercera.

A continuación de esos trabajos se insertan los de carácter artístico, pues se ocupan de San Francisco en la pintura, en la escultura y en la arquitectura española, temas de vivo interés y palpitante actualidad en conferencias y publicaciones franciscanas.

Réstame, para terminar, hacer presente el sincero agradecimiento de la Comisión a cuantos expositores figuran en relación separada, empezando por S. M. el Rey, siempre dispuesto a auxiliar a nuestra Sociedad en lo que le es posible, pero en esta ocasión, por la idea a cuya formación obedece el concurso, bien pagados pueden considerarse con la satisfacción de haber contribuído a la mejor exaltación de quien, en su paso por el mundo, tanto se asemejó en sus acciones a Nuestro Señor Jesucristo.

JOAQUIN EZQUERRA DEL BAYO

Abril de 1927.

“FLOR DE LOS CABALLEROS”
SEMBLANZA



AS manos llagadas del Serafín de Asís lanzaron en el surco de la vida semilla generosa. Han pasado siete centurias y el jardín seráfico florece de nuevo, con eflorescencia que pasma y encanta. Es que San Francisco, dijo Celano, uno de sus primeros biógrafos, «trajo al mundo una nueva primavera».

Nacido en la risueña y encantadora Umbría, en esa tierra tan celebrada por el poeta (1); hijo de una *modeste creature* (2) oriunda, según alguien afirma, de ese suelo de Provenza, (3) corte clásica de los trovadores; dotado de vivísima sensibilidad, imaginación desbordada, expresiva, llena de vigor y frescura, y de amor entusiasta por la naturaleza; educado en medio de aquella sociedad caballeresca y soñadora de perpetuas aventuras, mediante el estudio de las bellas letras, sobre todo el de la lengua francesa, «considerada por los italianos como la más agradable de todas, y la que mejor conservaba las tradiciones caballerescas, tan en boga en la Edad Media» (4) joven elegante en sus maneras, amable en el trato, amigo de ruidosas diversiones, de justas y torneos, banquetes y fiestas del *gay saber*, dotes que le valen los títulos, de «Flor de los Caba-

(1) Dante. *Paradiso*, Canto XI.

(2) Sabatier, *Vie de S. François*, pág. 8.

(3) *Etudes Franciscaines*, an. 1903, pág. 449.

(4) Ozanam, *Les Poètes Franciscains*.

lleros», «Señor de amor», con que le distinguen sus camaradas (1); tañedor de laúd y arpa, como los trovadores que en sus nocturnos esparcimientos le rodeaban; poeta de vena inagotable que componía famosos himnos, repetidos luego por todo el pueblo (2); valeroso patriota que pelea como bueno defendiendo a su patria contra Perusa hasta caer prisionero, y, libre ya, determina marchar a la Pulla para guerrear a las órdenes del *gentil Gauthier de Brienne*... He aquí al hombre, al hijo de Pedro Bernardone, Francisco de Asís...

«Lo que el amor de Dios tiene de más ardiente, el amor de los hombres de más tierno, el amor de la naturaleza de más encantador, resplandece en San Francisco con un brillo incomparable, y toda la grandeza, el entusiasmo, la poesía de la Edad Media encuentran en este hombre casi divino la más viva expresión. Francisco ora, llora, bendice, ama. La locura de la cruz le arrebata, la sangre divina le embriaga. Llora los tormentos de Jesucristo; llora porque el amor no es amado; llora hasta que sus ojos se desatan en lágrimas. Al mismo tiempo el fuego del Espíritu Santo le abrasa hasta consumir su carne. Francisco se pierde errante en las alegrías del éxtasis, y las delicias de la gracia caen sobre su alma hasta anonadarla»... (3) He aquí el hijo de la Gracia, a San Francisco de Asís.

La Naturaleza y la Gracia, en guerra desde el paraíso, reconciliadas por Cristo, besáronse un día en San Francisco. Ese ósculo fué el sello del Heraldo del Gran Rey, del nuevo Cristo, Cristo en el amor, Cristo en la redención de los pueblos.

Y como el Cristo de Belén y del Calvario, el Cristo de Asís y del Alverna sintió la sed devoradora del más puro amor y del más santo de los proselitismos. Por esto organizó aquella cruzada seráfica que será el *pasmo de los siglos*, que hará decir a un hombre tristemente célebre: «después del Cristianismo, el movimiento franciscano es la mayor obra popular que recuerda la historia», (4) obra que es hija tan sólo del amor, porque «San Francisco está lleno de amor divino, que llega hasta abasar en ternísimo sentimiento de fraternidad todas las

(1) Celano, *Vita secunda*, pág. 142 y S. Buenaventura, *Legenda Maj.* cap. I.

(2) Cherancé, *Vida de S. Francisco*, ed. española, págs. 12 y 13.

(3) Marqués de Segur.

(4) Renan.

criaturas de Dios»; porque San Francisco unió el genio del hombre de estado al entusiasmo del poeta, «codificando el amor y erigiéndolo en cuerpo de sólida doctrina» (1); en una palabra, porque San Francisco sentía latir en su pecho un corazón «que rebosaba amor sobre la creación entera». (2)

Y en aquel concierto grandioso, y en aquella cruzada seráfica del Heraldo del Gran Rey entran todas las criaturas por él conquistadas para Cristo. Hijo salido del seno de Dios, amará Francisco a todas las criaturas como a hermanas, hijas de un mismo Padre celestial. Y aquel amor de Dios y este amor de sus hermanos, serán los estímulos de esa gloriosa cruzada del Heraldo, donde recogerá loas, himnos, ternuras, suspiros, y cariño de todo cuanto vive y palpita en el Universo para depositarlo a los pies de su Rey, en tributo de rendido vasallaje.

Sabido esto, ¿qué extraño es que San Francisco amase hasta las criaturas irracionales con inefable ternura? ¿Qué extraño prorrumpiese en aquellas poéticas, ternísimas expresiones: «Faisán, hermano mío, sea ensalzado nuestro Dios»; «Canta, hermana mía, cigarra, canta y alaba a tu creador»; «Pajaritos, hermanos míos, vosotros estáis más obligados a Dios, y siempre, y en todo lugar debéis alabarle con cánticos y gorjeos, porque os ha dado graciosas alas para volar por toda la vasta región del aire, porque os ha dado el vestido duplicado y triplicado y engalanado con variedad de colores... Además de esto, vosotros no sembráis ni segáis, y Dios os alimenta en la mesa de su Providencia, dándoos los ríos y las fuentes para vuestra bebida, los montes y los valles para vuestro refugio, y los árboles altos para hacer en ellos vuestros nidos... Pajaritos míos, no caigáis en el pecado de ingratitud, y procurad siempre alabar y bendecir a Dios...» ¿Qué extraño sea la vida del «Heraldo del Gran Rey» un conjunto de tiernos idilios como el de la reprensión del famoso y feroz lobo de Gubbio, que no puede leerse con los ojos enjutos; el de la libertad, a ruegos del Santo, de las «hermanitas tortolillas, castas, inocentes y sencillas», que habían caído en las redes de un cazador, y tantos y tantos otros?

Después de lo dicho, ¿no puede afirmarse que San Francisco fué también el «Heraldo del Gran Rey entre las criaturas irracionales? Si nosotros no lo

(1) D'Hericault.

(2) Taine, *Voyage en Italie*.

afirmáramos, pregonaríanlo aquellas a voz en grito, en justo reconocimiento de gratitud al Santo que más las ha querido, al Santo que les dió un puesto honroso en el concierto con que las criaturas todas ensalzan a su Dios.

Ahora bien, si el corazón de San Francisco tuvo amores tan tiernos para las criaturas irracionales, ¿qué no tendría para la criatura predilecta de Dios, para el hombre?... Y, si San Francisco dió un puesto de honor en su cruzada seráfica aún a los seres que carecen del don precioso de la inteligencia, anunciándoles a su Rey y llevándolos a El, ¿qué no haría con el hombre?

El año 1209 Inocencio III bendice la Fraternidad de los *Penitentes de Asís*, y con la bendición apostólica les da su beneplácito para que anuncien la *penitencia*. La Orden de los Frailes Menores estaba fundada. Francisco y sus compañeros visitan la tumba de los Apóstoles y parten de Roma.

La humilde cabaña de Rivo Torto, cerca de Asís, puede decirse que fué el cenáculo de los *apóstoles* franciscanos. De allí salió, un día feliz, aquella falange de predicadores y heraldos del buen ejemplo y de la fogosa palabra que anunciaron al mundo perdido la buena nueva de la resurrección cristiana. De allí salió el Heraldo, el Capitán, de esa aguerrida falange, San Francisco, para llevar a sus hijos a la victoria.

Ya pasaron tres años desde que el mundo viera salir de Rivo Torto los apóstoles franciscanos. Francisco había lanzado ya a los vientos el pregón celestial que su Rey le inspirara. Inicia entonces la segunda etapa de sus apostólicas correrías con nuevos bríos.

Era el año 1212. Los guerreros cristianos se cruzaban en las luchas contra la Media Luna, para conquistar los Lugares Santos. Francisco quiere vencer con las pacíficas armas de apóstol aquellos feroces sarracenos, que los cruzados pretendían vencer con armas de hierro. Se embarca, pues, con dirección a la Siria, pero una tempestad arroja al navío sobre las costas de la Iliria.

La idea de predicar el Evangelio a los infelices sarracenos —blanco siempre de la tierna solicitud apostólica del Santo—no se apartó de su mente con el fracasado viaje a Siria. Ahora dirige sus pasos a Marruecos. Parte, pues, de Santa María de los Angeles, y, en unión de Fr. Bernardo de Quintaval, se dirige a España a fin de pasar al Mogreb.

Según testimonio de los cronistas, San Francisco tuvo muy favorable acogida del Rey Alfonso VIII, quien le dió gustoso permiso para fundar conventos de su Orden en nuestra Patria.

Mas, los deseos que el Heraldo tenía de pasar a Marruecos viéronse atajados por cruel enfermedad; pero no por eso estuvo ocioso su celo de apóstol, sino que evangelizó por sí y por sus hijos España entera. Y al abandonar la tierra española dejó en ella, con el recuerdo y perfume de sus virtudes, una legión de hijos suyos que edificaron a lo pueblos con su heroica santidad.

De España vuélve a Italia, asiste al Concilio de Letrán y en 1216 le encontramos en Perusa, al lado del moribundo Inocencio III. Reune a sus Religiosos en Capítulo y reparte el mundo entre ellos, como campo de apostolado. España cae en suerte a Fr. Bernardo de Quintaval y ocho hermanos más. Resérvase para sí Francia; pero muy pronto siente profunda commiseración por el mundo musulmán y parte para Oriente. Más osado que los mismos cruzados, ábrese paso ante el Sultán Malek-el-Kamel y ante él predica a Cristo.

El infiel tembló ante el Heraldo, y, depuesta su ferocidad, encomendóse a sus oraciones (1), le ofreció regalos, le brindó con una escolta que le protegiese, y, según Angel Clarenco (2), le concedió a él y a sus hijos la entrada libre en el Santo Sepulcro, sin necesidad de pagar tributo alguno; y, según Santiago de Vitry, los musulmanes simpatizaron desde entonces con los *frailes de la cuerda*, como les llaman todavía a los hijos de San Francisco. Por este tiempo visitó el Santo los lugares de nuestra Redención, tomando así posesión de ellos para sus hijos, quienes jamás los abandonarían ni por los tormentos, ni por la muerte misma...

Enfermo, casi ciego, torturado por terribles dolores, no cesó San Francisco de ser Heraldo de amor y de paz. Predica por toda Italia; siguenle los pueblos en masa. Renuve la edad evangélica: parece que Cristo retorna a la tierra en el Llagado Serafín de Asís. Fascina santamente, encanta, atrae, seduce: el imán divino del Corazón de Cristo parecía trasladado al corazón de Francisco. La vida de Francisco fué encanto de fraternal amor.

(1) *Leg. Prim.* 57.

(2) Vid. Gulobovich. *Bibl. Bio-Bibliograf. de la Terra Sant.*, tom. I., pág. 56.

El «Heraldo del gran Rey» no sólo llevó la idea amorosa y fraternal del Evangelio a los pueblos cristianos, a los infieles, a los corazones de los hombres todos, sino también la llevó a la *Ciencia*, a las *Letras*, a las *Artes*.

«Francisco de Asís, dice un ilustre escritor contemporáneo, lo llenó todo con su espíritu. Comenzando por las costumbres, que se endulzaron con la Caridad y se purificaron con la Penitencia, pasó a la literatura, que es siempre espejo fiel donde aquéllas se reflejan; y a través de ella, se infiltró en todas las manifestaciones del Arte. La Arquitectura, la Escultura, la Pintura y la Música crearon y pensaron en *seráfico*, siendo otras tantas propagandistas de la idea franciscana; la Ciencia, a su vez, se afilió a ella, y ascendiendo hasta el fin llegó a la Filosofía, y se adueñó al cabo de todos los entendimientos y de todas las voluntades.» (1).

San Francisco llevó también a las bellas letras el nombre del gran Rey.

El que había cantado las trovas del *gay saber* a profanos amores, cuando era Heraldo mundano, cantólas aún más bellas, aún más tiernas, a su Dios, santificando la literatura y la poesía caballerescas. Poeta de imaginación brillante, de corazón fogoso, tuvo cantos para todo lo grande, para todo lo noble, para todo lo bello. Su alma, enamorada de estos grandes amores, vió a Dios en toda la naturaleza como causa, como espíritu animador y vivificante de las cosas bellas, y vió a todas las criaturas como efectos de aquella Causa, como rayos desprendidos de Aquel que es luz increada... Y entonces las saludó como a hermanas y las saludó con himnos, cual el cántico al «hermano Sol.»

Para San Francisco la poesía era la vida que lo llenaba todo, porque «fué soberano poeta — según dice M. Pelayo — en todos los actos de su vida», hasta en sus mismas campañas evangélicas. Paul Sabatier nos cuenta una anécdota que confirma este último dicho. Un día mandó el Santo a Fr. Pacífico, el poeta de la corte de Federico II, que, en compañía de los otros hermanos, fuese a predicar. Dióles para ello instrucciones, diciendo que debía perorar el que mejor supiera hacerlo, y que después del sermón cantasen juntos el himno al «hermano sol,» y que, finalmente, dijese el predicador al auditorio: «Somos los trovadores del Señor; la mayor recompensa de nuestros tra-

(1) Bárbara Caballero: *El Eco Franciscano*, n.º 375.

bajos será el veros abrazar la penitencia.» Este solo dicho y este solo hecho retratan de cuerpo entero a estos poetas y trovadores de Cristo, que en todo y a todo llevaban el nombre del «gran Rey.» ¡Bendita generación de heraldos franciscanos!...

Todavía le cabe a San Francisco otra gloria, y no pequeña: la de haber llevado el espíritu cristiano a las bellas artes, desterrando de ellas el pagano espíritu. En este apostolado influyó el Santo ya mediante su vida y predicaciones, atrayendo tras sí a los artistas, como a todo el mundo atraía; ya constituyéndose él mismo, con su espíritu poético, ideal, divino, en fuente de inspiración artística, donde a raudales bebieron el genio todos los grandes artistas de su tiempo y de los tiempos venideros. Un ejemplo basta — y no citamos más en honor de la brevedad — para demostrar lo dicho. Ese ejemplo vive todavía: es la gran basílica franciscana de Asís, maravilla del arte, riquísimo museo de las más preciadas joyas artísticas, mausoleo levantado por el genio cristiano al Heraldo del gran Rey que llevó a las artes su espíritu seráfico...

Fray Felipe de Campello, Mino de Turrita, «príncipe de los mosaicistas», Jacobo de Camerino, Giunta Pisano, Guido de Sena, Cimabué, el gran Giotto... saturados en aquel espíritu dejaron en la basílica de Asís esos eternos monumentos del arte cristiano-franciscano, constituyendo así las avanzadas de esa falange de artistas que han rendido cabe el Heraldo del gran Rey sus paletas y buriles en sincero homenaje de admiración al Santo que los abrasara con llama sacra de inspiración artística.

La característica, pues, de San Francisco, es, como la de Cristo, ser perpetua y constante donación de sí mismo, ser amor que lo enciende e ilumina todo. ¡Qué extraño que, recordando la frase evangélica, pueda, como de Cristo, decirse de San Francisco: «todo el mundo va en pos de él!» ¿Lo podrá dudar alguien? Escritas estas páginas para figurar al frente de un catálogo que recordará siempre uno de los números más hermosos del programa de fiestas con que España honra al Santo de Asís en el VII Centenario de su Tránsito al cielo, permítasenos recordar su siembra generosa en nuestro suelo y la cosecha óptima de bendiciones que recogen hoy las manos llagadas del Serafín.

¡San Francisco y España! Su visita a nuestra Patria no fué visita de mera cortesía: fué algo tan hondo, tan íntimo, tan cordial que, después de siete cen-

turias vive en España vida tan pujante que pudiera creérsele nacido entre nosotros. Es que su espíritu generoso, idealista, santamente aventurero y santamente quijotesco, si queréis que lo diga en sublime y castizo epíteto español, encontró en España un espíritu gemelo del suyo. Caballero andante del ideal, desprendido y pasmosamente fecundo en actividades, devorado por las llamas de un proselitismo divino, hermanóse con aquel espíritu español, todo ansias, todo amor. Y al entrar el Santo en el corazón de España por el pórtico de la Gloria santiagués, coronado por amorosa bandada de palomas — como gráfica y bellísimamente lo acertó a simbolizar en el lienzo mi buen amigo Moreno Carbonero—adueñóse para siempre de él para no ser ya en nuestra Patria el santo italiano, sino un español más, encarnación de la raza.

Así se explica aquel singular afecto y fraternal dedicación de San Francisco a los cruzados españoles en Oriente. ¡Qué profundo conocimiento de la bizarría española!

Así se explica aquella efusiva y paternal bendición suya, en un éxtasis de entusiasmo, al contemplar la ubérrima cosecha con que el suelo español correspondía a sus amorosos desvelos dándole hijos de su espíritu seráfico.

Así se explica la epopeya del franciscanismo en España. Sí, epopeya. Del siglo XIII acá, desde que San Francisco pisó el suelo español y se fundió con el espíritu patrio yo no conozco página de gloria española que no lo sea franciscana: el simbólico cordón es el marco que une y enlaza ambas historias.

¿No? Culmina la Reconquista en Granada y allí está, coronándola, la Reina Isabel, hija de la Tercera Orden de San Francisco, tan hija que escribe en su testamento: «E quiero e mando que mi cuerpo sea sepultado en el monasterio de San Francisco que es en el Alhambra de la Ciudad de Granada... bestida en el hábito del bienaventurado pobre de Jesú-Christo, San Francisco...»

El genio atrevido y aventurero de la raza se expande en busca de mundos nuevos, dominador de los conocidos, y en los claustros del convento franciscano de la Rábida se escribe la página más hermosa de esa historia que se llama: Descubrimiento y Colonización de América. Héroes de esa Historia son Colón y el P. Marchena, hijos ambos de San Francisco...

La ciencia española se adueña del orbe cuando España envía a las principales Universidades de Europa una legión de conquistadores pacíficos que

logran las principales cátedras del mundo sabio, y es Alcalá, la Universidad franciscana y cisneriana, quien logra no pocos de esos lauros gloriosos...

Las santas ambiciones de la raza juzgan la tierra estrecho campo de conquistas y ponen sus ojos en el cielo, y es entonces cuando el franciscano Fr. Juan de los Angeles escribe los maravillosos *Diálogos de la conquista del Reino de Dios*. Soldados animosos de esa conquista, vestidos de la librea franciscana, son Alonso de Madrid, Francisco de Osuna, Diego Murillo, Bernardino de Laredo y tantos y tantos más, hasta el extremo de que cuando Sta. Teresa llega a las sublimes Moradas, es un franciscano, San Pedro de Alcántara, su caudillo y guía...

Y si la lengua española, por derecho de conquista también, logra un cetro de grandeza y majestad y elegancia y gallardía y galanura insuperables, son Cervantes, Lope, Calderón y Quevedo, hijos de la V. O. T. de San Francisco quienes lo ponen en sus manos...

Las Bellas Artes se franciscanizan en España cuando crean las maravillas del Greco, de Velazquez y de Murillo, de San Juan de los Reyes y de la Universidad de Alcalá, de Cano, Mena y Salcillo... Llega un momento en que Nobleza y Pueblo español son cautivos del cordón franciscano, y la Realeza misma no sabe, ni puede ni quiere sustraerse a esta amorosa influencia y las Casas de Aragón y de Castilla, los Austrias y los Borbones son tan franciscanos que se profesan hijos de la Orden Tercera de San Francisco, otorgan perpetua grandeza al General de la Orden y orlan las Armas reales con las franciscanas...

La Patria española siente el franciscanismo como algo consustancial, y en los trances sublimes o difíciles, en Granada y en Lepanto y en la Invencible y en el descubrimiento, conquista y colonización de América y del Oriente, son franciscanos, y franciscanos españoles, quienes escriben la epopeya de nuestra grandeza...

Fué casi ayer, en los tristes y gloriosos días de la Independencia: La epopeya admirable de esa guerra religioso-patriótica está escrita con sangre franciscana. Quien lo dude vea la prueba documental en un libro mío dedicado a los Héroes y Mártires franciscanos de la Independencia...

Aun ayer, todavía ayer, cuando furiosa tempestad de enconos y perfidias hundiera nuestro imperio colonial, y la bandera española se había arriado en

todas las plazas de Filipinas, flotaba aún sobre los muros de Baler, amparada y bendecida por Franciscanos españoles... Aún hoy, los Franciscanos en Marruecos son allí Religión y Patria a la vez, Dios y España.

¡Qué timbres de santo orgullo para la Orden Franciscana! Diríasel hu-milde y robusta yedra abrazada durante siete centurias al fuerte y secular tronco de la Patria.

¿Qué extraño, pues, si España entera vibra en este VII Centenario fran-ciscano, celebrándolo como algo suyo, muy suyo?

Es la Real Familia, aceptando la Presidencia de honor y efectiva de la Junta Central del Centenario... Es la Iglesia de España patrocinando y bendiciendo estas fiestas y lanzando ese magnífico Mensaje franciscano-español firmado por dos Emmos. Cardenales, el Excmo. Sr. Nuncio y más de treinta Prelados que se honran en llamarse hijos de San Francisco... Son cinco Peregrinaciones organizadas para pagar en Asís la visita que el Santo hizo a España... Es el magnífico Certamen, con valiosos premios, convocado para estudiar las obras franciscano-españolas... Es esta manifestación espléndida de arte franciscano que, patrocinada por Amigos del Arte y la Junta del Centenario celebrase en esta Exposición... Es el magno Congreso Terciario franciscano Ibero-Ameri-can que ha de reunirse aquí en Madrid del 15 al 19 de Junio próximo, en cu-yas sesiones hablarán los más grandes prestigios oratorios de España, Portu-gal y América... Es... es... España entera que — al decir de los Prelados de la Iglesia Española, en el Manifiesto citado — «dióse a San Francisco, como se diera en ternuras, prodigios y delicadezas al corazón español.»

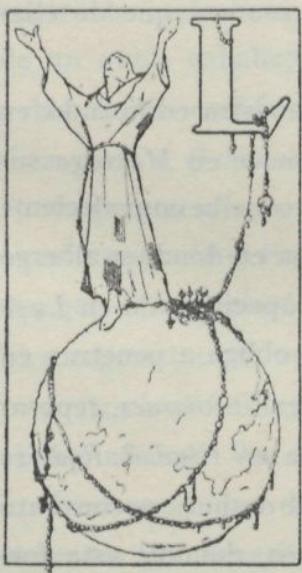
La casa en que nació San Francisco está orlada con las armas de España y bajo el Patronato español... Es todo un símbolo glorioso.

Por eso el VII Centenario de la muerte de San Francisco es un centenario mundial y particularmente español. ¿En dónde, mejor que en España podía y debía ser conocido y amado quien mereció ser llamado «Flor de los Caballeros?» Caballero con Dios, caballero con sus hermanos, caballero con todas las criaturas, es decir, lealtad, sinceridad, fraternidad, amor con todos: he ahí a San Francisco.

P. JUAN R. DE LEGISIMA

SAN FRANCISCO Y LA ORDEN FRANCISCANA EN ESPAÑA

VENIDA DE SAN FRANCISCO A ESPAÑA



A venida de San Francisco a España es un hecho sobre el que no cabe la menor duda, pues ha entrado de lleno y muy justamente en la categoría de las conclusiones definitivamente admitidas por la Historia. Aunque muy escasos en detalles, mencionan explícitamente este viaje los primeros y más antiguos biógrafos del Santo: B. Tomás de Celano, San Buenaventura, los autores de *Actus Beati Francisci et sociorum*, de *Fioretti* y la Crónica de los XXIV Generales, Bartolomé de Pisa, etc.; y, tomándolo de ellos y de recuerdos y tradiciones locales diversas, hablan más minuciosamente de este viaje los cronistas; Gonzaga, Wadingo, Cornejo, etc., y los cronistas, además de los autores de Vidas del Seráfico Padre que más o menos directamente tratan el mismo

(1) Este tema ha sido largamente estudiado por el P. A. LÓPEZ en *Archivo Ibero-American*o, I (1914), edit. aparte; y en una conferencia pronunciada en la Academia de Jurisprudencia en 1916, en prensa.

El hecho fundamental es, pues, indiscutible. Pero no puede darse el mismo valor de certeza a la multitud de detalles con que la tradición o la fantasía, excitadas muchas veces por un excesivo amor a un pueblo, a una provincia o a una región, fueron adornando en el curso del tiempo este hecho histórico; aunque sería verdaderamente anticrítico negar de plano todos estos detalles conservados y transmitidos religiosamente, cual motivo de gloria y sagrada reliquia, en el libro vivo tradicional de algunos pueblos y de algunas familias. La persona de San Francisco, sus instituciones, su obra profundamente renovadora de toda la vida religiosa y social, el portento singular e inaudito hasta entonces de su estigmatización, todo ello hirió demasiado vivamente la imaginación de los pueblos para que su estancia en España pasara desapercibida. Nada tiene, pues, de particular que los pueblos y las familias, que tuvieron la dicha de hospedarle, conservaran religiosamente el recuerdo en el archivo de sus glorias y con la misma religiosidad lo fueran legando de padres a hijos.

Muchas son estas tradiciones y aquí insertamos el resumen que de ellas hizo el P. Eiján:

«Entre las mismas (tradiciones) figuran la que le muestra edificando en *Vitoria* una capilla dedicada a la Magdalena; la que reconoce en *Mayorga* sus huellas en una capilla antiquísima; la que en *Astorga* lo concibe convaleciente en uno de los hospitales de la ciudad; la que señala la casa en donde se albergó a su paso por *Villafranca del Bierzo*; la que le supone apaciguando en *Lugo* revueltas de armados bandos contendientes; la que le obliga a penetrar en *Portugal*, detenerse en la *Guarda*, resucitar a una difunta en *Guimaraes*, reposar en *Braganza* y profetizar en *Alenquer*; la que le señala en *Ciudad Rodrigo* por casa hospedaje la capilla de San Gil Abad, convertida después en convento y le asigna el descubrimiento de una fuente de tres caños, dándole esta forma en reverencia de la Santísima Trinidad, y la hace bendecir desde allí el lugar donde se estableció mas tarde el convento de Nuestra Señora de los Ángeles; la que en *Plasencia* le conduce a la ermita de Santa Catalina del Arenal, destinada a futuro claustro de sus Religiosos; la que en *Monteceli del Hoyo* le hace realizar un prodigo en la muerte de un piadoso lego llamado «el de Cascales»; la que en *Arévalo* le convierte en constructor de una capilla, que fué muy venerada por los fieles; la que le muestra en *Madrid* edificando un con-

vento y descubriendo milagrosamente una fuente, y la que le lleva a su antojo hasta *Ocaña y Toledo*. *Huete*, a su vez, nos indica una cueva por él habitada y una fuente milagrosa existente en una capilla que visitó el Santo y que se secó al vender un guardián dicha capilla. *San Miguel del Monte*, próximo a Alcocer, lo cuenta entre sus visitantes. *Soria* se empeña en alojarlo en un monasterio de Benedictinos y en hacerle reunir los primeros materiales para la fábrica de un convento. *Ayllón* le hace construir una capilla y le contempla gustando el agua de una fuente, llamada después «Fuente de San Francisco». *Burgos*, no solo nos le señala edificando convento, sino conferenciando con Alfonso VIII y sirviendo de modelo a uno de los escultores del claustro de la Catedral, que en el tímpano de la puerta colocó su efigie. *Tudela* lo pone allí al habla con Sancho el Fuerte, rey de Navarra, y le hospeda en casa de un caballero de la familia Varayz, al cual profetiza que nunca le faltará descendencia, y obligale a bendecir sus aguas que desde entonces tienen gran eficacia contra las calenturas. *Logroño* lo hace ver curando milagrosamente al hijo de un noble caballero apellidado Medrano, que agradecido le ofrece su casa y huerta para edificar convento. *Rocaforte*, cercano a Sanguesa, no solo vindica para sí el honor de haber sido el primer pueblo español visitado por el Santo y agraciado con una fundación, sino que señala la «Fuente de San Francisco» en donde el Santo apagó la sed, y nos habla de un moral por él plantado, que secó al abandonar aquel lugar los Religiosos y tornó a reverdecer no bien regresaron de nuevo a habitarlo, y de una piedra que le servía de lecho y se llama «Piedra del descanso de San Francisco». *Pamplona* dice haberle obsequiado casi dos meses en el monasterio de San Juan de la Peña y oídole predicar por orden del rey de Navarra en su ciudad, para calmar los ánimos alterados por sangrientas revueltas. *Tarazona* nos lo indica recibiendo hospitalidad de un ermitaño y terreno de una familia labradora para edificar convento, y dando el hábito de la Orden a un canónigo de la familia de los Vierlas. *Barcelona* lo conduce primeramente a la capillita de San Nicolás, y luego al hospital del mismo nombre, y hácele predicar a los barceloneses cierto sermón, del que nos ofrece extracto el eminente Fr. Francisco Eximenis. *Lérida* muestra su asombro al contemplarle indicando al ciudadano Borriá dentro de un arca una cantidad de dinero destinado a construir convento, asegurán-

dole que, aunque escaso, no llegará a agotarse hasta que termine la fábrica. *Cervera* pretende que fué el Santo quien con sus manos colocó la primera piedra de su convento. *Gerona* señala la fecha de la permanencia de San Francisco en la ciudad como timbre de honor a la partida de nacimiento de su claustral morada. Por último, *Vich* le sorprende víctima de un desmayo y recibiendo el beneficio del agua, para apagar la sed, de manos de un pobre labriego, conmemorando este suceso con la erección de una capillita que lleva el nombre de «San Francesc s'hi moria»; y en el castillo de *Redonya* le presta albergue la familia Tamarit, y en la parroquia de *San Esteban de Cervelló* lo acoje hospitalaria la casa de *Lladoner*, y en los términos de *San Juan des-Pi* lo reciben bajo su techo los labradores *Codina*. ¿Qué más? Hasta *Sevilla* —por no quedarse atrás— se lo figura anunciando que la plazuela donde solían ejecutar a los reos de muerte llegaría a convertirse en solar de un convento de la Orden, y lo pone luego en marcha hacia la *Rábida*...» (1).

¿Qué conclusiones podemos sacar de todos estos relatos? Es probable que con el progreso de los estudios históricos, a medida que vayan saliendo a luz los tesoros que se encierran empolvados en el fondo de nuestros archivos, muchas de estas ingenuas afirmaciones se verán confirmadas documentalmente; al paso que otras, producto de alguna fácil imaginación o efecto de muy comprensibles confusiones, serán definitivamente desecharadas. Entre tanto, librenos Dios de despreciarlas en conjunto con una mueca de implacable desdén. Lejos de eso, diremos con *Sabatier* que las leyendas y tradiciones españolas relativas al Seráfico Fundador no carecen de fundamento (2), y concluiremos con los Bolandistas:

«*Novimus Sanctum in Hispania fuisse ac omnino credimus...; nec reiicimus traditionem popolorum qui existimant sese a S. Francisco praesentia sua honoratos fuisse; nec denique negamus aliquot ab illo tunc ibidem monasteria fundata...; haec, inquam, omnia non negamus, sed neque singula confirmare possumus*» (3).

Poco después de la batalla de las Navas, cuando aun resonaban por el

(1) P. S. EIJÁN, *Franciscanismo Ibero-American*, Barcelona, edit. Biblioteca Franciscana, 1927, págs. 42-3.

(2) *Vie de Saint François*, c. X.

(3) *Acta SS. Octubre*, II, 517 a.

mundo los ecos de tan memorable victoria de la fe española, entre mediados de 1213 y el mes de Noviembre de 1215, el Seráfico Fundador de la Orden de Frailes Menores, entonces generalmente llamados *«viri poenitentes de Assisio»*, penetró en España y se dirigió a Compostela para rendir allí ante la tumba sagrada del Apóstol Santiago el entonces obligado tributo de fe, con intención de pasar después a predicar la verdad católica a los musulmanes que ocupaban parte de la península.

Esto último no pudo realizarlo, porque una grave enfermedad le obligó a regresar a Italia.

Estaba entonces la Orden en sus principios y no ultimados los detalles de su definitiva organización. Parece que todavía los frailes no tenían conventos o casas estables, sino que, puesta en Dios toda su confianza, recorrían los pueblos predicando la paz y la penitencia, alimentándose con los socorros de la caridad y hospedándose en los hospitales, ermitas o donde la misma caridad los recogía.

Pero en Santiago sucedió un hecho transcendental para la historia de la Orden, de la Iglesia y del mundo. He aquí como nos lo refiere el encantador libro de las *«Fioretti»*:

«Essendo giunti là, e stando la notte in orazione nella chiesa di san Giacomo, fu da Dio revelato a san Francesco ch'egli dovea prender di molti luoghi per lo mondo, imperocchè l'Ordine suo dovea ampliare e crescere in grande molitudine di frati: e in cotesta rivelazione cominciò san Francesco a prender i luoghi in quelle contrade».

De manera que según este testimonio en Santiago, cabe la tumba de nuestro Apóstol, fué donde San Francisco recibió orden sobrenatural de fundar conventos, es decir, de dar carácter de permanente estabilidad a su Orden. El texto citado parece referirse tan sólo a las fundaciones en nuestra Patria, pero otro texto, del cual se deriva el que hemos copiado, substituye la expresión *«in quelle contrade»* por la palabra universal *«circumquaque»* (1). y este es también el sentido que se desprende del relato de este episodio en la *Crónica de los XXIV Generales*. Lo cual quiere decir que aquí, en este centro de la vida

(1) *Actus B. Francisci et sociorum.*

espiritual española, arrojó el Santo Patriarca la semilla que, al fecundarse y germinar, aportó al acerbo de los factores del progreso social nuevos elementos de indiscutible eficacia, que desde luego se incorporaron en la vida colectiva española de una manera tan sólida y estable que desde entonces la historia franciscana y la historia de España se desenvolvieron perfectamente compenetradas. (1)

PROPAGACIÓN Y COMPENETRACIÓN

La propagación de la Orden Franciscana en España fué muy rápida, lo cual demuestra la popularidad que desde el primer momento alcanzó en nuestra Patria el Santo Fundador y las instituciones por él fundadas. La primera estadística, que data de fines del siglo XIII, ofrece la respetable cifra de *sesenta y cuatro conventos en España, distribuídos en tres provincias* — Santiago, Aragón y Castilla — y establecidos en las siguientes localidades: Compostela, Coruña, Pontevedra, Orense, Lugo, Vivero, Ribadeo; Oviedo, Avilés; Guimaraes, Alenquer, Lisboa, Coimbra, Leiria, Braganza, Santarem, Portalegre, Evora, Oporto; Burgos, León, Salamanca, Zamora, Mayorga, Astorga, Villafranca del Bierzo, Ciudad Rodrigo, Monteceli, Río de Olmos (Valladolid), Arevalo, Madrid, Soria, Ayllón, Huete, Avila, Medina del Campo, Carrión de los Condes, Palencia, Nuestra Señora de la Hoz, Segovia, Santander, Castro-Urdiales, Vitoria, La Bastida (Toledo), Logroño, Tudela, Sangüesa, Tarazona, Pamplona, Zaragoza, Daroca, Monzón, Jaca, Teruel, Huesca; Lérida, Gerona, Cervera, Vich, Barcelona, Montblanch, Tarragona y Mallorca.

Poco después de los conventos franciscanos empezaron a fundarse en la península monasterios de monjas clarisas que alcanzaron también muy pronto gran aceptación y difusión. Está plenamente demostrado que datan del siglo XIII los monasterios de Alcocer, Allariz, Barcelona, Burgos, Calatayud, Ciudad Rodrigo, Estella, Medina, del Campo Orduña, Pamplona, Santiago,

(1) De la primera fundación del convento de Santiago quedan como restos, que atestiguan la historicidad de la tradición—concordante, por otra parte, con las referencias de los historiadores que acabamos de mencionar—el sepulcro de Cotofay, la inscripción, que existía ya en el siglo XVI, y varios recibos del censo de la canastilla de peces cuya entrega se hacía —en el siglo XVIII solemnísicamente—En la Exposición figuran dos de estos recibos correspondientes a los años 1706 y 1733.

Salamanca, Tarazona, Toro, Vitoria, Zamora y Zaragoza, además de Lisboa, Oporto y Santarem.

Más tarde se extendió prodigiosamente por nuestro suelo la tercera de las instituciones franciscanas, la Venerable Orden Tercera de Penitencia.

Esta penetración del espíritu franciscano en el alma española fué intensificándose cada vez más, adentrándose y extendiéndose, de manera que el poeta pudo decir muy bien que

O por fraile, o por hermano
todo el mundo es franciscano.

Eran dos espíritus gemelos que, al encontrarse, se fundieron, vivieron y se desarrollaron inseparables.

Efecto de esta íntima asimilación es la existencia en la vida religiosa del pueblo español de una multitud de prácticas de origen netamente franciscano tales como las ceremonias tradicionales con que la piedad celebra las fiestas de Navidad y Semana Santa; el rezo del «*Angelus*», el *Via Crucis*; la devoción a San José, San Joaquín, Santa Ana, etc.; y, sobre todo, el entusiasta amor a la Inmaculada Concepción, en la defensa de cuyo misterio marcharon siempre fervorosamente unidos la Orden Franciscana y la piedad española; la devoción y práctica universal de ser amortajados con el hábito de San Francisco; la veneración y limosnas a los Santos Lugares de Jerusalén conservados por los Franciscanos; la celebración como fiesta de precepto del día de San Francisco; el honor con que se recibía el nombramiento de síndico de la Orden aun por personajes de la más alta nobleza; la profunda huella del franciscanismo en las manifestaciones folklóricas y aun en las supersticiones del vulgo español, etc., etc. Es evidente que las preferencias fundamentales de la piedad franciscana por el Nacimiento y la Pasión del Señor, la Eucaristía y la Inmaculada Concepción de María son exactamente las mismas preferencias de la piedad española.

Añádese a esto la devoción y el amor que los reyes de España desde San Fernando, hijo de la V. Orden Tercera y amortajado con el hábito franciscano, profesaron siempre a San Francisco y a sus tres Ordenes hasta el punto

que uno de ellos, Enrique III, orlaba sus armas reales con el cordón seráfico; y Juan II ordenaba en 24 de Febrero de 1420 que el día de San Francisco fuese guardado en todos sus dominios como fiesta de precepto y Felipe IV restablecía esta fiesta después de haber sido suprimida por Urbano VIII; y el mismo Felipe IV confirmaba el honor de la Grandeza de España de primera clase, que ya anteriormente había sido concedida, a los Ministros Generales de la Orden, añadiendo en su real despacho de 24 de Octubre de 1665 que «si, por respeto al hábito de sus santos Fundadores, más pudiéramos con nuestro decoro hacer, mucho más haríamos en su obsequio» (1).

Estas palabras de Felipe IV recuerdan aquellas otras que la reina Sancha de Mallorca escribió al Capítulo General de 1334:

»Mi grande amor a esta Religión, tan mía como vuestra y acaso más mía que vuestra, en la leche le bebí y lo heredé con la sangre... Yo no os puedo llamar criados, sino hijos míos y con más ternura que si os hubiera engendrado; porque es mucho más legítimo, más verdadero, más íntimo el amor del espíritu que el de la carne».

La mayor parte de nuestros reyes, desde San Fernando hasta D.^a Isabel II y D. Francisco de Asís, se honraron vistiendo el escapulario y el cordón de la V. Orden Tercera y amortajándose con el sayal franciscano, pudiendo referirse a ellos lo que la Srma. Infanta D.^a Paz escribió refiriéndose a sus regios padres:

«Estaban ambos vestidos
del hábito franciscano,
y ningún poder humano
les diera tanto esplendor» (2).

El ejemplo de nuestros monarcas halló en la nobleza eco muy elocuente. Como ellos, se apresuraron los más ilustres próceres del reino a engrosar las filas de la Tercera Orden; unos y otros emulaban entre sí por favorecer a los frailes y monjas franciscanos con favores y beneficios, como que casi todos

(1) Cfr. P. J. Pou en *Arch. Iber.-Amer.* XI (1919), págs. 8 y sig.

(2) Colección de poesías religiosas, publicadas en *El Eco Franciscano*, Barcelona, pág. 124.

los conventos que no fueron fundados por el favor real, deben su origen a la nobleza, y en la paz de las iglesias franciscanas buscaban la paz de su sepulcro los personajes de más rancia estirpe. Como Enrique IV hizo en el Alcázar de Segovia la *Sala del Cordón* — gabinete y despacho de reyes — que debe su nombre al motivo completamente franciscano de su decoración, así vemos que en las más antiguas y monumentales ciudades de Castilla, en Burgos, Valladolid, Toledo, etc., surgen soberbios palacios en cuya fachada campea como motivo decorativo principal el nudoso cordón de San Francisco; algunos blasones nobiliarios, como el soberbio de la casa de Quirós, aparecen humildemente protegidos por el mismo cordón, porque los nobles españoles estaban convencidos de lo que en 1867 manifestaba el diputado Clarós — que se gloriaba de ostentar este timbre de honor orlando sus armas — ante el Parlamento:

«El humilde cordón de San Francisco puede, no solamente adornar las banderas pacíficas de un parlamentario, sino ilustrar la del más bizarro de nuestros regimientos».

En 1390 el célebre Fr. Bartolomé de Pisa, hablando de la gran devoción de los fieles a la Orden Franciscana, demostrada por los magníficos conventos que le edificaban, por los muchos que acudían a pedir el hábito, por la preferencia a escoger sepultura en sus iglesias, por las espléndidas limosnas de ornamentos, etc., añade: «Lo que principalmente demuestra esta devoción y el fruto que de ella resulta a los pueblos es la residencia de los religiosos en los palacios de personajes ilustres y notables. Observa a Francia, Alemania, Inglaterra, Gascuña, Aragón, España, Bohemia, Hungría, Austria, Lombardía, Sicilia y toda Italia, y verás que los reyes, los hijos, hijas y esposas de los reyes, los condes, duques, príncipes, barones y demás próceres del siglo tienen consigo, como confesores y consejeros, a los Frailes Menores. ¡Cuántos males se evitan por las predicaciones y consejos de los Frailes! Por lo que, aunque este trato sea algo peligroso para ellos por la distracción que supone, resulta, sin embargo, de gran utilidad para los hombres, provecho para las almas y mérito para los mismos Frailes ante el Altísimo. No creo que haya otra Orden alguna a la cual sean tan afectos los fieles como a ésta; lo cual es consecuencia del copioso fruto y provecho que Dios obra por medio de los Frailes... pues no están allí para divertirse ni mezclarse en negocios seculares, sino para in-

formar en la virtud a los señores y demás personas, con las que viven, mediante la gravedad de su vida y costumbres» (1).

Pero el centro de la acción y de la vida franciscanas fué el pueblo, el pueblo trabajador, pobre, necesitado materialmente y miserable espiritualmente.

«Si por democracia se entiende el amor al pueblo, el celo por su bienestar y prosperidad, el entrañable afecto a las clases menesterosas, el empeño de aliviar todas las miserias, y acudir en auxilio de todos los infortunios, el ansia vehemente de rehabilitar y dignificar la pobreza, y el anhelo generoso y nobilísimo de bajar hasta las últimas capas sociales para hacer llegar allí un rayo de luz y de esperanza, un hálito reconfortante de consolación y dulcedumbre, muy contados, rarísimos son entre los hijos de los hombres los que han profesado la democracia en grado tan intenso, tan excepcional como el Seráfico Patriarca de Asís, que no se contentó con enaltecerla y encomiarla efusivamente, sino — lo que vale infinitamente más— la practicó y la vivió, si se me permite la expresión... Amó Francisco al pueblo como le amaron poquísimos en la sucesión de los siglos...» (2).

Y ese mismo espíritu fué el que San Francisco enseñó e inspiró a sus hijos. Hé aquí como los presenta un moderno historiador alemán:

«De dos en dos o de tres en tres marchaban con los pies descalzos y vestidos de túnicas viles, pero lleno el corazón de profundísimo amor a Dios y a los hombres. Su apariencia rara excitaba el desprecio y las persecuciones, pero con su angélica paciencia vencían a los adversarios y se grangeaban la admiración, el amor y la reverencia. El pueblo favorecía de buen grado a estos hombres sencillos y piadosos. Inmediatamente empezaron a edificarse oratorios, iglesias y conventos para ellos, que todo lo fiaban de la limosna. En la idea de la pobreza absoluta había en verdad inmensas fuerzas recónditas. Pues siendo mendicantes, que no podían esperar ni perder nada en la tierra, que por consiguiente nada deseaban y nada temían, que sabían el pensamiento de los hombres de ínfima condición social y conocían sus necesidades, se hicieron amigos de los pobres y de los oprimidos, sus consoladores, sus abogados,

(1) *De Conformatitate*, en *Analecta Francisc.* IV 563.

(2) C. ECHEGARAY, Discurso en el Congreso Franciscano de 1909 en Santiago, *Crónica*, p. 187.

sus vengadores... Por tanto, muy pronto fueron considerados como bienhechores de una muchedumbre de hombres hasta entonces abandonados, los cuales debían al cuidado de los frailes la salud del cuerpo, y a su enseñanza y consejos la paz del espíritu» (1).

La caridad franciscana era universal, como que era una proyección o una restauración de la genuina caridad de Cristo; abrazaba a todos, altos y bajos, monarcas y pordioseros, aunque con preferencia a los pobres y humildes, porque en ellos encontraba más visible la imagen del Redentor pobre y anonadado por amor de los hombres. Supuesto su ascendiente sobre la majestad real y la nobleza y conocido su amor al pueblo, se deja comprender el bien inmenso que directa e indirectamente habrían de hacer los franciscanos en aquella época caracterizada por los excesos del feudalismo, inclinando los ánimos de los poderosos a sentimientos de moderación y suavidad y estrechando en un abrazo cristiano a señores y vasallos.

El secreto de la popularidad de los franciscanos está ahí, en que conocieron al pueblo y fueron conocidos por el pueblo; en que todo en ellos era popular, humano y práctico, sin complicaciones dialécticas ni metafísicas, sin detenerse en largos razonamientos; sino dirigiéndose directamente al sentimiento, a la voluntad, a la acción.

San Francisco y los franciscanos se distinguieron por ser los portadores de la paz, donde quiera que se presentaban, en aquellos tiempos de luchas constantes e implacables. Eran saludados como *ángeles de paz*, y a su paso cesaban las discordias entre los príncipes, entre los pueblos y entre los bandos de una misma ciudad, constituyéndoseles unánimemente en árbitros imparciales que no tenían otro interés que el de la justicia, el de la caridad y el de la paz, la paz de las conciencias en primer lugar, y luego, como resultado, la paz ciudadana, y aun la paz interespecífica, digámoslo así, del hermano lobo con los vecinos de Gubbio. Hechos concretos de esta acción pacificadora del Santo Fundador mencionan varios los biógrafos: la paz de Asís en 1210 entre «mayores» y «minores»; otras concordias similares en Arezzo, Perusa, Siena, etc. En nuestra Patria ya hemos visto que la tradición recuerda episodios de pa-

(1) A. Koch, *Die frühesten Niederlassungen der Minoriten in Rheingebiete*, Leizig, 1881, pág. 72.

cificación en Lugo y en Pamplona. Respecto de esta ciudad se sabe que en efecto en el año de 1213 los barrios de la Navarrería, San Miguel, San Cernín y San Nicolás se habían levantado en armas, como tantas otras veces, siendo inútiles los esfuerzos del rey y del obispo para apaciguarlos, hasta que en agosto de 1214 se tomaron ciertas providencias, cuyo resultado fué una paz que duró inalterable durante varios años. La coincidencia de este hecho con la fecha del viaje por España de San Francisco es indudablemente un dato que da mayor fuerza a la antigua tradición (1).

La labor que los franciscanos desarrollaron en este sentido no puede ser historiada en estas breves líneas. Baste decir que heredaron el espíritu de su Fundador y que, según el encargo de éste, la paz era su lema: *Dominus tibi pacem*, era su fórmula de saludo; «*Pax huic domui*», eran sus palabras de introducción al entrar en una casa.

POBREZA, TRABAJO Y AMOR

Además el espíritu franciscano es eminentemente optimista y humano, y procura abrir en el hombre mismo las puertas de la felicidad y de la fortuna. Con el ejemplo de una gran pobreza unida a una constante alegría, que se reflejaba en sus semblantes, los franciscanos demostraban prácticamente al mundo que es posible la felicidad sin las riquezas, y eran una protesta viva contra la avaricia, manantial fecundo de inquietudes íntimas y de trastornos sociales. Predicando la vida pobre de Cristo y de los Apóstoles como un verdadero bien, la pobreza dejó de ser despreciada por muchos y gran número de pobres se conformaron y contentaron con su suerte, los ricos se hicieron generosos y no pocos abrazaron la pobreza efectiva.

San Francisco inculcó firmemente a los suyos el deber del trabajo, pero con la condición de que no había de extinguir el espíritu de la devoción. En consonancia con este espíritu se formó entre los frailes un hábito y un criterio de enseñanza, según el cual practicaban y propagaban el trabajo, pero evitando que el hombre se convirtiera en una máquina ni perdiera su vida espiritual que, como más excelente, debía ser atendida sobre todo. Para conseguir esto

(3) Cfr. J. ETAYO, *El Poverello en Pamplona*, publ. en *Voz de Navarra*, n. 1115 (Octubre 5 de 1926.)

más fácil y seguramente fomentaban los gremios en los cuales se atendía a la vez al progreso económico y a la vida religiosa de sus miembros. Está demostrado que ninguna institución eclesiástica tuvo tan estrechas relaciones con los gremios, muchos de los cuales nacieron en el seno de la V. Orden Tercera, otros la abrazaron en masa y los demás vivían de su mismo espíritu. En las iglesias franciscanas solían tener sus capillas, donde veneraban a su Santo patrón y donde celebraban sus congregaciones, al lado de los suntuosos monumentos funerarios de los magnates.

Un detalle importante hacia más atractivo el espíritu franciscano, y era la gran consideración y respeto con que trataba a todos, aun a los que pensaban y obraban siguiendo principios opuestos a este espíritu. De aquí la amonestación de San Francisco a sus frailes de no juzgar ni tener en menos a los que viesen ostentar vestidos lujosos y llamativos, «antes bien cada uno debe juzgarse y despreciarse a sí mismo».

En fin la característica fundamental del espíritu franciscano es y fué siempre el «amor seráfico», amor que es todo ternura, delicadeza y sacrificio, característica tan visible que dió nombre al Santo Fundador y a su obra. En su virtud podemos decir que el principio básico de la restauración franciscana fué el reconocimiento y cumplimiento de los deberes propios junto con el reconocimiento y respeto de los derechos ajenos, sin preocuparse del principio correlativo (derechos propios y deberes de los demás); ésta es consecuencia necesaria del primero y se conseguirá, aunque no se intente.

Los Franciscanos eran, pues, el lazo de unión que estrechaba entre sí las diversas clases sociales mediante una gran corriente de amor que hacía a los unos interesarse y remediar las necesidades de los otros. Solicitados por los grandes para dirigir sus conciencias, insensiblemente les infiltraban su propia modalidad seráfica; y en contacto inmediato con los humildes, iluminaban los senderos de su trabajosa vida con los destellos de la paz y de la verdadera alegría.

FRANCISCANIZACION DE ESPAÑA. — FORMANDO CONCIENCIAS

Lo que hemos dicho manifiesta las condiciones generales del desenvolvimiento de la acción franciscana, que explican las preferencias por esta Orden

en todo el mundo católico y explican también el presente entusiasmo universal en la celebración del centenario de la muerte del Santo Patriarca de Asís, reflejo evidente de una popularidad sin ejemplo.

Pero todo ello podemos referirlo a España, añadiendo que en este sentido nuestra Patria fué una de las naciones más favorecidas, porque fué la más comprensiva y la que más supo aprovecharse y asimilarse el alma franciscana. A ello contribuyó poderosamente el carácter propio de la raza de suyo muy similar al carácter especial de San Francisco y de sus hijos. A ello contribuyen también circunstancias más eficaces y favorables que en los demás países; pues, además de lo dicho sobre la rápida difusión del franciscanismo en España, y de que los franciscanos eran los preferentemente llamados a la misión de confesores y consejeros de reyes y magnates y, naturalmente, del pueblo, hay que añadir que ellos eran los que principalmente formaban las conciencias y el criterio moral de los confesores por medio de sus textos, que eran los que más comúnmente se leían y estudiaban en las clases de Teología Moral, textos que, aun cuando hoy tengan poco valor por lo anticuados que resultan con referencia al derecho positivo y al método, lo tienen grandísimo como dato que revela las fuentes donde bebieron su ideología los directores de almas durante muchos siglos. Baste recordar, para convencerse de ello, las numerosas ediciones de los manuales de los PP. Echarri, Muñoz, Ascargorta, Arceviega, González, etc., y de las obras fundamentales de los PP. Villalobos, Córdoba, Rodríguez (Manuel y Rodrigo), Bascones, Arbiol, etc.

Nueva demostración de lo que venimos tratando es la influencia innegable de los grandes místicos franciscano-españoles en la formación de los espíritus de los eclesiásticos y demás personas dedicadas a la piedad y ansiosas de perfección, de cuyas obras se nutrieron almas de tan relevante personalidad espiritual como Santa Teresa, San Juan de la Cruz, San Ignacio, B. Maestro Juan de Ávila y tantísimas más que lo confiesan paladinamente. Forman legión y llenan todos los siglos que la Orden lleva de existencia; pero baste citar los nombres de Francisco de Osuna, Alonso de Madrid, Juan de los Ángeles, Diego de Estella, San Pedro de Alcántara, Antonio Alvarez de la Fuente, Diego Murillo, etc., etc.

Sin hablar de San Buenaventura, cuyo espíritu informó toda la Mística española.

Como muestra diremos que de la obra «*Vanidad del mundo*» del P. Estella están catalogadas y estudiadas unas 30 ediciones castellanas, 26 traducciones italianas, 8 francesas, 16 latinas, 7 alemanas, 4 inglesas, dos flamencas, una polaca, otra checa, otra eslava (ilírica), 2 árabes, una mejicana, etc. Todo esto demuestra la profunda huella que dejaba la doctrina y el espíritu franciscano en la razón práctica española, y como por su medio el espíritu español supo expansionarse por todo el mundo católico, y aun no católico, pues sucede a veces que almas alejadas del centro de la unidad de la fe siéntense atraídas por el encanto de esta dulce espiritualidad y expansivo amor seráfico, como ocurre en este caso concreto de la «*Vanidad del mundo*», libro de lectura constante y ordinaria entre los protestantes ingleses (1).

PREDICACIÓN POPULAR

La forma típica del apostolado franciscano fué la predicación popular y práctica. De la predicación de San Francisco nos dice Tomás de Celano que, cuando anunciaría el Evangelio, hablaba de una manera sencilla y práctica, dando más importancia a la fuerza del discurso que a la selección y ornato de las palabras; pero, cuando se dirigía a oyentes más cultos e instruidos, sabía interesarlos con pensamientos admirablemente originales y profundos. Es decir, adaptaba las verdades inefables de la fe a la capacidad de su auditorio, acompañando su decir con una declamación, unos gestos, unos movimientos tan inflamados y tan propios que era imposible reproducir sus sermones, como lo declaró un médico sabio y elocuente (2).

Esta fué también la forma de predicación peculiar de los franciscanos. «Una muchedumbre de frailes entusiastas transportaron y extendieron por todo el mundo el nuevo cristianismo de Francisco», dice un moderno escritor protestante. Para expresarlo y difundirlo acudieron a todas las formas: predicaciones, poemas latinos y en romance, hojas populares, tratados de teología y filosofía. Tres hombres eminentes fueron en Italia los apóstoles más eficaces de la religión franciscana: Antonio de Padua, el orador popular, Buenaventura, el escritor místico, y Jacopone de Todi, el poeta inspirado. Todos

(1) Cfr. *Arch. Iber.-Amer.* XXII (1924) passim, especialm. pp. 60-128.
(2) CELANO, *Vito secunda*, III, 50, 160.

tres, y mil otros de no tan relevante importancia, proclamaron la santidad del amor, la unidad de Dios y del mundo, el carácter humano del Hombre-Dios, y esto en un lenguaje sencillo, accesible al pueblo y siempre maravillosamente rico en imágenes. Los cantos de Jacopone se hicieron tan universalmente célebres como las meditaciones de San Buenaventura sobre la vida de Cristo, y más poderosa fué todavía la influencia de la predicación» (1).

San Antonio fué un hijo de la Provincia de España, llamada también de Santiago, y fué y es uno de los santos más adentrados en la piedad de los fieles, siendo su devoción uno de los factores importantes de la popularidad franciscana. Pero San Antonio no es un caso aislado. Sería de todo punto imposible intentar una lista, que, de todos modos, tenía que resultar muy incompleta. Sin embargo, queremos llamar la atención sobre una modalidad especial de nuestra patria, que llenó su territorio y el de sus extensos dominios con la fama de célebres Misioneros y lo alegró con abundantísimos frutos de bendición. Nos referimos a los *Colegios-Seminarios de Misioneros de Propaganda Fide*.

Fué ésta una institución nacida en el último tercio del siglo XVII y florecieron hasta la época de la exclaustración. Estos Colegios-Seminarios eran conventos cuyos moradores no tenían más ocupación que hacer misiones, o prepararse para ellas mediante los ejercicios de una intensa piedad y estudio. Los misioneros eran verdaderos recoletos cuando estaban en casa, e incansables apóstoles cuando salían de ella. Dentro del Colegio, abstraídos de toda comunicación con seglares, vivían una vida muy estrecha bajo estatutos más rigurosos que los generales de la Orden, mortificándose con constantes ayunos y otros ejercicios penales, dedicando largas horas a la meditación, guardando continuo silencio. Todo el tiempo que les dejaban libre los actos de piedad y penitencia lo dedicaban al estudio, y tenían, para comunicarse el resultado de éste, dos conferencias diarias sobre temas preferentemente morales y canónicos, con miras siempre a la práctica de la predicación de misiones y medios de sacar más fruto espiritual en ellas.

Así preparados, salían al pueblo y desplegaban las energías y derramaban

(1) THODE, *Saint François d'Assise et les origines de l'Art de la Renaissance en Italie*, París s. a. I, 72.

los tesoros que habían acumulado en el fondo de su retiro y al calor de su comunicación con Dios.

«Salen de dos en dos o en mayor número, según que a los prelados les parece más conveniente, y se enderezan a los pueblos y distritos que se les señalan... Ellos por lo común van a pie, según su regla, a no ser que los largos o malos caminos, el temporal o alguna premura de tiempo o indisposición corporal los dispense.

»Cuando llegan a un pueblo, ya suelen hallarle commovido y a su presencia se commueven más. En llegando, su única visita es a Jesús sacramentado... En el púlpito y confesonario es a donde las gentes los ven y los hallan para su desengaño y desahogo. En el púlpito se les oye la explicación clara, sana y práctica de la doctrina, y la declamación fervorosa contra los vicios y a favor de las virtudes; y en el confesonario se les experimenta suaves, caritativos y expeditos para oír, consolar y remediar las necesidades de las almas. Fuera del confesonario se prestan también para contribuir con sus consejos o mediación a la compostura de cualquiera diferencia que perturbaba la paz, y a la transacción y corte de cualquier pleito...

»Por acudir a la Misión, las tiendas y lonjas se cierran; los talleres se paran; los labradores acuden; dejan sus casas hasta las personas más delicadas..., y no solo la gente devota, sino aun aquellos que no hacen caso y huyen de intento de oír otros sermones...» (1).

La commoción de las conciencias que producía este apostolado era inmensa e incalculables sus frutos, muchos de los cuales están fuera de los dominios del historiador. Después de hablar largamente de los resultados de estas misiones en los pueblos, añade el autor citado:

«Otro fruto no pequeño resulta de las santas misiones; pues, con la explicación clara y práctica de la doctrina y con la vehemente elocuencia de los sermones, al rey se le mejoran sus vasallos, induciéndolos a la fidelidad y obediencia debida al soberano; y se reparan muchas quiebras al erario real, dirigiéndole restituciones e impidiendo nuevas estafas; a los ministros de justicia en los pueblos se los hace respetables, como se merecen y necesitan; a los pre-

(1) PARRONDO, *Hist. de los Colegios-Seminarios*, Madrid 1818 cps. XI y XII.—Cfr. P. FAUS en *Arch. Iber.-Amer.* XVI (1921) 123 ss.

lados de la Iglesia se les vindica también la sumisión y obediencia e integridad de los diezmos que sus ovejas les deben; a los párrocos y sacerdotes se les escuda, para que las gentes vean la razón con que reprenden sus vicios; a los padres de familias y amos se les despierta y da alientos para sujetar a sus hijos y criados; a los hijos y criados se les reduce a la obediencia, amor y reverencia de los padres y amos; a los ricos y comerciantes se les inclina al aumento de sus riquezas por medios lícitos, apartándoles de usuras e injusticias, e induciéndolos a las obras de caridad y misericordia; a los pobres se les alienta en el sufrimiento de su indigencia, y se les aparta de la codicia y raterías, compañeras de su pobreza; y en fin, a los unos se les defiende y reintegra la honra, conteniendo a las lenguas murmuradoras y sugiriéndoles el modo de restituir la fama, y a otros se les defiende también la vida, desarmando y amansando la fiereza del odio de sus enemigos...» (1).

EN AMÉRICA

Otro de los frutos de mayor alcance religioso-social y más glorioso para España de estos Colegios-Seminarios fué su proyección en América en una multitud de Colegios similares, a los que enviaban constantemente numeroso y selecto personal.

Con toda verdad podremos decir que el continente americano es hijo del genio y del amor franciscanos. Vislumbrado por Raimundo Lulio, otro terciario, Cristóbal Colón, favorecido por otra terciaria, Isabel la Católica, y sostenido tenazmente en su empresa y ayudado física y moralmente por los franciscanos de la Rábida, dirige aquel pelotón de héroes que, impávidos, surcaron un día el mar tenebroso que fué a sorprender en su escondite el mundo nuevo, mundo nuevo que quedó desde entonces sujeto a España por medio del cordón franciscano.

¿Nombres gloriosos? Imposible citarlos. Son tan numerosos como las arenas de las playas de ambos océanos; tan brillantes como los astros de ambos hemisferios. Juan Pérez, Antonio de Marchena, Pedro de Gante, Juan de Zumárraga, Martín de Valencia, Motolinia, Mendieta, Torquemada, San Francis-

(1) PARRONDO, Ibid. pp. 34 ss.

co Solano, Luis de Bolaños, Sebastián de Aparicio; Bethancurt y la Congregación Terciaria de Belén, consagrada a todos los aspectos de la beneficencia; las Terciarias de Salamanca dedicadas a la enseñanza... Renunciamos a seguir enumerando y prescindimos de aducir textos, que los hay en abundancia y harto elocuentes en todos los libros, monografías, discursos y poemas referentes a la colonización de América. Ni vamos a seguir a estos intrépidos fraguadores de almas y de pueblos en su gloriosa tanto como ingrata labor. Baste decir que, según uno de ellos, «el oficio del religioso es irlos cathechizando (a los indios) poco a poco... El religioso viene a ser su madre: los administra la comida, el vestido y todo lo necesario. Los enseña a arar la tierra, a cabar y las demás cosas mecánicas para que puedan pasar la vida con alguna racionabilidad. La mayor dificultad es hacerlos andar vestidos; porque, como no están acostumbrados, apenas el Padre se descuida, cuando se ponen todos en cuellos...» (1).

Las páginas de gloria que estos insignes Misioneros escribieron en América son todavía el orgullo de nuestra raza y el más puro honor de la gran patria española, envidiada en esto por las demás naciones, que no tuvieron a su disposición tales obreros.

EN MARRUECOS

Mientras los hijos de Francisco de Asís reproducían en América, agigantado, el episodio del lobo de Gubbio, al mismo tiempo, y mucho antes que ellos, otros hermanos suyos tenían que vérselas con otro lobo más feroz que aquél al otro lado del estrecho de Gibraltar. La Misión de Marruecos es otra de las glorias nacionales y otra de las epopeyas comunes de España y de la Orden franciscana, hoy de gran actualidad por razones de todos conocidas.

San Francisco, deseando llevar el mundo entero a Cristo, inició las misiones entre infieles, siendo el primer fundador que incluyó en la Regla de su instituto un capítulo especial relativo a esta actividad apostólica. El mismo se dirigió personalmente a Palestina y estableció allí un reino más duradero que los establecidos antes por los Cruzados; porque era un reino espiritual que te-

(1) *Carta de Fr. Franc. López Salgueiro* publ. en *Arch. Iber.-Amer.* II (1915), 256.

nía por base el sacrificio y la paciencia. También intentó penetrar personalmente en el imperio musulmán hispano-marroquí; pero, frustrados sus deseos por disposición del Cielo, envió en su lugar aquellos cinco santos religiosos, que muy pronto habían de alegrar su corazón paternal al subir al cielo como primer perfume de la flor del martirio que brotó en el frondoso árbol franciscano, perfume que, llegando hasta Lisboa, despertó las energías latentes del gran apóstol de la Edad Media que se llamó Antonio de Padua.

Este triunfo de la fe católica y del amor seráfico se repitió poco después en los siete Mártires de Ceuta. Y desde entonces, emulando a unos y a otros, apenas faltaron, en la serie de siete siglos, franciscanos que continuaran la labor tan felizmente iniciada en el territorio marroquí, siquiera para ello fuesen necesarios los más costosos sacrificios, los tormentos, la muerte... Fué éste uno de los campos preferidos por el heroísmo franciscano-español, como luego lo fué el extenso continente americano. ¿Qué importa que el suelo fuera ingrato? El español no se intimida, sino que se crece en la lucha. El español nació para aventurero y para héroe. Y no exceptuamos a los religiosos que, por serlo, no dejan de sentir en sus venas y en su alma los hervores de una sangre y de un espíritu heroicos.

Restauradas estas Misiones en 1630 por el B. Juan de Prado y regadas con su sangre al año siguiente, entraron en un período de grande y siempre creciente actividad. La finalidad principal no era ya la predicación a los musulmanes — pretensión imposible entonces y siempre dada la especial psicología y brutal legislación del Corán —, sino asistir en su desgracia a los pobres cristianos que comían el triste pan de la cautividad. Para ello pusieron todo su empeño y realizaron los mayores esfuerzos hasta conseguir de las autoridades musulmanas que les permitiesen constituirse en cautivos voluntarios, para hacer más llevadero el cautivo forzoso de sus hermanos en la fe. No referiremos las penalidades sin cuento que hubieron de sufrir de la barbarie mahometana; porque, además de adivinarse, hay sobre este tema una abundante literatura, digna de ser leída por todo español.

Ellos eran los únicos representantes que España tenía en África, y por su medio se hacían negociaciones; se establecían pactos de comercio; se ventilaban continuamente las cuestiones de índole internacional que se ofrecían en-

tre España y Marruecos, siendo ellos— los religiosos franciscanos — los diplomáticos y embajadores oficiales de ambas soberanías, y teniendo que luchar muchas veces con la apatía de los gobernantes de nuestra Patria, quienes no sabían aprovechar las ocasiones favorables que con frecuencia se les presentaban preparadas hábilmente por los mismos Misioneros.

Juntamente con los consuelos espirituales, los Misioneros asistían también a los cautivos en sus necesidades temporales y especialmente en sus enfermedades, para lo cual establecieron en la misma mazmorra una pobre, pero bien cuidada enfermería, surtida cuanto permitían las limosnas llegadas de España. En estos recintos se derramaron tantas lágrimas, se exhalaron tantos suspiros, se ahogaron tan vehementes e infructuosos deseos de libertad, se sufrieron calladamente tantas penas y martirios de cuerpo y de alma, que bien merece que lo recordemos, al menos para renovar en nosotros un poco de aquel sentimiento de compasión que detenía allí a los franciscanos; para darnos alguna cuenta del valor de su abnegación; para comprender, en la medida que a estas fechas podemos comprenderlo, la gratitud que merecieron de la sociedad aquellos cautivos voluntarios, dignos hijos de aquel santo que abrazaba a los leprosos.

Era la Religión iluminando las negruras de la mazmorra. Era el amor seráfico llevando paz y consuelo y levantando el ánimo de los cautivos deprimido por los excesivos trabajos y las tristezas de su desgraciada situación. Era Francisco de Asís predicando la verdadera alegría.

Y a muchos les alcanzaron la alegría suprema del rescate.

En el archivo que la Misión tiene en Tánger se conserva cual preciado tesoro una colección de firmantes otorgados por la suprema autoridad de Marruecos a favor de la Orden Franciscana-española, que demuestran la admiración que los Misioneros habían despertado en medio de tan fieros enemigos de todo cuanto se refiere al nombre cristiano.

En 13 de diciembre de 1704 Ismael, hijo del Xerif el Hasani, refiere en un firmán que ante él comparecieron todos los frailes españoles de la provincia de San Diego pidiendo el rescate de los cautivos franceses y además permiso para que los frailes franceses pudiesen establecerse en el reino de Marruecos; pero el Sultán de ningún modo quiso acceder a la segunda petición, diciendo

que no era costumbre que los frailes franceses se estableciesen en su obediencia. Habiendo insistido los españoles en la misma demanda, el Sultán se negó categóricamente y alegó su antigua amistad y confianza con los franciscanos españoles, únicos — dice — que conocen su modo de ser, asegurando que no recibirá a otros que sean diferentes de ellos, porque nunca le han engañado, y tiene experiencia de que otros lo han hecho; por cuya razón tiene propósito decidido de no tratar con ningunos otros que no sean los franciscanos españoles. ¡Cuánto va de tiempos a tiempos!...

ESPAÑA Y LA TIERRA SANTA

Escribir de España y de la Orden Franciscana y no referirse a los Santos Lugares de Tierra Santa sería una omisión imperdonable. En esos lugares venerandos, en el Calvario, en el santísimo Sepulcro de Cristo, en el Cenáculo, en la gruta de Belén, en Nazaret, iban — y van,— a fundirse en un sólo amor los amores de los reyes, de la nobleza y de todo el pueblo español con los amores de los franciscanos que allí, hace siete siglos, tienen montada guardia de honor y besan las huellas del Hijo de Dios humanado, y las riegan con sus lágrimas y con su sangre.

Los franciscanos conservan para la Iglesia católica aquellas sacratísimas reliquias, y las conservan por la misma Iglesia; pero las conservan también por España. Han cambiado mucho las circunstancias. Hoy es relativamente fácil la vida en Palestina; pero antes era muy difícil y precisábase volcar ríos de oro para satisfacer los tiránicos caprichos de las autoridades turcas, sin lo cual infinitas veces los religiosos católicos hubieran sido despedidos de los Santos Lugares, *no obstante todos los privilegios de la Santa Sede y aun de los Sultanes de Constantinopla*. Es un hecho que no admite duda ni tergiversación de ningún género. Y este estado de cosas duró hasta el siglo pasado. Y este oro salía exclusivamente de España, ya que las cantidades que llegaban de los otros países no merecen consignarse por su insignificancia.

Hay un detalle que debe tenerse en cuenta, porque aumenta el valor y el mérito de la generosidad española. Hoy pueden los Estados Unidos de América, por ejemplo, mandar a Palestina largos millones de dólares sin gran

sacrificio, porque los tienen en abundancia y diríase que les sobran, ya que no tendrían más que acudir a cercenar algo superfluo. Pero la inmensa corriente de oro que constantemente salía de España para llenar aquellos «célebres pozos, o mejor dicho, profundas vorágines» de la insaciable condicia turca, sañíanle a nuestra Patria del corazón, porque la historia demuestra que nunca hemos andado tan sobrados de dinero que pudiéramos dedicarlo a espléndeces que no nos llegaran muy al alma.

Desde que en la Casa real de Aragón se vinculó el título de Rey de Jerusalén, aquellos monarcas y luego sus sucesores los reyes de España cumplieron fielmente los deberes que aquel título y el de Patronos de los Santos Lugares les imponían, de modo que pudo decir un escritor italiano a mediados del siglo pasado: «Si en Jerusalén no quedase más que una piedra, en esta piedra deberían esculpirse, para perpetua memoria, los nombres de los tres Felipes II, III y IV, el de Isabel la Católica y el de Carlos III», sin omitir tampoco a sus antecesores aragoneses (1).

El ejemplo de los reyes se propagó rápida e intensamente a sus vasallos, formándose insensiblemente la Comisaría de Tierra Santa, cuyo centro nacional radicaba en San Francisco el Grande de Madrid, del cual dependían las Comisarías provinciales repartidas por toda España y los cuestores de una y otras que iban de pueblo en pueblo y de casa en casa, pidiendo limosnas para los Santos Lugares e inflamando a todos en la devoción a los mismo Santos Lugares y a la Pasión del Señor.

Enlazado con esto está la devoción del santo *Viacrucis*, que los franciscanos españoles propagaron en España reproduciendo los ejercicios que hacían en la Vía Dolorosa de Jerusalén, devoción que luego se propagó por toda la Iglesia, siendo en Italia su principal y primer promotor San Leonardo de Portomauricio, quien confiesa haber recibido la idea de los Franciscanos españoles de la Ambrosiana de Florencia (2).

(1) E. BORE, *Della questione sui Luoghi Sancti*, Malta 1850, 34-5.—Cfr. P. S. EIJÁN, *España en Tierra Santa*, Barcelona, 1910, Id. *Relaciones de España y Tierra Santa*, Santiago, 1912.

(2) S. LEONARDO, *El Via Crucis explanado*, tr. esp. del P. GASCUEÑA, 2 edic. pp. 98-9.

LA V. ORDEN TERCERA

Para extender esta devoción a los Santos Lugares, al Vía Crucis y en general al Nacimiento, Vida y Pasión del Señor, los Franciscanos se apoyaron principalmente en la V. Orden Tercera, a la que comunicaron su propio espíritu como hijos comunes que somos todos del mismo Padre.

La Venerable Orden Tercera de Penitencia es una de las inspiraciones más geniales de San Francisco, y la institución que desde su origen se hizo más popular y querida del pueblo cristiano, participando esta predilección con las otras dos Ordenes Franciscanas.

La difusión que alcanzó en España la Tercera Orden fué sorprendente, y sus miembros se extendían por todas las clases sociales desde el trono de nuestros reyes hasta el último de sus vasallos, resultando que en San Francisco todos eran hermanos, igualados, en cierto modo, por el cordón nudoso y el humilde escapulario que todos ceñían.

Ya en las Cortes de Soria de 1380 se habla de que «en los nuestro regnos ay muchos omes et mujeres que se han fecho et facen de cada dia fraires de la tercera regla de San Francisco, et que se estan en sus casas et en sus bienes»; los cuales estaban exentos de ciertos gravámenes y tributos. Esta importancia fué aumentando con el transcurso de los siglos y dejando su huella en todas las manifestaciones de la vida española, dándose casos tan edificantes como el que refiere el P. Gutiérrez: «El católico y devotísimo Rey y Señor Don Felipe III, habiendo convocado los Grandes de su Reino, para que tomasen ejemplo de su Real Persona, recibió el hábito de esta Tercera Orden, y le dió la Profesión el Rdmo. P. Ministro General Fr. Benigno de Génova... (1)

No insistimos en demostrar la gran difusión de la Tercera Orden, porque apenas había en España persona de algún relieve que no se alistara en esta milicia, formando en ella al lado de las más humildes personas del pueblo. Juntos altos y bajos se ejercitaban en los mismos actos de piedad, de mortificación y de caridad, siendo este ejemplo de gran valor social a la par que religioso.

La beneficencia, durante los siglos XIV y XV, estuvo organizada "en nuestra

(1) *Directorio de la V. O. T.* Valencia 1705, pp. 62-3.

Patria bajo el amparo de la Tercera Orden, inspirada y dirigida en esto y en todo por la Primera. Sus beaterios eran hospitales de enfermos y peregrinos, casas de expósitos y alivio y remedio de todas las necesidades. Desde el siglo xv las demostraciones del espíritu altamente social y humanitario de los Terciarios son incontables. Se multiplican los Montes de Piedad, los pósitos de grano para los labradores humildes, la enseñanza de los niños, las casas de arrepentidas, los hospitales, los asilos de ancianos, la asistencia a las cárceles, etc. Baste decir que la institución de las Hijas de la Caridad, tan connaturalizada en nuestra patria, aunque nacida fuera de ella, brotó del corazón de un Terciario, San Vicente de Paul; y ese otro instituto, tan español y tan benemérito de la enseñanza cristiana, las Escuelas Pías, nació del alma de otro Terciario, San José de Calasanz. Y, por no hablar más que de Madrid, la Congregación de los Obregonos, o siervos de los pobres; el Hospital de Antón Martín; el convento y oratorio de Caballero de Gracia; el Colegio de Beatas de San José (hoy Concepcionistas); el Colegio de Recogidas de la calle de Hortaleza; la ilustre Hermandad del Refugio; la Congregación de la Concordia; la Congregación de Sacerdotes Naturales de Madrid; la Hora de oración del Oratorio de la Magdalena, y otras muchas obras de religión y caridad de la Corte deben su origen a fervorosos terciarios de la Congregación de San Francisco el Grande, que sintieron inflamado su corazón en el espíritu de su Seráfico Fundador y, como él, procuraron buscar a cada necesidad su remedio apropiado.

Pero, además de esas obras debidas al celo personal de muchos terciarios, la V. O. T. de Madrid sostenía colectivamente muchas obras, en cuyo detalle no podemos entrar aquí, porque nos ocuparía demasiado espacio, sin embargo, nos permitiremos insertar unos párrafos de una de las Memorias anuales, tomada al acaso, pues las noticias que encierran nos revelan admirablemente el espíritu que animaba a aquellos hijos de N. P. S. Francisco.

«Han reciuido el Háuito de nra. Orden desde primero de diciembre de 1701 hasta fin de este año (1702) 570 personas. Y desde 1 de junio de 1608, que se tiene razón en los libros de la Orden, han tomado el Hábito en ella hasta el dicho día fin de noviembre de este año: 49.094 personas.

»Han fallecido desde fin de noviembre de 1701 hasta otro tal día de este presente año 389 hermanos, que recibieron el háuito y profesaron en esta Cor-

te, y entre estos 30 a quienes se les dió el hábito en cama por la grauedad de sus enfermedades... Y entre los que han fallecido fueron el Excmo. Sr. Marqués de Santillana, Ministro que fué de nuestra Orden; los Sres. Lizenciados D. Miguel Seuillano, Coadjutor de Ministro, D. Thomás López, D. Alonso de San Martín, y el Sr. D. Francisco de Carbajal, discretos que fueron de N. Orden, por los quales se dixeron cinco Misa cantadas con sus Vigilias y Responsos por la Comunidad del Conuento con la decencia que es costumbre; y por los Sres. discretos y ofiziales de la Junta de la Orden se ofrecieron, demás de los sufragios que en común se hacen todas las noches en los santos exercicios, la limosna para 56 Misa rezadas, 130 oídas, 157 limosnas, 50 partes de rosario, 135 semanas de buenas obras, 80 responsos, 63 estaciones mayores, 65 visitas de altares, 19 comuniones, 220 oraciones del santo Sudario, 12 nocturnos, 11 visitas de nra. Capilla y 1 Corona de nra. Señora.

»Hánse continuado en la Capilla de nra. Orden en el discurso de este año los exemplares exercicios de oración, mortificaciones, corona de nra. Señora todas las noches, y en los lunes, miércoles y viernes el ejercicio de la disciplina.

»En los domingos de Septuagessima, Quaresma y Adviento ha salido nra. Orden a enseñar la Doctrina Christiana a las plazas.

»Hase lleuado de comer a las Cárcel de Corona y Corte y Villa y a las mujeres de la Galera 30 días en los primeros domingos de mes, alternando las cárceles, y en otros días festivos señalados así por nra. Orden como por otros deuotos, a cuyas expensas se hacen estas buenas obras...

»Por las quentas que se han tomado al Sr. Mayordomo de la Enfermería consta que ha reciuido 30.733 Rs., y que de ellos ha gastado 30.018 Rs., en las partidas siguientes: los 6.424 en el gasto Diario de los enfermos y en los doce meses referidos: 8.436 en el gasto extraordinario de aues, aceite...; 11.554 Rs., en las raciones y salarios de todos los ministros ofiziales, y siruientes de la Enfermería; y los 3.603 Rs., en el mantenimiento de las viudas de la fundacion de la Sra. D.^a Lorenza de Cárdenas...

»Han entrado a curarse 46 militares, y de ellos murieron dos;

»Han entrado a curarse 57 hermanos, y de ellos murieron cinco;

»Han entrado a curarse 89 hermanas, y de ellas murieron treze...

»Fundó también la misma señora vna Memoria para dar estado de religio-

sas a donzelllas huérfanas, y al presente se halla novicia vna, y otra, a quien tocó la suerte, la renunció por su edad y achaques, y se ha vuelto a sortear; y los dotes para vna y otra están en las arcas de la Orden.

»Asimismo fundó la misma señora vna Memoria *para redimir cautivos* y la dotó con 110.000 Rs. de renta, los 70.116 de ellos en efectos sobre el Reyno de Galizia a 8 por 100, cuyos reditos y principal están perdidos por la quiebra del dho Reyno; y los 39.884 Rs. en efectos de la Villa, quando estauan a 8 por 100; por cuya razón está reducida toda la renta de esta Memoria el día de hoy a 30.336 Rs. al año, y en este de 1702 se han cobrado 26.185 Rs. de los cuales se baxan 1.040 Rs. por pagados al convento de Carmelitos descalzos de el Desierto de las Batuecas, en cumplimiento de la voluntad de la fundadora...

»Mas se han pagado 1.580 Rs. al Sr. Limosnero para socorrer a algunos hermanos, por cuyos achaques no son capaces de entrar a curarse en la Enfermería...

»...1.100 Rs. a la niña huérfana que, por la fundación de la Illma. Señora D.^a Lorenza de Cárdenas, se mantiene en el Colexio de las Huérfanas de Trujillo, y 1.950 Rs. para los pobres de las Cárcel...» (1).

Había además otras fundaciones benéficas, entre ellas, la de dar de comer y vestir todos los años el día de San José a un anciano, una mujer y un niño, fundada por el hermano Juan de Rebollín; la de dos dotes anuales de casada o religiosa, etc.

Además «algunos caballeros de las Ordenes Militares tienen cedido el pan y agua que, como a tales, se les libra, a nra. V. Orden, algunos determinadamente para la Enfermería, otros para el culto diuino, otros libremente a disposición de la Orden» (Junta General de 6 Julio de 1698).

Después de lo que dejamos inserto, podemos afirmar con Mgr. Raymond, hijo de la preclara Orden Dominicana:

«Puesto que Dios ha concedido a la Orden Seráfica el don del apostolado social, su Providencia la ha adornado para ello con especiales gracias: utilicémoslas. Ya es tiempo de hacer saber que la Tercera Orden no está restringida

(1) *Arch. de la V. O. T. de Madrid*, Gobierno, lib. 12 fs. 92 ss.

a una aglomeració de almas piadosas. Tienen éstas en ella un puesto; pero dejan grande y espaciosamente abierto el que corresponde a todos aquellos que, gozando de la mentalidad franciscana, deben observar la misma manera de vivir en el mundo, para salvarse más seguramente salvando a los otros por medio de la caridad mutua. ¡A ello, pues, para conseguir la restauración de la sociedad cristiana...!»

LA GRAN FAMILIA FRANCISCANA

La fecundidad de la obra del Patriarca de Asís en sus tres formas primeras fué prodigiosa y debida a un constante deseo de mayor perfección y a su oportuna adaptación a las necesidades de cada país y de cada época. España fué el país en que más se manifestó la tendencia al rigor y al ascetismo, sobrepassando a veces la austerioridad establecida por el mismo Fundador.

Además del movimiento de la *Observancia*, que fué necesario y general en la Iglesia, y que en España se inició a fines del siglo XIV, y se extendió y triunfó definitivamente en el XV dominando completamente a la *Conventualidad*—vida franciscana mitigada por privilegios—, hasta que ésta desapareció totalmente del territorio nacional en el XVI; surgieron aquí varias reformas o modificaciones de la Orden en las que abundan prescripciones supererogatorias de gran austerioridad debidas al fervoroso espíritu de los VV. Fr. Juan Pascual, Fr. Juan de la Puebla, Fr. Juan de Guadalupe, San Pedro de Alcántara, etcétera; reformas que dieron lugar a la familia llamada de la *Descalzez o Alcantarina*, que penetró incluso en Italia (donde fundó también una reforma de este género el B. Buenaventura de Barcelona), y se propagó rápidamente por América y Filipinas, en cuyos países y en Japón, Marruecos, etc., dieron muchos días de gloria a la Iglesia por medio de los incalculables frutos obtenidos en sus Misiones entre infieles, y al Cielo muchos santos hermoseados con su propia sangre derramada por la fe. Fueron popularísimos en toda España y en sus colonias hasta que León XIII en 1897 los asimiló, con otras familias franciscanas similares, al cuerpo de la Observancia, si bien por entonces era ya muy reducido su número a causa de la exclaustración del 1835.

Cuando los Conventuales desaparecían de España empezaban a propagar-

se en ella los PP. Capuchinos, gran rama del frondoso árbol seráfico, que tuvo su origen humildemente en Italia en 1525 como un ansia de vida eremítica, a ejemplo de algunos discípulos de San Francisco, y que muy pronto tomó carta de naturaleza en el suelo hispano, donde son bien conocidos y populares por sus virtudes y por el celo de su apostolado, del que puede presentarse como ejemplar típico el B. Diego de Cádiz. Hoy comparten con los franciscanos los cariños del pueblo, y con éstos y los Conventuales el reconocimiento oficial de la Iglesia como representantes legítimos de la Primera Orden de San Francisco, o de Frailes Menores.

También las hijas de Santa Clara — la «Plantita de San Francisco», como ella misma se llamaba — han fructificado en variedad de matices. Desde el siglo XIII vienen coexistiendo las Clarisas de la primera Regla, o Descalzas, y las Urbanistas, que deben su nombre a algunas mitigaciones que introdujo el Papa Urbano IV.

A éstas se añadieron en el siglo XV las Colestanas, muy parecidas en el rigor a las Descalzas, fundadas en Francia por Santa Coleta con el favor de Benedicto XIII (Pedro de Luna), de las que hay algunos conventos en España.

En Octubre del año último de 1926 S. S. Pío XI concedió los honores del culto eclesiástico a la B. Beatriz de Silva, fundadora, o más bien, iniciadora de una de las más bellas floraciones de la vida franciscana. Noble portuguesa, dama de honor de Isabel de Portugal — mujer de Juan II y madre de Isabel la Católica —, víctima de cortesanas intrigas, huyó un día de la Corte española y se trasladó a Toledo, donde en 1484 fundó un convento con el título de la Inmaculada Concepción, observando la Regla Cisterciense y sometido al Ordinario. Muerta la fundadora y encargado el Cardenal Cisneros por autoridad apostólica de la reforma de las Ordenes religiosas, éste trasladó parte de las religiosas al convento que había sido de Franciscanos en la misma ciudad de Toledo (1501), les dió para su observancia la Regla de Santa Clara y las puso bajo la obediencia de las autoridades de la Orden Franciscana, siendo todo ello aprobado por el Papa Julio II en 1511, y quedando de esta manera establecida la Orden de la Concepción Franciscana, que a la muerte del célebre Cardenal contaba ya con conventos en Torrijos, Maqueda (fundados ambos en 1507 por D.^a Teresa de Cárdenas, «La Loca del Sacramento»), Talavera, Ma-

drid (fundado en 1512 por Beatriz Galindo, «La Latina»), e Illescas, que fué la última fundación de Cisneros poco antes de su muerte, además de la casa-madre de Toledo. Por la devoción que España tuvo siempre a la Inmaculada y por los identificados que estaban en este punto españoles y franciscanos, la Orden Concepcionista se extendió considerablemente por toda la península, América, Filipinas y Bélgica, ya en su forma primera, ya en la variante de *Concepcionistas Descalzas*, introducida por la V. M. María de San Pablo, a la que perteneció la celeberrima V. M. Sor María de Jesús de Agreda.

Más tarde tuvo origen en Italia y se propagó en España la Orden de monjas *Capuchinas*, que son también Clarisas de la primera Regla.

También profesan la primera Regla las Clarisas de la Divina Providencia, que, haciendo nacer no hace mucho en Cataluña, cuentan varias casas y se dedican a la enseñanza gratuita de niñas pobres.

La Venerable Orden Tercera de Penitencia, por la amplitud y adaptabilidad características de su espíritu, vió nacer en su seno multitud de instituciones que puede decirse corresponden a las diversas aspiraciones que suelen sentir las almas ganosas de perfección, y a las múltiples necesidades que trabajan la colectividad humana.

Prescindiendo de las Ordenes y Congregaciones religiosas que, fundadas por Terciarios, se desarrollan con organización independiente (Compañía de Jesús, Escuelas Pías, Hermanos de San Juan de Dios, Mínimos de San Francisco de Paula, Hijas de la Caridad, Sacerdotes de la Misión, etc.), se ofrecen desde muy antiguo dos corrientes fundamentales, la *seglar* y la *monástica*. La primera es la propia forma de la V. O. T. ideada por San Francisco y universalmente conocida. La segunda la encontramos plenamente organizada en España desde el siglo XIV en su rama de hombres con multitud de conventos, bajo un Ministro General propio y observando la Regla de la V. O. T. con las adiciones necesarias a la vida claustral. En el siglo XV formaban varias Congregaciones independientes, y en 1621 el Pontífice León X aprobó una Regla que sirviera para todos los Terciarios regulares. Todavía hoy tienen los *Terciarios Regulares* una provincia con varias casas en las Islas Baleares, donde son muy queridos del pueblo de Raimundo Lulio.

Fueron célebres en toda América los *Betlemitas*, Congregación Terciario-

Regular dedicada a la beneficencia; y en España los *Obregones*, fundados en Madrid en 1566 por Bernardino de Obregón, de vida común mitigada, consagrados al cuidado de los enfermos pobres. De reciente fundación son los *Terciarios Regulares Capuchinos*, que dirigen reformatorios de niños.

La Tercera Orden Regular femenina goza también de muy respetable antigüedad, pues en el siglo XIV existían ya en España en forma de beaterios, dirigiendo hospitales y otras casas de beneficencia y enseñanza. Muchas de estas beatas admitieron en el transcurso del tiempo los votos solemnes y no pocas se hicieron Clarisas o Concepcionistas. A las primeras corresponden, además de las que no admitieron más nombre que el de *Terciarias Franciscanas* con el que aun son conocidas, las llamadas de *Santa Isabel*, quienes, tomando como modelo y patrona a Santa Isabel de Hungría, se consagraban al cuidado de los enfermos en los hospitales; lo mismo que las *Ursulinas*, fundadas por Santa Angela Merici. Actualmente unas y otras son religiosas de clausura.

Muy difícil sería enumerar todas las Congregaciones modernas de Hermanas de la V. O. T., y cada día aparecen nuevas a cual más fervorosas y activas. Citemos algunas de fundación española o que tienen casa en España:

Terciarias Franciscanas de la Divina Pastora, dedicadas a la enseñanza y a la caridad; *Terciarias Franciscanas de la Inmaculada*, de Valencia, especializadas en la educación de niños anormales; *Terciarias Franciscanas de la Concepción*, de Cataluña, extendidas también por Marruecos, Argentina y Uruguay; *Terciarias Franciscanas de la Inmaculada*, de Murcia; *Terciarias Franciscanas de la Natividad* (Darderas); *Franciscanas de los Sagrados Corazones*; *Franciscanas de Santa Cruz*; *Hermanas de la Caridad de Santa Ana*; *Franciscanas del Buen Consejo*; *Terciarias Franciscanas de Figueras*; *Franciscanas Misioneras de María*, consagradas a las Misiones entre infieles; *Terciarias Franciscanas francesas de la Enseñanza*, etc., etc.

Como se vé, el espíritu franciscano se diversifica para atender a todos a la acción y a la contemplación, a las necesidades espirituales y a las temporales, a los fieles y a los infieles, a los niños y a los ancianos. Se hace todo para todos, para ayudarlos a todos, para salvarlos a todos. Es el amor seráfico de Francisco de Asís que se difunde en bien de sus hermanos los pobres, los ignorantes, los extraviados...

»Sucedió — dice Tomás de Celano — que un virtuoso clérigo español tuvo en cierta ocasión la dicha de ver y conversar con San Francisco; y hablando sobre los frailes de España, le hizo, entre otros, el siguiente relato, que consoló mucho su corazón: «Unos frailes de tu Orden (le dijo) que moran en nuestra patria en un pobrecito eremitorio, de tal suerte tienen distribuído su reglamento, que la mitad de ellos se ocupan en las labores domésticas, y mientras tanto los otros se consagran a la contemplación. De este modo, los que se dedican una semana a la vida contemplativa, pasan en la siguiente la vida activa...»

»Embargóse de júbilo el corazón de Francisco oyendo tal relato de la santidad de sus hijos, y desatando la lengua en alabanzas al Señor, al cual atribuía la gloria de todo, dijo con gran emoción: «Os doy gracias, Señor, guía y santificador de los pobres, porque habéis regocijado mi corazón con estas noticias de mis frailes. Bendecid, os ruego, con abundantes bendiciones a aquellos religiosos y a todos cuantos por sus buenos ejemplos hacen amable su profesión; llenadlos de dones celestiales.» (1).

La bendición de Francisco de Asís no fué estéril.

FR. MANUEL BANDIN, O. F. M.

DR. EN F. Y L.

(1) *Vita secunda*, III c. 135.



PERSONAJES FRANCISCANOS ESPAÑOLES

SANTOS, APÓSTOLES, MÍSTICOS Y ESCRITORES



AL vez no ha pasado hombre alguno por la historia a quien se pueda aplicar con igual propiedad, como a San Francisco de Asís, las palabras que fueron dichas por Dios al Padre de las gentes: «Yo te llenaré de bendiciones y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está en la orilla del mar.» (Exodo, cap. 22-v. 17).

Porque el pobrecillo de Asís, con sus tres Ordenes fundadas sobre las bases mismas del evangelio, ha logrado trocar el mundo en un templo magnífico bajo cuyas bóvedas se adora a Dios con sinceridad y sencillez franciscanas; y ha logrado el milagro estupendo de aprisionar al Planeta con el tosco cordón.

llevándolo a Dios después de haberlo santificado.

A partir del siglo XIII, la historia de todos los pueblos se honra guardando cariñosamente en sus páginas el nombre de innumerables franciscanos aureolados con los prestigios de la santidad, del apostolado y de la ciencia. Porque la Orden Seráfica «ha dado a la Iglesia, Pontífices; al pueblo, tribunos; a los altares, santos; a los estados, gobernantes; a la ciencia, precursores; a la Religión, mártires; a las dinastías, príncipes.»

Empresa sería muy sobre nuestras fuerzas, y no tan propia de este lugar, el hablar de todos ellos; puesto que la Orden de San Francisco es — como alguien ha notado con valiente frase — «una institución imponente en la historia»; con ella influyó más San Francisco en el mundo que con su espada los césares y los guerreros. *Nos ceñiremos, pues, a enumerar someramente algunos de los principales, en nuestra Patria,* con la mira modestísima de contribuir a la ilustración histórica del presente catálogo.

La historia española tan saturada está de franciscanismo que, a partir del siglo XIII, no hay en ella hecho notable, ni hazaña culminante, ni página de gloria, ni hora alguna de angustia y dolor... donde el hábito franciscano no tenga su representación real y viviente, substancial o integral para ser la inspiración que ilumina, o el consejo que alienta, o el censor que corrige, o el paño de lágrimas dispuesto a recibir siempre las amarguras del corazón en horas tristísimas de angustia y en días luctuosos de calamidades y de sangre.

Es indudable que la grandeza de un pueblo está siempre en razón directa con los esplendores de la santidad, con las luces derramadas en la senda del progreso y de la civilización por esos astros del mundo intelectual que llamamos *sabios*, y, sobre todo, por las grandes obras que, a las veces, cambian por entero la trayectoria de un pueblo, de una nación o de un continente, cual sucedió en el descubrimiento de América. Sin jactancia de ningún género, y sí con muchísima justicia, porque lo afirma la historia, podemos decir que nuestra Patria debe gloriarse de ser Madre fecundísima de santos, de sabios y de héroes, los cuales, con sus virtudes, ciencia y obras levantadas, lograron la gloria singular de que su Patria, España, fuera Señora del mundo entero, y cubriera con su regio manto tantas y tantas tierras que no logró ocultarlas a los vivificantes y continuos rayos del astro rey.

Pues bien, para nadie es un misterio la parte principalísima que le cabe a la Orden Franciscana en estas glorias de santidad, ciencia y hazañas patrióticas. Lo veremos, aunque muy confusamente, echando un rápido mirar por el dilatado campo de siete siglos que han transcurrido desde el día memorable en que San Francisco de Asís santificó nuestro suelo con sus huellas seráficas, dejando en él la semilla y el germen de una generación incontable de santos, apóstoles, místicos, artistas y escritores de todas clases que se glorieron de ceñir el burdo

cordón, pero se glorieron mucho más, de haber cooperado al levantamiento y ornamentación de este sumtuoso y magnífico edificio que llamamos Patria.

SIGLOS XIII Y XIV

Dos grandes figuras franciscanas culminan en nuestra Patria durante estos dos siglos. San Antonio de Padua y Raimundo Lull, a cual más interesantes por su estilo. Llevan entradas el sello de San Francisco: la santa impaciencia del apostolado, de la palabra y de la pluma, y la fiebre sagrada por la extensión del reinado de Dios en el mundo.

SAN ANTONIO, discípulo de San Francisco de Asís, es el santo popular, el obrador de milagros, el consolador de todas las tristezas, el que remedia todo género de necesidades, el martillo de la herejía, y, por la ciencia divina de sus continuas predicaciones, fué llamado *Arca del Testamento*. Verdad es que Italia tiene la fortuna de poseer sus sagrados restos, y fué el campo preferente de su apostolado, pero con razón le consideramos como gloria nacional nuestra, por estar su cuna en la Península (Lisboa 1195) y en la provincia de España haber vestido el sayal franciscano.

Hasta el pincel parece haber querido dar al Santo esta doble filiación Italiano-Española. Junto a Lorenzo Patinelli y a Strozzi están, con indiscutible ventaja, Murillo y Goya; el primero en su gran cuadro de la catedral de Sevilla, y el segundo en la cúpula de San Antonio de la Florida (Madrid) con menos unción religiosa, pero con ejecución admirable.

San Antonio dejó varios tratados ascético-místicos y sermones de santos, cuaresma, etc. Padua le levantó sumtuosa basílica. Su culto está extendido por todo el mundo, principalmente por las devociones de los *trece martes* y *el pan de los pobres*. Su fiesta se celebra el 13 de junio.

RAIMUNDO O RAMON LULL, mallorquín (1232 ó 1235-1315) alma de fuego, mundano en su juventud, pero endiosado en la contemplación de las cosas divinas, a partir de sus treinta años de edad, y apóstol infatigable de la causa de Dios, tuvo siempre estos tres levantados ideales: 1.º Sacrificar la vida por la conversión de los infieles; 2.º escribir libros contra sus errores; 3.º obtener la fundación de monasterios donde se formaran misioneros para la predicación.

Caballero andante del Gran Rey, su vida es algo que asombra por lo fecunda y activísima. Roma, París, Túnez, Mallorca, Montpellier, Génova, etc., etc., escucharon repetidas veces su cálida voz y admiraron sus fervores. Aunque en el «Cant de Ramón» (1299), superior en fuerza emotiva al mismo «Desconort», Lull evoca melancólicamente el fracaso de su vida con estas palabras: «Soy viejo, pobre, desgraciado y sin ayuda de nadie; he emprendido trabajo superior a mis fuerzas; he recorrido gran parte del mundo; muchos buenos ejemplos he dado, y sin embargo, soy poco amado y conocido... con todo, no podemos menos de escuchar en ellas el grito de un alma abrasada en fervores y santificada por la humildad. También su gran Padre San Francisco de Asís decía al morir: «Hijos míos, empezemos ahora mismo el servicio de Dios, que nada hemos hecho hasta el presente».

La producción literaria de Ramón Lull es sencillamente admirable. Por algo en su testamento (1313) constituía su preocupación predominante la salvación de sus escritos. La mayor parte de sus obras están en latín; algunas en lengua arábiga; y lo más interesante de su producción, desde el punto de vista literario, fueron escritas en catalán. Lull fué el primer escritor de su época que empleó en la Filosofía la lengua vulgar. Como teólogo, como poeta, y como filósofo Ramón Lull es indiscutiblemente una figura nacional franciscana. Catálogos de 1311 y 1314 hacen subir sus obras a la respetable cifra de 156. Este número se aumentó considerablemente en catálogos posteriores. Los más importantes son los de Wadding (1650), Custurer (1700 y 1711), Salzinger (1721), Pascual (1778) y el de Littré-Hauréan en *la Histoire littéraire de la France* (1885). Se analizan en este último unas 200 obras auténticas de Ramón Lull.

La biografía más importante del Santo terciario franciscano mallorquín es la «*Vita coetanea*» cuyo texto latino se conserva en el manuscrito latino 15.450 de la Biblioteca nacional de París. El texto catalán fué últimamente publicado (1915) en el *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras*.

SAN FERNANDO REY DE CASTILLA Y LEÓN (Terciario)

Bien merece notarse como gloria franciscana en los siglos XIII y XIV, juntamente con San Antonio y Raimundo Lull, a San Fernando Rey de España.

Grande como Rey, grande como guerrero en las lides de la reconquista, grande como alma verdaderamente santa, miró siempre con verdadero celo por el esplendor del culto divino; levantó catedrales magníficas y fué el padre y el consuelo de los pobres.

A todo eso, añadió el haber pertenecido, cual Terciario santo, a la Orden de San Francisco de Asís de lo cual la Orden tan legítimamente se gloria.

San Fernando Rey de Castilla y de León nació en 1199, y murió en Sevilla el 30 de mayo de 1252.

FR. FRANCISCO EXIMENIS. — Franciscano catalán del siglo XIV, consejero de los Reyes de Aragón y uno de los hombres más insignes de su tiempo. Escribió muchísimas obras en catalán y en latín. Quizá sea el más fecundo de los escritores españoles del siglo XIV. De él se han hecho recientemente estudios bien documentados por Massó y Torrens y por los PP. Pons e Ivans.

ALVARO PELAGIO. — Obispo de Salves (Portugal). Autor de la célebre obra «*De Planctu Eclesiae*».

FR. JUAN GIL DE ZAMORA. — Escritor fecundísimo del siglo XIII, colaborador de Alfonso el Sabio en las Cántigas, maestro de Sancho IV el Bravo, y autor de innumerables obras de historia, filosofía, de asuntos predicables, de exposición de la Sagrada Escritura, etc., etc. Fué en el siglo XIII lo que San Isidoro en su tiempo.

FR. PEDRO GALLEGOS. — Primer obispo de Cartagena; confesor de Sancho IV; escolástico notable.

FR. GONZALO DE BALBOA. — Ministro General de la Orden. Notable impulsor de la doctrina concepcionista, y gran favorecedor del Doctor Sutil Escoto.

SIGLO xv

Tres grandes figuras histórico-franciscanas resplandecen en el cielo de nuestra historia patria durante el siglo XV: Cisneros, Isabel la Católica y Colón. Las tres se completan y esclarecen mutuamente, prestándose luz y calor para irradiarlos generosamente más allá de los linderos patrios, hasta horizontes y cielos que ellos mismos descubrieron para dibujarlos, con santo orgullo, en el mapa de España.

FRANCISCO JIMÉNEZ DE CISNEROS. — Cardenal de la Santa Iglesia, Primado de las Españas y político de gran altura, es una de las figuras más grandes de nuestra historia. Nació en Torrelaguna (Madrid) 1436, y murió en Roa (Burgos) en 1519. Noble de origen, aunque sin fortuna, hizo sus estudios en Alcalá, Salamanca y Roma. En 1484 vistió el hábito franciscano en el convento de San Juan de los Reyes de Toledo cambiando el nombre de Gonzalo por el de Francisco. Por consejo del Cardenal Mendoza, Isabel la Católica eligió para confesor a Jiménez de Cisneros cuando éste contaba ya 56 años. Más tarde, fué elegido provincial de la Orden, y además de confesor, era el principal consejero de la Reina quien le consultaba los negocios más arduos. A la muerte del cardenal Mendoza, los Reyes Católicos consiguieron nombrarle arzobispo de Toledo triunfando de la obstinada resistencia del humilde franciscano.

Si grande se mostró en las horas de tribulación, y grande practicando las virtudes en el claustro franciscano, no menos grande fué como primer representante del episcopado español, como fundador de universidades, como políglota y como regente de un reino tan poderoso por entonces como España. Alcalá, Granada, Toledo, Orán, guardan recuerdos inmortales de su prestigiosa grandeza. La superior energía de su alma y el interés singular por defender la justicia y los fueros nacionales, bien claramente aparecen en episodios como los siguientes: En 1509, septuagenario ya, intentó él mismo la conquista de Orán, reuniendo para la empresa, y a su costa, 20,000 hombres bien armados y municionados. Revisando las tropas para la expedición en la vega de Toledo díjole Pedro Navarro, su lugarteniente, «pase V. S. Ilustrísima por estrotaparte que por esa le dará mucho el humo de la pólvora». «No se os dé nada, general, contestó rápidamente Jiménez de Cisneros, que el humo de la pólvora en la guerra me huele tan bien como el incienso en la iglesia». Se atrevieron los magnates a pedirle, con cierta insolencia, les mostrase los poderes que tenía para gobernar. El enérgico Cardenal, de 80 años ya, abrió el balcón y mostrándoles una compañía de soldados que le daba guardia, contestó: «Esos son mis poderes». El *fraile*, como despectivamente le llamaban sus enemigos, acabó por imponerse a todos. Se presentó al enérgico Regente un embajador de Francisco I de Francia protestando con altanería de la anexión de Navarra a la Corona de Castilla y le anunció que su Rey vendría a apoderarse de Navarra,

luego de Castilla y hasta de Madrid. Al oír ésto llevóle el Cardenal a la estancia donde se guardaba el tesoro, mandó que dieran de cuchilladas a los sacos que lo contenían, derramóse el oro por el suelo, y tomando en sus manos el cordón que ceñía su hábito, respondió al embajador: «Decid a vuestro Rey que con este dinero y este cordón, si él trata de venir a Navarra, iré yo a darle la batalla a París».

A nadie se le oculta la dificultad que tiene el hacer un resumen de la obra del gran Cisneros porque ella va unida a la época de mayor esplendor de nuestra historia. Bastará con decir que influyó directa o indirectamente en cuanto se hizo en aquel período en España, y que en él encontraron los Reyes Católicos su más fiel y eficaz colaborador. La reforma del estado eclesiástico, la fundación de la Universidad de Alcalá de Henares donde concurrían hasta 7,000 estudiantes, y la publicación de la Biblia políglota..., esto sólo bastaría para inmortalizar la memoria del franciscano Jiménez de Cisneros.

De gran interés para el conocimiento de la actuación política del Cardenal, son sus cartas de las que se han publicado dos colecciones: *Cartas del Cardenal don Fray Francisco Cisneros, dirigidas a don Diego López de Ayala*, por Pascual Gayangos y Vicente de la Fuente, Madrid, 1867, y *Cartas de los secretarios del Cardenal don Francisco Jiménez de Cisneros durante su regencia en los años de 1516 y 1517*, por Vicente de la Fuente, Madrid, 1875. La bibliografía de Cisneros es abundantísima.

ISABEL LA CATÓLICA. — Reina de Castilla y de España, nació en Madrigal de las Altas Torres (Avila) el 22 de abril de 1451. El aspecto por el que nosotros aquí la miramos y en el que la historia le concede una intervención transcendental, es en el descubrimiento de América, y como sostén y apoyo que dió, juntamente con los franciscanos, al inmortal Colón, hijo tercero, a su vez, de San Francisco. Es opinión corriente que si Fernando el Católico rechazó, al principio, las proposiciones de Colón, Isabel las acogió favorablemente, influyendo en el ánimo de su real esposo para que pudieran ser realizadas. Sea como fuere, es lo cierto que Colón fué llamado al campamento de Santa Fe, cuando aún duraba el sitio de Granada y que allí se convino, a grandes rasgos, la empresa más gloriosa que registra la Historia.

Pletórica el alma grande de Isabel la Católica de aquel espíritu franciscano

comunicado a ella por Cisneros y por otros confesores suyos, también hijos del Pobrecillo de Asís, explícase muy bien que influyera eficazmente en el descubrimiento del Nuevo Mundo expoleada, más que por afanes de lucro, por miras altas de engrandecimiento patrio y, sobre todo, por el deseo santísimo de ensanchar la gloria de Dios y de salvar las almas iluminándolas con las divinas claridades del Evangelio.

El amor grande, que, como buena Hija, tuvo a San Francisco y a su Orden, muéstrase, además de la protección dispensada siempre a los franciscanos, en su testamento donde dice estas palabras: «*E quiero e mando, que mi cuerpo sea sepultado en el monasterio de Sant Francisco que es en el Alhambra de la ciudad de Granada, seyendo de religiosos o de religiosas de la dicha Orden, vestida en el hábito del bienaventurado pobre de Jesucristo Sant Francisco...*»

COLÓN. — Al hojear someramente la historia patria en las páginas consagradas a la gran epopeya de Colón y al descubrimiento de América, el alma siente vibraciones desusadas de entusiasmo singular, de admiración en los designios altísimos de la Providencia y, sobre todo, como piense el lector en franciscano y por la Orden del Pobrecillo de Asís tenga alguna predilección..., no puede ser por menos que se agolpen en su mente tan históricos nombres y tan franciscanos como la Rábida, Marchena, Juan Pérez, y otros, inseparables del gran acontecimiento histórico-franciscano-español del siglo xv de nuestra historia.

Reproducir aquí, siquiera fuese a grandes rasgos, la biografía del gran terciario franciscano Colón, sería sobre prolíjo e inoportuno, innecesario y baldío. Sólo nos importa consignar, por vía de recuerdo y como gloria franciscana, que el gran descubridor de América despreciado en sus colosales empresas por las cortes de los grandes y por las asambleas de los sabios, encontró eco muy claro y consolador en las penumbras de los claustros franciscanos. Y cuando todo parecía haberse oscurecido en el cielo de sus anchas ilusiones, y el último rayo de sus esperanzas palidecía como de muerte, entonces clareó de improviso el horizonte al penetrar por las puertas de una morada franciscana donde la hora de Dios le esperaba en la sencilla y austera figura de un fraile de la cuerda hijo del gran Francisco, para sacarle a flote en aquel golfo borrascoso de contrarie-

dades, presentarle, con éxito, ante los Reyes de España ya más benévolos y dispuestos a la decidida protección, y acompañarle, mar adentro, hasta pisar tierras americanas.

Cuando atónitos, leáis las hazañas de Colón y la gloria que de ellas resultó para nuestra Patria; cuando os recuerden que España fué tan grande que en sus dominios no se ponía el sol; cuando os hablen de las gentiles hijas que España tuvo en otras tantas Repúblicas Americanas... pensad que toda esa epopeya de gloria tuvo una primera nota lanzada a la historia en el silencio de un claustro franciscano que se llama la Rábida, y pensad que el alma y la inteligencia y el corazón y los labios que pronunciaron esa nota primera fueron de un fraile franciscano que se llamó Juan Pérez.

Por eso, la Orden Seráfica, parte principalísima en el descubrimiento, evangelización y colonización de América, considera cual timbre de gloria inmortal el haber así contribuído a la exaltación mundial de la Madre España. Y junto a ese pasado, pone el férvido deseo y la voluntad sincera de contribuir por igual, si necesario fuera, al esplendor del futuro en nuestra querida Patria.

SIGLO XVI

Las naciones y los imperios tienen sus épocas de florecimiento, como sus días de profunda decadencia. Igual la prosperidad que la abyección se exteriorizan en todas las manifestaciones de la vida nacional. En la historia de España, el siglo XVI significa la total eflorescencia de la vida nacional; es una riente primavera de energías vitales, y un estío de sazonados frutos.

Los reflejos de esa vida de afuera, llegó hasta la vida de adentro, hasta los claustros, y por tanto, hasta el franciscano, por entonces, extendido y popular como ninguno. La santidad, la mística, las ciencias en sus múltiples manifestaciones, todo se cultivaba con verdadero ardor entre los hijos del Pobrecillo de de Asís en España. En la imposibilidad de dar cabida en este modesto trabajo a cuantos franciscanos fueron gloria de la Patria en el siglo XVI, hablaremos solamente de los principales.

SAN PEDRO BAUTISTA (Franciscano). — Nació en San Esteban (Avila) en 1546. Los primeros años los pasó en Oropesa y en Avila. A los 15 empezó sus

estudios en Salamanca. Tomó el hábito franciscano en 1565 en el convento de San Andrés del Monte (Arenas). Ejerció su apostolado en Nueva-España y en Méjico. Más tarde fué nombrado Comisario y Superior de la expedición misional de Manila (Filipinas).

En 1593 es nombrado embajador de España en el Japón cerca de Taicozama Emperador de aquellas tierras ante quien defendió los fueros de España con estas dignísimas palabras: «Señor, la Nación Española sólo al Dios del cielo y a su Rey dan obediencia y reconocen vasallaje, y no a otro ningún señor de la tierra».

El 5 de febrero de 1597 fué martirizado en Nangasaki juntamente con otros 25 gloriosos confesores de nuestra santa fe. El Papa Urbano VIII le elevó a la dignidad de los altares en 1627.

SAN MARTÍN DE LA ASCENSIÓN (Franciscano). — Natural de Vergara (Guipúzcoa). Nació el 21 de septiembre de 1567. Profesó en la Orden Seráfica el 17 de mayo de 1586 en el convento de San Sebastián de Auñón y fué martirizado en el Japón el 5 de febrero de 1597.

SAN FRANCISCO BLANCO (Franciscano). — Natural de Pereyro, partido de Monte-Rey, provincia de Orense. Se educó bajo la protección del conde de Monte-Rey. Muy joven, ingresó en la Orden de San Francisco. Hizo su noviciado y profesión en el convento de Villalpando siendo modelo de religiosos. En 1594 llegó a Manila en calidad de misionero. Fué martirizado en Nangasaki (Japón) en 1597.

SAN FRANCISCO DE SAN MIGUEL (Franciscano-Lego). — Su pueblo natal es Parrilla, pequeñísima aldea a cuatro leguas de Valladolid. En esta ciudad vistió el hábito franciscano en calidad de hermano lego, fué martirizado en el Japón en 1597.

SAN PEDRO DE ALCÁNTARA (Franciscano). — En la Villa de Alcántara (Extremadura) nació este esclarecido varón en 1499. Hizo sus estudios mayores en Salamanca, y a los 16 años entró en la Orden Seráfica en el convento recoleto de los Manjeretes, una legua de Valencia de Alcántara. Fué ordenado sacerdote en 1524. Muy pronto le nombraron superior de varios conventos. Con gran fruto de las almas se dedicó al ministerio de la predicación, principalmente entre los pobres y humildes. En 1538 fué elegido provincial de su provincia,

consagrándose con verdadero ardor a la reforma de algunas costumbres. El mismo Papa Julio III le concedió facultad para fundar algunos conventos de mayor observancia, aunque sujetos al provincial de Castilla.

Los dos primeros fundados, fueron los del Pedroso y Plasencia a los cuales se agregaron otros que formaban la Custodia de San José, su especial patrono y devoto.

Entre los hombres esclarecidos que se aprovecharon de la conversación y trato de este varón santo cuéntase el Beato Juan de Ávila, Fray Luis de Granada San Francisco de Borja, y, sobre todo, Santa Teresa de Jesús a quien ayudó grandemente en la reforma del Carmelo. Aprobó el espíritu de la Santa; le quitó los temores que le afligían por sus revelaciones; desengaño a los que la tenían por engañada; la defendió de los que la perseguían; la consoló en sus aflicciones, etc., etc., de tal manera que la autobiografía de Santa Teresa es una copiosa fuente de información sobre la vida, trabajos, don de profecía y milagros de San Pedro de Alcántara.

La virtud que más en él descolló fué la penitencia. Parecieron a algunos sus rigores temeridad, y aconsejábanle que los moderase a lo que respondió el Santo: «Hemos hecho un pacto mi cuerpo y yo, que mientras viva en este mundo nunca he de tener intermisión en el padecer; mas en llegando al cielo le dejaré para siempre descansar. «Fué también agraciado por el Cielo con un gran don de contemplación. Su paciencia fué invencible en los trabajos de cualquier parte que le viniesen.

En testimonio de sus virtudes y confirmación de su misión de reformador, obró Dios muchos milagros por su intercesión, y aún con sola su presencia. Murió San Pedro de Alcántara en 1562. Fué beatificado por el Papa Gregorio XV en 1622, y canonizado en 1669 por Clemente IX.

SAN LORENZO DE BRINDIS (Capuchino). — Nació en 1559 en la noble ciudad de Brindis cuando esta ciudad, con otras muchas de Italia, estaba sujeta a la corona de España. Desde muy niño vistió el hábito franciscano-capuchino, siendo en el claustro modelo acabado de todos los religiosos por su gran santidad. Ordenado de sacerdote, salió al mundo donde realizó notables empresas en bien de España.

En 1608 y 1609 hallábase San Lorenzo en Alemania en calidad de Comisario

General. Los Príncipes Católicos celebraron dietas en Praga donde acordaron oponer un dique a la ola protestante valiéndose para ello del gran poderío del Rey Católico que, como Señor de casi toda Italia y Flandes, sería freno a la osadía de los príncipes protestantes. Al enviar un Embajador al Rey Felipe III, no dudaron un momento en la elección; todos creyeron no haber sujeto más hábil y competente que el Santo Lorenzo de Brindis. En Septiembre de 1609 llegaba el Embajador capuchino a la corte de nuestros Católicos Monarcas con gran contento de Felipe III fervoroso hijo de San Francisco, y de su Augusta esposa doña Margarita de Austria a quien el siervo de Dios había dirigido desde muy niña en los caminos de la perfección cristiana.

Fué recibido en la Corte con extremada bondad y agasajado con singular cariño. En el cumplimiento de su importante comisión, todos pudieron admirar las cualidades de prudencia, tino y celestial sabiduría con que Dios le ayudaba. El Católico Monarca, sobre todo, depositó en él tan grande confianza que le consultaba largamente los asuntos más difíciles de su Reino. Como prueba del cordial aprecio en que le tenía, le concedió más tarde, en el Real Sitio del Escorial, el honroso título de *Grande de España* valedero para todos los Generales de nuestra Seráfica Orden franciscano-capuchina.

Por los años de 1617 el Reino de Nápoles hallábese en la mayor consternación. Segunda vez fué elegido nuestro San Lorenzo de Brindis, embajador de Felipe III a quien se recurrió por mediación de este Santo Capuchino para el remedio de tantos males. En esta ocasión hallábese el Rey en Portugal a donde fué nuestro Santo para llenar los fines de su Embajada.

Llegó, pues, a Lisboa, y a poco de estar con el Soberano, cayó gravemente enfermo pronosticando el fin de sus días. Sabedor Felipe III de la gravedad del Santo, resolvió visitarlo. Los grandes y ministros quisieron impedírselo, alegando que nunca los Reyes de España habían visitado a ningún embajador. Contestó el Rey: «Yo no voy a visitar a ningún embajador, sino a un santo, y esto no es indecoroso para un Rey.»

Hospedábase San Lorenzo en el palacio del Marqués de Villafranca. Cuando éste notificó al Monarca la muerte próxima del Santo capuchino, levantó los ojos al cielo, diciendo: «Cúmplase la voluntad de Dios: id, Marqués, y cuidad

de su asistencia.» El 22 de julio de 1619 San Lorenzo de Brindis entregaba su alma en las manos del Criador a los 60 años de edad y 45 de religión.

Cuando el Rey hubo recibido la noticia del fallecimiento del Santo embajador fué grande su sentimiento, y sin poder contener sus lágrimas, se retiró a su oratorio, donde permaneció largo tiempo. El santo cadáver fué trasladado a Villafranca del Bierzo y depositado en el convento de la Anunciada, donde aún se veneran hoy sus sagrados restos.

Fué beatificado por Pío VI en 1783, y canonizado por León XIII en 1881.

SAN PEDRO REGALADO. (Franciscano). — De Valladolid y de noble linaje. Nació en 1390. A la edad de 14 años fué recibido en la Orden Seráfica en su ciudad natal. Compañero inseparable del P. Villacreces, trabajó con él en la santa reforma de la observancia. Fué superior del convento de la Aguilera en 1415 y 1422. Premió el Señor sus virtudes concediéndole el don de profecía y de milagros. Murió en la Aguilera el 30 de Marzo de 1459. Fué beatificado en 1684 por Inocencio XI, y canonizado por Benedicto XIV en 1746.

SAN FRANCISCO SOLANO. (Franciscano). — Nació en Montilla (Córdoba) en 1549. Profesó en la Orden de San Francisco en su patria en 1570. Murió en Lima en 1610. Su primera vocación ministerial fueron las misiones de Marruecos; pero la Providencia Divina le llevó a las de América. Arribó al Nuevo Mundo en 1589; Panamá recogió las primicias del Apóstol; catorce años pasó evangelizando los países del Tucumán y del Plata; siete los del Perú y Chile. Su obra evangelizadora fué inmensa. Lo que significa San Francisco Javier en las Indias Orientales, es San Francisco Solano en las Occidentales. «Francisco Solano — dice un moderno autor americano — es, sin duda, la figura de líneas más perfiladas y grandiosas... Cuando se escriba la historia de la Conquista con el criterio que inspira el amor a la verdad exacta, hemos de ver cómo se destaca sobre todos los demás apóstoles americanos ese hijo de la Orden Seráfica, encarnación de la madre España.»

Cuando falleció San Francisco Solano, el pueblo le aclamó por santo. Casi todas las Repúblicas sudamericanas y las principales ciudades de las mismas le veneran como glorioso Patrono. El Papa Benedicto XIII le inscribió solemnemente en el Catálogo de los Santos (1726).

SAN DIEGO DE ALCALÁ. (Franciscano). — Se le da este nombre por haber

muerto en Alcalá de Henares en 1463. Llámasele también San Diego de San Nicolás por ser este el pueblo en que nació, situado entre Cazalla y Constantina, diócesis de Sevilla. En sus primeros años hizo vida eremítica; pero más tarde, ansioso de mayor perfección, ingresó en la Seráfica Orden de San Francisco. Fué fundador de la Orden en las Islas Canarias y guardián (aunque lego) del convento que edificó con Fr. Juan de San Torcaz. En 1450 hizo su viaje a Roma con Fr. Alonso de Castro. Vivió mucho tiempo en la ciudad Eterna, siendo el ejemplo de todos por su acendrada caridad. Los últimos trece años de su preciosa existencia los pasó en Alcalá de Henares. Fué canonizado por Sixto V el 2 de julio de 1568 por el mucho empeño que puso en ello Felipe II rey de España, grandemente agradecido al Santo por un singular favor que de él obtuvo el año 1562.

B. JUAN DE PRADO (Franciscano). — En la Diócesis y provincia de León arciprestazgo de Almanza, existe la pequeña villa de Morgovejo patria de nuestro Beato (1560). Vistió la librea franciscana en el convento de Rocamador (Extremadura) el 16 de noviembre de 1584. Los primeros años de su vida religiosa los pasó en la práctica heroica de las más excelsas virtudes. Arrastrado por el celo de la gloria de Dios y salvación de las almas, consiguió, después de vencidas notables dificultades, el internarse en Marruecos para evangelizar aquellas gentes. Indecible es cuanto el Santo debió sufrir entre los infieles enemigos de la fe cristiana. Fué martirizado de mil maneras, herido por el mismo Rey con una mortal cuchillada en el cuello, asaetado, arrojado en una hoguera, y de otras muchas maneras atormentado. Su muerte y gloriosísimo martirio fué acompañado de notables prodigios y visitas amorosas cuanto confortantes del Señor. Murió, por fin, destrozada su santa cabeza a fuerza de cruelísimos golpes el día 24 de mayo de 1631 a los 47 años de hábito y 68 próximamente de edad.

MÍSTICOS Y ASCÉTICOS

*I*a mística franciscana del siglo XVI es verdaderamente admirable. No se nos oculta que los nombres de Teresa de Jesús y Juan de la Cruz significan principado en este reino de la mística española, y con justicia son aclamados

como tales en el mundo entero. Pero cabe preguntar, hablando, sobre todo, de la Mística Doctora: ¿a cuáles fuentes fué a beber su purísima cuanto elevada doctrina? Ella misma confiesa haber sido sus verdaderos y casi únicos maestros de la ciencia mística Pedro de Alcántara, Alonso de Madrid y Francisco de Osuna. Hablemos de ellos, añadiendo pocos más.

FR. FRANCISCO DE OSUNA: «Norte de los Estados» (1550) — «Abecedario espiritual» en seis partes, 1542 y siguientes. La más própiamente mística es la cuarta, que abarca el tratado de la «Ley de amor», «Theología que pertenece no menos al entendimiento que a la voluntad».

FR. FRANCISCO ORTIZ: «Epístolas familiares» (1552).

FR. ALONSO DE MADRID: «Arte para servir a Dios». «Espejo de ilustres personas».

SAN PEDRO DE ALCÁNTARA: «De la oración y meditación» (1560).

FR. JUAN DE LOS ANGELES: «Diálogos de la conquista del espiritual y secreto reino de Dios» (1595), «Manual de vida perfecta» (1608), «Lucha espiritual y amorosa entre Dios y el Alma» (1600), «Triunfos del amor de Dios» (1590). «Vergel espiritual del alma religiosa» (1610), «Consideración espiritual sobre los Cantares» (1607).

FR. DIEGO DE ESTELLA: «De la Vanidad del Mundo» (1574), «Meditaciones del Amor de Dios» (1578).

FR. ANTONIO DE GUEVARA: «Monte Calvario» (1542). «Oratorio de religiosos y ejercicio de virtuosos» (1542).

FR. GABRIEL DE TORO: «Teología Mística, unión del alma con Dios» (1548).

FR. BERNARDINO LAREDO: «Subida del Monte Sión» (1553).

FR. FELIPE DE SOSA: «De la Excelencia del Santo Evangelio» (1569).

FR. JUAN DE BONILLA: «Tratado de la paz del alma» (1580).

FR. FRANCISCO ORTIZ LUCIO: «Jardín de amores santos» (1589), «Mystica Theología» (1608).

FR. ANGEL DEL PAS: «De cognitione et amore Dei» (1595), «De fundamentis boni spiritus et omnis perfectionis spiritualis» (1582). »De profectu et splendore hominis spiritualis« etc., etc. Compuso la mayor parte de sus obras en latín o en italiano.

FR. DIEGO MURILLO: «Escala Espiritual» (1598).

ESCRITORES EN GENERAL

Enojoso sería, por demás, e innecesario dar aquí larga lista y completo catálogo de los escritores franciscanos en el siglo XVI. La literatura española los cuenta por centenares en las diversas manifestaciones del saber humano. A nadie parecerá osadía el que nos apropiemos, cual gloria franciscana, y encabezemos la lista de los principales con el prestigioso nombre mundial de Miguel de Cervantes Saavedra ya que, como es sabido, grandemente se honró ciñendo el cordón franciscano en la Tercera Orden del Santo Patriarca de Asís.

A él añadimos otros tan notables como:

FR. ANDRÉS DE VEGA: «*Doctrina universa de justificatione libris xv absolute tradita et contra omnes omnium errores defensa*» (1572).

FR. ANTONIO DE CÓRDOBA: «*Questionarium Theologicum*» (1578), que contiene entre otros tratados:

De conscientia.

De fide et Ecclesia et Potestate Papae.

De Indulgentiis.

«*Arma fidei sive fundamenta generalia ad omnes haereticos convincendos*» (1562). — Comentarios al Maestro de las Sentencias (1569), etc., etc.

FR. FRANCISCO DE CÓRDOBA: (distinto de un dominico del mismo nombre): «*Annotationes in Religionis artículos a Sectariis controversos*» (1567).

FR. FRANCISCO ORANTES (HORANTIUS), Obispo de Oviedo: «*Locorum Catholicorum pro Romana Fide adversus Calvinii Institutiones*» (1564-1587).

FR. MIGUEL DE MEDINA, asistente al Concilio Tridentino: «*Christiana Paraphesis, sive de Recta in Deo Fide*» (1564). «*De Sacrorum Hominorum continentia*» (1568). — «*Dispensationes de Indulgentiis*» (1565). — «*Apologia Joannis Ferri*» (contra Domingo de Soto) (1558). — »*De igne Purgatorio*», etc., etc.

FR. ALFONSO BRICEÑO, Obispo de Caracas: »*Celebriorum controversialium in primum Sententiarum Scoti... admintis potissimum dissertationibus Metaphysicis*» (1638).

FR. FRANCISCO DE HERRERA: «*De Angelis*» (1595). — «*Disputationes Theologicas et commentaria in libros Sententiarum*» (1589-1595). — «*Manuale Theologicum*» (1606).

FR. JUAN DE ZUMÁRRAGA, primer Arzobispo de México: hizo imprimir la «Breve y más compendiosa Doctrina cristiana en lengua mexicana y castellana» (1539).

FR. ALONSO DE MOLINA: «Doctrina cristiana breve, traducida en lengua mexicana» (1546), «Vocabulario en lengua mexicana y castellana» (1555) reimpresso con muchos aumentos y con otro vocabulario mexicano y castellano en 1571. Este monumental trabajo es hasta ahora el más importante que se conoce sobre dicha lengua, y como vocabulario no ha sido sustituido por otro alguno. Ha sido magníficamente reimpresso en Leipzig en 1880 por el Dr. Julio Platzmann.

«Confesionario breve en lengua mexicana y castellana» (1571), nueva edición mejorada en 1576.

«Doctrina cristiana en lengua mexicana muy necesaria» (1578). — Traducción mexicana de las Epístolas y Evangelios de todo el año. — Horas de nuestra Señora en mexicano. — sermones en la misma lengua.

FR. ANDRES DE OLMO: «Gramática de la lengua Nahuatl o Mexicana» (1547), publicada en París 1875.

«Vocabulario mexicano», «Arte y vocabulario de la lengua totanaca», «Arte, Vocabulario, Catecismo, Confesionario y sermones Huantecos», «Tratado de las antigüedades mexicanas», «Auto del Juicio final».

FR. PEDRO DE GANTE: «Doctrina Cristiana en lengua mexicana» (1553) Beristain afirma que ya se había impreso en Amberes en 1528.

Fr. MATURINO GILBERTI: «Arte en lengua de Mechoacán» lengua tarasca 1558.

«Diálogo de Doctrina cristiana en la lengua de Mechoacán (1559). «Tesoro espiritual en lengua Mechoacán o lengua tarasca, 1558.

«Vocabulario en lengua de Mechucán» (1559), «Cartilla para los niños en lengua tarasca» (1559), «Gramática latina para los indios» (1559).

FR. FRANCISCO TAUSTE: Capuchino: «Arte y diccionario de la lengua de Cumaná» (1580) «Doctrina Cristiana para instrucción de los indios, Chaimas, Cumanagotas, Cores y Parias en sus respectivos idiomas».

FR. MATIAS RUIZ BLANCO: «Diccionario de la lengua de Cumaná y Arte de la misma, del P. Yanguas, corregido y enmendado» (1683 y 1890). Tres tomos

que contienen: el primero principios y reglas de la lengua Cumanagota, con un vocabulario de ella; el segundo, advertencias y anotaciones a la Gramática Cumanagota; el tercero, la «*Doctrina Cristiana*» y un «*Tesoro de nombres y verbos*».

FR. JUAN DEL POBO, Capuchino: «Instrucción para los confesores en lengua chaima» (una de las lenguas caribes).

SIGLO XVII

En este siglo resplandeció en el cielo de la Orden Seráfica un astro de primera magnitud cuyos rayos fueron harto potentes para iluminar al trono de España. Nos referimos a la Venerable María de Jesús de Agreda. Nació en Agreda el 2 de abril de 1602. Desde muy joven se sintió llamada al estado religioso franciscano al cual arrastró no sólo a su hermana sino también a sus mismos padres. Por el largo espacio de 36 años fué abadesa de su monasterio logrando infiltrar en el alma de sus religiosas aquella acendrada piedad de que estaba llena. Tuvo que soportar duras pruebas con motivo de la condenación de sus obras. No le faltaron, con todo, ardientes defensores, siendo el principal Fr. Diego González Mateo, autor de dos voluminosos libros contra Amort y defendiendo las obras de la Venerable. Por espacio de 22 años estuvo en constante correspondencia con el Rey de España Felipe IV; las cartas de la Venerable Madre, conservadas hoy por fortuna, deben considerarse como un dechado de prudencia, acendrado patriotismo, levantado espíritu de justicia y como un modelo de claridad y concisión. Tanto debieron de poder los consejos de la Madre Agreda en el ánimo del Monarca que según opinan algunos autores, influyeron decididamente en apartar al conde-duque de Olivares del gobierno de la nación. Entre los últimos hechos más notables de su vida no debemos pasar en silencio el haber escrito al Papa Alejandro VII, solicitando su mediación en favor de la paz tan quebrantada, a la sazón, entre los príncipes cristianos.

La Venerable Madre murió en su convento de Agreda el 24 de mayo de 1665 a los 63 de edad y 46 de religión. Sus escritos son muchos y muy notables. Entre los principales podemos enumerar: el delicado tratado de ascética titulado «*Escala*» «El cántico o letanía de elogios a la Madre de Dios». «Meditaciones

de la Pasión de N. Señor». «Ejercicios cotidianos y doctrina para hacer las obras con mayor perfección». Pero su obra más notable es *La Mística ciudad de Dios o Historia de la Reina de los Angeles*. La biografía de la Madre Agreda también es abundante.

LOPE DE VEGA Y CALDERÓN. — Estos dos grandes ingenios de las letras españolas fueron también hijos fervorosos del Seráfico Patriarca. Profesaron la regla de la Tercera Orden franciscana. Los antepasados de Calderón se gloriaban de haber hospedado en su casa a San Francisco de Asís cuando éste hizo su viaje a España.

PADRE ISIDORO DE SEVILLA (Capuchino). — Elogio cumplido sería de este insigne apóstol revelador de su ardiente celo y constantes trabajos en nuestra Patria el merecido elogio que le tributaba la Corte cuando en ella predicó con tanta aceptación llamándole *«Aguila de los predicadores»*.

Fué el gran propagador de la devoción a la Divina Pastora de las almas Patrona de las misiones capuchinas. Afligido el Santo Apóstol por la dureza y frialdad conque los pecadores escuchaban la divina palabra, pidió a la Madre de la Misericordia y Refugio de los pecadores un medio para lograr la conversión de éstos. Se le aparece la D. Madre en traje de Pastora y le promete que mediante la propagación de esta devoción muchísimos habían de volver al redil del Pastor Bueno. Después de haber evangelizado las principales regiones de España, cargado de méritos y consumido por los trabajos del apostolado, entregó su alma al Señor en la ciudad de Antequera el 27 de diciembre de 1615.

V. P. JOSÉ DE CARABANTES (Capuchino). — Carabantes, pueblecito pequeño de la provincia de Soria, fué la cuna de nuestro apóstol. Nació el 27 de junio de 1628. Hecha su profesión religiosa, y sacerdote del Altísimo, sintió muy viva la vocación al apostolado en la que fué confirmado por la V. M. Agreda, cuyas palabras fueron para El tan eficaces, que le resolvieron a dejar la Patria para buscar las almas de los infieles en las selvas americanas. En 1657 se embarcó para Cumaná y Caracas. Bien se dejan comprender los trabajos de su apostolado máxime entre los caribes. Bastará decir que estos infieles le tuvieron por algunos días alimentando y cebando con el designio de hacerle su alimento. La Providencia veló por tan preciosa vida, y después de haber trabajado algún tiempo

con la palabra y con la pluma para la reducción de aquellas almas, volvió a España donde continuó, con no pequeño fruto, sus tareas apostólicas.

Por segunda vez volvió a las Américas y entre los caribes; por segunda vez estuvo su vida en inminente peligro; por segunda vez regresó a la Patria amada donde había de dar tan luminosos ejemplos de celo santo. Las principales regiones que merecieron oír su apostólica voz fueron Galicia, Aragón y Andalucía. Símbolo del fuego sagrado que ponía en su predicación fué el estupendo prodigo acaecido en una de sus misiones en la cual todo el numeroso auditorio vió que de la boca del santo apóstol salía como una ráfaga de fuego y en ella resplandecientes estrellas. Su gloriosa y santa muerte tuvo lugar el 11 de abril de 1694. Monforte de Lemos tiene la dicha de poseer tan rico tesoro. Los santos despojos del V. Carabantes consérvanse incorruptos, después de más de dos siglos, y sus manos flexibles.

Las principales obras del Venerable son:

1.º Práctica de Misiones. Remedio de pecadores. Dos tomos: el primero impreso en León (1674) y el segundo en Madrid (1678); el primero contiene un hermoso tratado sobre el celo de las almas y reglas para Misiones entre fieles e infieles, y quince sermones de Misiones; y el segundo trae veinticuatro sermones,

2.º Pláticas dominicales. Dos tomos en folio.

3.º Jardín florido del alma.

4.º Ars addiscendi, atque docendi idiomata pro missionariis ad conversationem Indorum abeuntibus (en Madrid).

5.º Lexicon, sive vocabularium verborum, adverbiorum, conjunctionum et interjectionum ad meliorem intelligentiam significationemque Indorum (en Madrid).

FR. PEDRO DE ALAVA Y ASTORGA, célebre entre los infinitos españoles que defendieron el dogma de la Inmaculada Concepción (más de 200) «Biblioteca Virginalis» (1649).

FR. FRANCISCO DE MACEDA: «Serinium S. Augustini de Praedestinatione Gratiae et libero arbitrio» (1648) contra los jansenistas. — «Schola Theologicae Positivae ad doctrinam Catholicorum ajerta» (1664). — «Collationes doctrinae S. Thomae et Scoti» (1673), etc. etc.

FR. LUIS DE CASPE, (Capuchino) «Cursus Theologicus... secundum ordinem Divi Thomas». (1641).

FR. LUIS DE ZARAGOZA, (Capuchino). «Lucubraciones Theologicas... juxta mentem Sancti Bonaventurae».

FR. ALAMÍN (Félix) Capuchino. Según el P. Juan Mir es clásico «Falacias» (1693), y tiene varias otras obras, entre las que merecen especial mención: 1.º Retrato del verdadero sacerdote y Manual de sus obligaciones, en 4.º Madrid, 1904; 2.º Exhortación a los diez Mandamientos, en folio. — Madrid. 1714.

FR. FUENTE LA PEÑA (Antonio). Capuchino. — Tiene varias obras: 1.º Retrato divino, en que para enamorar las almas se pintan las divinas perfecciones con alusión a las facciones humanas en 8.º — Madrid, 1688. — El P. Juan Mir cita esta obra como clásica. — 2.º Ente dilucidado. Discurso novísimo. — 3.º Concepto de la Mistica Teología (1701). 4.º Luz de la verdad, en 8.º (1702).

FR. JUAN BAPTISTA, llamado el «Tulio mexicano»: «Confesonario en lengua mexicana y castellana», »Hieroglíficos de conversión», «Espejo espiritual», «Huehuetlantolli, que contiene las pláticas que los padres y madres hicieron a sus hijos y a sus hijas, y los Señores a sus vasallos, llenas de doctrina moral y política» 1601. Conserva este libro interesantes reliquias de la antigua literatura asteca. — «Vida de San Antonio de Padua» en mejicano (1605).

«Libro de la miseria y brevedad de la vida del hombre y de sus cuatro postimerías» idem (1604).

»Sermonario en lengua mexicana» (1607). — Tradujo al mejicano gran parte del «Flos Sanctorum», el «Tratado de la Vanidad del mundo» del P. Estella, el «Kempis», etc. Se le atribuyen representación o autos en lengua *nahuatl*.

FR. ANTONIO SOBRINO: «De la vida espiritual y perfección cristiana» (1612).

FR. PEDRO DE SAN BUENAVENTURA: «Jornada del alma a Dios» (1614).

FR. FRANCISCO FERNÁNDEZ: «Guía de la vida espiritual» (1643).

FR. ALFONSO PASTOR: «Soledades del amor divino» (1665).

FR. JUAN DE LA FUENTE: «Arbol de la Vida» (1672).

FR. JUAN CORONEL: «Doctrina cristiana en lengua maya» (1620), «Arte para aprender la misma lengua».

FR. GREGORIO MOVILLA: «Explicación de la doctrina cristiana por el Cardenal Belarmino, que está en lengua Timucuana de la Florida» (1631).

«Modo de administrar los Sacramentos, en lengua de la Florida»

FR. MIGUEL VAL: «Comparaciones varias de las dos lenguas castellana y mexicana». El autor murió en 1643.

FR. BERNARDINO DE VALLADOLID: «Dioscórides en lengua del Yucatán con adiciones». El autor murió en 1652.

SIGLO XVIII

El franciscanismo en España está representado y como encarnado en el siglo XVIII en la gran figura del Beato Diego José de Cádiz misionero Capuchino. Nació en Cádiz (1743).

Murió en Ronda de Málaga el 24 de marzo de 1801 a la edad de 56 años. Le beatificó León XIII en 1894.

Las obras principales del Beato son: «Sermones y alocuciones sobre Varios asuntos». «Aljaba mística y modo de visitar a Jesús Sacramentado». «Memorial al Rey con motivo de la guerra contra la República Francesa». «Colección de consultas graves». etc., etc.

Nada puede dar mejor idea de lo que fué este gran apóstol como las memorables palabras que de él dice el insigne D. Marcelino Menéndez y Pelayo en su «Historia de los Heterodoxos Españoles».

«Pongamos ante todos los oradores que difundieron por la península la luz de la cristiana enseñanza en el siglo XVIII a Fr. Diego José de Cádiz, misionero capuchino y varón verdaderamente apostólico. El fué en un siglo incrédulo algo de lo que habían sido San Vicente Ferrer en el siglo xv y el Beato Juan de Ávila, Apostol de Andalucía, en el xvi. Desde entonces acá, palabra más elocuente y encendida no ha sonado en los ámbitos de España. Los sermones y pláticas suyas que hoy leemos, son letra muerta, y no dan idea del maravilloso efecto, que no bajo las bóvedas de una iglesia, sinó a la luz del mediodía en una plaza pública o en un campo inmenso, ante treinta mil o más espectadores, porque las ciudades se despoblaban y corrían en turbas a recibir de sus labios la divina palabra, producía con estilo vulgar, con frase desaseada, pero

radiante de interna luz y calentada de interno fuego, aquel varón extraordinario, en quien todo predicaba, su voz de trueno, el extraño resplandor de sus ojos, su barba blanca como la nieve, su hábito y su cuerpo amojamado y seco. ¿Qué le importaban a aquel hombre las retóricas del mundo, si nunca pensó en predicarse a sí mismo?

Para juzgar de los portentosos frutos de aquella elocuencia, que fueron tales como no los vió nunca el *ágora* de Atenas, ni el Foro de Roma, ni el parlamento inglés, basta acudir a la memoria y a la tradición de los ancianos. Ellos nos dirán que a la voz de Fr. Diego de Cádiz (a quien atribuyen hasta don de lenguas) se henchían los confesonarios, soltaba o devolvía el bandido su presa, rompía el adulterio los lazos de la carne, abominaba el blasfemo su prevaricación antigua, y diez mil oyentes rompían a un tiempo en lágrimas y sollozos. Quintana le oyó y quedó asombrado, y todavía en su vejez gustaba de recordar aquel asombro, según cuentan los que le conocieron. D. José Joaquín de Mora ensalzaba en estos términos la elocuencia del apóstol capuchino:

«Yo vi a aquel fervoroso capuchino,
timbre de Cádiz, que con voz sonora
al blasfemo, al ladrón, al asesino
fulminaba sentencia aterradora.

Vi en sus miradas resplandor divino,
con que angustiaba al alma pecadora,
y diez mil compungidos penitentes
estallaron en lágrimas ardientes.

Le vi clamar perdón al trono augusto
gritando humilde; «No lo merecemos,»
y temblaban, cual leve flor de arbusto,
ladrones, asesinos y blasfemos;
y no reinaban más que horror y susto
de la anchurosa plaza en los extremos,
y en la escena que fué de impuro gozo
solo se oía un trémulo sollozo.»

Orador más popular, en todos los sentidos de la palabra, nunca lo hubo, y aun puede decirse que Fr. Diego de Cádiz era en todo un hombre del pueblo, así en sus sermones como en sus versos, digno de haber nacido en el siglo XIII y de haber andado entre los primeros hermanos de San Francisco».

FR. JOSÉ TORRUBIA: «Aparato para la Historia Natural española» (1754, traducida al alemán en 1773) Véase su tratado de los fósiles. Uno de los primeros que afirmaron la especial configuración orgánica de éstos.

FR. MELCHOR OYANGUREN: «Arte de la lengua japona, conforme al método del Arte latino de Nebrija, con algunas adiciones de los idiomas Ximo y Cami» (1738).

FR. FRANCISCO CAÑES: «Gramática arábigo-española, vulgar y literal, con un diccionario arábigo español» (1775), «Diccionario arábigo-español». En el prólogo de la gramática se menciona otra de Fr. Francisco González, que no hemos visto.

FR. JOSÉ DE SAN PEDRO DE ALCÁNTARA CASTRO: «Apología por la teología escolástica» (1796).

P. P. FR. RAFAEL Y FR. PEDRO MOHEDANO: «Historia literaria de España» (1766 a 1791).

SIGLO XIX

Los primeros días de este siglo fueron de luto para nuestro Patria. Manos usurpadoras quisieron arrebatar una corona y escalar un trono envidiados entre todos los del mundo. La Patria derramó un río de sangre, pero triunfó de todos sus enemigos envidiosos y cobardes. España ganó su legítima guerra de la independencia, y si debió sufrir quebrantos, no fueron pocos los que infirió a los usurpadores.

¿Qué parte de gloria les pertenece en esta patriótica lucha a los hijos del Serafín de la Umbría? No lo vamos a recordar aquí, que no sería del caso; tan sólo queremos hacer notar que es muy dudoso se haya hecho la debida justicia, en este punto, a los religiosos franciscanos de las distintas ramas. Cuando efecto de las circunstancias anormales los pueblos se amotinaban amenazando entre los hermanos ríos de sangre (1808); cuando la ciudad de Cádiz está su-

blevada, y el pueblo pide a gritos por Gobernador al Guardián de los Capuchinos, y debido a su prudencia y virtud, libra a la Ciudad de un cataclismo (1809); cuando los religiosos salvan los preciosos tesoros de los cuadros de Murillo de la rapiña francesa (1810); cuando los franciscanos y capuchinos abren las puertas de sus conventos para dar asilo a los cabildos catedrales, y con ellos conviven en santa armonía (1812); cuando los religiosos comparten con el pueblo la alegría producida por la ausencia del enemigo, y son los primeros en el trabajo de restauración de aquellas cosas que por las fierzas de la guerra habían sido deterioradas (1812)... cuando, digo, todo esto y mucho más practican los hijos del Santo Penitente de Asís, es porque su pecho estaba inflamado de santo amor a la Patria y a su Rey. Son dignos de notarse como personajes sobresalientes el Ilustrísimo P. Santander, obispo capuchino, y muy notable, sobre todo, por sus obras de predicación; y el Excmo. P. Martín (Jacinto) Obispo de la Habana también menor-capuchino. Las obras más notables de este son «La edad media comparada con los tiempos modernos», «La Virgen María en sus relaciones con Dios, con los ángeles y con los hombres». «El Paraíso hallado en las delicias de la Eucaristía» «La escuela del amor abierta a todos en el Corazón de Jesús».

No nos detendremos a citar más nombres, pues a pesar de los grandes servicios prestados por los franciscanos a la Patria en este siglo, recibieron el pago de la expulsión de sus conventos.

Daremos fin a este modestísimo trabajo recordando el glorioso martirio de los Santos Franciscanos españoles padecido en Damasco el año 60. El actual Pontífice Pío XI ha querido solemnizar el Año Seráfico o VII Centenario de la gloriosísima muerte de San Francisco de Asís, elevando al honor de los altares a estos heroicos confesores de la fe.

La generación presente recuerda muy bien los nombres del P. Andoaín apóstol de Cuba después de la exclaustración española y cuya causa de beatificación se trabaja con éxito. Recuerda también al Excmo. Cardenal Vives y Tutó, al célebre P. Valencina, al notable filósofo P. Casanova, al distinguido P. Barbens, etc., etc.

NOTA FINAL.

No tenemos la osadía de creer, ni por mientes, sea este trabajo de pretensiones. Recuérdese lo dicho al principio. Sólo llevábamos la mira de dar unas sencillas notas de vulgarización histórico-franciscanas para honra del gran Fundador de los *Menores*, gloria de su Orden e ilustración de los muchísimos entusiastas y favorecedores del franciscanismo.

FR. PAULINO M.^a DE CERVATOS

O. M. CAP.

Madrid, 5 de abril de 1927.



SAN FRANCISCO EN LA PINTURA



os fueron los manatales que contribuyeron a formar el caudoso y pujante río del Renacimiento Italiano. Pero como no aportaron la misma riqueza en sus respectivos veneros, no influyeron por iguales partes en aquel portentoso y transcendental movimiento artístico.

Fué uno de ellos, el menos antiguo, el de menor caudal y de intermitente vena, la influencia aportada por la admiración, estudio e inspiración de las bellas esculturas, griegas y romanas, que aparecían en las excavaciones. Pero los artistas italianos y los bizantinos en Italia establecidos, si tuvieron gran admiración y entusiasmo por aquellos bellísimos hallazgos, si los estudiaron con pasión y trataron de inspirarse en ellos al ejecutar sus obras, no supieron sentir y comprender el verdadero espíritu de aquellas maravillas, pues así como los insignes artistas griegos se habían elevado desde el individuo al tipo, del natural al ideal, los renacentitas (con algunas excepciones, como Fra Angélico, Miguel Angel, y alguno más) descendieron del tipo al individuo, del ideal al natural, mereciendo por ello de la posteridad el dictado de *realistas*, aunque más propio sería, en mi modesto parecer, clasificarlos como *naturalistas*.

La otra fuente, la más copiosa, la de más rico venero, la que verdaderamente engendró el caudoso y dominante Renacimiento, fué el amor a la natura-

leza, y, por ende, su observación, su estudio y su asimilación, que, en este caso, sí, fué acertada y completa.

Fracisco de Asís es el enamorado de la Naturaleza. Es todo pasión, todo fuego, llama inextinguible y purificadora que ama a Dios sobre todas las cosas y en todas las cosas, y, por ello, ama a todo cuanto El ha creado, siendo la más grande encarnación del Amor, después de Jesucristo. Y al considerarse hijo del Hacedor Supremo, se siente hermano de cuanto debe el ser al Sumo Amor, y son sus hermanos la luz, el agua, las flores, los pájaros y hasta las fieras, pues que él, a fuerza de amor, las amansa y domestica.

Por amor a Dios y al prójimo da todo cuanto tiene, y por esta prodigalidad le infinge su padre durísimos castigos, pues, hombre mercantilizado, no alcanza a comprender la esquisitez de aquel espíritu superior; y cuando se ve impedido a la necesidad de aparatarse de él, al entregarle los vestidos que lleva puestos y quedar desnudo, sufriendo, él, que era todo amor, uno de los más amargos dolores de su vida, halla valor en su fe para decir a su padre, con el corazón roto pero con el alma entera: «Si hasta hoy te consideré como mi padre en la tierra, de hoy más puedo decir plenamente: Padre Nuestro que estás en los Cielos».

Renuncia a las riquezas, al bienestar corporal, a todo cuanto con moneda puede adquirirse. Y estos sacrificios los realiza, no sólo con fe y con valor, sino con verdadera alegría, pues, despojado de todo ese pesado y enojoso lastre que con la vida material le liga, queda libre y alígero para elevar su vuelo a su Divino Imitado, y goza del contacto directo y único de aquello que Dios nos ofrece en la naturaleza, con esplendidez soberana, de más grandioso, de más bello, de más admirable, y que no puede adquirirse con los tesoros de Creso, cual es la luz, el aire, el agua, los montes, los ríos y los pajarillos en libertad.

Por eso le llama Menéndez Pelayo «Soberano Poeta de la Vida».

Francisco de Asís, *el francesco*, porque es provenzal por sangre materna, es un trovador, músico y poeta. En cánticos de suprema belleza expresa sus alegrías, sus angustias y sus esperanzas. Cuando va a perder la vista y a sumergirse en una larga tiniebla, compone su hermoso y alegre canto al «Frate Sole». Y en sus enfermedades, en sus tribulaciones, Dios le conforta enviándole ángeles músicos, y en las celestes armonías encuentra alivio a sus dolores.

Este ser sobrenatural, que, según el gran poeta Guerra Junqueiro, más se acerca al *superhombre*, es el Arte por esencia y en potencia. Su paso por la tierra había de producir forzosamente algo grandioso, extraordinario; era indefectible que dejara grabada, con el fuego divino en que se abrasaba, huella indeleble; y él fué, en efecto, la raíz, la fuente, el origen de ese asombroso Renacimiento Italiano, que fué, a su vez, el tronco del árbol del Renacimiento universal y de todo el Arte de la Edad Moderna.

Dice, pues, gran verdad Renán, cuando, hablando de San Francisco de Asís, afirma: «Este mendicante fué el padre del Arte Cristiano».

La fama enorme que, en Umbría y Toscana especialmente, adquirió en vida el Poverello,—el pueblo a su paso se arrodillaba diciendo: «Ecco il Santo!»— y el caso insólito de ser canonizado meses después de su tránsito, había de impresionar hondamente la imaginación de todos los artistas dignos de este nombre, y fueron innúmeras las obras bellas que brotaron de pinceles y cinceles, inspiradas en la representación de la persona del Seráfico y en sucesos y pasajes de su vida excepcional y sobrehumana.

¿Qué pintores, de los que los nombres nos son conocidos, pudieron retratar, en el sentido estricto de la palabra, es decir, *de visu*, al Poverello? Tres: Berlinghiero, padre de los hermanos Barone y Buonaventura; Giunta da Pisa, si existió, pues hoy se pone en tela de juicio la existencia de este artista; y Guido da Siena, si el bello cuadro de la Madonna en trono con ángeles del Palazzo Público está fechado en 1221, como leen unos, pues, si, como leen otros, la fecha es 1281, es imposible o casi que alcanzara a conocer al Santo y a poder retratarle de presencia.

Antes de entrar a examinar las obras atribuidas a estos pintores,—y a otros casi contemporáneos de ellos,—veamos los retratos descriptivos que del Seráfico se conocen, y que pueden merecernos crédito por estar trazados por amigos y compañeros del Santo. Son el de Tomás de Celano, el de los Tres Compañeros y el de San Buenaventura.

El Celanense, biógrafo príncipe del Poverello, lo describe así: *Facundissimus homo, facies hilaris, vultu benignus, statura mediocris parvitati vicinior, caput mediocre ac rotundum, facies utcunque oblonga et protensa, frons plana et parva, mediocres oculi nigri et simplices, fusi capilli, supercilia recta, na-*

sus aequalis subtilis et rectus, aures erectae, sed parvae, tempora plana, lingua placabilis, ignea et acuta, vox vehemens, dulcis, clara atque sonora, dentes conciuncti aequales et albi, modica labia atque subtilia, barba nigra, pilis non plene represa, collum subtile, humeri recti, brevia brachia, tenues manus, digitus longi, ingues producti, crura subtilia, parvuli pedes, tenuis cutis, manus larguisima...

Cuya traducción aproximada es la siguiente:

Hombre elocuentísimo, de aspecto alegre, agradable y simpático, más bien bajo, cabeza no grande y redonda, cara ovalada y larga, frente plana y pequeña, ojos medianos negros y fracos, cabello fosco, cejas rectas, nariz recta y fina, orejas pequeñas y derechas, sienes deprimidas, lengua fogosa y aguda, voz vehementemente, dulce, clara y sonora, dientes juntos, iguales y blancos, labios pequeños y finos, barba negra y rala, cuello delgado, húmeros rectos, brazos cortos, manos descarnadas y finas, dedos largos, uñas crecidas, piernas delgadas, pies pequeños, vestido áspero, mano muy pródiga.

Los otros retratos descriptivos concuerdan con éste en casi todos los puntos esenciales.

Entre los más antiguos retratos o representaciones pictóricas que del Seráfico se conocen, parece el decano, y es uno de los mejores y más interesantes, el anónimo del Sacro Speco, en Subiaco. Tiene la capucha calada y ofrece curiosas particularidades, como la de no ostentar los estigmas, no tener la cabeza rodeada por el nimbo, y aparecer en el fondo de la pintura, a la altura de la

FRA

frente y parte a cada lado de la figura, la frase: FR ; es decir, que cuando CISCVS

este retrato se pintó, el Seráfico no sólo no estaba canonizado, sino que todavía no había recibido en Monte Verna el divino don de los estigmas.

En este icono la figura de Fr. Francisco tiene una belleza, un movimiento y una elegancia que la apartan por completo de la rigidez seca y fría de las pinturas bizantinas, de la que adolecen las obras de los Berlinghieri, como puede comprobarse en España por la interesante copia del San Francisco pintado en Luca en 1235 por Buonaventura Berlinghiero, que existe en la Parroquia de

Villacé, citada y reproducida en el magnífico Catálogo Monumental de la Provincia de León por el sabio maestro Sr. Gómez Moreno.

En el bellísimo cuadro del Subiaco, en la parte inferior, a la derecha del retratado y semioculta por la jamba de la puerta o marco, aparece una pequeña figura con la mirada en alto y las manos juntas en actitud de orar. ¿Es el donante? ¿Es el pintor? Si esto segundo, el detalle tendría una importancia iconográfica de máximo interés y de transcendencia capital. El día que sea descifrado el enigma del autor de este retrato, sea Guido da Siena, como afirman unos, sea Giunta Pisano, como sostienen otros, sea un tercero hasta ahora insospechado, vacilaría en las manos del insigne Cimabue el cetro de verdadero iniciador del Renacimiento Italiano, pues el delicioso retrato del Subiaco suma a todos los caracteres del más bello naturismo renacentista, la elegancia y distinción griegas.

Y no solamente es un verdedaro retrato, sino que coincide en casi todos los caracteres con el descriptivo de Celano: Frente estrecha, mirada penetrante, nariz fina y recta, boca pequeña, barba negra y rala, orejas rectas, cuello largo, manos descarnadas, pies pequeños y un poderoso e irresistible atractivo en su fisonomía, ademanes y persona.

Dos pequeñas diferencias se observan: los ojos son mayores en el retrato pintado que en el escrito, pero quizás el pintor lo hizo conscientemente para dar mayor fuerza y encanto a la mirada; y la estatura es en el cuadro algo más elevada que en el natural, pero esto estaría hecho de intento, pues todo buen artista sabe que debe alargar las figuras para dar elegancia y espiritualidad a la obra.

El P. Fachinetti, en su hermosa y documentada obra, omite los dos que se expresan a continuación. Es uno, el pintado en tabla que se conserva por los Menores Conventuales en su Basílica del Santo en Asís, comúnmente atribuído a ignoto del siglo XIII, pero su comparación con el de Pescia indujo a Monseñor Faloci a atribuirlo a Berlinghieri. En otros estudios figura como de Giunta Pisano. Sin embargo, el semblante y la actitud del Santo, la composición y la representación de los cuatro milagros que rodean la efigie, hace esta pintura hermana gemela de la existente en el Vaticano y atribuída al Margaritone.

Y es el otro un grabado que se encuentra en el Museo Franciscano de los

Menores Capuchinos de Roma. El grabado, hecho sobre un antiguo dibujo, es obra del pintor veneto Ludovico Corazzari y del grabador Giuseppe Perini. El dibujo tiene dos inscripciones: una al borde inferior, en latín, y otra, encima de la anterior y en forma de cartela, que dice textualmente: IO TULLIO PITORE DI PERUGIA ESENDO STATO GUARITO DA QUESTO BEATO HUOMO F. FRANCESCO D'ASSISI D'UNA GRANDISSIMA APOPLESIA SONO ANDATO QUESTO ANNO MCCXIX AL CAPITOLO DELLE STORE A LA M.^a DELI ANGELI ET HO FATO IL PRESENTE SUO RITRATO SOPRA DI LUI PER DIVOCIONE CHE IO HO IN QUESTO BEATO HUOMO.

¿Qué autenticidad puede tener esta cartela y qué antigüedad el dibujo?

¿Quién es este Tullio de Perugia, pintor, que en 1219 asiste al famoso Capítulo de las Esteras en Santa María de los Angeles y hace *sopra di lui*, es decir, del natural, este retrato de Francisco de Asís? El dibujo es un busto con la cabeza inclinada y en un escorzo de tres cuartos, estrecha la frente, con marcadas entradas, las cejas largas y muy finas, las sienes deprimidas, las orejas pequeñas, los ojos grandes y de mirada dulce, la nariz recta, los labios finos, el bigote y la barba muy largos; es decir, que coincide en muchos puntos, aunque en algunos no, con los retratos descriptivos. La cabeza no está aureolada y el retratado representa de 35 a 40 años.

Debajo de la inscripción latina, que a nuestro objeto no interesa, en letra pequeñísima, casi borrada en algunas partes, dice: Facie hilaris, Vultu Benignus Facie utcunque oblonga et protensa, frons plana et parva... nasus aequalis subtilis... Conform.: lib.: part.: pag. 131.

En el eremitorio de Greccio existe un anónimo «retrato del Santo» que concuerda con los que le describen como «pequeño de cuerpo, frente reducida, nariz aguileña, barba inculta y cejas largas». Si es retrato *de visu*, como no ostenta nimbo y sí los estigmas, fué pintado poco tiempo antes de su muerte. Su demacración y la actitud de limpiarse los ojos con un lienzo, concuerdan con la estenuación física del Poverello y con la enfermedad a la vista que le llevó a las lindes de la ceguera, y que inmortalizó con su bello canto al Sol.

Esta pintura, de un enorme realismo, es como obra de arte inferior a la del Subiaco, pero de gran interés intrínseco. En el fondo, muy borrosamente, pare-

ce percibirse aureola y las dos iniciales S. F. Pero afirma el P. Facchinetti que, por muchos indicios, y hasta por la forma de las letras, puede afirmarse que son agregados posteriores.

En el Baptisterio de Parma: San Francisco y el Serafín. Algunos creen esta pintura contemporánea del Seráfico, hecha cuando estuvo en aquella ciudad por los años 1220 a 21, pero más probable parece que sea posterior, pues afirma el ya citado P. Facchinetti que el Poverello no comenzó a usar sandalias o escarpines hasta después de recibir las llagas, y el aspecto físico del retratado no acusa la extenuación cercana de la muerte. Por esto creen otros críticos que se trata de obra posterior a la muerte del Santo.

En la Biblioteca Ambrosiana, en el donativo hecho por el Cardenal Federico Borromeo en 1816, en la Sección «Retratos hechos de pintores menos célebres», hay uno cuya ficha en el Catálogo dice así: «Il Ritrato de San Francesco in piedi, di statura quasi naturale, cavato da quello che si stima che forse la piú vera effigie del Santo».

(En nuestra última estancia en Milán no nos fué posible visitar esta parte de la Ambrosiana, por lo que no pudimos examinar este curioso documento, ni conseguimos obtener reproducción de él.)

Los hasta ahora estudiados, son los que, por carecer de los estigmas y del nimbo o aureola es más verosímil que fueran hechos en vida del Seráfico y quizás *de visu, sopradi lui*, como afirma el autor del dibujo en la cartela.

Veamos ahora algunos que, por su ejecución, pueden ser considerados como posteriores en poco tiempo a la muerte del *Pobrecillo* y están, por consiguiente, pintados de recuerdos o de referencias.

Mucho tiempo túvose por anónima otra bella representación de San Francisco de Asís, con San Pedro y San Pablo, en mosaico, en la Basílica de Santa María la Mayor, de Roma, pero hoy parece probado que fué su autor Jacobo Torriti o Torrita, autor también del mosaico que orna la cúpula de la tribuna en la Basílica Lateranense, en la que con Torrita colaboró, hacia 1290, el monje franciscano Jacobo de Camerino.

El icono del Santo en la Capilla de San Carlos, en la Basílica de Santa María de los Angeles, atribuido por unos a Giunta Pisano y por otros al «Maestro de San Francisco», es de sentido y espíritu bizantinos, y aun lo son en mayor

grado los pintados por los Berlinghieri o por su escuela. Si el «Maestro de San Francisco» es el autor del retrato de Perugia (Real Pinacoteca), no nos parece que lo sea del de Santa María de los Angeles; y si Giunta de Pisa es el pintor de éste, no creemos que pudo serlo de otro retrato del Santo en esta última Iglesia, ni debe atribuirsele el del Subiaco, aunque no sería tan disparatado suponerle autor del de Greccio.

Este retrato de la capilla de San Carlos, atribuido, como hemos dicho, por unos a Giunta, por otros al Maestro de San Francisco, y por algunos a Cimabue, está pintado, según tradición o leyenda, sobre la tabla que servía de lecho al Seráfico.

Otro pintor relativamente contemporáneo del *Francesco*, fué Margarito d'Arezzo, llamado il Margaritone. Si es cierto que nació en 1216, tenía diez años cuando falleció el *Povorello*; por consiguiente, si le conoció, no pudo retratarle *de visu*, sino de recuerdo o de referencias. Cinco por los menos se conocen a él atribuidos: tres en Roma, uno en Florencia y otro en Pisa. Son semejantes los dos que están en San Francisco a Ripa; varía bastante el de Florencia (Santa Croce); más aún el de Pisa, todos en sentido bizantino, y apártase algo de ellos el de la Pinacoteca Vaticana.

Además de estos cinco en los que el Santo está representado en pie, recordamos otro, interesantísimo, también del Margaritone, en la Galería Antigua y Moderna en Florencia, en el que el Seráfico aparece de rodillas y en acto de recibir los divinos Estigmas. En este cuadro la figura tiene mucho más movimiento que en los anteriores. De referencia conocemos otro en la iglesia de San Francisco de Castiglione, atribuido también a Margarito d'Arezzo, llamado también Margaritone di Magnano.

En estilo semibizantino hay otro anónimo en Siena. Y merece citarse por ser gracioso e interesante otro ícono en Perugia (Iglesia de San Mateo) de autor ignoto y de sentido realista.

De los dos existentes en la Academia de Bellas Artes de Siena, la figura de medio cuerpo en el cuadro de la *Madonna y Santos*, está atribuido a los Berlinghieri o a su escuela; y el cuadro en que aparece de cuerpo entero, rodeado de escenas de su vida y con legión angélica en el tímpano, atribuido a Maestro

Senense del siglo XIII, por su comparación con la Madonna de Guido de Siena podría tal vez atribuirse a este Maestro.

El anónimo de San Antonio de Amalfi no parece obra de primera categoría, ni tampoco el de ignoto del siglo XIII, muy deteriorado, de la Pinacoteca Vannuci de Perugia.

En Asís, en la iglesia de Santa Clara, hay un crucifijo del siglo XIII. La Cruz, como algunas bizantinas y otras de esa época, es una tabla pintada con temas adecuados. En la parte superior, Cristo Glorioso y Angeles; al brazo derecho la Dolorosa y a la izquierda el Discípulo; y en la parte inferior dos Santas arrodilladas, y, entre ellas, también de rodillas, San Francisco teniendo en sus manos un pie del Redentor y besando la herida causada por el clavo.

La figura y actitud del Santo son de suma elegancia, y los rasgos de la bella y fina fisonomía (cara alargada, frente estrecha, mirada dulce y brillante, nariz recta, boca fina, barba poca, etc.), convienen con la descripción del Celanense. El autor es anónimo, pero el estudio anatómico del Crucificado y la belleza y distinción de las figuras accesorias, hacen pensar en uno de los maestros del apogeo pictórico del siglo XIII.

Dejando de enumerar otros varios anónimos de la primera mitad del siglo XIII, que no aportan datos interesantes al somero estudio que venimos haciendo, llegamos con Cimabue al período aureo del Renacimiento Italiano.

Para citar las obras, los autores y los sitios en que están los cuadros franciscanos de esa época, o sea, los que representan al Santo solo, con otros, o en escenas y pasajes de su vida, haría falta un grueso volumen; y aún solamente para enumerar los artistas que de ello trataron, tendríamos que llenar muchas más páginas de las que nos es posible disponer, pues ya dijimos que la fama, la vida y los hechos de este portentoso personaje y su rápida canonización, necesariamente tenían que impresionar a todos los artistas que este nombre merecieran, y habían de ser fuente de inspiración inagotable.

Tanto los que en Siena pintaban *caras* o *cuerpos*, interpretando el espíritu y la forma respectivamente,— como nos explicaba nuestro cultísimo amigo Eugenio d'Ors en no lejanas conferencias en el Prado, — como los que en Florencia pintaban *cuerpos* o *caras*, todos sintieronse fuertemente atraídos por la figura excepcional del Poverello.

Guido da Siena, Ducio di Buonisegna, Simone Martini, Lippo Memmi, Pietro Lorenzetti, Taddeo Bartolo, Sano di Pietro, Mateo da Giovanni, hasta el Sodoma, en Siena.

En Umbría, Piero de la Francesca, Boccatis, Benedectto Bonfigli, Il Alunno, Caporali, Fiorenzo di Lorenzo, hasta el Perugino y Rafael.

En Florencia Cimabue, Giotto, Buffalmaco, Taddeo Gaddi, Capanna, Gentile da Fabriano, Fra Angélico, Gozzoli, Ghirlandaio, Boticelli, Signorelli, Filippino Lippi, Fra Bartolomeo de la Porta, Andrea del Sarto y cien más.

En esta numerosa e ilustre pléyade destacan: por su fuego y fecundidad, el Terciario Giotto di Bondone; por su exquisita elegancia Simone Martini; y por su inspiración divina, el otro Serafín, Fra Angélico. Con esta augusta trinidad culmina la obra franciscanista del período áureo de la pintura italiana.

Puede decirse que la última grandiosa interpretación del Santo de Asís en Italia es la del hermoso cuadro de la Madonna del Foligno, de Rafael. Luego se inicia la decadencia y comienzan a carecer de interés las representaciones iconográficas de nuestro Seráfico, pues ya no se trata de representarle como él pudiera haber sido, sino haciendo un tipo de interpretación del gusto de la época en que el pintor trabajaba; es decir, que ya no responde al concepto pristino y de inspiración, sino al sentido de contemporaneidad del artista, que pudiéramos llamar algo así como *al gusto de día*.

En la Escuela Veneciana casi todos los grandes pintores se inspiraron en la figura excelsa de San Francisco, y conocidas son las bellas obras de Crivelli, Giovanni Bellini, Tiziano, Tintoretto, Verónés, Bronzino, Moretto, Tiepolo. La soberana Madonna de Castelfranco del Giorgione, es uno de los más hermosos monumentos que el Arte ha levantado a San Francisco de Asís.

No aclimata bien el fuego que se abrasa en Monte Verna con las brumas frías y lluviosas del Norte. Además, por un conjunto de concusas y circunstancias, que no pueden estudiarse en el rápido examen de este boceto de trabajo, siempre fueron los artistas nórdicos poco inclinados a la representación iconográfica de los Santos, dando marcada preferencia a retratos y a asuntos domésticos, y aún, dentro de los temas religiosos, a los pasajes de la vida de Jesús, especialmente su Natividad y la Epifanía, como otros motivos inspirados en el Antiguo y Nuevo Testamento. Sin embargo, casi todos los grandes

Maestros, Van Eyk, Wander Weyden, Patinir, Memling, Rubens Van Dyck y otros, honraron sus pinceles en servicio del amor Seráfico.

* * *

Durante los siglos XIII, XIV y XV, la dificultad de comunicaciones, la escasez de medios de transmisión de noticias y el aislamiento en que por estas causas vivían los pueblos, contribuyeron a que no se desarrollara en España tanto como en Italia la afición y el entusiasmo por los temas franciscanos. Sin embargo, a consecuencia del paso del Seráfico por nuestra península, debieron ser muchas las obras que se produjeron inspiradas en su vida y hechos, puesto que, pocos años después de su glosioso tránsito, el Papa Alejandro IV, en 1259, en Breve dirigido a los Prelados de Castilla y Aragón les exhortaba a castigar con pena de excomunión a los que borrasen los estigmas de las efigies del Santo de Asís o a los que sin ellos le representasen.

Pero si de su paso por España quedan en Ciudad Rodrigo, en Burgos, etc., iconos en piedra que la tradición quiere que sean retratos, son contadísimas las pinturas que con este asunto se conservan, y no presentan caracteres que induzcan a suponer que son contemporáneas del Poverello.

En la Catedral de Burgos existió durante varios siglos una representación pictórica de San Francisco, a la que el pueblo profesó gran devoción, pero si se guarda la tradición de ella, no se conserva, desgraciadamente, la pintura.

También se conoce por tradición la existencia de pinturas representativas de escenas de la vida del Santo en San Payo del Monte y en Rocaforte, citadas por el P. Eiján, pero que tampoco existen.

En la Escuela catalana, Ferrer de Bassa, autor de las pinturas del convento de Clarisas de San Miguel de Pedralbes (1313), es otro intérprete de San Francisco, y también aparece este Santo en el retablo de San Llorens de Morunys, terminado en 1415, obra de Luis de Borrasá (1366? a 1424), y que se conserva en el Museo de Vich.

Los casos aislados de Starnina (2.^a mitad del siglo XVI) y de Dello (1.^a del XV) no influyeron en modo sensible en la difusión de los temas franciscanos, no obstante la larga permanencia del primero en España; y los viajes de los

flamencos Alemany y Juan Van Eyck aun habían de tener, si cabe, menor influencia en el sentido que nos interesa.

De los otros primitivos de las Escuelas Catalanas (Benito Martorell, Jaime Huguet, Luis Dalmau, Los Vergós, Jaime Serra, etc.), Gallego-Leonesa, Castellana (el Maestro de Sisla, Jorge el Inglés, Pedro Berruguete, Antonio del Rincón, Fernando Gallegos, Yáñez de la Almedina, y otros), Aragonesa (Maestro de Daroca), Valenciana (los Jacomart), y Andaluza (Sánchez de Castro, Pedro de Córdoba, Alonso de Baena, Bartolomé Bermejo, etc.), son pocos los documentos existentes de iconografía franciscana.

Con Antonio del Rincón, pintor de Cámara de Isabel y de Fernando, y con Juan de Borgoña, que puede decirse que lo es del Cardenal Cisneros, se inicia en el paso de los siglos xv al xvi, una nueva modalidad en la pintura castellana, y de ello dejan buenas muestras, el primero, en San Juan de los Reyes y en Robledo de Chavela y el segundo en el gran retablo de la Primada y en la capilla Muzárabe de la misma.

A ello, sin duda, contribuyó poderosamente la permanencia de Rincón en Italia y su aprendizaje al lado de Andrea del Castagno y de Ghirlandaio y el estudio que pudo hacer de las obras de los grandes renacentistas.

(Algunos modernos investigadores ponen en duda, y aún niegan, la existencia de Antonio del Rincón, afirmando que todos los documentos de la época hablan de Fernando, a quien Ceán hace hijo y discípulo de Antonio, y que trabajó con Felipe de Borgoña en el gran retablo mayor de la Catedral de Toledo).

Señalemos ligeramente algunos anónimos interesantes del siglo xv.

En el muy importante Museo de Valencia existen las siguientes pinturas en las que aparece la figura de nuestro Santo: En la sala donde está el famoso retrato de Portacoelli, en el paramento de ingreso, a mano izquierda, una tabla interesante de maestro Valenciano, de principios del siglo xv que representa a San Francisco y Santa Clara. En la sala llamada del Pinturicchio, a la izquierda del retablo de la Puridad, hay un pequeño políptico de cuatro tablas, muy interesante, de escuela Valenciana del siglo xv; las tablas representan a San Francisco, al Ángel de la Guarda, al Ángel Custodio del Reino de Valencia y a Santa Clara. En la misma sala, a la derecha de la entrada, hay

una *predella* compuesta de varias tablas, de escuela Valenciana del siglo xv, una de las cuales representa a San Francisco. (Como no hemos visto el Museo de Valencia después de la ordenación que en él hizo el inolvidable Tramoller, y no se ha publicado catálogo, debemos estas y otras interesantes noticias al joven y culto catedrático de Historia de aquella Universidad Marqués de Llozoa, querido amigo nuestro).

En el hermoso y bien cuidado Museo de Sevilla se conserva una tabla de retablo dividida en ocho compartimentos, ocupando el primer lugar del lado de la epístola San Francisco en el acto de recibir el don divino de las llagas. Esta tabla, de autor desconocido, parece de fines de los siglos xv o principios del xvi.

En una reciente visita a la clausura del Convento de San Antonio, en Toledo, tuvimos la fortuna de hallar una interesante y bella tabla del siglo xv. Está dividida en tres zonas verticales y cada zona contiene dos temas, rematado cada uno por doblete gótico tallado. En la zona central están, en la parte alta la Piedad, y en la baja San Miguel; en las cuatro laterales sendas efigies de Santos, siendo la superior derecha (izquierda del que mira) la que ocupa San Francisco. Por el examen que rápidamente y con muy poca luz pudimos hacer, nos pareció castellana del último tercio del siglo xv.

También del siglo xv, aunque algo anterior, parece el retablo lateral de la Catedral de Tudela, en una de cuyas tablas se representa el Prodigio del Monte de la Verna.

No mencionamos las tablas del xv y del xvi existentes en iglesias y en colecciones particulares por no alargar demasiado este estudio.

Si el caso de Rincón y algunos otros fueron hasta entonces verdaderas excepciones, comienzan en el siglo xvi bastantes artistas españoles a comprender la conveniencia de cruzar el Mediterráneo y marchar a hacer sus estudios en Italia, contribuyendo a ello la circunstancia de pertenecer al Reino de Aragón casi toda la parte meridional de aquella península.

Cuéntanse, entre bastantes otros: Yáñez de la Almedina, que alcanzó a estudiar con Rafael y más probablemente con Leonardo; Vargas, que trabajó al lado de Perino del Vaga; Juan de Juanes, que frecuentó la escuela de Rafael y de Julio Romano; el Licenciado Roelas, que estudió a Tintoretto; Navarrete

el Mudo, discípulo indudable del Tiziano; Alonso Berruguete, Pedro de Campana, Becerra, que estudiaron cerca de Miguel Angel; Céspedes, escolar de algún discípulo del Buonarrotta, etc. Y los que de allí regresaban, influídos por aquel ambiente y por aquellos superiores ejemplos, comenzaron a pintar o esculpir numerosas representaciones de San Francisco. Citaremos entre ellas por excepción en nuestro cometido, por tratarse del gran pintor-escultor Alonso Berruguete y por ser obra que bordea los linderos de la pintura, el hermoso retablo mayor de la iglesia de Santiago en Cáceres, en el que al lado de la epístola y en el tablero inmediato a la estatua ecuestre del titular, hay un relieve policromado que representa el Prodigio del Monte de la Verna.

Después de Rafael comienza en Italia el período decadente. Y como San Francisco y *decadencia* son términos antitéticos, diametralmente opuestos, mientras allí empezaba el amaneramiento a interpretar esos temas en *contemporáneo* del artista, no del Seráfico, en España, las buenas aportaciones artísticas de los maestros citados, y las obras excelsas de nuestros grandes escritores místicos, abonaron perfectamente el terreno para que pudiera germinar y florecer esplendorosamente la obra excepcional del inmenso Greco.

El Greco y con él y después de él otros eminentes pintores y escultores, sintieron con tanto amor estos asuntos, que con verdad puede decirse que el espíritu artístico franciscano se desplazó, y, cruzando el Mare Nostrum, se hizo español.

Domenico Greco, inquieto viajero por toda Italia, veneciano por educación artística, llega a Toledo, y al respirar el ambiente místico castellano, utilizando los elementos de su técnica portentosa, realiza las más sorprendentes interpretaciones del espíritu religioso, y su ardiente temperamento se inflama con el santo fuego del celeste Seráfico, y fué su representación uno de sus temas predilectos; y de su época a nuestros días nadie ha llegado a igualar algunas de sus maravillosas interpretaciones del abrasado en la Verna.

Es muy curiosa y digna de estudio la circunstancia de que en las antiguas representaciones, pictóricas o escultóricas, de San Francisco, cuando el Santo no presenta las manos en actitud de éxtasis o de oración, suele tener en ellas o una sencilla cruz (símbolo del amor), o un libro (símbolo de la vida), o ambas cosas a la vez. Es en el siglo xvi cuando se comienza a representarle con

la calavera (símbolo de la muerte), o en la mano (S. Francisco *Hamlet*) o cerca de él. Tal vez es el Greco el primero que emplea este símbolo, que luego reproducen con marcada frecuencia los artistas españoles en su iconografía franciscana, costumbre que adoptan también desde esa época muchos artistas italianos, especialmente los de las Escuelas Boloñesa y Napolitana, quizás por influencia española.

Sumando a los catalogados por el querido maestro Cossió en 1908 (sesenta y tres) los que después han ido conociéndose, se acercan quizás a la centena los San Francisco atribuídos al Greco. En unos el Santo aparece sólo, en bastantes otros con el hermano León, en varios con otro Santo y en algunos, como en el entierro del Conde Orgaz, en una numerosa composición. Ociozo es decir que muchos son de su taller, otros de su hijo Jorge Manuel, gran número de sus imitadores, algunos de copias de originales, existentes o perdidos; pero, a pesar de este rápido espurgo, pasan de veinte los que son indudablemente de su mano, aunque no en todos la inspiración o la factura haya llegado al mismo nivel.

Son muy buenos: el del Escorial (Salas Capitulares), el de los herederos de S. Moret (que hoy pertenece a D. Ramón de la Sota, en Bilbao), el del Señor Salvatierra, el del Hospitalillo de Mujeres, en Cádiz, el de las Capuchinas de Toledo y otros; y rayan a máxima altura: el pequeño de la colección Zuloaga, el del Museo Cerralbo, el de los herederos de Castro Serna (hoy propiedad de los Condes de Campo Giro) y alguno más, mereciendo también mención de honor, por ser asunto franciscano, el bellísimo «San Bernardino de Siena», del Prado.

Las representaciones iconográficas que el Greco hizo de San Francisco, verdaderamente originales, es decir, aquellas que no son dúplicas o recuerdos de otras del mismo maestro, no tienen gran parecido fisonómico unas con otras, aunque conservan casi todos los caracteres del retrato descriptivo del Celanense; no son en unos y en otros *la misma persona*, pero son siempre, sí, el mismo espíritu, la misma llama viva envuelta en tosco sayal. Por eso cuando nos enfrentamos con un San Francisco atribuído al Cretense y no sentimos ese divino calor que del espíritu del cuadro irradia y nos emociona, o la obra no es del Greco... o no merece serlo.

A partir del Greco puede decirse que no hay pintor español que no haya sentido el impulso de representar al *Pobrecillo*. Si en Italia se continuó interpretando estos bellos temas por casi todos los artistas, el espíritu franciscano se había hecho español, como antes decíamos, y buena prueba de ello es que desde mediados del siglo xv son, en general, superiores las interpretaciones españolas del Seráfico a las italianas.

Con algunas excepciones, casi todos los pintores españoles han interpretado a San Francisco. Vargas, Morales, Juan de Juanes, Navarrete, Céspedes, Roelas, los Ribalta, los Carducho, Orrente, Pacheco, los Herrera, Caxes, Ribera, Zurbarán, Pereda, Espinosa, Murillo, los Rizi, Valdes Leal, Carreño, Cabezalero, Cerezo, Claudio Coello, Viladomat, Bayeu, Mercadé, por no citar más que los muertos, y de ellos los más salientes, los más vulgarizados, aquellos cuyos nombres están en todos los labios.

Y de los extranjeros que en España pintaron: Tiziano, Rubens, Jordan, Ardemans, Tiépolo y otros.

No tenemos tiempo ni espacio para estudiar la obra franciscana de todos y cada uno de estos artistas, pero no podemos dejar de apuntar, siquiera sea ligeramente, las principales.

Quizás, después del Greco, el pintor español que mejor ha sentido e interpretado al Santo de Asís ha sido Francisco Ribalta. Son varios los cuadros suyos inspirados en estos asuntos, pero el del Santo enfermo confortado por un Angel músico, en el Prado, y el del Cristo Crucificado abrazando a San Francisco, en el Museo de Valencia, son tal vez, y siempre excluyendo las obras del Greco, las más bellas interpretaciones del Seráfico que ha producido el arte pictórico español.

¿Será porque Ribalta, en la orilla occidental del Mare Nostrum, recibe más directamente las ondas que del Monte de la Verna cruzan el espacio?

¿Es su espíritu mediterráneo el que le hace sentir y comprender al de Asís mejor que los que nacen y viven tierra adentro?

Mediterráneo era también José Ribera. Aunque marchó muy joven a Italia y allí estudió, se formó y trabajó toda su vida, siendo uno de los dos fuertes pilares de la Escuela Napolitana, conservó siempre un sello imborrable de sentido español en su arte, y a esto quizás, más aún que a su nacionalidad

o a su corta estatura, debió el afectivo al par que honroso sobrenombre de «lo Spagnoletto»; y ese sedimento hispano de su pintura es lo que principalmente diferencia sus obras de las del otro ilustre maestro napolitano Miguel Angel Caravaggio.

Cuadros suyos, con el Seráfico de Asís, guardan preciadamente la Galería Pitti y los Museos de Amiens, Dresde y el Ermitage. El Prado posee el San Francisco en Extasis, al que el ángel muestra la pureza del agua contenida en la redoma. Otro «Extasis» en la Sacristía de El Escorial. Y parécenos indudable de Ribera un bellísimo y gran cuadro (muy deteriorado) en la Diputación Provincial de Guadalajara, en el que el Santo recibe de un ángel los siete Privilegios. En opinión del maestro Torno, que también lo atribuye a Ribera, este cuadro es el original del que con idéntico asunto existe en el Palacio Blanco de Génova, atribuido a Murillo.

Del gran Velázquez se ha descubierto recientemente una obra de extraordinaria importancia.

Una Sección de la Comisión Organizadora de la Exposición Franciscana, compuesta de los Sres. Fray J. de Legísima, Ezquerra del Bayo y Castillo Olivares, visitaba la Clausura del Convento de Santa Isabel en Toledo. Llamó su atención un bello retrato de Sor Jerónima de la Fuente, en hábito franciscano, retrato que las religiosas tuvieron siempre por de Tristán. Traído el cuadro al local de los Amigos del Arte, y al proceder a limpiarlo el restaurador Sr. Seisdedos, encontró, con emoción indescriptible, que el cuadro está firmado y fechado: Diego Velázquez f. 1620. La retratada (según larga inscripción que hay en el cuadro) religiosa de Santa Isabel en Toledo, partió en 1620 para Filipinas, donde fundó el primer Convento de Concepcionistas en Manila.

No se conocen de Velázquez cuadros de devoción con asuntos franciscanos.

Puesto de honor merecen también, en cuanto a este tema se refiere, otros dos maestros insignes: Zurbarán y Murillo.

De Zurbarán existen cuadros con asuntos en que figura San Francisco, en los Museos de Munich, Lyon, Chartres, Besançon, y otros en el extranjero; en el provincial de Sevilla y en el de Cádiz (la Porciúncula). Este mismo tema representa un cuadro que se conserva en los Capuchinos de Jerez. En Madrid son varios los cuadros franciscanos atribuidos a Zurbarán, siendo los princi-

pales: el del Museo del Prado, que le representa muerto, en el suelo, con una teja por almohada, y el de la colección Beruete, arrodillado y en éxtasis (Hamlet.)

Las interpretaciones de San Francisco por Murillo son quizás las más populares y mejor estimadas por el gran público. Sabemos de cuadros suyos con estos asuntos en los Museos de Cambridge, Edimburgo, Londres (Colección Wallace) y Génova, (Palazzo Bianco). En Cádiz, en la iglesia de los Capuchinos (donde sufrió la caída, de la que ya no curó, pintando en el retablo mayor, los Desposorios de Santa Catalina) hay dos bellos cuadros, San Francisco en pie orando, y otro en el que está de rodillas y extasiado; éste es de los mejores suyos. En el Prado, donde hay unos cuarenta cuadros atribuídos a Murillo, solamente hay uno en el que figura San Francisco: el Jubileo de la Porciúncula; y la Academia de San Fernando posee otro en el que el Seráfico, enfermo, es confortado por un Angel músico.

Pero el más famoso, aquel que instinctivamente viene a la memoria cuando de San Francisco y de Murillo se habla, es el que custodia el Museo de Sevilla y en el que Cristo Crucificado desclava su brazo de la Cruz para abrazar al Serafín de Asís.

Y donde aun rayó Murillo, si cabe, a mayor altura, fué en las representaciones del franciscano San Antonio de Padua, asunto que engranaba perfectamente en el dulce temperamento del artista sevillano.

Es muy curioso el cuadro de Cabezalero: «San Francisco y el Conde Orlando» que, procedente de la Academia de San Fernando, está en el Prado.

También debe hacerse especial mención, entre los felices intérpretes pictóricos de San Francisco, al muy notable artista burgalés Mateo Cerezo. Existen bellos cuadros suyos franciscanos en Madrid, Burgos, Valladolid y otros sitios, siendo uno de los mejores de él la «Impresión de las Llagas», en las Salas Capitulares de la Catedral de Valencia.

Después de Claudio Coello, Cerezo y Valdés Leal, comienza la decadencia de la pintura española, y esta decadencia, acentuada en el siglo xviii, alcanza a pintores tan estimables como Palomino, Maella, Bayeu y otros, siendo tal vez el único que de ella se salva el catalán y mediterráneo Viladomat. Veinte cuadros pintó este excelente artista referentes a la vida de San Francisco, que

cuidadosamente guarda la capital del Condado, además del existente en los Capuchinos de Sarriá y del que se venera en la Capilla de los Dolores en Mataró.

Y debiendo ya acercarnos al final de este trabajo, dedicaremos unas líneas al estudio del inmenso Goya en su relación con el tema franciscano. Goya es el *Demonio* de la pintura. El demonio, no en el sentido del condenado infernal, sino en el del genio indomable, rebelde a toda regla y disciplina, multiforme hasta el extremo de que, así como cada artista en sus más diversas evoluciones conserva siempre una norma, una trayectoria geométrica, la característica de Goya es la diversidad suma, es la de no parecerse a nadie, ni al mismo Goya.

Fué otro formidable revolucionario en el Arte.

No sólo veía e interpretaba la tierra y el mundo en que vivía, sino que sentía y pintaba el mundo fantástico de los sueños y de las quimeras. Pero no pudo penetrar en la región divina; y sus concepciones religiosas si son, como las del coloso Velázquez, asombrosas interpretaciones técnicas, carecen de sentimiento místico. Sus cuadros religiosos son desconcertantes trasuntos de la vida de la materia, pero no de la vida del espíritu. Supo pintar el Cielo porque el arte de la pintura no tenía secretos para él; pero no supo interpretarlo.

Y, sin embargo, ¿qué encanto especial tienen esas pinturas de Aula Dei, de San Antonio de la Florida, y del Museo del Pilar, que las contemplamos con supremo deleite, con sincero arroabamiento, y no sabemos apartar los ojos de aquellas celestiales visiones?

Para la iglesia de San Francisco el Grande, cuya reconstrucción por Ventura Rodríguez terminó en 1784, recibió Goya el encargo de pintar el cuadro de San Bernardino de Siena; los otros cinco compañeros fueron encargados a Calleja, Castillo, Maella, Ferro y González Velázquez y el del altar Mayor a Bayeu.

Este cuadro grande, más bien que gran cuadro, alcanzó éxito y premio en su tiempo, y aunque tiene trozos pintados de mano maestra, la teatralidad del conjunto perjudica al espíritu de la obra.

(Hay de él dos preciosos bocetos, con algunas variantes, que son propiedad de los herederos del Sr. Marqués de la Torrecilla).

Este cuadro y las colas de San Antonio de la Florida, son las pinturas que con asunto franciscano ejecutó el soberano pintor Francisco Goya.

En el siglo xix la influencia Davidiana, el período Romántico y la pintura de Historia, dejaron estrecho margen a los asuntos religiosos. Sin embargo, algunos cuadros se pintaron con temas franciscanos, pero ni por el mérito de la obra ni por la importancia del autor podemos recogerlos, sino con contadísimas excepciones, en un breve sumario como el presente.

Cánovas del Castillo, al ordenar la restauración del templo de San Francisco el Grande, encargó las pinturas murales a los más distinguidos autores contemporáneos suyos, de los que citaremos por haber sido encargados de las partes principales, Coro y Altar Mayor, tratando asuntos franciscanos, a los notables pintores, ya fallecidos, Plasencia y Ferrant.

A pesar de que, como hemos dicho, no era el del siglo xix ambiente apropiado a la inspiración franciscana, Benito Mercadé, pintor también mediterráneo, encontró inspiración y asunto en la «Traslación del cadáver de San Francisco de Asís» para crear una bellísima obra, digna de figurar en primera fila en la representación pictórica española de temas franciscanos.

De este hermoso cuadro, que hoy es orgullo del Museo de Arte Moderno, decía en 1902 el ilustre crítico Balart que era «una de las piedras miliarias del camino recorrido por la pintura española de veinticinco años a la fecha», y agregaba, mitad en elogio y mitad en censura: «todo en este cuadro es franciscano, desde la unción del sentimiento hasta la pobreza del colorido».

¡No sabía bien Balart la gran verdad que, sin querer, decía!

En esa obra maestra de Mercadé, una de las joyas del arte pictórico español, la aparente pobreza del colorido vale tanto como la unción del espíritu de la obra, y es una de sus culminantes cualidades, pues allí los colores vivos y luminosos detonarían estridentemente, destruyendo el perfecto equilibrio y la maravillosa armonía del conjunto.

Así, en este cuadro todo es sobrio, todo es bello, todo es bueno, todo es justo, todo es pobre en la exterioridad, en la forma, pero es riquísimo en la esencia, en el alma.

Y éste es el espíritu franciscano.

Ni atormentadas acritudes, ni dulzones empalagosos; la renunciación por

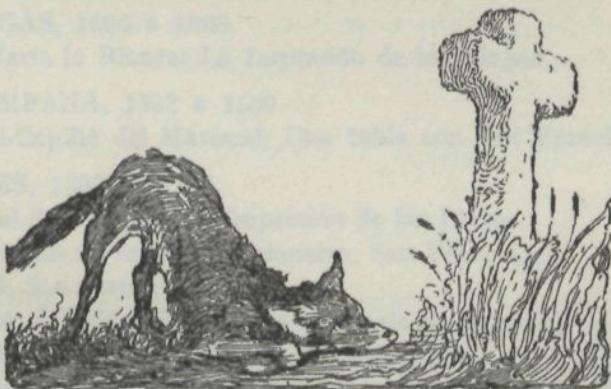
amor a Dios, no por temor al infierno; por íntima alegría, no por miedo; buscar el Cielo por contrición, no por atrición.

Recorriendo en sentido inverso la trayectoria que hemos venido trazando, volveríamos a subir desde Mercadé, por España, hasta el Greco, y de allí, pasando a Italia, para encontrar a Rafael, remontarnos hasta Giotto y llegar al origen, a la fuente. Pues, por otro designio providencial, si Jesucristo, el Divino Imitado, es el principio de una Nueva Era, la Era Cristiana, con su excelso Imitador, San Francisco de Asís, nace al mundo un Nuevo Arte, El Renacimiento.

MARQUES DE MONTESA

Madrid, Mayo 1927.

NOTA — Al poner mi firma en este modesto trabajo, complácame tributar pública expresión de gratitud y sincero afecto a los PP. Franciscanos de San Fermín de los Navarros, y especialmente a mis queridos amigos y compañeros en la Comisión organizadora Fray Federico Curieles, Fray Juan R. de Legísima y Fray Leonardo de Vera, Capuchino, por los datos y elementos de estudio que, tan amablemente, me han facilitado.



APÉNDICE

Relación sumaria de los principales artistas que en España han pintado obras referentes a San Francisco de Asís, y lugar donde ellas están o han estado:

MAESTRO JACOMART, 1413 a 1461.

Onteniente. — Colección don Luis Tortosa: San Bernardino de Sena y el donador.

ANTONIO DEL RINCÓN, 1446 a 1500.

Toledo. — Pinturas en San Juan de los Reyes.

JUAN DE BORGOÑA, en 1514.

Toledo. — Conquista de Orán, en la Capilla Muzárabe.

MAESTRO JÁCOME, en 1498.

Valencia. — Pinturas en el Claustro de San Francisco.

TICIANO VECCELLIO, 1477 a 1576.

Puebla de Sanabria. — Cuadros Franciscanos.

LUIS DE VARGAS, 1502 a 1568.

Sevilla. — Santa María la Blanca: La Impresión de las Llagas.

PEDRO DE CAMPANA, 1503 a 1580.

Sevilla. — Catedral-Capilla del Mariscal: Una tabla con San Francisco y varios Santos.

LUIS MORALES, 1509? a 1586.

Badajoz. — Catedral-Sala Capitular: Impresión de las Llagas.

Toledo. — Santa Fe. En un ángulo del claustro: San Francisco.

Sevilla. — Catedral: San Antonio.

Valladolid. — Museo: San Francisco (Copia o escuela de Morales).

Madrid. — Colección García Palencia: Un San Francisco.

Venta Kaerman en 1859: Un dibujo San Francisco, a pluma y clarión, adquirido en 10 francos.

EL BEATO NICOLÁS FACTOR (Franciscano), 1520 a 1583.

Madrid. — Descalzas Reales: Cristo a la Columna.

JUAN DE JUANES, 1523 a 1579.

Madrid. — Prado: Coronación de la Virgen, con varios Santos y San Francisco.

Valencia. — Convento de San Francisco: El Santo Titular.

Valencia. — Convento del Carmen Calzado: Un San Francisco.

NAVARRETE (el Mudo), 1526 a 1579.

Cuatro cuadros sobre la vida de San Francisco.

FR. NICOLÁS BORRÁS, 1530 a 1610.

Cocentaina. — En los Franciscos Recoletos: Cuatro retablos.

Gandía. — Convento de los Jerónimos: Un Retablo en la iglesia con San Francisco, San Bartolomé y San Antonio Abad.

SÁNCHEZ COELLO, 1531 a 1588.

Madrid. — Prado: San Francisco y otros Santos.

PABLO DE CESPEDES, 1538 a 1608.

París, en la venta Kaerman en 1859, un dibujo: la Virgen, Jesús y San Francisco, fué adquirido en 16 francos.

JACOBO PALMA, 1544 a 1628.

Madrid.—Iglesia de San Pascual, Altar de la primera Capilla: San Francisco con un Angel mancebo.

EL GRECO, 1548 a 1614.

El ilustre maestro Cossío, en su obra fundamental de 1902, catalogó sesenta y tres cuadros, en los que figura San Francisco, sin contar la copia o dóblica de la parte inferior del Entierro del Conde de Orgaz.

Dos en el Prado (n.º 2124 1 y n.º 2124 ñ). (En el Catálogo de 1910, n.º 819 y 820.)

Diez y siete en Madrid, en colecciones particulares (Castro Serna (dos), Cerralbo (dos), Lázaro, Mendieta, Moret, Ordóñez, Quinto, Marqués de Pidal, Pidal (D. A.), Puigdollers, Rosillo, Salvatierra, Suárez, Duque de Valencia, Velasco).

Dos en su Provincia. — Escorial (Sacristía) y Boadilla del Monte (Duque de Alcudia).

Nueve en Toledo (Catedral, Capuchinas, Hospital Tavera, San Nicolás, Santo Tomé, Museo Greco, Colegio de Doncellas (dos), Capilla de San José).

Dos en su Provincia (Bargas y Burguillos).

Trece en las demás provincias de España (dos en Valencia, dos en Bilbao, uno en Barcelona, Sevilla, Granada, Alhama de Granada, Cádiz, Logroño, Palencia, Monforte, Alcoy).

Cuatro en la Colección Zuloaga (entonces en París y ahora en Zumaya, Guipúzcoa).

Cuatro en París (Mrs. Cherfils, O'Rosen, Rouart, Stchoukine).

Uno en Lille (Museo de Pintura).

Uno en Berlín (H. L. Kribben).

Uno en Atenas (K. Esteban Scouloudy).

Uno en Filadelfia (Mr. J. Widner).

Tres vistos, pero cuyo paradero ignoraba.

Tres conocidos por citas o referencias.

Posteriormente, el que estaba en Burguillos pasó a ser propiedad del Marqués de Santa María de Silvela (hoy de sus herederos).

Los dos de la Colección Castro Serna pertenecen hoy, respectivamente, al Conde de Campo Giro y al Marqués de Oquendo.

El de D. S. Moret es hoy propiedad de don Ramón de la Sota (Bilbao).

En el Prado hay otro San Francisco en Extasis, que en el catálogo de 1910 tiene el n.º 818.

L. Mayer, en la «Biblioteca d'Arte Illustrata», cita también los siguientes:

Madrid. — Uno de la propiedad de la señora Viuda de G. Palencia.

Mónaco. — Barone A. von Lanna: un San Francisco.

Dublin. — Galería Nacional: Un San Francisco.



Holanda. — Galería Bachstitz: Un San Francisco con otros compañeros.
New-York. — Ehrich Galleries: Un San Francisco.

También poseen actualmente en Madrid cuadros (con asunto relativo a San Francisco) atribuidos al Greco: El Conde de Heredia Spínola, don Luis Mac-Crohon, el Conde de Barbate, don Joaquín Larregla, el Marqués de Donadio, señora de Durán, el Marqués de Amurrio, don Maximino Peña y otros. En Neguri (Bilbao) el señor Aras Jáuregui. Y hemos visto uno pequeño, dudoso, en la clausura de las Capuchinas de Pinto.

Es probable que algunos de estos cuadros estén en el Catálogo de Cossío perteneciendo entonces a otros propietarios, pues han transcurrido cerca de veinte años desde que aquél se publicó, y las obras del Greco son muy solicitadas en el mercado desde cuarenta años a la fecha, y ha habido cuadro que, en poco tiempo, ha cambiado varias veces de dueño.

FRANCISCO RIBALTA, 1555? a 1628.

Madrid. — Prado: San Francisco enfermo confortado por un ángel músico.

Valencia. — Museo: Cristo crucificado desclava un brazo para abrazar a San Francisco.

BARTOLOMÉ CARDUCHO, 1560 a 1608.

Madrid. — Iglesia de San Jerónimo. — Capilla de San Francisco: El Prodigio del Monte de la Verna.

Valladolid. — Iglesia del Convento de Franciscanos Descalzos: Impresión de las Llagas.

ORRENTE, 1570 a 1644.

Murcia. — Presbiterio de San Francisco: Un buen cuadro.

FR. JUAN SÁNCHEZ COTÁN, 1561 a 1627.

Sevilla. — Merced Calzado: San Francisco con una gloria de ángeles músicos y Cristo y la Virgen en alto. Firmado en 1620.

PACHECO, 1564 a 1654.

Sevilla. — Museo: San Francisco con un crucifijo en la mano.

Sevilla. — Museo: San Francisco en oración.

Sevilla. — Pinturas en el Convento de Santa Isabel.

Sevilla. — Pinturas en el Convento de San Pascual

Lora del Río. — San Francisco y San Pedro.

TRISTÁN, 1568? a 1640.

París. — Louvre: San Francisco en oración.

HERRERA EL VIEJO, 1576 a 1656.

Sevilla. — San Buenaventura: Cuatro lienzos con escenas de la vida del Santo, con otros cuatro de Zurbarán.

Sevilla. — Capilla de la Vera Cruz en el templo de San Francisco: Diez cuadros con asuntos y pasajes de su vida.

VICENTE CARDUCHO, 1576 a 1638.

Madrid. — Capuchinas: El gran cuadro del altar mayor con Cristo en gloria, San Francisco y Santa Clara.

Madrid. — Convento de San Francisco, Sacristía: San Francisco arrodillado ante la Virgen con el Niño.

Madrid. — Convento de San Francisco: La Porciúncula.

Madrid. — Convento de San Francisco: En un corredor a la Sacristía: El Santo arrojándose a la zarza para mortificarse.

Madrid. — Hospital de la V. O. T.: El Prodigio del Monte de la Verna.

Madrid. — Hospital de la V. O. T.: San Francisco sacando ánimas del purgatorio.

Madrid. — Monjas de Constantinopla: Junto al Coro: Cuadro con dos Santos Franciscanos y un Dominico.

Toledo. — Ermita del Angel: La Virgen con San Francisco y otras figuras.

Salamanca. — Iglesia de los Capuchinos: Gran cuadro en el altar mayor: Cristo con la Virgen en gloria y San Francisco con otros santos.

Torrelaguna. — Ermita del Angel: Cuadro de composición con San Francisco.

RUBENS, 1577 a 1640.

Madrid. — Descalzas Reales, Coro: La Virgen entregando el Niño a San Francisco.

Valladolid. — Museo: El Prodigio del Monte de la Verna.

EUGENIO CAXES, 1577 a 1642.

Madrid. — Capilla del Obispo: Altar a los pies de la Iglesia: San Francisco sostenido por ángeles.

Madrid. — San Francisco, Claustro antiguo: La Porciúncula.

Madrid. — San Francisco, Claustro antiguo: San Francisco de pie, orando.

Madrid. — Iglesia de Santa Cruz: Varios cuadros con asuntos Franciscanos.

Madrid. — Academia de San Fernando: Tránsito de San Francisco (?).

JUAN DEL CASTILLO, 1584 a 1640.

Sevilla. — Convento de Monte Sión, escalera: Cristo crucificado, San Francisco y San Diego de Alcalá.

RIBERA (el Spagnoletto), 1568 a 1640.

Madrid. — Prado: San Francisco en éxtasis y el ángel con la redoma.

Madrid. — Convento de Santa Isabel: Cuadros con asuntos Franciscanos.

Madrid. — Convento de San Pascual: Cuadros con asuntos Franciscanos.

Escorial. — Sacristía: San Francisco en éxtasis.

Guadalajara. — Diputación Provincial: Angel entregando al Santo la Regla de la Orden.

(El señor Tormo opina que este cuadro es el original del que existe con idéntico asunto en el Palacio Blanco de Génova, como de Murillo. También lo cree de Ribera.)

(Cean cita un San Francisco en el Buen Retiro y otro en el Palacio Nuevo.)

Florencia. — Galería Pitti: Un San Francisco.

Amiens. — Museo: Un San Francisco.

Dresde. — Museo: El Santo en la zarza.

Petrogrado. — Ermitage: San Francisco de Paula.

FR. JUAN RIZI, 1595 a 1638.

Madrid. — Prado: El Milagro de las Rosas.

Burgos. — Catedral: Un San Francisco.

Salamanca. — Catedral: Un San Francisco y un San Antonio.

ZURBARÁN, 1598 a 1628.

Madrid. — Prado: San Francisco yacente, con una teja por almohada.

Madrid. — Colección Beruete: San Francisco *Hamlet*.

Madrid. — Marqués de Viana: San Diego de Alcalá.

Madrid. — Don Segundo Cuesta: San Francisco.

Madrid. — Don Luis Page: San Francisco.

Madrid. — Herederos de D. L. Navas: San Francisco.

Madrid. — Herederos de D. E. Martínez del Campo: San Francisco.

Madrid. — Don Enrique Mansberger: San Francisco.

Madrid. — Don Feliz Eguidago: San Francisco.

Madrid. — San Francisco el Grande: San Jacobo de la Marca; San Buenaventura; San Fran-

cisco; San Antonio de Padua.

Sevilla. — Museo: San Francisco de pie, orando.

Sevilla. — San Buenaventura: Cuatro escenas de la vida del Santo, con otros cuatro de Herrera el Viejo.

Sevilla. — Don Salvador Cumplido: San Antonio.

Barcelona. — Museo Municipal: Un San Francisco.

Barcelona. — Don Juan Bautista Jimenón: Cabeza de San Francisco.

Cádiz. — Museo Provincial: La Porciúncula.

Cádiz. — Don José Luis Sola: San Diego.

Cádiz. — Colección Particular: San Francisco con otros Santos.

Coruña. — Convento de Santa Clara: San Francisco (atribuido a Zurbarán por el señor Gómez Moreno).

Coruña. — Convento de Franciscanas: San Buenaventura en éxtasis.

Castellón. — Capuchinos: La Porciúncula.

Jerez. — Capuchinos: La Porciúncula.

Sanlúcar. — Herederos de la señora Viuda de Hidalgo: San Francisco (de medio cuerpo).

Munich. — Antigua Pinacoteca: San Francisco *Hamlet*.

Bonn. — Museo Provincial: San Francisco *Hamlet*.

Dresde. — Real Galería: San Buenaventura y el Angel.

Berlín. — Frederich Museum: San Buenaventura recibe la visita de Santo Tomás.

París. — Louvre: Dos cuadros con San Buenaventura.

Lyon. — Museo: San Francisco en éxtasis.

Chartres. — Museo: San Francisco en éxtasis.

Besançon. — Museo: San Francisco en éxtasis.

Londres. — Colección Berrymore: Santa Isabel de Hungría.

PEREDA, 1599 a 1669.

Madrid. — Prado: El Jubileo de la Porciúncula.

Madrid. — Prado: El Milagro de las Rosas.

Madrid. — Hospital de la V. O. T., Sala de Juntas: La Concepción.

Valladolid. — La Virgen apareciéndose a San Francisco.

VELAZQUEZ, 1599 a 1660.

Toledo. — Convento de Santa Isabel: Retrato de Sor Jerónima de la Fuente, religiosa de dicho Convento, que en 1620 partió para Filipinas donde fundó el primer Convento de Concepcionistas en Manila.

El cuadro está firmado y fechado: Diego Velázquez f. 1620.

DIEGO. V. DÍAZ, 1600 a 1660.

Valladolid. — Convento Franciscano, claustro: Varios cuadros con asuntos franciscanos, entre ellos «La Porciúncula», su mejor obra.

GIL DE MENA, 1600 a 1674.

Valladolid. — Convento Franciscano: Escenas de la Vida del Santo.

También las hay en Rioseco y en Cuéllar.

ESPINOSA, 1600 a 1680.

Valencia. — Museo: San Luis con hábito franciscano.

Valencia. — Ayuntamiento: La Concepción (pintado en 1662).

Valencia. — Convento de Franciscanos: Traslación de la Casa de Loreto.

Valencia. — Parroquia de Ibi: Un cuadro con cuatro San Franciscos (Asís, Borja, Sales y Paula).

ALONSO CANO, 1601 a 1667.

- Madrid. — Academia de San Fernando: *La Visión del Carro de Fuego*.
 Granada. — San Diego: San Francisco confortado por un ángel músico (Sacrística).
 Granada. — San Diego: San Francisco en un retablo lateral.
 Córdoba. — Santiago: San Francisco y el ángel con la redoma.
 Jerez. — Cartuja, Sacrística: San Francisco y el ángel con la redoma.
 Alcalá. — Capilla de San Diego: San Francisco.
 París en la venta Bonnemaison en 1827: Un cuadro «Impresión de las Llagas» fué adquirido en 2,000 francos.

SEBASTIÁN MARTÍNEZ, 1602 a 1667.

- Córdoba. — Convento del Corpus Christi, en el retablo del altar mayor: San Francisco y otros cinco cuadros.

ANTONIO CASTILLO, 1603 a 1667.

- Córdoba. — Convento de San Francisco: Un cuadro con el Santo Titular.
 Córdoba. — Convento de San Francisco: Bautismo de San Francisco (pintado en competencia con Alfaro).
 Córdoba. — Convento de San Pablo, Escalera: San Francisco, sentado.
 Córdoba. — San Diego de Arizaba: San Francisco.

JOSÉ DE SARABIA, 1608 a 1669.

- Córdoba. — Convento de San Francisco: El Santo orando en San Damián.

FRANCISCO RIZI, 1608 a 1668.

- Madrid. — Parroquia de la Cruz: San Francisco y Santo Domingo. (Este cuadro pereció en el incendio de la iglesia a principios del siglo XVIII.)
 Madrid. — San Antonio de los Portugueses: Los frescos, con Carreño.
 Madrid. — San Francisco el Grande: Apoteosis de la Virgen, con San Francisco y San Antonio.
 Madrid. — Capuchinos del Pardo: Gran cuadro del Altar Mayor.
 Toledo. — Capuchinos: Gran cuadro del Altar Mayor.

MATÍAS PRETTI (el Calabrés), 1613 a 1699.

- Madrid. — San Pascual: San Antonio librando a su padre del suplicio.

LDO. PEDRO DE VALPUESTA, 1614 a 1668.

- Madrid. — Convento de Santa Clara: Seis cuadros sobre puertas con pasajes de la vida de la Santa.
 Madrid. — Convento de San Francisco, Coro: Un pasaje de la vida del Santo.
 Madrid. — Convento de la Latina: Pinturas Franciscanas.

CARREÑO MIRANDA, 1614 a 1685.

- Madrid. — San Pascual: Un San Francisco.
 Madrid. — San Antonio de los Portugueses: Los frescos, con Rizi.
 Madrid. — Monjas del Caballero de Gracia: San Francisco predicando a las aves y San Antonio predicando a los peces.
 Madrid. — Hospital de la V. O. T., Escalera: Desposorios de Santa Catalina; en este cuadro figura San Francisco. Otro cuadro, *La Anunciación*.
 Plasencia. — Capuchinas, sobre la reja del Coro: Un Cuadro con la Virgen, San Francisco y Santa Rosa de Viterbo. Otro cuadro con San Antonio.
 Paracuellos. — Franciscos Descalzos: San Antonio y San Pascual Baylón.
 Peñaranda. — San Francisco: Cuadros con Santa Isabel y San Buenaventura.

MURILLO, 1618 a 1682.

- Madrid. — Prado: *La Porciúncula*.

- Madrid. — Prado: Santa Isabel Reina curando a los leprosos.
- Madrid. — Prado: San Fernando orando.
- Madrid. — Prado: San Francisco de Paula.
- Madrid. — Prado: San Francisco de Paula de rodillas.
- Madrid. — Academia de San Fernando: San Francisco confortado por un ángel músico.
- Madrid. — Academia de San Fernando: San Diego distribuyendo la comida a los pobres.
- Cádiz. — Iglesia de los Capuchinos: San Francisco orando, en pie.
- Cádiz. — Iglesia de los Capuchinos: San Francisco orando, de rodillas.
- Sevilla. — Museo: Cristo Crucificado abrazando a San Francisco.
- Sevilla. — Museo: San Antonio de Padua.
- Sevilla. — Museo: San Leandro y San Buenaventura.
- Sevilla. — Museo: San Félix de Cantalicio.
- Sevilla. — Museo: San Antonio y ángeles.
- Sevilla. — Museo: Extasis de San Francisco (donativo del señor Abreu).
- Sevilla. — Catedral: San Fernando.
- Sevilla. — Catedral: San Antonio de Padua (gran cuadro, pintado en 1656).
- Sevilla. — Regina Angelorum: La Virgen, San Francisco y otros Religiosos.
- Sevilla. — Capuchinos, Altar mayor: La Porciúncula. Otros cuadros Franciscanos.
- Sevilla. — Convento de San Francisco: Un cuadro en un ángulo del claustro.
- Sevilla. — Convento de San Francisco: Once cuadros en el claustro chico con escenas y pasajes de la Orden.
- Sevilla. — Capuchinos, en las tres Capillas de la izquierda: Crucifijo abrazando al Santo; San Antonio; la Concepción.
- Sevilla. — San Francisco: La Concepción con un religioso que escribe.
- Sevilla. — Señora Viuda de Maestre: Extasis de San Francisco.
- Sevilla. — Dos San Fernandos.
- Sevilla. — Un grabado de San Francisco.
- Sevilla (?). — Tres cuadros para el claustro chico de San Francisco, entre ellos el Tránsito de Santa Clara, estilo Van Dyck.
- Madrid. — Palacio de Fernan-Núñez: San Antonio con el Niño (medio cuerpo).
- París. — Louvre: La Cocción de los Angeles (milagro de San Diego).
- Toulouse. — Museo: Extasis de San Diego.
- Londres. — Colección Wallace: La Virgen en gloria, y al pie, San Juan Bautista, Santa Justa, Santa Rufina y San Francisco.
- Londres (antes). — Ashburnham: San Francisco leyendo con un crucifijo en la mano.
- Cambridge. — Museo Fitzwilliam: La Virgen con ángeles en alto y San Francisco, Santo Domingo y San Santerio.
- Edimburgo. — Museo: El Niño Jesús echando pan en la alforja de San Francisco.
- Génova. — Palazzo Bianco: San Francisco de pie en éxtasis.
- Génova. — Palazzo Bianco: Un Angel entrega la Regla a San Francisco. (El señor Tormo lo cree díuplica del de Ribera, existente en la Diputación Provincial de Guadalajara.)
- Berlín. — Frederich Museum: San Antonio.
- Colonia. — Museo Wallraf Riechartz: La Porciúncula.
- Dresde. — Real Galería: Tránsito de Santa Clara.
- Petrogrado. — Ermitage: San Antonio.
- New-York. — Sociedad Hispánica: San Francisco.
- New-York. — Colección Elknis: San Fernando.
- New-York. — Colección Curtis: Las Rosas milagrosas de San Diego. Además, Murillo pintó numerosas «Concepciones», tema especialmente franciscano.

SEBASTIÁN HERRERA, 1619 a 1671.

Madrid. — Agonizantes: Un San Francisco atribuido a este pintor por Palomino.

HERRERA el Mozo, 1622 a 1685.

Sevilla. — Catedral, Capilla de San Francisco: El Titular, en trono de ángeles, subiendo al Cielo. Cuadro grande.

ALONSO DEL ARCO, 1625 a 1700.

Madrid. — Capuchinos del Pardo: Un San Francisco en la antecapilla del Coro.

Madrid. — Capuchinos del Pardo: Un San Fernando.

FRANCISCO CARO, 1627 a 1667.

Segovia. — Claustro del convento de San Francisco: La Porciúncula.

JUAN DE SEVILLA ROMERO, 1627 a 1695.

Granada. — San Francisco: Pinturas en la escalera representando a San Francisco entregando la Regla a Jesucristo y otros asuntos.

PEDRO DE BAENA, 1630 (?): Vivía en Madrid hacia 1670.

Convento de Capuchinos de la Paciencia, en un altar colateral: Tránsito de San Francisco.

VALDES LEAL, 1630 a 1705.

Sevilla, Córdoba y otros sitios. — Cuadros franciscanos.

LUCAS JORDÁN, 1632 a 1705.

Madrid. — Iglesia de Capuchinos del Pardo: Un San Fernando, en el Presbiterio.

Madrid. — Iglesia de Capuchinos del Jesús: San Pedro Alcántara confesando a Santa Teresa. Muchos cuadros y pinturas franciscanistas.

CABEZALERO, 1633 a 1673.

Madrid. — Prado: El Juicio de un Alma.

Madrid. — Prado: El Conde Orlando donando el Monte de la Verna a San Francisco (?). (Este cuadro procede de la Academia de San Fernando.)

Madrid. — San Francisco, Sala del De Profundis: Dos grandes cuadros que representan, uno a San Francisco Solano predicando, y otro a unos mártires.

Madrid. — San Francisco: Capilla de la V. O. T.: Dos grandes cuadros a ambos lados del Presbiterio.

Madrid. — Convento de Carmelitas Descalzos, en la pieza del Lavatorio: dos cuadros: San Francisco y San Pedro Alcántara.

BOCANEGRA, 1635 a 1688.

Jaén. — Convento de San Francisco, Claustro: Dos cuadros con pasajes de la vida del Santo.

MATEO CEREZO, 1635 a 1685.

Madrid. — En la V. O. T., antesacristía: Una Concepción.

Madrid. — Carmelitas, en la escalera del Camarín: Un San Francisco.

Madrid. — Palacio de Miraflores: El Santo arrodillado ante la Virgen.

Valencia. — Catedral, Salas Capitulares: La Impresión de los Estigmas.

Burgos. — Catedral, Sacristía: San Francisco.

Valladolid. — Convento de Franciscanos: El Santo arrodillado ante la Virgen.

Valladolid. — Convento de Jesús y María: La Impresión de las Llagas.

MAELLA, 1639 a 1719.

Madrid. — Museo Cerralbo: El Prodigio de Monte-Verna.

Madrid. — Museo Cerralbo: San Antonio besando los pies al Niño Jesús.

JUAN ALFARO, 1640 a 1680.

Córdoba. — Convento de San Francisco: Pasajes de la vida del Santo.

CLAUDIO COELLO, 1642 (?) a 1693.

Madrid. — Prado: Asunto Místico, con San Francisco.

Madrid. — Academia de San Fernando: La Porciúncula.

Madrid. — Caballero de Gracia, retablo: Siete cuadros, entre ellos San Francisco.

Múnich. — Pinacoteca: San Pedro Alcántara.

París. — Venta Lebrun en 1809: Un San Pedro Alcántara adquirido en 7,300 francos.
(Pintó bastantes cuadros franciscanos.)

SEBASTIÁN GÓMEZ (el Mulato), 1646 a 1682.

Petrogrado. — Ermitage: Un San Francisco.

LUCAS VALDÉS, 1661 a 1724.

Sevilla. — Museo: Alegoría de la Fundación de la Venerable Orden Tercera.

ARDEMANS, 1664 a 1726.

Madrid. — En el techo de la Capilla de la V. O. T.: San Francisco en un Carro de Fuego tirado por caballos.

VILADOMAT, 1678 a 1755.

Barcelona. — Museo: Una serie de veinte cuadros con la vida de San Francisco pintados para el Convento de Franciscanos de Vich.

Vich. — Convento de Franciscanos: La serie de los veinte bocetos para los cuadros mencionados.

Mataró. — Capilla de los Dolores: San Francisco.

Sarriá. — Convento de Capuchinos: Cuadro con Santa Eulalia, San Francisco, San Antonio y otros religiosos.

(Tuvo marcada predilección por los asuntos franciscanos.)

TOBAR, 1678 a 1758.

Sevilla. — Puerta de la Catedral: Cuadro con la Virgen, San Francisco y San Antonio.

TIEPOLO, 1693 a 1770.

Madrid. — Prado: San Francisco sostenido por un ángel.

Madrid. — Prado: San Pascual Baylón adorando el Santísimo Sacramento (del legado de don Luis de Errazu).

Aranjuez. — Iglesia de San Pascual: San Francisco; San Antonio; San Pedro Alcántara y San Pascual.

SORIANO, 1701 a 1763.

Sevilla. — Museo: Impresión de las Llagas.

Sevilla. — Museo: Visión de las tres monedas (fechado en 1734).

Sevilla. — Museo: Cena de San Francisco.

Sevilla. — Museo: Episodio de la vida del Santo.

ANDRÉS DE LA CALLEJA, 1705 a 1785. (Primer Director de la R. A. de S. F.)

Madrid. — San Francisco: El cuadro grande de San Antonio.

FRANCISCO BAYEU, 1734 a 1795.

Madrid. — San Francisco: Pintó en 1785, para el altar mayor, La Porciúncula.

Madrid. — Convento de las Vallecillas, en el altar mayor, al lado de la Epístola: San Francisco.

Aranjuez. — Convento de San Pascual: La Impresión de las Llagas.

JOSÉ CASTILLO, 1737 a 1793.

Madrid. — San Francisco: San Francisco y San Diego.

Madrid. — San Francisco: en 1785: Una Concepción.

FERNANDO CASTILLO, 1740 a 1828.

Madrid. — San Francisco: en 1785: El abrazo de San Francisco y Santo Domingo.

GOYA, 1746 a 1828.

Madrid. — San Francisco: en 1785: San Bernardino de Sena predicando.

Madrid. — Colección Jone Arias: Dos bocetos para el cuadro anterior.

Madrid. — Pinturas de San Antonio de la Florida.

MANUEL DE LA CRUZ, 1750 a 1792.

Madrid. — San Francisco, Claustro: Ocho cuadros con escenas de la vida del Santo.

ZACARÍAS GONZÁLEZ VELÁZQUEZ, 1754 a 1815.

San Francisco el Grande.—Colección de cuadros con escenas de la vida del Santo.

Madrid. — San Francisco: en 1785: San Buenaventura.

Además de las obras mencionadas en esta sumaria relación, existen en el Museo del Prado, las siguientes:

(Numeración del Catálogo de 1910.)

Escuela Española

N.º 1263 Anónimo: Asunto Místico.

Escuelas Italianas

N.º 70 Carraci (Agostino): La Porciúncula.

N.º 76 Carraci (Annibale): Apoteosis de San Francisco.

N.º 231 Escuela del Guido: San Francisco (media figura).

N.º 143 J. Francia: San Francisco y otros Santos.

N.º 538 Escuela Boloñesa: San Francisco y ángeles.

Escuela Flamenca

N.º 1478 Van Dyck: San Francisco en éxtasis.

N.º 1498 Escuela de Van Dyck: San Francisco *Hamlet*.

N.º 1617 Patinir: La Impresión de las llagas.

N.º 1703 Copia de Rubens: Alegoría de la Iglesia militante.

Hemos omitido bastantes, a sabiendas, por no considerarlos de suficiente interés artístico, y dejamos de mencionar muchos, seguramente legión, por ignorancia, y porque la premura del tiempo, pues el Catálogo había de estar impreso para fecha determinada, no nos ha permitido la investigación necesaria ni la comprobación conveniente.

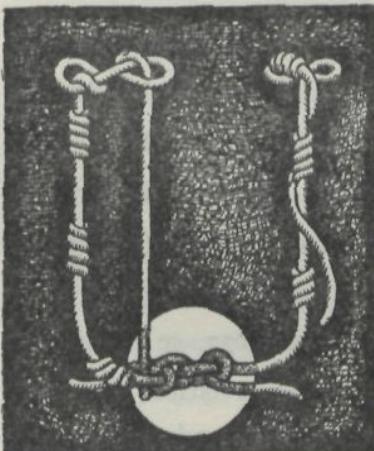
Por estas mismas razones suponemos también que habrá datos erróneos, y que otros resultarán muy deficientes.

Los aficionados y estudiosos que deseen documentarse detalladamente en la materia, encontrarán satisfacción cumplida en la hermosa y bien nutrida obra «El Franciscanismo en la Historia, en la Literatura y en el Arte Ibero-Americanos», del P. Fr. Samuel Eiján (Barcelona, Editorial Franciscana, 1927), quien, con verdadero amor filial, recopila casi todo cuanto se ha escrito, construído, pintado y esculpido inspirado en la devoción a San Francisco de Asís.

MARQUES DE MONTESA

... que en el siglo xiii se produjo la aparición del Santo de Asís, que con su sencillez y humildad, su amor por los pobres y su devoción a la Virgen, inspiró a los escultores de la época a representar sus virtudes en esculturas de gran belleza y realismo.

LA ESCULTURA FRANCISCANA EN ESPAÑA



NA revolución tan radical como la que en el siglo XIII produjo la aparición del Santo de Asís no tenía más remedio que hacer sentir su poderosa influencia espiritual en todos los órdenes de la vida. La sociedad de entonces, en aquellos duros tiempos medioevales, cimentada en un feudalismo tiránico, arriba, y una gleba en servidumbre, abajo, despertó como de un letargo al encontrarse con que Cristo parecía haber reencarnado en la figura, todo espiritualismo, igualdad y amor, de San Francisco. El arte forzosamente había de embalsamarse del espíritu franciscano y la imagen del santo había de ser reproducida con profusión, lo mismo en el cuadro que en la escultura. Hoy nadie niega que el Santo de Umbría fué uno de los más poderosos precursores del Renacimiento. La corriente avasalladora del arte franciscano se extendió por todo el mundo. Y España fué una de las naciones que más pronto y de una manera más intensa recibió su influencia fecunda y en la escultura sobre todo produjo las mejores obras, nuestras obras maestras.

De un lado la influencia fué directa. San Francisco vino a España en 1212, el año de la salvación de Europa, frente a la invasión de los árabes, por España en la batalla de las Navas de Tolosa. Para saber su itinerario no tenemos más

fuente histórica que la tradición. Según ésta entró por Navarra y el primer convento de su orden lo fundó en Burgos. Como su viaje obedecía al deseo de trasladarse a Marruecos, tierra de infieles, encaminóse a San Sebastián con objeto de buscar embarcación que lo llevara a las costas del Africa fronteriza. En dicha ciudad cayó gravemente enfermo, lo que consideró como un aviso del cielo para que no emprendiera el viaje. Entonces, ya repuesto, pasó por León y Asturias, camino del sepulcro del apóstol Santiago. En sus andanzas por España fué dejando fundaciones en todas partes, en Santiago, Ciudad Rodrigo, en Toledo, en Ocaña, en Soria, en Tudela.

Así, como en Italia, en España por todas partes el espíritu levantado por él tiende a perpetuar la imagen del Santo. Del siglo XIII tenemos varias estatuas de San Francisco esculpidas en piedra. Una en el coro de la catedral de Ciudad Rodrigo, en la que se representa al Santo con báculo de peregrino. En la portada de la catedral de Burgos se destaca una imagen del Santo de Asís y otra de Santo Domingo, ofreciendo sus reglas a Alfonso VIII, y en la puerta del claustro de la misma catedral se vuelve a reproducir el busto de San Francisco. En el convento de Santa Clara, en Astorga, sobre el tímpano de su interesante portada, campea la estatua del Santo, ostentando en su factura las características de la centuria decimo-tercia.

En el convento de Franciscanos de Sahagún, erigido en 1277, se inicia una evolución, en su arquitectura morisca, hacia la grandiosidad artística, así como en el de Villafranca del Bierzo, también del siglo XIII, ya puede admirarse algo de las renacientes modalidades que toman cuerpo en Italia y que en España, al ser importadas, habían de amalgamarse a las propias de nuestro arte indígena. Difícil es ir descubriendo la influencia franciscanista en la escultura durante el siglo XIV. Sin embargo, bien puede considerarse que fué indiscutible esa influencia, sólo con tener en cuenta que nuestros generosos Mecenas del siglo XV son franciscanos. Franciscano es Cisneros, como terciaria es la Reina Isabel la Católica y el gran Cardenal Mendoza, que sembró de maravillas artísticas las viejas ciudades de Castilla. No es extraño, por tanto, que en esa época veamos a nuestros más preclaros artistas inspirándose en la vida de San Francisco. El sumuoso sepulcro de D. Alvaro de Luna, en la catedral de Toledo, obra de Pablo Ortiz, señala la inspiración franciscanista en los religiosos que su delicado

cincel esculpió y en el cordón franciscano que orla aquel magnífico ejemplar de la escultura española. En la sillería del coro de la catedral de Plasencia, tallada por el maestro Rodrigo a fines del xv, se destaca en un magnífico relieve la imagen de San Francisco.

En la catedral de Zamora, de la misma época, en dos tallas primorosas, por su finura y delicadeza descuelga también la figura del Santo. Las famosas sillerías de la cartuja del Paular, de la de Miraflores, de Rioseco y otras, lucen también las creaciones de la figura de San Francisco a golpes de una gubia insuperable. Otras escenas franciscanas se reproducen en la piedra, como ocurre en la iglesia de Trujillo, que data de 1502. Y la figura de San Antonio de Padua se muestra en las vidrieras de León y en la talla de Esteban Jordán, de 1578. Aparte eso, de Italia nos trajeron el Renacimiento, recogido en espíritu en la fuente de Miguel Angel, los grandes maestros de la escultura española, Berruguete, Alonso Cano, Gregorio Hernández, Juan de Juní, pero no con su interpretación al modo clásico, sino «al modo nuestro», es decir, henchido de fe religiosa, ceñido a un realismo de formas, pero con algo que pudiéramos llamar una *interna exaltación*.

En ello estriba la diferencia y se advierte la influencia del espíritu franciscano en el arte de nuestros grandes escultores. Porque el realismo de nuestra escultura es ascético y al mismo tiempo, dentro de nuestro misticismo, exaltación del espíritu, conservamos un ponderado realismo. Nuestros escultores llegan a lo más difícil de alcanzar que es la materialización del sentimiento, a plasmar el éxtasis divino y a la vez es tan vigoroso el realismo de la forma, que las imágenes parecen semivivas. De la mística, que en nuestras letras clásicas, es sin par en el mundo, brotó como la pintura, también la escultura española en sus días de mayor esplendor. Y ésta tiene sus características inconfundibles. Del Renacimiento italiano pudiera decirse que no recogió más que la orientación y en parte la técnica. La serenidad, la euritmia, fué el privilegio del arte pagano, que resucitaron los renacentistas italianos. Por el contrario, los grandes escultores españoles buscaron el movimiento, una especie de violencia, un sentido de dramatismo para su arte de imagineros. De añadidura el mármol o el alabastro de la escultura clásica, por su impresión de frialdad, repugnaba a nuestros escultores, que buscaron con preferencia la madera para sus tallas, completa-

das con la policromía, porque de esa manera producían un arte más expresivo, más dramáticamente efectista.

La escuela de escultura que nació o se inspiró en Asís tiende a la imitación de la naturaleza y copia lo real no servilmente, sino idealizándolo. Ello se amalgaba bien al temperamento español, de suyo a la vez realista e idealista. De ahí el arraigo del franciscanismo en el arte español. Al efecto, con razón decía la condesa de Pardo Bazán que España era «la nación que produjo las mejores efigies de San Francisco que se conocen en el mundo».

Así es ciertamente. No hay gran escultor español que no haya empleado la gubia o el cincel en modelar la figura del Santo de Asís.

A Berruguete se le puede llamar escultor franciscano hasta en sus últimos momentos. La postrera obra que ejecutó fué el retablo de la Iglesia de Santiago de Cáceres en el que, con una fruición que transciende al contemplador, esculpe la escena de la impresión de las llagas de San Francisco. Al detenerse ante aquel relieve maravilloso, tan movido y tan emocionante, se comprende que su hijo dijera que «aquello era lo mejor que había salido de las manos de su padre.» Bécerra dejó en el antiguo retablo, destruído, del convento de las Descalzas Reales de Madrid la huella de la inspiración franciscana, así como dejó la muestra de su justeza anatómica en el esqueleto que ejecutó para los franciscanos de Zamora, obra magistral que aún puede admirarse en el Museo Provincial de Valladolid. Además, el retablo de Astorga y el del pueblo de Dehesas (León) aún nos dan nuevas muestras del franciscanismo del gran escultor. Su imitador Esteban Jordán, lo sigue en esto también, como lo prueba su San Francisco en Rioseco y otras obras.

Llegamos a Gregorio Hernández (también se le apellida Fernández por otros) el imaginero clásico de la escuela castellana. Es el más reposado de nuestros escultores. El franciscanismo inspira la mayor y acaso la mejor parte de su obra. Esculpe las figuras de San Francisco, de San Antonio y de San Pedro de Alcántara en ejemplares múltiples. Pero su obra maestra, en este punto, es el San Francisco del retablo de la catedral de Plasencia, esculpido con fino relieve en un pedestal. Y es obra genial suya también la otra imagen del santo que se venera en Garrovillas (Cáceres).

No puede cerrarse la lista de los grandes escultores de la escuela castellana

sin mencionar a Juan de Juní. Su nacimiento no está bien determinado aún. Pudo ser de origen italiano, pero su arte es netamente español y castellano. Es caso idéntico al del Greco, pintor también esencialmente español y castellano.

En Juní, lúgubre, se da el ardor, el instinto dramático de la raza. Ese dramatismo se traduce en el gesto de los rostros contraídos, y aún en la violencia del plegado de los paños. Su famoso San Francisco está en el convento de Santa Isabel de Valladolid. Es un santo con rostro de penitente, en el que se refleja un espíritu atormentado por el ansia de sacrificio, así como su San Antonio es un asceta con las facciones demacradas por el ayuno y las mortificaciones.

Recordemos ahora a los maestros andaluces, a Martínez Montañés, Roldán, Alonso Cano, Pedro de Mena. Todos sintieron la influencia de la inspiración franciscanista, y tallaron las imágenes de San Francisco o de los franciscanos, San Antonio, San Pedro de Alcántara o San Diego de Alcalá.

Comencemos por Alonso Cano, el gran maestro granadino de la escultura. De la inspiración franciscana, dejó dos ejemplares típicos. El uno es la propia imagen del santo de Asís. Era una escultura pequeña que fué comprada en el Rastro de Madrid, ha muchos años y a bajo precio. Pasó a ser propiedad de M. Odiot. Figuró en la exposición universal de París en 1876. Después ha desaparecido. Sólo se conocen grabados de ella, y según Gómez Moreno, gran autoridad en la materia, «sus características permiten ver aquí el prototipo de cuantas imágenes similares andan dispersas».

Esa imagen de San Francisco, esculpida por Cano, y cuya autenticidad parece comprobada, es la desgraciadamente perdida. Hay otras muchas atribuidas a Cano, como la de la catedral de Toledo, la de la iglesia de Esquivias, como la de Villaudres (Francia) de la colección Carvallo, que hoy se niega en absoluto que sean obra original del insigne escultor granadino y se tienen por imitaciones de sus discípulos, calcadas o inspiradas en la escultura auténtica del maestro. Esas imitaciones abundan en Castilla.

En cambio, en la iglesia de San Nicolás de Murcia, se conserva una imagen de San Antonio, «representando a un fraile, con hábito apenas desvirtuado en su tiesura por algún respingo con capa corta que lo ensancha de proporciones, apenas visibles las manos y de agudo rostro; el niño, echado sobre un lienzo, no hace ademán sino para asirse al borde de la capa, y su estructura es fina y mó-

bida más que en otros». Es una nueva modalidad en el arte de Cano, una conversión a lo natural sin exageración de los medios expresivos.

También es de Cano una figura de San Diego de Alcalá, recatando las flores en su remangado hábito.

En su discípulo, Pedro de Mena, el gran escultor malagueño, toda su obra pudiera decirse que está impregnada del espíritu franciscano.

Por su creación mejor, acaso se tenga el San Francisco Asís de la catedral de Toledo. Esa escultura fué atribuída durante algún tiempo a Alonso Cano; el mismo D. Pedro de Madrazo la vindicó por obra del maestro granadino, cuando fué presentada en la exposición de Bellas Artes de Madrid en 1877.

Si el juicio no es exacto, por lo menos es gráfica la descripción que de esa escultura hace Madrazo. «Está el Santo — escribe — como en extática contemplación, con los ojos levantados al cielo y las manos al pecho, una sobre otra, pero ocultas en las mangas del hábito. Calada la capucha, el círculo de su borde sirve de nimbo al venerable semblante, y de la gran figura que llenó con la fama de su santidad una buena parte de su siglo, sólo aparecen al descubierto el rostro, y el pie derecho.»

Es similar de la que hay en París, procedente de Madrid, y que se atribuye a Cano, y que representa la momia del santo, tal como según la tradición, fué vista en su tumba de Asís por el Papa Nicolás V.

Hoy, después del documentado estudio de Orueta, se tiene por indudable que el San Francisco de Toledo es de Mena. Y a propósito, Blanca de los Ríos, ha escrito elocuentemente: «En la gubia de Pedro de Mena fulguró la centella mística y en su diestra ardió la fiebre del divino Amor cuando realizó el milagro de encender un leño en la locura celeste que arrebataba al llagado de Albernia».

Aunque inferior, Mena esculpió también la figura del Santo de Asís en la sillería del coro de la catedral de Málaga, así como la escena de la impresión de las llagas en otra talla suya en la iglesia de Santa Isabel la Real de Granada.

Y la inspiración franciscanista que movió la gubia de Mena, aún se produjo en la figura admirable de San Pedro de Alcántara, que es un prodigo artístico, así como en los de San Antonio de Padua, y San Diego de Alcalá. El magistral San Pedro de Alcántara de Mena, — él hizo varias imágenes de este santo— se conserva en el Museo de Barcelona.

Otros escultores, aunque no de tanto renombre, como Roldán, como José de Mora, Felipe Arizmendi, Manuel Pereira, mantuvieron en su arte la tradición franciscanista española. Y en el curso del tiempo, a través de diversas vicisitudes ha llegado a la época contemporánea. Escultores modernos, de generaciones pasadas, como Salzillo, el gran imaginero murciano, acaso el último imaginero español, como Vallmitjana, el insigne escultor catalán, y otros posteriores, como Alcoverro, como Marinas, en nuestros días, han continuado la tradición de la influencia del franciscanismo en el arte español de la escultura.

No se ha olvidado que una de las mejores creaciones que produjera el talento de Querol ha sido su famoso San Francisco curando al leproso. Y debe mencionarse también, en atención a su mérito, a Asorey con su original imagen del santo de Asís presentada en la última exposición nacional de Bellas Artes.

Ello, para terminar, indica que el genio nacional, todo dinamismo y exaltación mística, encontró en la corriente franciscanista inagotable manantial en que saciar su ardiente sed de belleza y amor, espíritu que dejó plasmado en las maravillas artísticas que son el blasón de nobleza y el tesoro más preciado de la España de todos los tiempos.

Menos conocido, por menos estudiado, es el acervo nacional de nuestras artes menores. Pero, es indudable, que en ellas también se reflejó el espíritu franciscano. En la azulejería sobre todo, pues en ella se reproducen escenas y milagros de la vida del Santo de Asís. Igual en nuestra orfebrería. Nuestros cinceladores y repujadores de oro y plata consagraron también su arte a reproducir la figura o escenas de la vida del santo en bandejas cinceladas o en preciosos e inapreciables relicarios. Y en bordados sobre sedas, terciopelos y tisus de ornamentos sagrados. Lo mismo que en las vidrieras de nuestros templos.

En esta materia, tan poco investigada, de las artes menores seguramente esta actual exposición sirve para revelar un tesoro ignorado o por lo menos de aliento para que se emprendan estudios que no están hechos y que, en bien del arte y de la propia patria, deben intentarse y realizarse.

PEDRO DEL CASTILLO-OLIVARES

estudió al maestro en el monasterio de San Juan de los Reyes, que era un monasterio franciscano fundado por el rey Alfonso VIII en 1188. Allí estudió el arte de la arquitectura y la escultura, así como las artes liberales. Tras su formación, se convirtió en un destacado arquitecto y escultor, conocido por sus obras en el Monasterio de San Juan de los Reyes y en la Catedral de Toledo.

LA ARQUITECTURA FRANCISCANA EN ESPAÑA



*L*a franciscanismo español, según tengo consignado en un discurso académico que en solemne ocasión pronuncié muchos años há, data de los primeros gloriosos tiempos de la Orden. «Antes de su misma constitución y de su aprobación, venido a España, según respetable y constante tradición, el fundador San Francisco, en 1214 recorrió gran parte de la Península, propagó sus ideales, hizo muchas fundaciones, y por dondequiera que fué logró completos éxitos. Navarra, Vasconia, León, Asturias, Galicia, Portugal, Cataluña y ambas Castillas fueron campo de su labor y teatro de sus predicaciones» (1).

Aquellos viajes y aquellas fundaciones que realizó en España el Santo Patriarca son la raíz de donde brotó, andando el siglo XIII, el robusto tronco de la Arquitectura franciscana española. Es indudable que la gran basílica de Asís, atribuída al arquitecto Nicolás Pisano, primer monumento ojival de Italia, cuyas iglesias inferior y superior fueron terminadas en

(1) *De la religiosidad y del misticismo en las obras del Greco. Discurso leído en la solemne sesión académica celebrada en Toledo en 6 de Abril de 1914 para conmemorar el tercer Centenario de la muerte del Greco por el Excmo. Sr. Conde de Cedillo, de la Real Academia de la Historia, Presidente de la Junta organizadora del Centenario. (Madrid, 1915 Pág. 22.*

1230 y 1253, respectivamente, ejerció gran influencia, no sólo en la Arquitectura adoptada por los franciscanos en Italia, sino en otras fábricas religiosas no franciscanas, así en Italia como fuera de esta península. Pero con relación a España y a los primeros monasterios y templos franciscanos entre nosotros, poca o ninguna influencia puede atribuirse al insigne monumento asisio, cuyos caracteres arquitectónicos y decorativos no se componían bien con el estilo que a la sazón iba privando en los estados cristianos del territorio español.

En primer término, hay que reconocer la unidad que en lo fundamental impera en la Arquitectura peculiar de cada una de las Ordenes religiosas importantes que tienen un lugar propio en la Historia. El moderno historiador de la Arquitectura cristiana española hizo a este propósito algunas discretas observaciones. La obediencia — dice — a una misma regla; la unificación de los fines sociales o religiosos, del género de vida y de los procedimientos de construcción; la dependencia de un solo Centro, del que irradian las influencias, todo ello imprime a cada Orden una arquitectura especial, generalizada a todos los territorios donde implantan sus monasterios, sin distinción de naciones, comarcas, ni estado de la civilización respectiva a cada una de ellas. Claro es que esta unidad no puede ser absoluta, pues tiene necesariamente que superditarse a las ineludibles condiciones de país y de tiempo; y que su rigidez varía mucho según la Orden y según los tiempos, por lo cual se ve más observada en la bernarda que en la franciscana, y más en el siglo XII que en el siglo XV; pero en tesis general, existe con carácter privativo que agrupa el arte de cada una de las Ordenes monásticas o de cada grupo de ellas (1).

Cuando los frailes de San Francisco comenzaron a levantar en España sus iglesias y monasterios, el arte que entre nosotros iba generalizándose era el ojival, malamente llamado gólico, que venía sustituyendo al venerable y solemne románico desde la segunda mitad del anterior siglo XII. A la difusión de este nuevo arte no contribuyó poco la grande y rápida expansión, en nuestra patria, de las Ordenes mendicantes, y principalmente de la de San Francisco, gran propagadora del arte gólico, que a tal punto se identificó con esta modalidad arquitectónica, que solío llamársele *estilo franciscano*.

(1) Lamperez. *Historia de la Arquitectura cristiana española en la Edad media*. Tomo II, pág. 415.

Como los nuevos frailes eran pobres, sus primitivos templos fueron también pobres y obedecieron a un tipo de arte popular y sencillo. Puede señalarse como caracteres propios de las primitivas iglesias franciscanas españolas: simples las plantas, y en general, sin crucero, de una sola nave, o de cruz latina; ábside único, poligonal, techumbre de madera y gran sobriedad en los exornos. La disposición general de los monasterios principales parece haber sido, en juicio de Lampérez, la misma del famoso de Saint-Gall con ciertas modificaciones. Una de ellas es la situación de la sala capitular, que no está a continuación del brazo de la iglesia, sino en el ala frontera a ésta. Otras son la supresión del palacio abacial, del claustro secundario, de los grandes graneros y bodegas y de las demás dependencias requeridas por la riqueza de benitos y bernardos.

En los conventos franciscanos todas las habitaciones comunales están en torno del claustro único. Los templos pertenecen a un solo tipo: planta de una nave, de cruz latina, con brazos bastante extendidos; tres o cinco ábsides poligonales o cuadrados y abovedados, con crucería en el frente de la nave del crucero, abiertos con largas y estrechas ventanas; pilares de estructura románica; arcos transversales, o por excepción, armaduras de madera; abovedados algunos brazos del crucero con medios cañones apuntados y en el crucero un peralte, con armadura especial y acaso cúpula, acusada al interior por una pequeña linterna; contrafuertes exteriores sencillísimos, terminando todos por líneas horizontales sin piñón ni pináculos; portadas de simples molduras o arcos apuntados y ornamentación característica de flores cuatrilóflias; como ornamentación interior, capiteles de labor románica o flora indígena. Los claustros, del tipo románico absoluto. Alto podio, columnas pareadas que sostienen arcos de medio punto, o apuntados, de sencillas molduras, techos de madera, en algunos casos templete de lavatorio y apertura de arcos más ricos, como ingreso a los *Capítulos* (1). Las construcciones franciscanas españolas del siglo XIII se inspiraron, pues, como no podía menos de ocurrir, no en un lejano prototipo italiano, sino en las primeras manifestaciones del estilo ojival español, pero con las variantes que llevaban consigo las numerosas modalidades regionales que en todos los órdenes de la humana actividad son tan peculiares de nuestra

(1) Lampérez, *ut supra*. Tomo II, págs. 517 y 518.

península. Y esto que ocurrió en el primer siglo franciscano fué acentuándose más en los siguientes. Quien compare por ejemplo, la fábrica de San Francisco, de Lugo, con la de San Juan de los Reyes, de Toledo, sus estructuras, sus plantas y sus calidades todas, hallará entre ellas un mundo de diferencias.

El bien documentado autor de la *Historia de la Arquitectura Cristiana Española en la Edad Media* reconoció ya esta especificación regional del arte franciscano entre nosotros dentro del mismo género, que era el arte ojival. «La arquitectura franciscana — escribía — tiene variadísimas manifestaciones, de acuerdo con las características del país; así, es catalana la de San Francisco de Palma de Mallorca; toledana, en San Juan de los Reyes, de Toledo; gallega en San Francisco, de Lugo; mudéjar, en el Convento de la Rábida. Es en Galicia, donde la arquitectura monástica de franciscanos y dominicos, tiene una manifestación especialísima, completa y uniforme, por no decir idéntica. Bien avenidos estos institutos, por su pobreza y humildad, con el estilo románico arraigado en las construcciones populares gallegas y con la sencillez a que obligan los toscos materiales del país (granito, madera), adoptaron a sus necesidades y a sus ideales el estilo gótico gallego de *transición* y la planta de San Gall. No creo se conserve ningún convento completo en Galicia; pero, de lo existente, parece deducirse que sólo la iglesia y el claustro y el capítulo se construían con relativa monumentalidad, pues lo demás era reducido y pobrísimo» (1).

Así, pues, las fábricas franciscanas primitivas brotan pronto por el territorio nacional reconquistado y en los sucesivos siglos se multiplican en España, más veces debidas a la generosidad de los señores y de los pueblos que a los recursos de las propias comunidades. No pocas de ellas son muy dignas de figurar y de conservarse en nuestro tesoro histórico-artístico. Apuntaré aquí algunas, para lo cual he de ayudarme a más de con lo que me sugieran mis propias observaciones, de la reciente obra del P. Samuel Eiján *El franciscanismo en la Historia, la Literatura y el Arte ibero-americano* (2), cuya parte tercera, que trata del *Franciscanismo en el Arte*, comprende un resumen muy estimable tocante a la materia en que me ocupo.

Galicia, rica acaso, como ninguna otra región española, en monasterios

(1) Lampérez Obra citada en el texto. Tomo II, pág. 517.

(2) Publicada en Barcelona en el año corriente de 1927.

franciscanos, cuenta entre ellos con monumentos insignes. El convento de *Santiago de Compostela*, primera fundación en la península, según se tiene por averiguado, del Serafín de Asís, conserva una bella serie de arcos ojivales, resto probable de la antigua fábrica del siglo XIII, pero el actual templo, grandioso y de tres naves, es greco-romano.

La iglesia conventual de *San Francisco* de Pontevedra, gótica y también de la décimatercia centuria es de una nave, y tres ábsides, el central de los cuales parece ser el más grandioso y esbelto de los templos de su género en Galicia, salvo, acaso, el de *San Francisco* de Vivero, asimismo esbeltísimo. En 1896 declarósele monumento nacional. En la misma bella ciudad del Lérez, fundóse en 1271 el convento de religiosas de *Santa Clara*, cuya iglesia, también ojival de una sola nave cubierta por techumbre de madera, edificada en el siglo XIII o en el XIV, tiene un ábside del XV. De otras iglesias gallegas de clarisas sólo existen restos de la construcción medioeval según afirma Villa-amil y Castro (1), en la del Convento de *Allariz*, fundado en el siglo XIII por la Reina de Castilla, Doña Violante y construída antes de terminar aquella centuria. Fundación de la propia Reina, en 1260, fué también el Convento de *Santa Clara*, de *Santiago*, completamente reedificado en el siglo XVIII. Obra espléndidamente costeada por el famoso Fernán Pérez de Andrade fué el convento de *San Francisco* de *Betanzos*, que tuvo un hermoso claustro ojival, ya desaparecido y cuya iglesia, construída como aquél en el siglo XIV, ofrece una rica ornamentación iconográfica. El de *San Francisco*, de *Orense*, reedificado a principios de la misma centuria, tiene un buen templo y un claustro que es ejemplar muy interesante de la transición románico-ojival. Lo que queda de la fábrica de *San Francisco* de *La Coruña*, parece también ser de fines del siglo XIII o principios del XIV, Hoy está muy desfigurada por haberse utilizado como presidio y almacén de maderas.

El convento de *San Francisco*, de *Lugo*, tiene prestancia bastante para ser considerado como monumento típico de la Arquitectura franciscana en Galicia y aún de la Arquitectura regional gallega en general. Es fama que le fundó el mismo Santo Patriarca al pasar por Lugo de vuelta de su peregrinación a Com-

(1) *Iglesias gallegas de la Edad Media*. (Madrid, 1904). Pág. 194.

postela, y aun que puso la primera piedra del edificio. Lo indudable es que el monasterio ya estaba fundado antes de terminar el siglo XIII, bien que la fábrica actual del templo y del claustro, íntegra, por fortuna, debe de datar de entre los siglos XIV y XVI. El templo es de planta de cruz latina, cubierto por armadura de madera, sobriamente ornado y con tres ábsides ojivales. Adósase a la iglesia el singular y desconcertante claustro, acaso sin semejante en su género: extraña mezcla de elementos góticos y románicos, pero con notable preponderancia de éstos, no obstante datar el claustro del siglo XV. Medioeval es también, y fundación de Fernán Pérez de Andrade, el convento de terciarios de *Montefaro* (cerca de El Ferrol), en cuyo *capítulo* se conservan tres arcos ojivales antiguos. El convento de *San Antonio de Herbón*, que data de 1397, tiene un templo ya de estilo renaciente. El de *San Francisco*, de Noya, cuyos antecedentes se remontan al año 1316, conserva una iglesia del siglo XVI, en parte gótica de la decadencia y en parte del renacimiento. En *Monte-Real*, junto a Bayona, se fundó en 1573 un convento de San Francisco, de que en el siglo XIX sólo quedaban restos. En *Ribadavia* hubo también convento franciscano, con título de *San Antonio*, establecido en el siglo XVII. No existen ya el hermoso templo y convento franciscano de *San Antonio* que en 1503 fundó en *Monforte* un Conde de Lemos. En el mismo Monforte fundó en 1622 el convento de monjas de *Santa Clara* una Condesa de Lemos, que en él tomó el hábito y acabó sus días. Para apreciar la compenetración del franciscanismo artístico, con el estilo ojival y la persistencia de éste en Galicia, hay que saber que, si hemos de atenernos a afirmaciones del docto arqueólogo Villa-amil y Castro, en el convento de *San Francisco de Rivadeo*, hay partes que son góticas de principios del siglo XVII, y que la iglesia de *San Francisco de Tuy*, en que hay bóvedas de crucería ojival, fué edificada entre 1682 y 1728.

Al triunfar en toda la línea el llamado Renacimiento artístico, la arquitectura franciscana no pudo, naturalmente, substraerse, a su influjo ni aún en Galicia, a pesar del gran arraigo del *goticismo* en aquel antiguo reino y llegó a producir ejemplares de mérito. Entre éstos se cuentan, con relación a Galicia, la fachada barroca de *Santa Clara* y el ya citado templo greco-romano de *San Francisco*, ambos de *Compostela*, y el último de los cuales parece haber ejercido

en el arte arquitectónico gallego de su tiempo, una influencia patente en otros edificios religiosos, regionales y coetáneos.

Así como de Galicia y, más concretamente, de Compostela, salió el primer movimiento de irradiación franciscana en la península, así también hubo de partir el de su irradiación artística.

Entre los conventos de Vasconia fué señaladísimo, el de *San Francisco* de *Bilbao*, ojival y labrado por los años 1475, que, según las noticias que de él quedan, era una de las fábricas más suntuosas de su tiempo. En *Vitoria* edificóse en el del Rey *San Fernando*, el templo de *Santa Clara*; y a fines del siglo XIII por generosidad de Doña Berenguela López de Haro, hija del oncenio soberano, de Vizcaya, el de *San Francisco*, que conservó hasta nuestros días algunos miembros arquitectónicos peculiares del estilo propio de su siglo. El de *San Francisco*, histórico y monumental, y hoy amenazado de destrucción, parece haber sido el principal de la Orden en el Norte⁽¹⁾; y en la misma ciudad de Vitoria se fundó otro convento franciscano bajo la advocación de *San Antonio*. El de *San Andrés de Murga*, en *La Bastida*, muestra la gran importancia que tuvo en los restos que de él quedan: algunos lienzos del claustro y despojos de su arquería, alguna torre y tal cual robusto machón.

Muy digno de mencionar entre los monasterios franciscanos aragoneses es el de *Zaragoza*, cuya gótica arquitectura correspondía al período de entre 1286 y 1360, en que fué labrado. También debe citarse la iglesia de *San Francisco* de *Teruel*, ojival asimismo y erigida en 1399 por D. García Fernández de Heredia, Arzobispo de Zaragoza. En Cataluña, el convento e iglesia de *San Francisco*, de *Barcelona*, que eran magníficos, fueron quemados y destruidos, por una revolución del siglo XIX. El convento de la misma orden de *San Bartolomé de Bellpuig*, fundado al alborear el siglo XVI por un Folch de Cardona, tiene insignificante iglesia, pero gran claustro gótico abovedado.

Notable en extremo es *San Francisco el Grande*, de *Valencia*, con un excelente claustro comenzado en 1421. Y señalado por Lampérez como característico de la Arquitectura franciscana catalano-valenciana, es el suntuoso convento

(1) *Vid.* acerca de este poco conocido monumento: Ruiz de Larrinaga (Fr. Juan) *El templo de San Francisco de Vitoria no debe ser derribado*. (Tolosa, 1926). Véase también un artículo del P. Epifanio de Pinaga que acaba de publicar el *Archivo Ibero-American*, número de Enero-Febrero de 1927, pág. 110.

de *San Francisco* de *Palma de Mallorca*, con su espléndido templo gótico, bellísimo claustro del mismo estilo, ambos del siglo XIII y ostentosa portada del XVII, obra del arquitecto y escultor Francisco de Herrera.

De los conventos franciscanos del reino de León deben mencionarse el destruido de *San Francisco*, de *Toro*, que tuvo magnífica nave gótica y el de *Santa Clara* de la misma ciudad, fundado en 1255 por una hija de D. Alfonso X. y reedificado en 1408 por D. Juan II; el de *San Francisco* de *Zamora*, ojival y en ruinas y el de *Santa Clara* de la misma capital, antiguo también, pero muy renovado.

Entre los de Castilla la Vieja hay que recordar el de *Burgos*, gótico, igualmente, debido a la larguezza del famoso Almirante burgalés D. Ramón de Bonifaz, pero comenzado hacia 1256; y el de *Santa Clara*, en la propia ciudad, que ya existía también en el siglo XIII. Insigne sobre toda ponderación, por su historia, por su arte y por la aureola novelesca que le rodea es el convento de *Santa Clara*, de *Tordesillas*, donde los estilos ojival, mudéjar y renaciente tienen representación muy característica. El arruinado convento de *Santa Clara*, de *Tordecumos*, tuvo una bellísima portada gótica. El de *San Francisco* de *M Medina de Rioseco*, fundación de los poderosos Enríquez y panteón de los Almirantes de Castilla, de estilo gótico decadente y poseedor de gran riqueza artística, fué también destruido. En *Palencia* el histórico convento de *San Francisco*, alzóse a mediados del siglo XIII con arreglo a la arquitectura propia de la época; y el de *Santa Clara*, fundación de otro Enríquez, Almirante de Castilla, tiene una suntuosa iglesia ojival.

Segovia, desde poco después de instaurada la Orden de San Francisco en España, tuvo su convento de varones con iglesia de gótico estilo, hoy arruinada y un buen claustro de transición, de principios del siglo XVI, que permanece. En la misma ciudad existen el artístico convento de *San Antonio el Real*, primera mansión del Rey Enrique IV, ocupada en vida de este monarca por los franciscanos Observantes, y en tiempo de Isabel la Católica por religiosas de Santa Clara; el de *Santa Isabel*, de religiosas de la Tercera Orden, con hermosa iglesia reconstruida a fines del siglo XV; el de *Corpus Christi* (bien conocido por su arquitectura mudéjar), cuyo edificio, al dejar de ser sinagoga, recibió a una comunidad de monjas clarisas; y el de la *Concepción francisca*, fábrica del siglo XVI y

muy desnaturalizada, de anodino carácter renaciente. De la tierra segoviana he de mencionar todavía los conventos de *San Francisco* y de *Santa Clara*, de *Cuéllar*, bellos edificios ambos del siglo xv, de los que el segundo subsiste íntegro y las ruinas del gran convento franciscano de *Ayllón*, cuyo origen pretende remontarse al tiempo del Patriarca de Asís.

En *Avila* hubo un magnífico convento de *San Francisco*, cuyas ruinas, que se ven en las afueras, dan gran idea de su excelente arquitectura de los siglos xv y xvi. Además, un mayordomo de la Emperatriz Doña María fundó, hacia 1583, un convento de franciscos Recoletos, que subsiste con título de *San Antonio*; una Dávila instituyó a principios del siglo xvi uno de clarisas bajo la advocación de *Santa María de Jesús*, varias veces trasladado en la misma centuria y cierto canónigo abulense fundó en 1539 el de franciscas de la Concepción.

Con relación a Extremadura, mencionaré el convento de *San Francisco* de *Cáceres*, obra de 1471, con su templo de tres naves, crucero y cabecera ojival. Tocante a Andalucía, he de recordar el convento de *Santa Clara*, de *Moguer*, fábrica ojival erigida por los Puertocarrero, antiguos señores de aquella ciudad, y rica en nobles memorias sepulcrales; y el histórico de *Santa María de la Rábida*, si hoy de poco artísticas apariencias por haber sido arruinado y restaurado en el siglo xix, de inmarcesible recuerdo, por estar ligada su fantástica y romanesca historia a la del descubridor del Nuevo Mundo y de sus tonsurados protectores.

Mucho más importante es el franciscanismo artístico dentro del antiguo reino de Toledo. El primer convento franciscano de la ciudad pretendió, como los de otras localidades, haber sido fundado por San Francisco. A lo menos es cierto que en 1230 unos frailes menores se hallaban establecidos fuera de muros (en el cerro de la Bastida), de donde se mudaron al recinto urbano. También se remonta al siglo xiii el origen del convento de religiosas de *Santa Clara la Real*, erigido en la Vega, y trasladado al interior en 1371. Y al comenzar el siglo xvii, había en la Imperial Ciudad, nada menos que diez conventos franciscanos, a saber, tres de varones y siete de religiosas. De todos ellos el más insigne a la vez que el más artístico, como preciosa joya que es, no sólo del arte franciscano español, sino del arte patrio en general y del arte universal, es el por tantos conceptos famoso monasterio de *San Juan de los Reyes*. Reconoci-

dos de antiguo sus títulos de varia índole por todo el mundo culto, el Estado tomó a su cargo su restauración y muchos años después, a petición de la Comisión provincial de Monumentos históricos y artísticos de Toledo, se solicitó la declaración a su favor de Monumento nacional, que se le ha otorgado por Real Orden de 3 de Julio de 1926.

En el informe, que, como ponente en el expediente para esta declaración, emití en Abril de 1926, resumí a grandes rasgos la historia del ilustre edificio. A la feliz época de los Reyes Católicos, fecunda en toda clase de empresas religiosas, políticas y literarias, deben Toledo y las artes patrias este preclaro monumento. Terminada dichosamente en 1476, con la decisiva victoria de Toro, la guerra que a los monarcas castellanos movieron Alfonso V de Portugal y los parciales de la princesa Doña Juana, Doña Isabel y D. Fernando concibieron el pensamiento de perpetuar aquel triunfo con un perenne testimonio de su piedad y de su agradecimiento. Para ello, elegido el conveniente sitio, encomendóse al arquitecto Juan Guas, maestro mayor de las obras de la Catedral, la traza y dirección de un templo, bajo la advocación de San Juan Evangelista, de quien la Reina era devotísima, destinado a iglesia Colegial y enterramiento de los regios fundadores. Llevóse a cabo la suntuosa fábrica, pero no el plan primitivo de los Reyes, pues ora a causa de cierta repugnancia del Cabildo Catedral a que se instituyese en la misma ciudad otra corporación análoga, ora porque con motivo de la guerra de Granada se pusieran los ojos en la metrópoli naserita para el real panteón, ora por ambas razones juntas, es lo cierto que se hubo de resolver en definitiva el establecimiento, en el edificio, de la Orden Seráfica, y así vino a ser monasterio de religiosos Observantes de San Francisco, con título de San Juan de los Reyes (1). Este espléndido monumento, mansión franciscana que fué desde la misma terminación de su riquísima fábrica exuberantemente decorada por la escuela alemano-borgoñona, no es, en realidad, por su tradición artística un monumento verdaderamente franciscano.

Ejemplares muy notables fueron también, dentro del reino de Toledo, el monasterio de *San Francisco de Torrijos*, mandado labrar por los años de 1492, según las prácticas del mismo estilo ojival, por la ilustre señora Doña Teresa

(1) *La Iglesia de San Juan de los Reyes, su claustro y edificio anexo en Toledo*. Informe académico del Conde de Cedillo. (Madrid, 1926).

Enríquez (la *Loca del Sacramento*), y de tan espléndida decoración que fué llamado «segundo San Juan de los Reyes»; y el de la propia advocación levantado en 1512 en la villa de *Torrelaguna* por su egregio hijo el Cardenal Cisneros: ambos monumentos, ya por desgracia desaparecidos. Otro buen convento de *San Francisco* hubo también en *Guadalajara*, convertido más adelante en almacén de material de Ingenieros del Ejército.

Entre los monumentos franciscanos de Portugal, pueden citarse el monasterio de *San Francisco de Lisboa*, de gótica arquitectura, los de *San Francisco* y de *Santa Clara*, de *Oporto*, también góticos, de los siglos XIV y XV, respectivamente, y el de *Santarem*, inspirado en el mismo arte.

Hay una modalidad arquitectónica, peculiar de nuestra patria, de cuyo recuerdo no se puede prescindir aunque de monumentos franciscanos se trate. Me refiero al *mudejarismo*, que también dejó huella en algunas construcciones de aquella Orden religiosa, o con ella relacionadas, sobre todo en Toledo y en Andalucía. De 1477 data la fundación, por Doña María de Toledo, del convento de *Santa Isabel de los Reyes*, de la ciudad del Tajo, erigido en una casa-palacio propia de D. Fernando el Católico, y en que lucen bellas decoraciones mudéjares, góticas y renacentistas de los siglos XV y XVI. En porción de unos palacios reales de la misma ciudad que le cedió Isabel la Católica, fundó la venerable dama portuguesa Doña Beatriz de Silva el convento de la *Concepción Francisca*. Su arquitectura (en parte anterior a la instalación franciscana) es, en general, gótica, pero la torre es mudéjar y la capilla de San Jerónimo ostenta espléndidos exornos góticos y mudéjares del siglo XV. También en Toledo fundó el Cardenal Cisneros, en 1514, el convento franciscano de *San Juan de la Penitencia*, bellamente decorado por los estilos ojival, mudéjar y del renacimiento. Y con relación a Andalucía, cítase como mudéjar la iglesia de *San Francisco de Guadix*; y en la de *San Francisco*, de *Ayamonte*, que abunda en detalles ojivales y del renacimiento, hay un elegante artesonado mudéjar que, según Don Rodrigo Amador de los Ríos, que le describió largamente, «reclama por sí solo la atención y el interés más vivo, a causa de su importancia indisputable», presentando por su interior cinco cascos o faldones, en vez de tres, como es lo corriente. (1).

(1) *Huelva* (Barcelona, 1891). Pág. 650 a 652.

Al tratar de arquitectura franciscana española, he de mencionar un elemento decorativo muy característico. Aludo al *cordón franciscano*, que suele ostentarse en portadas más o menos monumentales de edificios notables, de los siglos XV y XVI principalmente, más en los civiles que en los eclesiásticos, como emblema representativo de la V. O. T. a la que estaban adscriptos muchos caballeros y grandes señores, y más en Castilla que en otras regiones peninsulares. Como ejemplo de portadas que ofrecen aquel motivo ornamental, señalaré el bien conocido y muy reproducido palacio de los Condestables de Castilla, en Burgos, llamado vulgarmente *Casa del Cordón*, que lo presenta artísticamente dispuesto en torno del ingreso; el palacio de Conquista, en Zamora, cuyo cordón muestra una disposición muy armónica; el palacio de los Contreras, en Ayllón, en que el cordón acompaña a una fastuosa decoración gótica en forma de arrabaá; la también llamada *Casa del Cordón*, en Vitoria, en que el cordón ciñe muy de cerca el apuntado arco de entrada; una bella casa particular en Segovia, de estilo Isabel, cerca del convento de San Gabriel, con el cordón rodeando el escudo nobiliario y el antiguo *Hospital de Bálamo*, en Toledo, en la calle de la Plata, hoy vivienda particular, cuya portada también presenta en sus jambas y dintel, con otros exornos, un grueso y anudado cordón franciscano.

En el Alcázar de Segovia existe la llamada *Sala del Cordón*, por el que ostenta en uno de sus muros, del tiempo de Enrique IV. Y en el castillo de Requena rodea al exterior la torre el nudoso cordón franciscano. En alguno que otro convento de religiosas también figura el *cordón* como elemento decorativo, y así aparece en la escocia de un departamento de la clausura del convento de la Concepción francisca, de Illescas, que visité recientemente, fundación del Cardenal Cisneros.

De las fábricas franciscanas monumentales de España la más reciente es la de *San Francisco el Grande*, de Madrid. La tradición cuenta que el primitivo convento y templo franciscano de esta Corte fundó el propio Patriarca San Francisco. Cuando no, sébese que el después llamado monasterio de San Francisco el Grande existía ya a mediados del siglo XIII. Muy espacioso, gótico en parte y en parte del renacimiento era el templo, demolido en 1760 para dar lugar al actual. Con este propósito hizo en 1761 unos excelentes planos el ilustre Ventura Rodríguez, que en razón a determinados detalles no satisfacieron

a la Comunidad. Encomendóse entonces una nueva traza a Fr. Francisco de las Cabezas, lego franciscano, natural de Enguera, muy aventajado en el arte arquitectónico, como había demostrado en anteriores obras. Dirigió aquel religioso la madrileña durante siete años consecutivos —entre 1761 y 1768— quedando después paralizados los trabajos. Al reanudarse, a Cabezas sucedió Don Francisco Sabatini, y a éste, en 1784, Don Miguel Fernández, Director de la Real Academia de San Fernando, hasta su terminación. Fábrica neo-clásica la de San Francisco el Grande, dispuesta en forma de rotonda cubierta por grandiosa cúpula, su arquitectura y estructura han sido entusiastamente encomiadas y fieramente combatidas con notoria exageración en mi juicio en ambos casos. El contemporáneo historiador de nuestra Arquitectura religiosa Sr. Lampérez ha llegado a decir que en este templo «todo es brutal y anodino, y sólo atendible por sus dimensiones» (1). La restauración y sobrecargada ornamentación actual, realizadas durante unos cuarenta años, han sido también objeto de grandes alabanzas y de justificadas censuras.

Es indudable que no pocos de los primitivos conventos y templos franciscanos de España hubieron de ser construidos por religiosos de la Orden a quienes la profesión que ejercieron en el mundo o las necesidades que llevaban consigo las nuevas fundaciones hicieron peritos en la práctica de la Arquitectura. Y al proceder así, los hermanos Menores cumplían con un precepto que el Santo Patriarca estableció en su primera Regla y que estatúía que «los Frailes que sepan trabajar, trabajen, *ejerciendo el arte que sepan*, si no es contra la salud de su alma». Generalmente sus nombres nos son desconocidos, pues aquellos religiosos no buscaban gloria ni fama, salvo la gloria de Dios y de la Orden. El P. Samuel Eiján en el erudito estudio recientemente publicado y que ya antes mencioné, dedica su sección más interesante a los Franciscanos españoles arquitectos y a la enumeración de las fábricas que labraron; y de este trabajo y de otro, un poco anterior, del mismo autor (2) extraigo casi todas las noticias que aquí consigno acerca del particular.

El primer nombre que se registra es el de Fr. Fernando Bolaño, morador en

(1) *Historia de la Arquitectura cristiana española...* Tomo II, pág. 651.

(2) *San Francisco en el arte gallego* Estudio publicado en *El Eco Franciscano*, número extraordinario correspondiente al 1.^o y 15 de Octubre de 1926. Pág. 544.

el siglo XIV en el convento franciscano de Lugo y que parece haber trabajado en la construcción del puente sobre el Miño de aquella ciudad. Al primer tercio del siglo XVI corresponde Fr. Pedro de Gante, fundador del *primer plantel educativo del Nuevo Mundo*, quien estableció en 1526 su «Escuela de San Francisco» para la enseñanza de las diversas Artes y Oficios, entre los cuales se contaba la *Arquitectura*.

Conócense los nombres de algunos religiosos franciscanos que en el curso del siglo XVII demostraban su pericia arquitectónica levantando fábricas varias, ya con destino a su Orden, ya para fines muy distintos. Así, Fr. Lorenzo Jordanes construía en 1638 el Hospital de Pamplona y en 1687 la «Casa de la Misericordia» de Vitoria. Fr. Lorenzo de Santa Rosa dirigía por aquel tiempo las obras del convento de Alcantarinos de Mondoñedo, de la capilla de los Remedios de la misma ciudad, del palacio de Buenaire, y del puente de San Lázaro, en la carretera de Mondoñedo a Villanueva de Lorenzana. Fr. Miguel de Aramburu levantaba el convento de su Orden en Tolosa, intervenía en el de *Santa Clara*, de *Azpeitia* y trazaba la Casa Consistorial de *Rentería*. El capuchino Fr. Diego de Madrid edificó en 1657 el convento de *Jaén* y su hermano de hábito Fr. Luis de Barcelona concurrió en 1660 con otros arquitectos para el examen de la Capilla del Sagrario de la Catedral de Sevilla. También en esta capital andaluza, el portugués Fr. Manuel Ramos reparó la rica escalera del palacio arzobispal, mientras que Fr. Martín de las Llanas construía, en 1665, en *Vitoria*, la capilla de Santa Ana en el Convento de San Francisco, y el mallorquín Fr. Miguel de Petra levantaba la iglesia de Capuchinos de *Palma*.

En el entretanto, también los religiosos franciscanos españoles ejercitaban su actividad en las Indias occidentales construyendo templos, conventos y otros edificios públicos y privados, para lo que no debió de contribuir poco la escuela allí fundada, según quedó dicho, por nuestro Fr. Pedro de Gante. Acerca de este interesante aspecto del arte franciscano, el P. Atanasio López prepara un trabajo para el cual tiene allegados materiales en abundancia. Mientras tanto, he aquí algunos datos tomados de los mencionados artículos del P. Eiján.

Aunque las primeras construcciones españolas en América carecieron de arte o presentaban un pesado aspecto, pronto llegó el progreso, influídos los constructores por los recuerdos del arte arquitectónico peninsular. Méjico contó

con una buena iglesia franciscana desde los mismos días de la conquista, levantada con dineros de Hernán Cortés. Entre los monasterios franciscanos más artísticos se señalan el de *Santa Clara de Querétaro* y el de *San Francisco de Acatepec*, en que había reminiscencias de la decoración hispano-árabe. En las misiones de California labraron los misioneros franciscanos algunos templos y edificios anejos noblemente construidos y exornados. En *Buenos Aires* tuvieron desde 1580 los Menores templo propio, a que sustituyó el actual, muy amplio y aventajado, que data de 1754. El primitivo templo de *San Francisco de La Paz* (Bolivia), alzóse en 1547; fué reconstruido por los años de 1773 según el orden toscano y con majestuosa apariencia. En el Perú era magnífico el convento de *San Francisco de Lima*, panteón de muchos Virreyes; muy notable obra arquitectónica, el de *Catamarca*, fundado por el Virrey Conde de Lemos; y los hubo además en *Guamanga, Cuzco* y *Quito*, con limosnas del Virrey Marqués de Cañete. Al convento franciscano de Santiago de Chile, erigido en 1572, se llamó «formidable mole de granito», por su magnitud y fortaleza. En *Guatemala* hubo iglesia de *San Francisco* desde el siglo XVI, y fué grandiosamente reedificada a principios del XIX, ejerciendo para ello de arquitectos los P. P. José A. Comato, Buenaventura Villageliu y José A. Orellana.

Según un escritor moderno, en la región del *Plata* los padres franciscanos fueron los primeros en materia de construcciones. El sevillano Fr. Vicente Muñoz trazó el proyecto de la Catedral de *Córdoba del Tucumán*, inaugurada en 1758. Pocos años antes, los franciscanos construían bajo la dirección de los arquitectos jesuítas Blanquí y Primoli su hermosa iglesia de *Buenos Aires* y un arquitecto franciscano erigía la capilla de *San Roque*, en la misma ciudad.

Sobresaliente arquitecto fué el hijo de Quito, fray Antonio Rodríguez, cuya memoria ha ilustrado el P. Manuel Bandin. En la capital del *Ecuador* su actuación fué fecunda y eficaz, pues corrieron a su cargo, con gran éxito, las fábricas de los monasterios de *San Francisco, Santa Clara* y *Santo Domingo*, los edificios públicos y el embellecimiento de la ciudad.

Durante el siglo XVIII hubo en España notables arquitectos franciscanos. El lego aragonés Fr. Atanasio de Aznar, que mereció ser elegido Académico de mérito por la Real Academia de San Fernando, fué autor de la iglesia parroquial de Munébrega, cerca de Calatayud. En el grandioso templo actual de

Compostela trabajaron sucesivamente como arquitectos en aquella centuria, Fr. Manuel de la Peña, constructor a la vez de la iglesia de Camariñas, del convento franciscano de Pontevedra y de la capilla del convento de Monterey; Fr. Manuel Antonio Caeiro y Fr. Antonio Fernández, natural de Noya, a quien se deben muchas de las dependencias conventuales. Fray Mateo Mallen, también arquitecto franciscano, levantó la iglesia del pueblo de «Segant» (¿será *Segan*, en la provincia de Lugo, o *Segart* en la de Valencia?) El setabense Fr. Vicente Cuenca, trabajó en las obras de la iglesia de Jesús, en la de San José y en la del convento de *San Felipe de Játiva*, en la *Casa de Comedias* y en otros locales; en el convento de *Sueca*, en la construcción de varios caminos y puentes, en el Hospicio, en un templo y en otros edificios de *Utiel*; en la iglesia de *Muro*, en tres puentes que erigió en *Albaida*, en el convento de *Beniganím* con su capilla de la M. Inés, en el de *Portaceli*, en la iglesia de *Regla* y en las torres de las de *La Granja*, *Ayacor* y *Llanera*. Y como si todo ello fuera poco, en el convento de *Játiva*, donde residió algunos años, fundó y regentó una escuela o academia de Arquitectura, para instrucción de los hijos del pueblo. Y ya quedó hecha la debida mención de Fr. Francisco de las Cabezas, que a más de trazar y de dirigir el monumental templo de *San Francisco el Grande*, de Madrid, había dirigido antes las obras de los conventos de su Orden en *Alcoy* y en *Alcira*. Y aun en nuestros mismos tiempos se han distinguido por su pericia arquitectónica algunos padres y hermanos franciscanos, cuyas obras — iglesias, colegios, monasterios y edificios particulares — en la península y en nuestros dominios africanos, atestiguan que la tradición, a la vez franciscana y artística, no descaece entre nosotros. Y basten por ahora estos apuntes para demostrar la importancia real de la Arquitectura franciscana en España.

EL CONDE DE CEDILLO

Madrid, Abril de 1927.



LISTA DE EXPOSITORES

LISTA DE EXPOSITORES

LISTA DE EXPOSITORES

S. M. el Rey

Ministerio de Estado — San Francisco el Grande

Real Academia de Bellas Artes de San Fernando

Biblioteca Nacional

Sr. Obispo de Madrid-Alcalá

Diputación Provincial de Guadalajara

Iglesia de San Fermín de los Navarros

Real Monasterio de El Escorial

Real Monasterio de Guadalupe

V. O. T. de San Francisco el Grande

Monasterio de las Descalzas Reales

Convento de Capuchinas, de Madrid

» de Concepcionistas del Caballero de Gracia

» de San Pascual

» de la Concepción de la Latina

» de la Concepción de San José

» de Don Juan de Alarcón

» de San Juan de la Penitencia, de Alcalá de Henares

» de Santa Úrsula, de Alcalá de Henares

» de San Pascual, de Aranjuez

» de Clarisas, de Ciempozuelos

» de Santa Juana, de Cubas

» de la Encarnación, de Griñón

» de Capuchinas, de Pinto

» de San Juan de la Penitencia, de Toledo

» de Santa Isabel

» de Capuchinas

» de San Antonio

» de Santa Clara

» de La Concepción

» de Concepcionistas de Agreda

» de Concepcionistas de Guadalajara

Residencia de PP. Franciscanos de San Fermín de los Navarros

» de PP. Capuchinos de Jesús

Convento de Franciscanos, de Arenas de San Pedro

» » de Avila

» » de Chelva

» » de Nájera

» » de Santiago de Compostela

» » de Zarauz

Barbate, Sr. Conde de
 Baüer, Colección
 Baüer, D. Ignacio
 Beneyto, D. Pedro J.
 Beruete, Colección
 Blanco, D. José M.^a
 Boix, Colección
 Bruguera de Castillo Olivares, D.^a María
 Caballero, D. Orencio
 Castañeda, D. Vicente
 Castillo Olivares, Colección
 Castillo Olivares y Bruguera, D. Federico
 Garnelo, D. José
 G. de Armesto, D. José
 Heredia-Spínola, Sres. Condes de
 Hohenlohe-Langenburh, Sra. Princesa de
 Hohenlohe-Langenburh, D.^a María Francisca, D. Alfonso y D. Cristián
 Jover, D. Vicente
 Lafora, D. Juan
 Laiglesia, D. Eduardo de
 Larregla, D. Joaquín
 Lema, Sr. Marqués de
 López de Ayala, Sra. Viuda de
 López Sigüenza y Cortina, D.^a Dolores
 Marañón, D. Gregorio
 Montesa, Sr. Marqués de
 Morales, D. Francisco
 Ojesto, D. Carlos
 Palazuelos, Sra. Vizcondesa de
 Parcent, Sra. Duquesa de
 Parcent; Sr. Duque de
 Pelaez, D. Agustín
 Rufíz, D. Raimundo
 Santa María de Silvela, Sra. Marquesa de
 Sanz, D.^a Carmen
 Sempere, D.^a Dolores Donderis de
 Silvela, Sra. Marquesa de
 Sirabegne, D. Luis
 Torneros, Sres. Marqueses de
 Terol, D. Eugenio
 Torralba, D. Eduardo
 Torre Arias, Sra. Condesa de
 Vallehumbroso, Sra. Marquesa de
 Valverde de la Sierra, Sr. Marqués de
 Weyler, D. Antonio
 Zavala, D. Luis

CATÁLOGO

CATÁLOGO

CATÁLOGO

Fe de erratas del CATÁLOGO

Página 139,

4. EL SALVADOR, LA VIRGEN Y SAN JUAN (...)

Diceinspirado en Van Dyck,
y debe decirinspirado en Van Eyck

CATÁLOGO

1. EL TRÁNSITO DE SAN FRANCISCO.—Pintura en tabla. Castellana anónima de principios del siglo xv.
Alt., 0,78 ms.; an., 9,70 ms.
PP. Franciscanos de Chelva (Valencia).
2. PARTE de un retablo de mediados del siglo xv, con tablas representando escenas de la vida de San Francisco, obra posible de Maese Nicolás, pintor a quien se atribuyen las del retablo mayor antiguo de la catedral de León.
Alt., 1,24 ms.; an., 1,84 ms.
Don Raimundo Ruiz.
3. LA PIEDAD; a ambos lados, San Francisco de Asís y San Antonio de Padua, respectivamente. Tabla castellana del siglo xv. Procede del convento de Clarisas de Ávila.
Alt., 0,72 ms.; an., 0,51 ms.
Colección Castillo Olivares.
4. EL SALVADOR, LA VIRGEN Y SAN JUAN. En alto, un ángel cantor.—Cuadro de juventud del Mabuse, inspirado en Van Dyck. De este es díptico el existente en el Museo del Prado, número 1.510. Figuró en la Exposición históricoeuropea de 1892.
Alt., 1,20 ms.; an., 1,35 ms.
Monasterio de las Descalzas Reales.
5. TRÍPTICO flamenco del siglo xvi.—Escuela de Gerard David o tal vez de este autor. Pintada solamente la tabla central, que representa a la Virgen entregando unas flores al Niño, sentado en su regazo; al fondo, un ángel, que tiene un plato con cerezas. En la parte interior de ambas portezuelas, sendas inscripciones.
Alt., 0,98 ms.; an., 0,65 ms.
Monasterio de las Descalzas Reales.
6. LA VIRGEN CON EL NIÑO. En alto, el Padre Eterno y el Espíritu Santo.—Lienzo sobre tabla. Parece pintado en el siglo xvi, inspirado (o copia) en otra del xiv. El Padre Eterno, los ángeles y el fondo parecen repintados en el xviii. Se halla encuadrado en marco gótico.
Alt., 1,45 ms.; an., 0,80 ms.
Convento de Santa Isabel, en Toledo.
7. SAN BERNARDINO DE SENA.—Tabla de carácter valenciano, con influencia italiana, de principios del siglo xvi.
Alt., 0,50 ms.; an., 0,40 ms.
Convento de la Concepción, en Toledo.
8. SAN BERNARDINO DE SIENA.—Busto con manos. Tabla de escuela de Brujas, que por su excelente ejecución parece de un notable artista, quizás Jean Provost.
Alt., 0,30 ms.; an., 0,25 ms.
Monasterio de las Descalzas Reales.
9. LA PIEDAD.—Madre dolorosa sostiene en sus brazos el cuerpo muerto de su divino Hijo. Bustos. El de la Virgen con manos. Tabla pintada por Luis Morales, el Divino, que nunca mejor que en este cuadro mereció ese excelso calificativo. Consérvese en el convento a que pertenece la obra la tradición de que ésta fué pintada por Morales con destino a dicha santa casa.
Alt., 0,81 ms.; an., 0,57 ms.
Convento de Capuchinas de Pinto (Madrid).
10. SAN FRANCISCO con Fr. León. El Santo, de frente, arrodillado, medita contemplando una calavera que tiene en las manos. A la izquierda, media figura, Fr. León con las ma-

- nos cruzadas. Lienzo pintado al óleo y firmado por el Greco. Catalogado en la obra de Cossío con el número 143.
 (Las representaciones de San Francisco con la calavera en la mano, suelen designarse con el denominador *Hamlet*)
 Alt., 1,53 ms.; an., 0,97 ms.
 Colegio de la Compañía, en Monforte (Lugo), del que es Patrono el Duque de Alba.
- II. SAN FRANCISCO EN MEDITACIÓN. El Santo, en una gruta rocosa, con rompiente de cielo, medita ante un crucifijo y contemplando una calavera. Figura de medio cuerpo. Autor, el Greco. Este cuadro procede de la ermita de San Blas, en Burguillos (Toledo), donde se hallaba cuando fué catalogado por Cossío con el núm. 38.
 Alt., 1,10 ms.; an., 0,90 ms.
 Marquesa de Santa María de Silvela.
12. SAN FRANCISCO EN ORACIÓN, con un crucifijo y una calavera. Media figura, tamaño pequeño, sobre fondo oscuro con rompiente de nubes a la izquierda. El lienzo tiene detrás esta inscripción: "Esta efigie de N. P. San Francisco la dejó a esta Comunidad D. Lucas de Montoya Uruñuela, síndico que fué de ella por espacio de cuarenta años. Madres Capuchinas, Toledo." Lienzo al óleo pintado por el Greco. Catalogado en la obra del Sr. Cossío con el núm. 228.
 Alt., 0,50 ms.; an., 0,40 ms.
 Convento de Capuchinas, de Toledo.
13. LA IMPRESIÓN DE LAS LLAGAS.—En una cueva rocosa, el santo, arrodillado, recibe el don de los estigmas. Fr. León, de espaldas al espectador, expresa su asombro en la actitud de su figura. Figuras completas de pequeño tamaño. Cuadro al óleo, pintado y firmado por el Greco.
 Alt., 0,96 ms.; an., 0,56 ms.
 Señores Condes de Heredia Spínola.
14. LA IMPRESIÓN DE LAS LLAGAS.—Asunto y composición iguales al anterior. Tamaño un poco mayor. Este cuadro está catalogado en la obra de Cossío con el núm. 126, y pertenecía entonces al Sr. Puigdollers.
 Alt., 1 m.; an., 0,67 ms.
 Señor Conde de Barbate.
15. SAN FRANCISCO EN ÉXTASIS.—Cabeza de tamaño natural. Pintado al óleo por el Greco.
 Alt., 0,50 ms.; an., 0,40 ms.
 Don Joaquín Larregla
16. SAN FRANCISCO CON UN CRUCIFIJO EN LA MANO. Media figura, pintada sobre tabla.
 Alt., 0,37 ms.; an., 0,27 ms.
 Don Luis Sirabegne.
17. LA ADORACIÓN DE LOS REYES MAGOS.—Cuadro pintado al óleo, atribuido a Pieter Brueghel (el viejo). En la espalda de una figura con colete amarillo, a la izquierda, se ve el siguiente geroglífico:
- 
- Alt., 1,25 ms.; an., 1,65 ms.
 Monasterio de las Descalzas Reales.
18. RETRATO de la Venerable Madre doña Jerónima de la Fuente, religiosa del convento de Santa Isabel, de Toledo, fundadora y primera abadesa del convento de Santa Clara, en Manila (Filipinas). Salió para hacer esta fundación el día 28 de abril de 1620. Lienzo pintado al óleo, atribuido a Tristán, por tradición, en el convento. Firmado y fechado: "Diego Velázquez f. 1620." Fué pintado en Sevilla en la primera veintena de junio.
 Alt., 1,60 ms.; an., 1,10 ms.
 Convento de Santa Isabel, de Toledo.
19. SOR MARGARITA DE LA CRUZ, hija de los Emperadores Maximiliano y María. De pie, en hábito de religiosa, y según reza una inscripción en la parte alta derecha del cuadro, fué pintado en 1603, teniendo sor Margarita treinta y siete años de edad. La pintura se halla tan deteriorada, que solamente conservan bastante pureza la cara, las manos y la pequeña calavera que pende del rosario. Firmado: Antonius Riçci Fact.
 Alt., 1,60 ms.; an., 1,10 ms.
 Monasterio de las Descalzas Reales.
20. LA VIRGEN ENTREGANDO EL DIVINO NIÑO A SAN FRANCISCO.—Lienzo pintado al óleo, atribuido por tradición en el monasterio a Rubens, de cuya mano, en efecto, parece. La figura de la Virgen, completamente repintada.
 Alt., 2,35 ms.; an., 1,85 ms.
 Monasterio de las Descalzas Reales.
21. DOÑA JUANA DE AUSTRIA, Infanta de Castilla, hija de Carlos I, esposa de Don Juan de Portugal, madre del Rey Don Sebastián. Enviudó en 1554, regresando a Castilla el mismo año. Fué gobernadora del reino en ausencia de su padre y de su hermano Felipe II.

- Fundó en 1556 el monasterio de las Descalzas Reales. Lienzo pintado al óleo por Sánchez Coello.
 Alt., 1,15 ms.; an., 0,85 ms.
 Monasterio de las Descalzas Reales.
22. SOR MARGARITA DE LA CRUZ, en el mundo Archiduquesa Margarita de Austria, hija de los Emperadores Maximiliano y María. Al enviudar su madre y regresar a España la acompañó e ingresó a los diez y siete años de edad en el monasterio de las Descalzas Reales, donde profesó en 1585. Falleció en 1633, a los sesenta y seis años de edad. Lienzo pintado al óleo, atribuido a Sánchez Coello en 1585, con repintes posteriores.
 Alt., 0,75 ms.; an., 0,40 ms.
 Monasterio de las Descalzas Reales.
23. NUESTRA SEÑORA DE MONTSERRAT.—En la parte alta del cuadro, la Virgen con el Niño en el regazo. En la parte baja, los donantes; él asistido por San Francisco, y ella, por una santa. Lienzo al óleo, atribuido a Sánchez Coello, pintor de Felipe II. (Por la debilidad de la factura podría ser en gran parte obra de Isabella (1564 a 1612), hija de Sánchez Coello y esposa de Francisco de Herrera.)
 Alt., 2,10 ms.; an., 1,42 ms.
 Ministerio de Estado.—San Francisco el Grande.
24. LA EMPERATRIZ DOÑA MARÍA DE AUSTRIA, hija de Carlos I y de Doña Isabel. Casó en 1547 con el Emperador Maximiliano de Alemania. Enviudó en 1576 y regresó a España en 1581, trayendo con ella a su hija Doña Margarita. Ingresó en el monasterio de las Descalzas Reales, donde falleció en 1603, a la edad de setenta y seis años, y donde reposa su cuerpo. Lienzo pintado al óleo, atribuido a Pantoja de la Cruz; bastante deteriorado.
 Alt., 1,70 ms.; an., 1,05 ms.
 Monasterio de las Descalzas Reales.
25. RETRATO de Doña Isabel de Austria, esposa de Carlos IX de Francia. De cuerpo entero, de tamaño natural, de frente, joven, rubia, lujosamente vestida y ricamente alhajada. La retratada era hija de la Emperatriz María y hermana de Margarita de la Cruz, circunstancias que justifican que el cuadro esté en las Descalzas. En la parte superior del lienzo aparece la firma y fecha: "Georgius faciebat, 1573." Georgius de Gend, o de Gent, pintor flamenco, siglo XVI a XVII (discípulo de Frans Floris), fué pintor de la Corte de España y más tarde de la de Francia. En el Louvre hay un retrato de esta misma dama, de busto, con manos, pintado por François Clouet, en el que la retratada viste el mismo traje y ostenta las mismas joyas que en éste de Georgius.
 Alt., 1,90 ms.; an., 1,25 ms.
 Monasterio de las Descalzas Reales.
26. SAN FRANCISCO, arrodillado, recibe de un ángel la revelación de los siete privilegios concedidos a sus hijos y devotos. Lienzo pintado al óleo por Ribera. El Sr. Tormo opina que este cuadro es el original del que con idéntico asunto existe en el Palacio Blanco, de Génova, atribuido a Murillo.
 Alt., 2,50 ms.; an., 1,82 ms.
 Diputación provincial de Guadalajara.
27. LA IMPRESIÓN DE LAS LLAGAS.—Lienzo pintado al óleo, firmado por "Jusepe de Ribera, español académico Romano. F. 1622."
 Alt., 2 ms.; an., 1,62 ms.
 Real Monasterio de El Escorial.
28. SAN FRANCISCO desfallecido y sostenido por un ángel mancebo. Lienzo pintado al óleo. Escuela napolitana. En la familia Cortina, de donde el cuadro procede, estuvo siempre atribuido a Ribera.
 Alt., 1,30 ms.; an., 0,95 ms.
 Doña Dolores Cortina.
29. SAN FRANCISCO EN ÉXTASIS.—Busto con manos. Lienzo al óleo. Escuela de Ribera.
 Alt., 0,76 ms.; an., 0,62 ms.
 Don Orencio Caballero.
30. SAN FRANCISCO BENDICIENDO.—Pintura en cobre del siglo XVII; copia de una *vera efigie* del santo, según inscripción casi borrada en el fondo.
 Alt., 0,22 ms.; an., 0,17 ms.
 Colección Castillo Olivares.
31. LA VISIÓN DEL CARRO DE FUEGO.—Lienzo pintado al óleo por el pintor y escultor granadino Alonso Cano.
 Alt., 1,55 ms.; an., 1,40 ms.
 Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.
32. SAN JACOB DE LA MARCA.—El santo, en pie, en un rompiente de claustro o pórtico, levanta en la mano el cáliz con el licor sa-

- grado. Lienzo pintado al óleo y firmado por Francisco Zurbarán. Figuró este cuadro en la Exposición de las obras de Zurbarán celebrada en el Museo del Prado en 1905.
 Alt., 2,90 ms.; an., 1,62 ms.
 Ministerio de Estado.—San Francisco el Grande.
33. SAN BUENAVENTURA sentado ante una mesa cubierta con tapete rojo en actitud de escribir. Por la puerta del fondo viene Santo Tomás a visitarle. Lienzo al óleo atribuido a Francisco Zurbarán. Figuró en la Exposición de las obras de Zurbarán verificada en el Prado en 1905.
 Alt., 2,90 ms.; an., 1,66 ms.
 Ministerio de Estado.—San Francisco el Grande.
34. SAN FRANCISCO ORANDO.—Lienzo pintado al óleo, firmado y fechado en 1659 por Francisco Zurbarán. Este cuadro figuró en la Exposición de las obras de Zurbarán en el Museo del Prado en 1905.
 Alt., 1,30 ms.; 1 ms.
 Colección Beruete.
35. SAN JUAN CAPISTRANO.—Empuña en la diestra la bengala de su jerarquía militar en la vida del mundo. Lienzo al óleo, anónimo, español, del siglo XVII.
 Alt., 2,20 ms.; an., 1,40 ms.
 Convento de San Pascual.
36. SAN PEDRO DE ALCÁNTARA.—Media figura. En actitud de meditar, al escribir. Lienzo pintado al óleo, anónimo, español, del siglo XVII.
 Alt., 0,90 ms.; an., 0,60 ms.
 Convento antiguo del Caballero de Gracia.
37. SAN FRANCISCO EN ÉXTASIS, CORONADO DE ESPINAS POR UN ÁNGEL.—Pintura en tabla. Escuela indeterminada del siglo XVII.
 Alt., 0,45 ms.; an., 0,64 ms.
 Convento de San Pascual.
38. EL PRODIGIO DEL MONTE DE LA VERRA.—Cristo, crucificado, en cruz de fuego, alada, aparece al Seráfico, y éste, elevado hasta El, recibe el don de los Divinos Estigmas. Lienzo pintado al óleo por Vicente Carducci o Carducho (1568 a 1638).
 Alt., 1,60 ms.; an., 1,20 ms.
 Hospital de la V. O. T.
39. APOTEOSIS DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.—Nues- tra Señora en Gloria y numerosos Santos y Santas adorándola. En la parte baja izquierda del cuadro, San Francisco y San Antonio. Lienzo pintado al óleo por Francisco Rizi (1608 a 1685).
 Alt., 2,68 ms.; an., 1,98 ms.
 Ministerio de Estado.—San Francisco el Grande.
40. SAN FRANCISCO, ENFERMO, CONFORTADO POR UN ÁNGEL MÚSICO.—Lienzo pintado al óleo por Murillo.
 Alt., 1,75 ms.; an., 1,82 ms.
 Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.
41. SAN DIEGO DE ALCALÁ rezando antes de repartir la comida a los pobres. Lienzo pintado al óleo por Murillo.
 Alt., 1,75 ms.; an., 1,85 ms.
 Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.
42. RETRATO del Rey Don Sebastián de Portugal, hijo de Doña Juana de Austria, fundadora del Monasterio de las Descalzas Reales. Este Rey murió o desapareció en la batalla de Alcazarquivir. En la parte alta izquierda del cuadro aparece una cartela con el nombre y rango del personaje retratado y la fecha 1565. Lienzo al óleo, firmado "Christophorus a Morales faciebat".
 Alt., 1,40 ms.; an., 1 m.
 Monasterio de las Descalzas Reales.
43. EL BEATO FACTOR, confesor de las Descalzas, orando ante la Virgen de Atocha, de quien era gran devoto, la que le reveló su deseo de que no abandonara a sus hijas de penitencia. Cuadro pintado por el propio Beato Factor en 1759.
 Alt., 1,45 ms.; an., 1 m.
 Monasterio de las Descalzas Reales.
44. LOS DESPOSORIOS DE SANTA CATALINA.—Esta recibe el anillo que pone en su dedo su Divino Esposo, sentado en el regazo de su Madre. San Francisco, testigo de la encantadora escena, toma flores de un canastillo que le presenta un ángel situado detrás de la desposada, para esparcirlas entre ellos. Lienzo pintado al óleo por Juan Carreño de Miranda, pintor de Carlos II.
 Alt., 1,65 ms.; 2,60 ms.
 Hospital de la V. O. T.
45. GLORIFICACIÓN DE SAN FRANCISCO.—Lienzo

16. pintado al óleo, atribuido a Carreño Miranda.
Alt., 2,20 ms.; an., 1,60 ms.
Convento de Concepcionistas, de Guadalajara.
46. LA MADRE ABADESA, Sor Mariana de la Cruz, hija del Infante Cardenal Don Fernando, y Sor Margarita de la Cruz, hija del segundo don Juan de Austria.—Cuadro de composición arbitraria, por las diferentes épocas en que vivieron las retratadas, todas ellas religiosas en las Descalzas Reales. Lienzo pintado al óleo. El Sr. Tormo, en su obra *En las Descalzas Reales*, supone, aunque sin afirmar, que pueda ser su autor Matías de Torres.
Alt., 2,30 ms.; an., 1,25 ms.
Monasterio de las Descalzas Reales.
47. SOR MARGARITA DE LA CRUZ, Sor Ana Dorothea, hija de Rodolfo II, y Sor Catalina María de Este, Princesa de Módena.—Cuadro simétrico del anterior, y de la misma probable atribución.
Alt., 2,30 ms.; an., 1,25 ms.
Monasterio de las Descalzas Reales.
48. FUNDACIÓN DE LA VENERABLE ORDEN TERCERA.—San Francisco, sentado en sillón de terciopelo rojo, viste el hábito de la Orden al beato Luquesio y a su esposa la Beata Bono, mientras varios religiosos de la Orden, arrodillados, presencian la escena. Cuadro al óleo, apaisado, de autor ignoto; figuras de tamaño academia. Escuela de Madrid.
Alt., 0,90 ms.; an., 1,75 ms.
Hospital de la V. O. T.
49. SAN FRANCISCO CONFORTADO POR UN ÁNGEL MÚSICO.—Cuadro al óleo por Lucas Jordán, firmado "Jordanus F.". Alt., 2,20 ms.; an., 1,75 ms.
Convento de Capuchinas de Madrid.
50. LA VIRGEN, con cortejo angélico, entrega el Divino Niño a San Francisco.—Pequeña pintura sobre lapislázuli, por Jacques Stella, pintor Lyonés nacido en 1595; marchó a Italia a los veinte años; trabajó siete en Florencia y pasó a Roma, donde contrajo estrecha amistad con Poussin. Regresado a Francia, fué muy admirado y solicitado. Murió en 1657. Existen cuadros suyos en casi todos los Museos de Francia y en muchos de otros países.
Alt., 0,23 ms.; an., 0,18 ms.
Señor Marqués de Lema.
51. EL JUBILEO DE LA PORCIÚNCULA.—Lienzo al óleo por el pintor madrileño Claudio Coello.
Alt., 2,15 ms.; an., 1,50 ms.
Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.
52. SAN FRANCISCO EN ÉXTASIS.—Media figura sobre fondo de paisaje. Ante el Santo, un crucifijo; al lado, una calavera. Lienzo al óleo. Autor desconocido.
Alt., 1,30 ms.; an., 0,90 ms.
Don Pedro J. Beneyto.
53. SAN FRANCISCO CON ÁNGELES.—Pintura en cobre, ovalado, del siglo XVIII.
Alt., 0,30 ms.; an., 0,24 ms.
Don Francisco Morales.
54. SAN PASCUAL BAYLÓN.—Pintura en cobre, de principios del siglo XVIII.
Alt., 0,16 ms.; an., 0,12 ms.
Convento de San Pascual.
55. SAN JUAN CAPISTRANO.—Retrato de busto. Miniatura sobre pergamino, siglo XVIII.
Alt., 0,10 ms.; an., 0,8 ms.
Convento de San Pascual.
56. LA VENERABLE SOR MARÍA DE AGREDA caminando de rodillas llevando sobre el hombro una pesada cruz de hierro.—Al fondo, muy borrosamente, se distingue una mesa, sobre la que hay un tintero con pluma de ave y tres volúmenes, en cuyos lomos se lee: Mística Ciudad de Dios. Lienzo al óleo, bastante deteriorado, de autor anónimo.
Alt., 0,70 ms.; an., 1,05 ms.
Convento de la Latina.
57. SOR MARÍA DE AGREDA y escenas de su vida.—Pintura en cobre. En el centro, la Venerable y los arcángeles. Rodean este motivo central escenas de la vida de Sor María. Anónimo, del siglo XVIII, con marco de talla dorada de su época.
Alt., 0,40 ms.; an., 0,45 ms.
Convento antiguo del Caballero de Gracia.
58. LA VENERABLE SOR MARÍA DE AGREDA.—Cuadro sin valor artístico; autor desconocido.
Alt., 0,60 ms.; an., 0,50 ms.
Convento de la Latina.
59. CUADRO SIMBÓLICO.—De una fuente, sobre la que hay un crucifijo, salen surtidores de sangre que van a las llagas de San Francisco, acostado al pie, y de ellas brotan sendas azucenas, de cuyos cálices surgen los principa-

- les Santos de la Orden. Lienzo al óleo, de autor desconocido.
Alt., 1,20 ms.; an., 1,15 ms.
Convento de Santa Clara, de Toledo.
60. EL PADRE ESCOTO llevando sobre sus hombros la Inmaculada Concepción.—Lienzo al óleo, sin valor artístico, de autor desconocido.
Alt., 1,95 ms.; an., 1,45 ms.
Convento de la Concepción, de Toledo.
61. ISABEL DE PORTUGAL, en hábito religioso y con flores en el regazo.—En primer término, Santa Ana enseñando a leer a la Virgen, y en segundo San Joaquín. Lienzo al óleo, de autor ignoto.
Alt., 0,60 ms.; an., 0,50 ms.
Convento de la Latina.
62. ESCENA DE LA VIDA DE SAN FRANCISCO.—Dos niños, huyendo de la reprensión materna, se cobijan entre los pliegues del hábito del Santo. Lienzo pintado al óleo y firmado por Manuel de la Cruz (1750 a 1792).
Alt., 2,15 ms.; an., 2,72 ms.
Ministerio de Estado.—San Francisco el Grande.
63. SAN PEDRO ALCÁNTARA.—Sentado, escribiendo, recibe inspiración del Espíritu Santo. Delante, en el suelo, una calavera, y una cruz grande apoyada en un poyo de piedra. Lienzo al óleo, ovalado y firmado por Juan Bautista Tiépolo.
Alt., 2,20 ms.; an., 1,70 ms.
Su Majestad el Rey.
64. FRAY DIEGO DE CÁDIZ.—Busto. Lienzo pintado al óleo. Escuela anónima española.
Alt., 0,45 ms.; an., 0,32 ms.
Convento de Capuchinos de Jesús.
65. SAN PASCUAL BAYLÓN.—Oleo. Autor anónimo.
Alt., 0,98 ms.; an., 0,74 ms.
Don Eduardo Torralba y Armendáriz.
66. SAN BERNARDINO DE SENA PREDICANDO.—Boceto del gran cuadro que ocupa el altar mayor de una de las capillas del templo de San Francisco el Grande. Oleo pintado por Goya en 1785.
Alt., 0,61 ms.; an., 0,33 ms.
Señores Condes de Torre Arias.
67. SAN BERNARDINO DE SENA predicando a un grupo de personajes, entre los que destaca un rey. Pequeño cuadro al óleo (casi igual al boceto anterior), pintado por Goya en 1785.
Alt., 0,61 ms.; an., 0,33 ms.
Señores Condes de Torre Arias.
68. ALEGORÍA DE LA ENTRADA DE SAN FRANCISCO EN LA GLORIA.—Boceto de la pintura de la bóveda de la iglesia de las Descalzas Reales. Lienzo al óleo por los hermanos González Velázquez.
Alt., 0,80 ms.; an., 0,70 ms.
Monasterio de las Descalzas Reales.
69. SAN DIEGO DE ALCALÁ.—Pequeño lienzo pintado al óleo, atribuido a Vicente López (1772 a 1850).
Alt., 0,37 ms.; an., 0,23 ms.
Don Vicente Jover.
70. SAN FRANCISCO DISPONIÉNDOSE A RECIBIR LOS ESTIGMAS.—Autor, Tiziano Vecellio. Dibujo a pluma sobre mancha de sepia. Número 7.642 del C. de Barcia.
Alt., 15,7 cms.; an., 15 cms.
Biblioteca Nacional.
71. SAN FRANCISCO RECIBIENDO LAS LLAGAS.—Grabado en madera del siglo XVI, de Niccolò Boldrini, según un dibujo del Tiziano.
An., 0,429 ms.; alt., 0,220 ms.
Biblioteca Nacional.
72. ESTUDIO PARA UN SAN DIEGO DE ALCALÁ.—Autor anónimo español del siglo XVII. Sangüina. Número 588 del C. de Barcia, quien dice que este dibujo recuerda algo los de Zurbarán.
Alt., 24,8 cms.; an., 19,7 cms.
Biblioteca Nacional.
73. EL MILAGRO DE LOS PANES.—Dos ángeles con cestas llenas de panes, que van repartiendo por las mesas de un refectorio de frailes. Por Alonso Cano; dibujo a pluma y sepia. Número 230 del C. de Barcia.
Alt., 11,7 cms.; an., 12,5 cms.
Biblioteca Nacional.
74. SUEÑO DEL PAPA HONORIO III.—Por Alonso Cano. Pluma dibujo sobre aguada de sepia. Número 228 del C. de Barcia.
Alt., 13,3 cms., an., 11,3 cms.
Biblioteca Nacional.
75. SAN FRANCISCO EN ORACIÓN.—Por Eugenio Caxes. Sangüina. Número 63 del C. de Barcia.
Alt., 15,4 cms.; an., 11,1 cms.
Biblioteca Nacional.

76. SAN PEDRO ALCÁNTARA en éxtasis ante la Santísima Trinidad.—Por Francisco Rizi. Dibujo a lápiz mina sobre aguada de sepia y toques blancos, ya ennegrecidos. Cuadriculado. Número 455 del C. de Barcia.
Alt., 35,5 cms.; an., 27 cms.
Biblioteca Nacional.
77. DOS APUNTES para una figura de San Pedro Alcántara.—En uno, de pie, orando; en otro, de pie, escribiendo en un libro. Ambos firmados Rizi. Dibujos a lápiz mina. Número 546 del C. de Barcia.
Alt., 18,3 cms., an., 15,5 cms.
Biblioteca Nacional.
78. SAN FRANCISCO RECIBIENDO LOS ESTIGMAS.—Firmado: Carducho. Tinta china y clarón; cuadriculado. Número 30 del C. de Barcia.
Alt., 26 cms.; an., 14,4 cms.
Biblioteca Nacional.
79. CABEZA ESTUDIO DE SAN FRANCISCO DE Asís.—Por Murillo. Dibujo a lápiz compuesto. Número 356 del C. de Barcia.
Alt., 27,8 cms.; an., 21,9 cms.
Biblioteca Nacional.
80. SANTO FRANCISCANO en oración ante la Virgen con el Niño.—Por Murillo. Dibujo a lápiz mina; la parte superior, en medio punto. Número 353 del C. de Barcia.
Alt., 23,5 cms.; an., 17 cms.
Biblioteca Nacional.
81. SAN FRANCISCO, de rodillas, con la mano derecha se hace sombra para amortiguar el resplandor de una luz celeste. Firmado por Carreño Miranda. Lápiz compuesto y carbón. Número 264 del C. de Barcia.
Alt., 27,6 cms.; an., 21,9 cms.
Biblioteca Nacional.
82. SANTO DOMINGO DE GUZMÁN y San Francisco de Asís amparando el mundo.—Por Cabezalero (?). Tinta china sobre aguada de sepia. Número 205 del C. de Barcia.
Alt., 30 cms.; an., 21,2 cms.
Biblioteca Nacional.
83. LA VISIÓN DEL CARRO DE FUEGO.—Autor anónimo español del siglo XVII. Dibujo a pluma sobre mancha de sepia. Número 586 del C. de Barcia.
Alt., 16,5 cms.; an., 33 cms.
Biblioteca Nacional.
84. SAN FRANCISCO DE ASÍS ARRODILLADO EN ORACIÓN.—Autor anónimo español del siglo XVII. Dibujo contorno a la pluma. Número 584 del C. de Barcia.
Alt., 28,9 cms.; an., 20,4 cms.
Biblioteca Nacional.
85. SAN FRANCISCO ORANDO.—Autor anónimo italiano del siglo XVII. Dibujo a tinta, sepia y guach. Número 8.074 del C. de Barcia.
Alt., 24,5 cms.; an., 16,9 cms.
Biblioteca Nacional.
86. SAN FRANCISCO EN ORACIÓN.—Autor anónimo español del siglo XVIII. Sanguina. Número 2.025 del C. de Barcia.
Alt., 24,9 cms.; an., 18 cms.
Biblioteca Nacional.
87. SAN FRANCISCO, EMBARCADO PARA ORIENTE, BENDICE LAS AGUAS.—Autor anónimo español del siglo XVIII. Dibujo a la tinta china sobre aguada. Número 2.077 del C. de Barcia.
Alt., 21,1 cms.; an., 28 cms.
Biblioteca Nacional.
88. APOTEOSIS DE SAN FRANCISCO DE Asís.—Dibujo composición del techo de las Descalzas Reales. Autor, Mariano Maella. Lápiz mina y clarón. Número 1.362 del C. de Barcia.
Alt., 51,2 cms.; an., 63 cms.
Biblioteca Nacional.
89. SAN FRANCISCO ORANDO ANTE UN CRUCIFIJO, por Castillo (Antonio del). Dibujo a la pluma. Número 303 del C. de Barcia.
Alt., 21 cms.; an., 15,5 cms.
Biblioteca Nacional.
90. SAN ANTONIO DE PADUA PREDICANDO.—Dos dibujos a la aguada en sepia. Estudios de la media naranja de San Antonio de la Flora.
Alt., 0,36 ms.; an., 0,45 ms.
Colección Castillo Olivares.
91. GRABADO DEL ÁRBOL FRANCISCANO.—Comienza en San Francisco de Asís, que está al pie, apoyado en el tronco. Termina coronado en la copa por la Inmaculada Concepción.
Alt., 1,95 ms.; an., 1,40 ms.
Monasterio de las Descalzas Reales.
92. LA IMPRESIÓN DE LAS LLAGAS.—Grabado por Lucas de Leyde.
Alt., 0,11 ms.; an., 0,85 ms.
Don Ignacio Bauer.

93. SAN PASCUAL BAYLÓN.—Aguafuerte de Juan Dominico. Tiépolo del cuadro de Juan Bautista Tiepolo.
Alt., 0,43 ms.; an., 0,29 ms.
Biblioteca Nacional.
94. CRISTO románico bizantino.—Escultura en bronce dorado a fuego.
Altura, 0,25 ms.
Monjas, Santa Juana (Cubas).
95. CRISTO de marfil sobre cruz de madera negra.—Fué de la pertenencia de San Francisco de Borja. Siglo XVI.
Altura con cruz y peana, 1,65 por 0,88 ms.
Altura del Cristo, 0,70 ms.
Monasterio de las Descalzas Reales.
96. SAN FRANCISCO DE ASÍS.—Escultura en madera pintada, de pie, sin peana. Escuela castellana. Tiene el interés histórico de haber estado en la capilla monumento de San Francisco el Grande, conmemorativo de la estancia del santo en la corte. Siglo XVI.
Altura, 1,30 ms.
Concepcionistas de San José.
97. Dos ÁNGELES de madera chapeados de plata. Siglo XVI.
Altura, 0,80 ms.
Convento de Santa Isabel, de Toledo.
98. CRUCIFIJO en marfil. Fines del siglo XVI.
Altura, 0,27 ms.
Don Luis Sirabegne.
99. CRISTO yacente. Escultura en madera pintada y policromada. Escuela castellana. Segunda mitad del siglo XVII.
Largo, 0,62 ms.
Convento de Santa Juana, de Cubas.
100. SAN FRANCISCO DE ASÍS.—Escultura en madera pintada. De pie. En la mano izquierda, una cruz, a la que contempla. Atribuída a Alonso Cano.
Altura, 0,66 ms.
Don Juan Lafora.
101. SAN BENITO DE PALERMO, vulgarmente llamado el *Santo Negro*. Escultura en madera pintada. De pie. En la mano derecha, el crucifijo, y en la izquierda, un corazón. Siglo XVII.
Altura con peana, 1,32 ms.
Convento de Religiosas Capuchinas, de Pinto.
102. SAN PEDRO ALCÁNTARA.—Escultura en madera, por Pedro de Mena.
Altura, 0,66 ms.
Col. Bauer.
103. SAN FRANCISCO DE ASÍS.—Escultura en madera pintada. De pie; las manos metidas en las mangas, por Pedro de Mena.
Altura con peana, 0,81 ms.
Convento de Concepcionistas (Blasco de Garay).
104. SAN FÉLIX DE CANTALICIO, capuchino.—Escultura en madera pintada. De pie. Escuela granadina.
Altura con peana, 0,65 ms.
Convento de Don Juan de Alarcón.
105. SAN FRANCISCO DE ASÍS.—Escultura en madera pintada; con las manos metidas en las mangas. Atribuída a Pedro de Mena. Siglo XVII.
Altura con peana, 0,82 ms.
Convento de la Latina.
106. SAN PEDRO DE ALCÁNTARA.—Talla atribuída a Mena. Siglo XVII.
Altura, 0,75 ms.
Don Luis de Zavala.
107. SANTA CLARA.—Escultura en madera pintada. De pie. Sostiene con ambas manos la Custodia. Firmada por Pedro de Mena Medrano, Málaga, 1675.
Altura con peana, 0,80 ms.
Monasterio de las Descalzas Reales.
108. SAN FRANCISCO DE ASÍS.—Escultura en madera pintada. De pie; las manos metidas en las mangas, por Pedro de Mena.
Altura con peana, 0,95 ms.
Convento de Don Juan de Alarcón.
109. NIÑO JESÚS con el Mundo en la mano y vestido caprichosamente.—Talla en madera con peana. Fué rescatado en Larache el año 1692 por la V. O. T., de Madrid.
Altura, 0,80 ms.
V. O. T. de San Francisco.
110. SAN FRANCISCO DE ASÍS.—Escultura en madera pintada. De pie; en la mano izquierda, una cruz. Escuela granadina.
Altura, 0,60 ms.
Señor Duque de Parcent.
111. SANTA CLARA.—Escultura en madera pintada. De pie; en la mano derecha la Custodia y en

- la izquierda un báculo. Probablemente de Ron.
Altura, 0,86 ms.
Convento de San Pascual.
112. SAN DIEGO.—Escultura en madera pintada. De pie; en la mano izquierda, un crucifijo, al que contempla. Probablemente de Ron.
Altura con peana, 0,85 ms.
Convento de San Pascual.
113. SAN FRANCISCO DE ASÍS.—Escultura en madera pintada. De pie; en la mano izquierda, un crucifijo. Probablemente de Ron.
Altura, 0,85 ms.
Convento de San Pascual.
114. SAN BUENAVENTURA.—Escultura en madera pintada. De pie; en la mano izquierda un libro.
Altura con peana, 0,63 ms.
Convento de San Pascual.
115. SAN ANTONIO DE PADUA.—Escultura en madera pintada. De pie. La peana, con tres ángeles dorados. Escuela castellana.
Altura, 0,93 ms.
Convento de San Pascual.
116. SAN ANTONIO.—Madera pintada. De pie. Escultura del siglo XVII.
Altura con peana, 0,68 ms.
Don Antonio Weyler.
117. CRISTO de marfil sobre cruz de ébano y peana de talla dorada. Siglo XVII.
Altura, 0,32 ms.
Convento de los Padres Franciscanos de Arenas de San Pedro.
118. SAN FRANCISCO DE ASÍS mirando la calavera.—Talla en madera policromada. Fines del siglo XVII.
Altura, 0,36 ms.
Colección Boix.
119. SAN FRANCISCO mirando la cruz.—Escultura en madera pintada. Siglo XVII.
Altura con peana, 0,46 ms.
Doña María Francisca Hohenlohe Langenburg.
120. ECCE HOMO.—Busto en madera pintada.
Altura, 0,46 ms.
V. O. T. de San Francisco.
121. SAN ANTONIO DE PADUA con el Niño en brazos. Escultura en madera pintada. De pie.
Altura, 0,30 ms.
Don Eduardo Torralba y Armendáriz.
122. BUSTO de un franciscano.—Escultura en madera.
Altura, 0,32 ms.
Marqueses de Torneros.
123. SAN FRANCISCO DE ASÍS con las manos metidas en las mangas. Talla en madera pintada. Escuela castellana.
Altura, 1,03 ms.
Convento de San Pascual.
124. SAN FRANCISCO DE ASÍS.—Escultura en madera pintada. De pie; en la mano izquierda, una cruz, que contempla.
Altura, 0,49 ms.
Doña Consuelo Donderis de Sempere,
125. SAN FRANCISCO DE ASÍS.—Escultura en madera pintada. De pie; en la mano izquierda, una cruz, a la que contempla. Por José Salvador Carmona.
Altura, 0,73 ms.
Padres Franciscanos.
126. SAN DIEGO DE ALCALÁ, lego franciscano español, apóstol de Fuerteventura (Canarias), cuyas reliquias se conservan en Alcalá de Henares.—Escultura en madera pintada. De pie; con las flores en el regazo, aludiendo a un milagro suyo. Escuela granadina.
Altura, 0,65 ms.
Señora Marquesa de Valleumbroso.
127. RETRATO del Cardenal Cisneros.—Bajorrelieve policromo con marco dorado. Siglo XVIII.
Alt., 0,50 ms.; an., 0,35 ms.
Don Vicente Castañeda.
128. ANGEL DE LA GUARDA con peana.—Talla en madera pintada. Siglo XVIII.
Alt., 0,85 ms.
San Fermín de los Navarros.
129. SAN ANTONIO DE PADUA.—El santo sentado en su celda, dormido, apoyado sobre una mesa, en la que se le aparece el Niño Jesús. Escultura en madera pintada que recuerda un milagro del santo. Atribuida a Porcel.
Alt., 0,64 ms.; an., 0,58 ms.
S. M. el Rey.
130. SAN PASCUAL BAYLÓN, lego franciscano español, Patrono de las instituciones eucarísticas.

- Escultura de madera pintada. De pie; en la mano derecha, la Custodia. Por José Salvador Carmona.
Alt., 0,82 ms.
Padres Franciscanos de San Fermín de los Navarros.
131. LA VIRGEN entrega el Niño a San Francisco. Al fondo, San Miguel. En alto, ángel con cruz. Grabado en marfil.
Alt., 0,15 ms.; an., 0,08 ms.
Col. Castillo Olivares.
132. SAN FRANCISCO y SAN ANTONIO.—Azabaches. Siglo XVII.
Alt., 0,24 ms.
Señor Marqués de Valverde de la Sierra.
133. ROSARIO y medalla de San Francisco.—De azabache. Siglo XVII.
Doña María Bruguera de Castillo Olivares
134. URNA conteniendo un grupo en alabastro policromado representando la visita del Papa a la momia de San Francisco de Asís.
Convento de San Juan de la Penitencia, de Toledo.
135. CUSTODIA de plata dorada con esmaltes azules. Siglo XVII.
Alt., 1,04 ms.
Convento de San Juan de la Penitencia, de Toledo.
136. CUSTODIA de plata dorada con esmaltes azules y escudo de la Orden franciscana. Siglo XVII.
Convento de Santa Clara, de Toledo.
137. CUSTODIA de plata revestida de cristales de roca tallados. Siglo XVIII.
V. O. T. de San Francisco
138. CÁLIZ de plata dorada. Siglo XVI. Pertenecía al beato Navarrete.
Altura, 0,15 ms.
Convento de Franciscanos, de Santiago.
139. CÁLIZ de plata dorada con medallones esmaltados. Siglo XVI.
Altura, 0,25 ms.
Convento de San Antonio, de Toledo.
140. CÁLIZ de plata estilo gótico. Principios del siglo XVI.
Convento de Santa Clara, de Toledo.
141. CÁLIZ de plata dorada con aplicaciones de esmalte y filigrana. Siglo XVII.
Alt., 0,21 ms.
Convento de Santa Clara, de Toledo.
142. CÁLIZ de plata dorada con esmaltes azules. Epoca de Carlos II. Año 1684.
Alt., 0,29 ms.
Convento de la Encarnación, de Griñón.
143. HOSTIERO de plata dorada con esmaltes de colores y piedras. Siglo XVI.
Alt., 0,16 ms.
Convento de Santa Isabel de los Reyes, de Toledo.
144. INCENSARIO de plata, estilo gótico.
Convento de Santa Clara, de Toledo.
145. NAVETA de plata. Siglo XVII.
Alt., 0,19 ms.
Convento de Santa Clara, de Toledo.
146. ARQUETA de filigrana de plata de fines del siglo XVII.
Alt., 0,20 ms.; an., 0,23 ms.
Convento de la Encarnación, de Griñón.
147. BANDEJA de plata repujada con punzón, de Córdoba, Ruiz y Martínez. 89. Siglo XVIII.
Convento de San Juan de la Penitencia, de Toledo.
148. CUCHARA y tenedor de oro, coral y cristal de roca. Perteneció al Cardenal Cisneros.
Convento de San Juan de la Penitencia, de Toledo.
149. FRONTAL de bronces dorados a fuego sobre espejos recuadrados por tallas policromadas. Fué mandado hacer por la Infanta Sor Ana Dorotea, hija del Emperador Rodolfo, religiosa de este monasterio. Año 1653.
Alt., 1,63 ms.; an., 0,95 ms.
Monasterio de las Descalzas Reales.
150. Dos relieves de bronce dorados a fuego, que representan una aparición de la Virgen con el Niño a una religiosa. Siglo XVII.
Alt., 0,63 ms.; an., 0,46 ms.
Monasterio de las Descalzas Reales.
151. MARCO tipo relicario de bronce dorado a fuego con aplicaciones de esmalte blanco y negro y adornos de coral. Representa, en coral, un Cristo crucificado. Siglo XVII.
Alt., 1,08 ms.; an., 0,85 ms.
Monasterio de las Descalzas Reales.

152. MARCO o chavado tipo relicario de bronce dorado a fuego con aplicaciones de esmalte azul y blanco y adornos de coral. Representa, en coral, una escena del Calvario. Siglo XVII.
Alt., 1,15 ms.; an., 0,77 ms.
Monasterio de las Descalzas Reales.
153. LÁMPARA de bronce dorado con aplicaciones de esmalte blanco y negro y decoración de coral. Fines del siglo XVII.
Alt., 0,80 ms.
Monasterio de las Descalzas Reales.
154. SAN FRANCISCO. Hierro repujado y pintado. Siglo XVII.
Doña María Bruguera de Castillo Olivares.
155. DOS URNAS conteniendo en cera asuntos relativos a la vida de San Francisco y la Magdalena. Siglo XVII.
Convento de Don Juan de Alarcón.
156. CRUZ relicario de ébano con la imposición de las llagas y escenas de la Pasión, en marfil. Siglo XVI.
Alt., 0,83 ms.; an., 0,37 ms.
Don Carlos de Ojedo.
157. ARQUETA policromada de madera y cristales biselados del siglo XVII.
Alt., 0,23 ms.; an., 0,27 ms.
Convento de la Encarnación, de Grinón.
158. ATRIL con portalibros doble de madera. Siglo XVIII.
Convento de Santa Juana (Cubas).
159. MESA baja, de nogal, con tablero forrado de cuero, bufete de la venerable sor María de Agreda.
Alt., 0,47 ms.; larg., 0,88; an., 0,53.
Monasterio de las Descalzas Reales.
160. CUATRO MESAS de refectorio, de pino, con los tableros formados por azulejos de Talavera, marcados (T.º), firmados M. Díaz y fechados 1745. Ostentan el escudo franciscano.
Dos: larg., 2,42 ms.; an., 0,49 ms.
Dos: larg., 1,76 ms.; an., 0,49 ms.
Convento de Capuchinas, de Pinto.
161. DOS ÁNFORAS de Talavera con escudos franciscanos. Siglo XVII.
Altura, 0,50 ms.
Convento de la Encarnación, de Grinón.
162. ANFORA de Talavera con escudo de San Francisco. Siglo XVII.
Col. Boix.
163. DOS LIBROS con encuadernaciones conventuales con escudos franciscanos. Siglo XVIII.
Col. Boix.
164. SOR JUANA DE LA CRUZ, fundadora del convento llamado de Santa Juana, en Cubas (provincia de Madrid). Bordado en sedas de principios del siglo XVII.
Alt., 0,45 ms.; an., 0,35 ms.
Convento de Santa Juana, de Cubas.
165. FRONTAL de raso blanco bordado en plata y seda de colores. Siglo XVII.
Convento de Santa Isabel, de Toledo.
166. FRONTAL de brocotel encarnado con bordados en oro y sedas y ocho medallones; de ellos, siete representan Santos. Siglo XVII.
Convento de Santa Isabel, de Toledo.
167. FRONTAL bordado en sedas de colores y plata dorada, con flores y pájaros sobre damasco blanco. Siglo XVII.
Monasterio de las Descalzas Reales.
168. TERNO DE RASO BLANCO bordado en oro y sedas de colores. Siglo XVII.
Convento de las Capuchinas.
169. TERNO BORDADO, raso blanco, a sedas laxas, oro y coral, con decoración de animales y flores. Siglo XVII.
V. O. T. de San Francisco.
170. CASULLA BORDADA con sedas laxas, fondo azul. Siglo XVII.
Convento de San Juan de la Penitencia, de Toledo.
171. CASULLA DE TERCIOPERO ROJO, con tira bordada. Siglo XVII.
Convento de San Antonio, de Toledo.
172. MEDALLÓN BORDADO en sedas y plata, representando la Impresión de las Llagas a San Francisco. Siglo XVII.
Convento de San Juan de la Penitencia, de Toledo.
173. SEIS RELICARIOS, hechos sobre tisú de plata y oro, con piedras y vitelas centrales. Trabajo monjil del siglo XVIII.
Doña María Bruguera de Castillo Olivares.

174. DOS BANDEJAS de tela con bordados en sedas de colores. Trabajo monjil del siglo XVIII.
Doña María Bruguera de Castillo Olivares.
175. ALFOMBRA, fondo blanco, dibujos en negro. Fabricación de Alcaraz. Siglo XVI.
Alt., 4,81 ms.; an., 2,55 ms.
Convento de San Juan de la Penitencia, de Toledo.
176. ALFOMBRA, fondo amarillo, con dibujos azules, negros y blancos. Fabricación de Alcaraz. Siglo XVI.
Alt., 4,10 ms.; an., 2,05 ms.
Convento de San Juan de la Penitencia, de Toledo.
177. ALFOMERA de las llamadas de Cuenca. Siglo XVII.
Alt., 2,96 ms.; an., 2,04 ms.
Convento de San Juan de la Penitencia, de Toledo.
178. SALTERIO, con numerosas iniciales historiadas miniaturas de página; entre éstas, una que representa a San Francisco con Santo Domingo. Escuela de París, del siglo XIII.
Biblioteca Nacional.
179. BREVIARIO FRANCISCANO. Con iniciales y orlas alusivas a la Orden franciscana. Arte Sienés. Final del siglo XIV.
Biblioteca Nacional.
180. BREVIARIO ROMANO, con numerosas iniciales miniadas, de asuntos franciscanos. Arte bolonés. Siglo XIV.
Biblioteca Nacional.
181. FRAY FRANCISCO EXIMENIS, O. F. M. Libro del *Crestiá*. Escrito hacia 1417 para el caballero barcelonés Ramón Cavall. En la página primera, en que figuran los retratos del caballero y su esposa, hay también una representación de San Francisco recibiendo los estigmas.
Biblioteca Nacional.
182. MISAL "RICO", hecho para el Cardenal Cisneros por artistas españoles, en Toledo, de 1503 a 1518. Consta de siete tomos.
Biblioteca Nacional.
183. CÓDICE miniado, titulado "Era 1305", del viaje de un franciscano por España.
Don Gregorio Marañón.
184. PONTIFICAL ROMANO, en pergamino, con hermosa caligrafía, viñetas e iniciales ornamentadas. Usado por el Ilmo. D. Fr. Bernardo de Fresneda, O. F. M., confesor de Felipe II, obispo de Córdoba y Cuenca y arzobispo de Zaragoza y electo de Toledo. Siglo XVI.
Alt., 0,31 ms.; an., 0,22 ms.
Convento de Padres Franciscanos, de Nájera.
185. LIBRO AUTÓGRAFO con los diez primeros capítulos de la Mística Ciudad de Dios y varias cartas escritas por la Venerable Sor María de Agreda y Felipe IV.
Marquesa de Silvela.
186. LIBRO DE ACTAS de la V. O. T. de San Francisco, de Madrid, de 1609 a 1656. Acuerdo en que figura D. Pedro Calderón de la Barca como discreto de la Junta y cronista general de la V. O. T.
V. O. T. de San Francisco el Grande, de Madrid.
187. BULA de Alejandro IV.—Dirigida a todos los religiosos franciscanos sobre el rezo del oficio divino. Empieza: "*Pio vestro collegio*". Dada en Anagni el 22 de junio de 1255. En pergamino.
Don Ignacio Bauer,
188. BULA de Alejandro IV.—Dirigida al ministro general y a los provinciales y custodios de la Orden franciscana concediéndoles las facultades de absolver y dispensar que gozaban los arzobispos y obispos. Empieza: "*Licet ad hoc*". Dada en Anagni el 9 de octubre de 1255. En pergamino.
Don Ignacio Bauer,
189. BULA de Alejandro IV.—Dirigida a todos los religiosos franciscanos, en que confirma los privilegios concedidos a la Orden por Gregorio IX. Empieza: "*Quia Ordinem vestrum*". Dada en Letrán el 28 de enero de 1256. En pergamino.
Don Ignacio Bauer,
190. BULA de Alejandro IV.—Dirigida a los religiosos franciscanos de Viena (Austria) concediendo indulgencias. Empieza: "*Cum ad promerenda*". Dada en Anagni el 11 de julio de 1256. En pergamino.
Don Ignacio Bauer,
191. BULA de Pío IX.—Sobre la definición dogmática de la Inmaculada Concepción, traducida

- al vascuence por un padre franciscano. Volumen encuadrado en cuero rojo con aplicaciones metálicas; ilustrado con dibujos a pluma por M. Ordazgoiti. Regalo del muy reverendo padre Estarta a Isabel II y donado más tarde por ésta a la provincia de Cantabria.
- Convento de Padres Franciscanos, de Zarauz.
192. HOJA DEL BREVIARIO de Santa Clara.
Alt., 0,23 ms.; an., 0,16 ms.
Monasterio de las Descalzas Reales.
193. DOS RECIBOS del canon de los peces.—El origen de este canon de una cestilla de peces que el convento de San Francisco pagaba anualmente al monasterio benedictino de San Martín, de Santiago, se remonta a la venida del Santo Patriarca, como se desprende del texto, que es el siguiente:
"Reciúi del Religiosíssimo y mui illustre Convento de Nuestro Padre San Francisco, desta Ciudad de Santiago, extramuros, por mano de nuestro Reuerendíssimo Padre el Maestro Fr. Francisco de Castro,
*Fr. Manuel Rey, Guardián de dicho Conuento vna cestilla de pezes, que dicho Glorioso Patriarca San Francisco se dignó prometer y pagar en cada vn año al Abad Martino y a sus sucesores en la Abadía de San Payo de Ante-Altares, que aora es y se trasladó a San Martín por los años mil ducentos y catorce, en reconocimiento de auerle concedido el sitio del Valle de Dios y del Infierno en que aora está fundado dicho Conuento, y por ser verdad lo firmo en dicho Real Monasterio de San Martín a veinte y seis de julio de 1706. 21 de marzo de 1733.—Fr. M.^o Fr. Pedro Mañiaga,
 Joseph González, Abbad de S.
 Martín (rub.)."*
 Alt., 0,45 ms.; an., 0,30 ms.
 Alt., 0,45 ms.; an., 0,36 ms.
 Convento de los Padres Franciscanos, de Santiago.
194. AUTÓGRAFO.—Carta de San Pedro de Alcántara a la Infanta Doña María de Portugal, de la que era confesor.
Alt., 0,28 ms.; an., 0,20 ms.
Convento antiguo del Caballero de Gracia.
195. TRES CARTAS autógrafas de la Venerable Sor María de Agreda.
Una, en marco liso dorado: alt., 0,30 metros; ancho, 0,20 ms.
- Otra, en marco labrado dorado: alt., 0,30 metros; an., 0,20 ms.
 Otra, en marco de madera: alt., 0,30 ms.; ancho, 0,17 ms.
 Convento de la Latina.
196. UNA CARTA autógrafa de la Venerable Sor María de Agreda. En la parte superior del marco, otro pequeño, conteniendo un sello pontificio en cera.
Alt., 0,30 ms.; an., 0,20 ms.
 Convento de Capuchinas, de Madrid.
197. FOTOGRAFÍA de Isabel II con sor Patrocinio.
 Convento de San Pascual, de Aranjuez.
198. DESCENDIMIENTO.—Oleo sobre tabla. Principios del siglo XVII.
Alt., 0,64 ms.; an., 0,52 ms.
 Doña María Bruguera de Castillo Olivares.
199. TRÍPTICO.—En el centro la crucifixión con San Francisco y a derecha e izquierda San Bernardino y San Antonio.
Alt., 0,32 ms.; an., 0,45 ms.
 Don Agustín Peláez.
200. RETRATO del Ilmo. Dr. Fr. Francisco Ruiz.—Uno de los primeros misioneros de América, secretario y albacea del Cardenal Cisneros y Obispo de Avila.
Alt., 0,52 ms.; an., 0,37 ms.
 Convento de San Juan de la Penitencia.
201. SAN FRANCISCO EN ORACIÓN.—Pintura sobre cobre. Autor desconocido. En la parte inferior parece que se ven restos de escritura o firma, pero completamente borrosos e ilegibles.
Alt., 0,30 ms.; an., 0,24 ms.
 Convento de Concepcionistas, de Agreda.
202. EL SALVADOR.—Cabeza pintada sobre tabla. Autor desconocido. Existe la tradición, en el convento, de que esta tabla se hallaba en una taberna, y que habiendo entrado un fraile mendicante a pedir limosna, la cabeza del Salvador le pidió que la sacara de aquel lugar, donde tantas blasfemias oía y la llevara al convento de la Concepción, de Agreda.
Alt., 0,36 ms.; an., 0,28 ms.
 Convento de Concepcionistas, de Agreda (Soria).
203. LA PIEDAD.—Lienzo al óleo, pintado en 1730 por Francisco Antonio Menéndez (1682 a 1752), autor, por encargo de Feli-

- pe V, del proyecto de estatutos para la fundación de la Real Academia de Bellas Artes. Este cuadro fué regalado por la Reina Isabel II a su letrado consultor D. José María Monreal, primer Presidente que fué de la Academia Matritense de Jurisprudencia y Legislación.
 Alt., 0,83 ms.; an., 0,63 ms.
 Señor Marqués de Montesa.
204. FRAY Pedro de Alcántara.—Oleo sobre sobre. Siglo XVIII.
 Alt., 0,50 ms.; an., 0,35 ms.
 Señor Obispo de Madrid-Alcalá.
205. IMPRESIÓN DE LAS LLAGAS.—Cuadro de altar pintado por Bayeu para sustituir al que se quitó, que era obra de Tiépolo.
 Convento de San Pascual, de Aranjuez.
206. RETRATO de Sor Patrocinio.—Oleo. Copia, por Jesús Rodríguez. 1860.
 Alt., 0,98 ms.; an., 0,80 ms.
 Convento de San Pascual, de Aranjuez.
207. STELLARIUM IMMACULATAE CONCEPTIONIS.—Grabado hecho en 1636 por Fr. Nicolás de Roma y dedicado al Cardenal Pedro Pablo Crescenzi. Representa en el centro la Inmaculada rodeada de ángeles, portadores de símbolos y sentencias de los Santos Padres y cartelas con música del Tota Pulcræ; gráfico de la coronilla de las doce Ave Marias; a los lados, San Francisco, San Buenaventura, San Antonio de Pádua, San Juan de Capistrano, los Papas Sixto IV y Alejandro V, J. Juan Duns Escoto y Fr. Francisco Mayrón con las respectivas sentencias defensoras de la Inmaculada; al pie, dignidades eclesiásticas y seglares en actitud de adoración. Todo en una gran combinación de gloria y de flores.
 Alt., 0,65 ms.; an., 0,45 ms.
 Convento de la Concepción, de Toledo.
208. GRABADO histórico descriptivo de las grandezas de la Orden franciscana y la estadística de las provincias en que está dividida. Dibujado por J. de Ivala y dedicado al reverendo padre Fr. José García, ministro general, por el padre Fr. Eusebio González de Torres, cronista de la Orden. Siglo XVIII.
 Alt., 0,53 m.; an., 0,71 ms.
 Convento de San Juan de la Penitencia, de Toledo.
209. CRISTO gótico, en madera pintada y policromada. Siglo xv.
 Doña María Bruguera de Castillo Olivares.
210. CENA en madera tallada. Siglo XVI.
 Alt., 0,70 ms.; an., 0,58 ms.
 Doña María Bruguera de Castillo Olivares.
211. SAN FRANCISCO.—Talla policromada y dorada. Finales del siglo XVII.
 Altura, 0,85 ms.
 Convento de Clarisas, de Ciempozuelos.
212. CÁLIZ de plata dorada, regalado a Cisneros. Siglo XVI.
 Convento de San Juan de la Penitencia, de Alcalá de Henares.
213. CRUZ de sobremesa, de bronce, con escudo de Cisneros. Siglo XVI.
 Convento de San Juan de la Penitencia, de Alcalá de Henares.
214. CÁLIZ de plata dorada, regalo de Felipe IV a la venerable madre de Agreda. Tiene una inscripción de haber pertenecido a D. Alfonso Pérez de Guzmán.
 Altura, 0,33 ms.
 Convento de Concepcionistas, de Agreda.
215. COPA con su plato, de plata dorada. Regalo de Felipe IV a la venerable madre de Agreda.
 Convento de Concepcionistas, de Agreda.
216. JARRITA con bandeja redonda de plata dorada. Regalo de Felipe IV a la venerable madre de Agreda.
 Convento de Concepcionistas, de Agreda.
217. VINAJERAS con bandeja de plata dorada. Regalo de Felipe IV a la venerable madre de Agreda.
 Convento de Concepcionistas, de Agreda.
218. RELOJ despertador de bronce. Regalo de Felipe IV a la venerable madre de Agreda.
 Convento de Concepcionistas, de Agreda.
219. CRUZ de hierro que la venerable madre usaba como silicio sobre el pecho y debajo de la ropa.
 Convento de Concepcionistas, de Agreda.
220. CRUZ de ébano con incrustaciones de nácar, grabada, representando San Miguel y santos franciscanos. En el pie, la Concepción, y

- a ambos lados, sor María de Agreda y el Padre Scoto, con nimbo o aureolas.
Altura, 0,59 ms.
Convento de Concepcionistas, de Agreda.
221. BÁCULO que usó la venerable madre sor María de Agreda cuando estuvo tullida.
Convento de Concepcionistas, de Agreda.
222. PIEDRA que usó para almohada la venerable madre de Agreda.
Convento de Concepcionistas, de Agreda.
223. CÁLIZ de plata dorada, con decoración de plata blanca, esmaltes y piedras finas. Regalo de Isabel II a la venerable madre sor Patrocinio y de ésta a su confesor, el muy reverendo padre Estarta, provincial de Cantabria. Patena con el reverso, dibujado a punzón.
Altura, 0,32 ms.
Convento de Franciscanos, de Zarauz.
224. SOR MARÍA DE AGREDA predicando a los indios. Bordado a mano en seda de colores. Incrustaciones de nácar.
Alt., 0,54 ms.; an., 0,40 ms.
Convento de San Pascual, de Aranjuez.
225. CASULLA de terciopelo rojo labrado con tira bordada en oro. Siglo XVI.
Convento de Clarisas, de Ciempozuelos.
226. GUANTES del Ilmo. Padre Fresneda. De seda roja bordados en oro. Siglo XVI.
Convento de Padres Franciscanos, de Nájera.
227. CASULLA, manípulo, estola, corporales y paños bordados por la venerable madre de Agreda.
Convento de Concepcionistas, de Agreda.
228. PUERTA de un zaguán con tallas de San Francisco y San Cristóbal.
Doña Carmen Sanz.
229. ARCÓN con decoración de chapa, con las armas de Cisneros y el cordón franciscano. Estuvo forrado de terciopelo. Siglo XVI.
Señora viuda de López de Ayala.
230. BASTÓN-BÁCULO de Cisneros, de ébano y marfil. Siglo XVI.
Convento de San Juan de la Penitencia, de Alcalá de Henares.
231. ARQUILLA de terciopelo rojo. Siglo XVII.
Convento de las Ursulas, de Alcalá de Henares.
232. DOS ARQUILLAS de concha. Siglo XVIII.
Convento de las Ursulas, de Alcalá de Henares.
233. PILILLA de Talavera con escudo franciscano.
Convento de las Ursulas, de Alcalá de Henares.
234. LA CONCEPCIÓN con San Francisco y el Padre Scoto.
Convento de San Juan de la Penitencia, de Alcalá de Henares.
235. CRUZ pectoral del Cardenal Cisneros. De madera, con reliquias.
Convento de San Juan de la Penitencia, en Alcalá de Henares.
236. VIDA DE SOR JERÓNIMA DE LA FUENTE, por el P. Franciscano Fr. Ginés de Quesada.
P. P. Franciscanos de San Fermín de los Navarros.
237. CONSTITUCIONES de la Orden Franciscana, hechas en Asís en 1354.
Original de los siete primeros capítulos.
Don José G. de Armesto.
238. VAJILLA de Talavera, compuesta de cincuenta y seis piezas, casi todas con escudos de la Orden.
V. O. T. de San Francisco el Grande.
239. CRISTO en la Cruz abrazando a San Francisco. Lienzo pintado al óleo, copia parcial en tamaño muy reducido del cuadro de Murillo en el Museo de Sevilla.
Alt., 0,45 ms.; an., 0,33 ms.
Don José M.ª Blanco.
240. LA VIRGEN, San Pedro Alcántara y San Jerónimo. Lienzo pintado al óleo. Autor anónimo; siglo XVIII.
Alt., 0,36 ms.; an., 0,32 ms.
Señora Duquesa de Parcent.
241. SOR MARÍA DE AGREDA en su bufete. Pintura sobre cobre; siglo XVIII.
Alt., 0,23 ms.; an., 0,18 ms.
Señora Duquesa de Parcent.
242. SAN FRANCISCO EN ORACIÓN. Reproducción de un cuadro de Salvator Rosa, grabado por Turner.
Alt., 0,50 ms.; an., 0,42 ms.
Señora Duquesa de Parcent.

243. SAN FRANCISCO BENDICIENDO. Talla en madera policromada. Tamaño mayor del natural.
Señora Duquesa de Parcent.
244. NIÑO JESÚS con el toisón. Talla en madera pintada y policromada.
Señora Duquesa de Parcent.
245. NIÑO JESÚS; talla en madera pintada y policromada, con vestido de terciopelo verde pícado. Siglo XVII.
Señora Princesa de Hohenlohe-Langenburg.
- 245 bis. SAN FRANCISCO con hábito azul.
Alfonso de Hohenlohe-Langenburg.
246. SAN FRANCISCO. Pequeña cabeza en talla policromada.
Alt., 0,10 ms.
Cristián de Hohenlohe-Langenburg.
247. NUESTRA SEÑORA DE LA PORTERÍA. Vitela pintada al guach y pegada sobre tabla. Marco dorado con espejos.
Alt., 0,22 ms.; an., 0,15 ms.
Doña Josefina Halcón.
248. SAN FRANCISCO SOLANO. Escultura en marfil pintado.
Alt., 0,40 ms.
Don Eduardo de Laiglesia.
249. FRAY LUIS DE SAN JOSÉ, fundador de la Capilla de la Portería en el Convento de San Antonio de Ávila. Lienzo pintado al óleo; autor anónimo español del siglo XVIII.
Alt., 1 m.; an., 0,70 ms.
P. P. Franciscanos de Ávila.
250. DALMÁTICA de raso blanco bordada en sedas de colores, hecha de una colcha que perteneció a Carlos III.
P. P. Franciscanos de Ávila.
251. CASULLA de terciopelo encarnado con aplicaciones de tisú de oro. Siglo XVII.
P. P. Franciscanos de Ávila.
252. CASULLA de raso verde con bordados en sedas de colores. Fines del siglo XVII.
P. P. Franciscanos de Ávila.
253. CASULLA de seda encarnada bordada en sedas de colores. Siglo XVII.
P. P. Franciscanos de Ávila.
254. CRUZ que usaba San Pedro de Alcántara y autógrafo del mismo Santo.
Convento de Franciscanos de Arenas de San Pedro.
255. PEQUEÑA tabla pintada. En el anverso, "La Impresión de las Llagas". En el reservo, San Sebastián.
Señora Vizcondesa de Palazuelos.
256. CAPILLO de capa pluvial, bordado en oro y sedas de colores, representando el Nacimiento de Nuestro Señor. Principios del siglo XVI.
Real Monasterio de Guadalupe.
257. CAPILLO de capa pluvial, bordado en oro y sedas de colores, representando la Coronación de la Virgen. Siglo XVII.
Real Monasterio de Guadalupe.
258. CUADRANTE de dalmática bordado en oro y sedas de colores, con el escudo de Guadalupe. Siglo XVI.
Real Monasterio de Guadalupe.

ADICIÓN AL CATÁLOGO

MUEBLES, CERÁMICA, TELAS Y OTROS OBJETOS DE DECORACIÓN

SALA PRIMERA

ARCÓN tallado y policromado. Finales del Siglo xvi.
Don Miguel Gómez Acebo.

CREDENCIA, en nogal. Siglo xvi.
Don Apolinar Sánchez.

Dos SILLONES de caderas con terciopelo verde. Si-
glo xvi.
Don Miguel Gómez Acebo.

ORZA de manises, reflejo dorado, con pie de brase-
rillo.
Col. Boix.

SALA SEGUNDA

MUEBLE tallado estilo español. Siglo xvii.
Sres. Jiménez y Rodríguez.

MUEBLE tallado estilo español. Siglo xvi.
Sres. Jiménez y Rodríguez.

Dos SILLONES. Asiento y respaldo de cuero labrado.
Estilo español. Siglo xvi.
Don Miguel Gómez Acebo.

Dos SIILLONES. Asiento y respaldo de cuero liso. Si-
glo xvii.
Don Miguel Gómez Acebo.

BANCO de cuero almohadillado. Siglo xvii.
Museo Arqueológico.

SILLÓN de caderas. Asiento y respaldo de terciopelo
rojo. Siglo xvi.

Don Luis Ruiz.

RECLINATORIO de terciopelo cortado. Siglo xvi.
Señor Marqués de Valverde de la Sierra.

MESITA con cajonería. Siglo xvii.
Don Pedro del Castillo Olivares.

PAÑO de mesa, salamanquino, bordado. Siglo xvii.
Don Pedro del Castillo Olivares.

BANQUETA forrada cuero policromada de Córdoba.
Siglo xvi.
Don Pedro del Castillo Olivares.

SALA TERCERA

SILLA DE CORO, estilo barroco. Fines del siglo xvii.
Don Pedro del Castillo Olivares.

CUATRO SILLAS forradas con cuero de Córdoba poli-
cromado. Finales del siglo xvii.
Don Pedro del Castillo Olivares.

DOS BANCOS con medallones tallados.
Don Luis Ruiz.

VITRINA de centro. Siglo xvii.
Archivo Central de Alcalá de Henares.

SALA CUARTA

TRES SILLAS, parte de coro. Siglo xv.
Museo Arqueológico.

DOS SILLONES con zapatas, asiento y respaldo de cuero. Siglo XVI.

Señores Jiménez y Rodríguez.

MESA, con patas forma de lira con hierros. Siglo XVII y silla de igual época.

Don Eugenio Terol.

SALA DE LABOR

MESA de costura. Siglo XVII.

Convento de Capuchinas, de Pinto.

PEQUEÑO ARMONIO. Siglo XVIII.

Convento de Ursulas de Alcalá de Henares.

SEIS SILLAS, asiento paja. Siglo XVIII.

Convento de Concepcionistas de San José.

UN SOFÁ, asiento paja. Siglo XIX.

Don Miguel Borondo.

TRES SILLAS de labor, forradas de cuero negro. Siglo XVII.

Don Pedro del Castillo Olivares.

UNA BANQUETA de madera blanca. Siglo XVIII.

Convento de Capuchinas, de Pinto.

REFECTORIO

RELOJ con escudo franciscano. Siglo XVIII.

Convento de Concepcionistas de San José.

ALACENA con dos puertas. Siglo XVII.

Don Pedro del Castillo Olivares.

BANQUETA de púlpito. Siglo XVII.

Don Pedro del Castillo Olivares.

CUATRO bancos madera blanca. Siglo XVII.

Convento de Clarisas, de Ciempozuelos.

CELDAS

CRUCIFIJO de madera pintada. Siglo XVII.

Don José Garnelo.

DOS MESAS. Siglo XVIII.

Don Eugenio Terol.

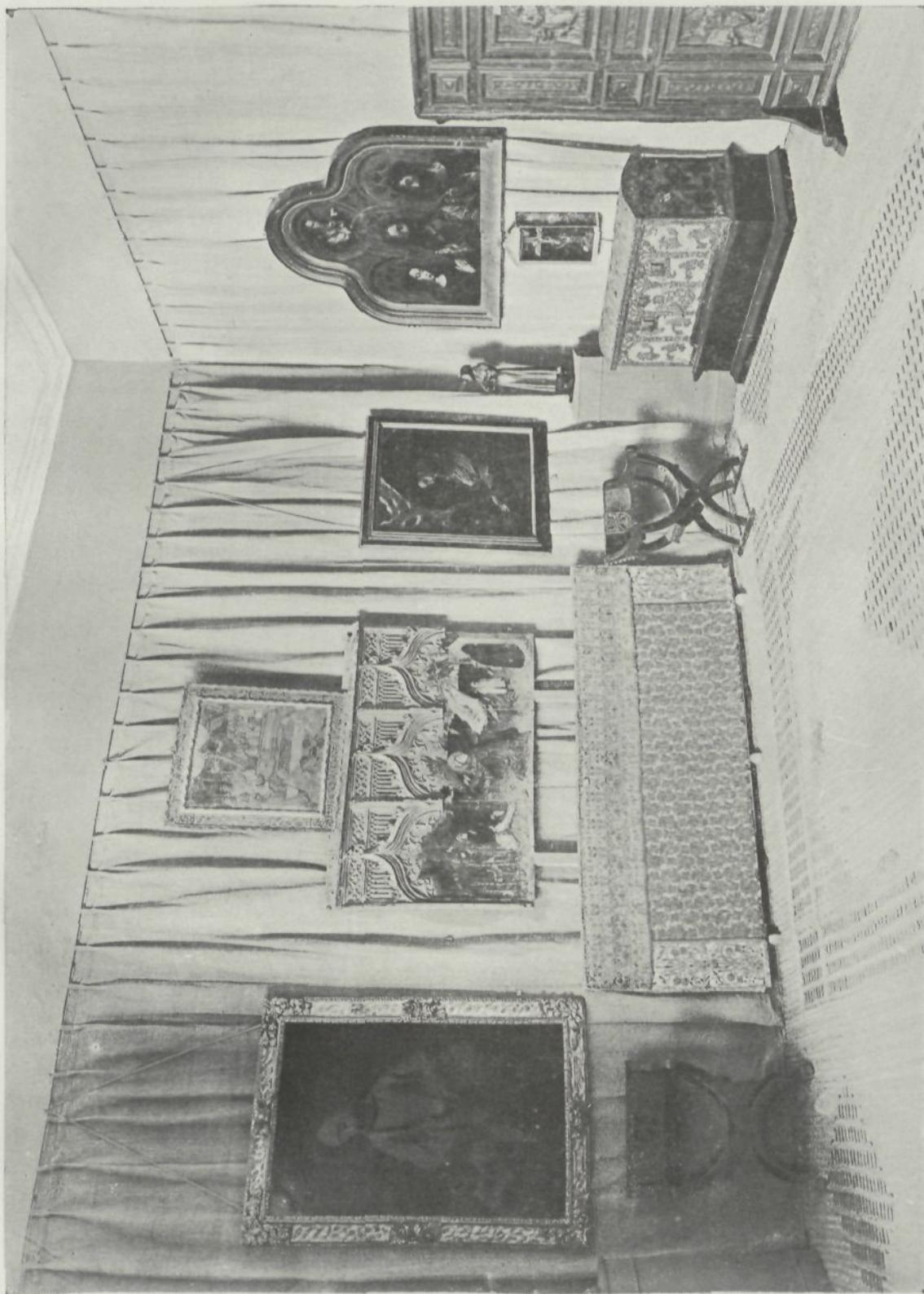
MESA. Siglo XVII.

Don Luis Ruiz.

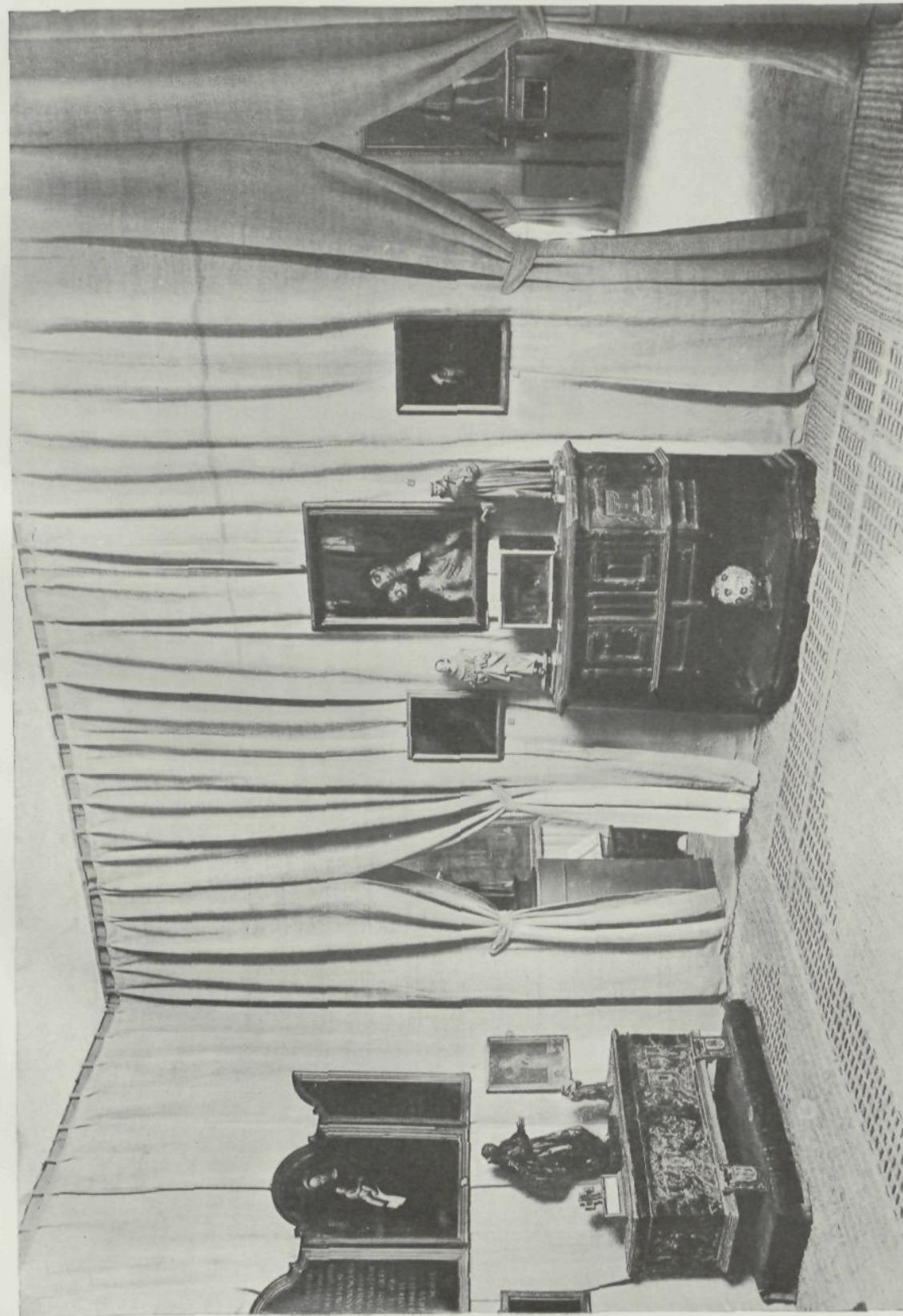
DOS PAÑOS hilo con encajes y bordado. Siglo XVII.

Don Pedro del Castillo Olivares.

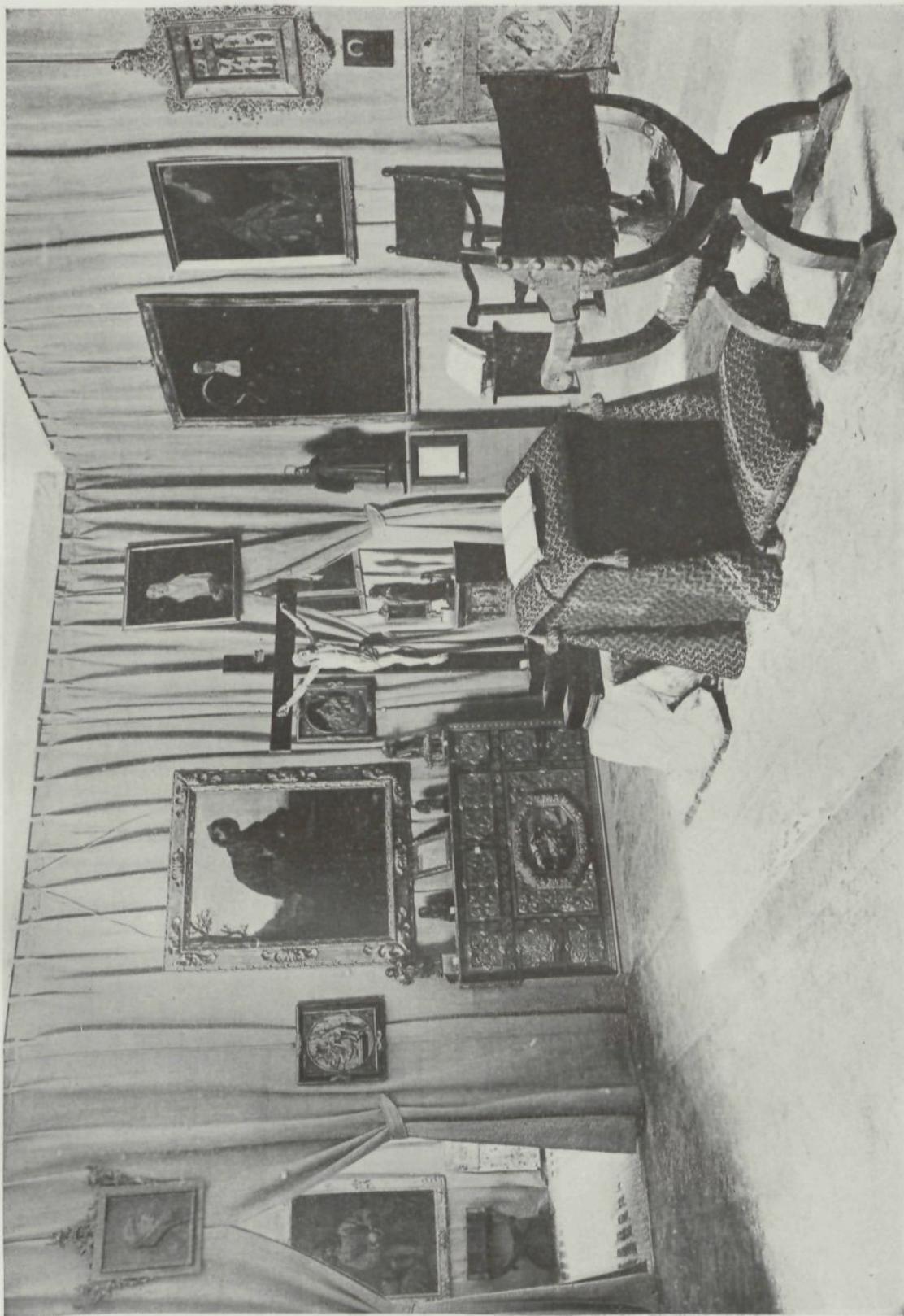
LÁMINAS



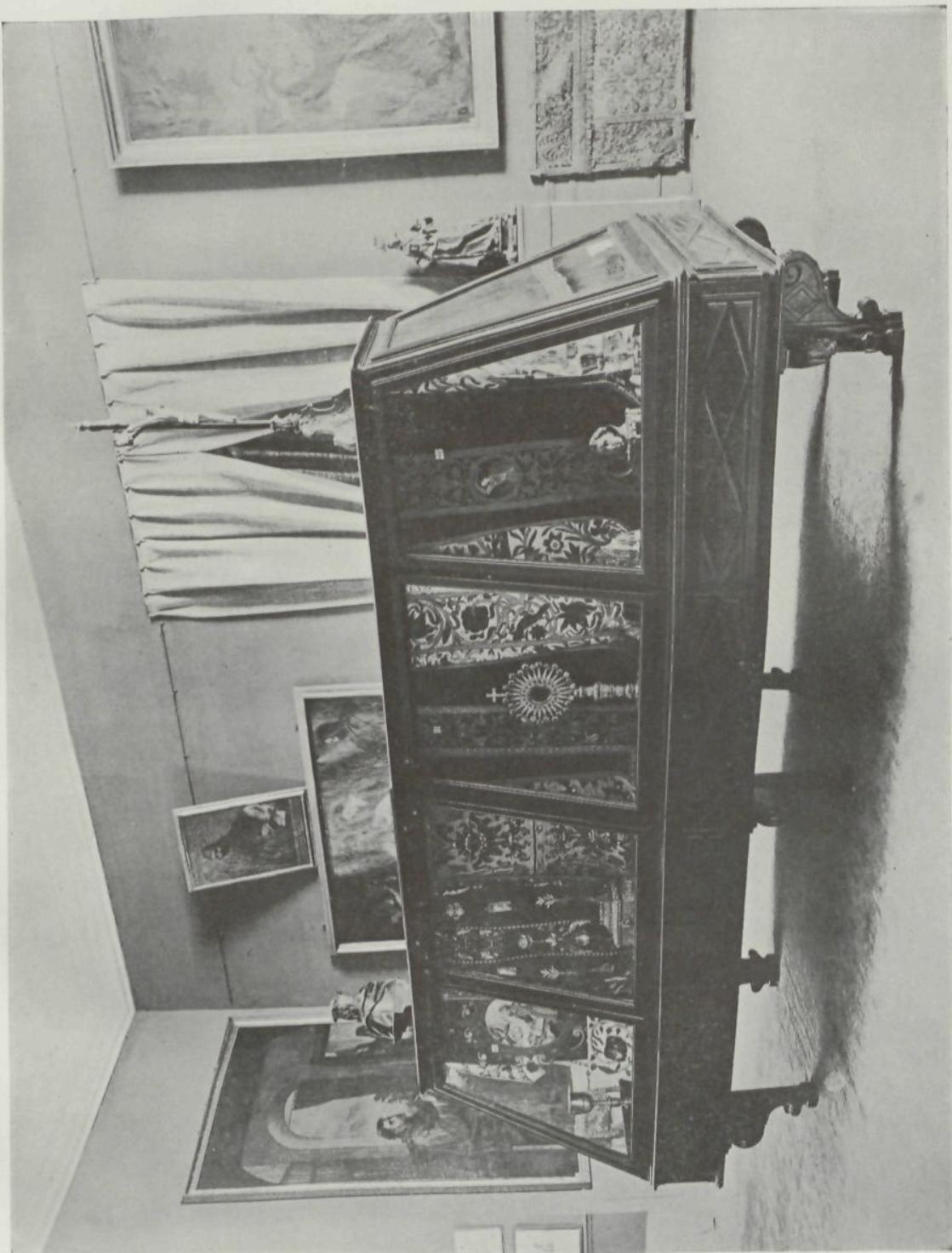
SALA PRIMERA



SALA PRIMERA



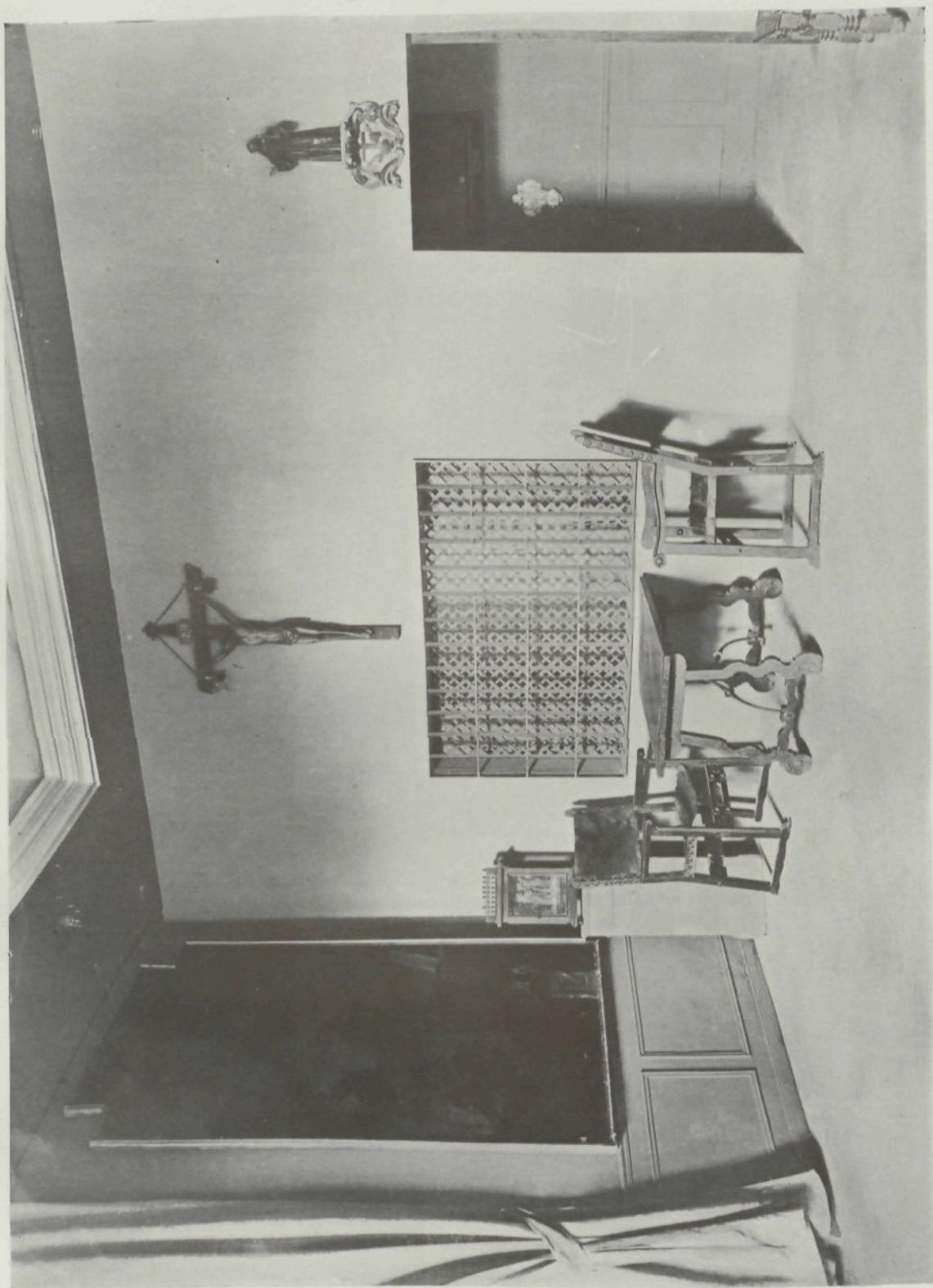
SALA SEGUNDA



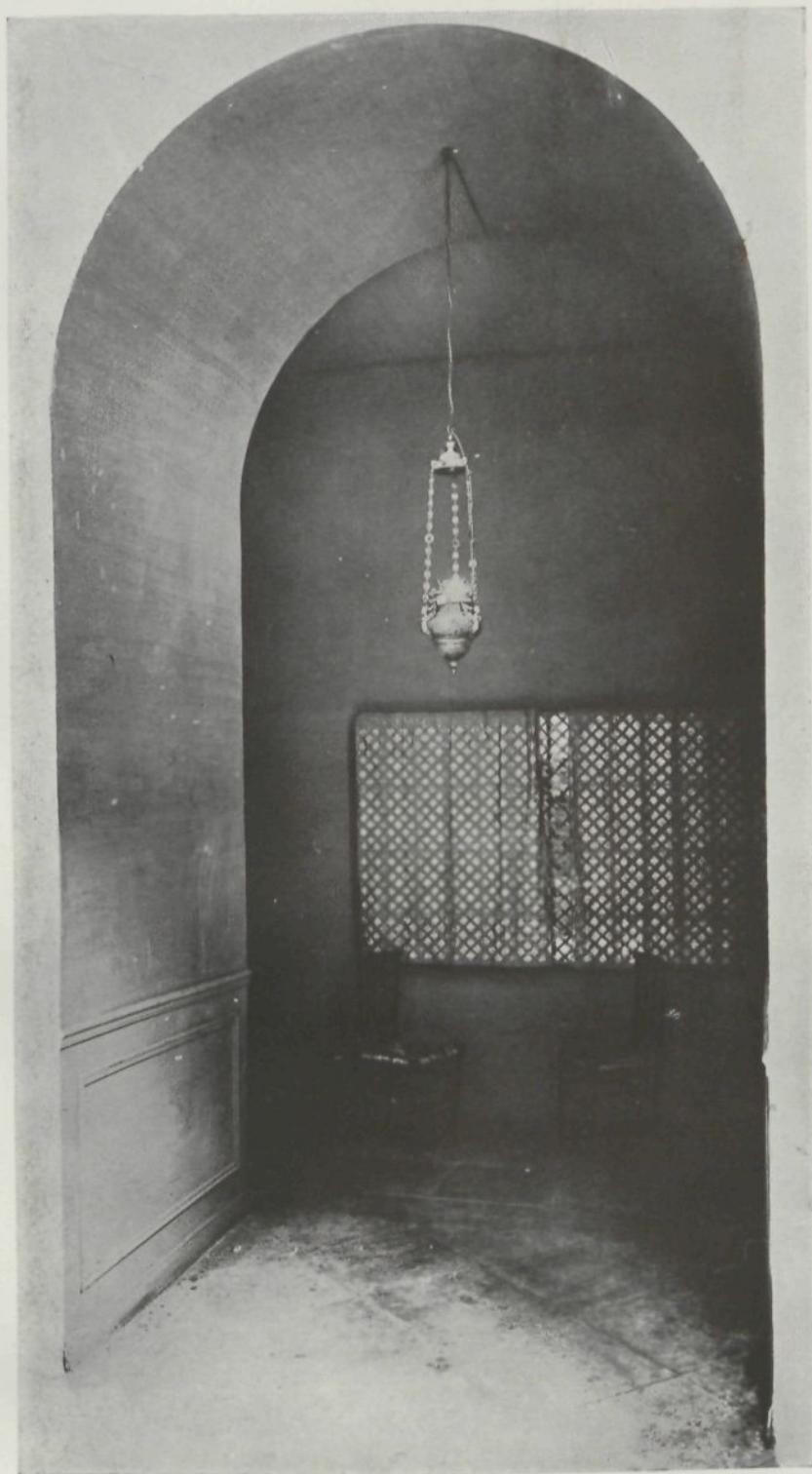
SALA TERCERA



SALA TERCERA



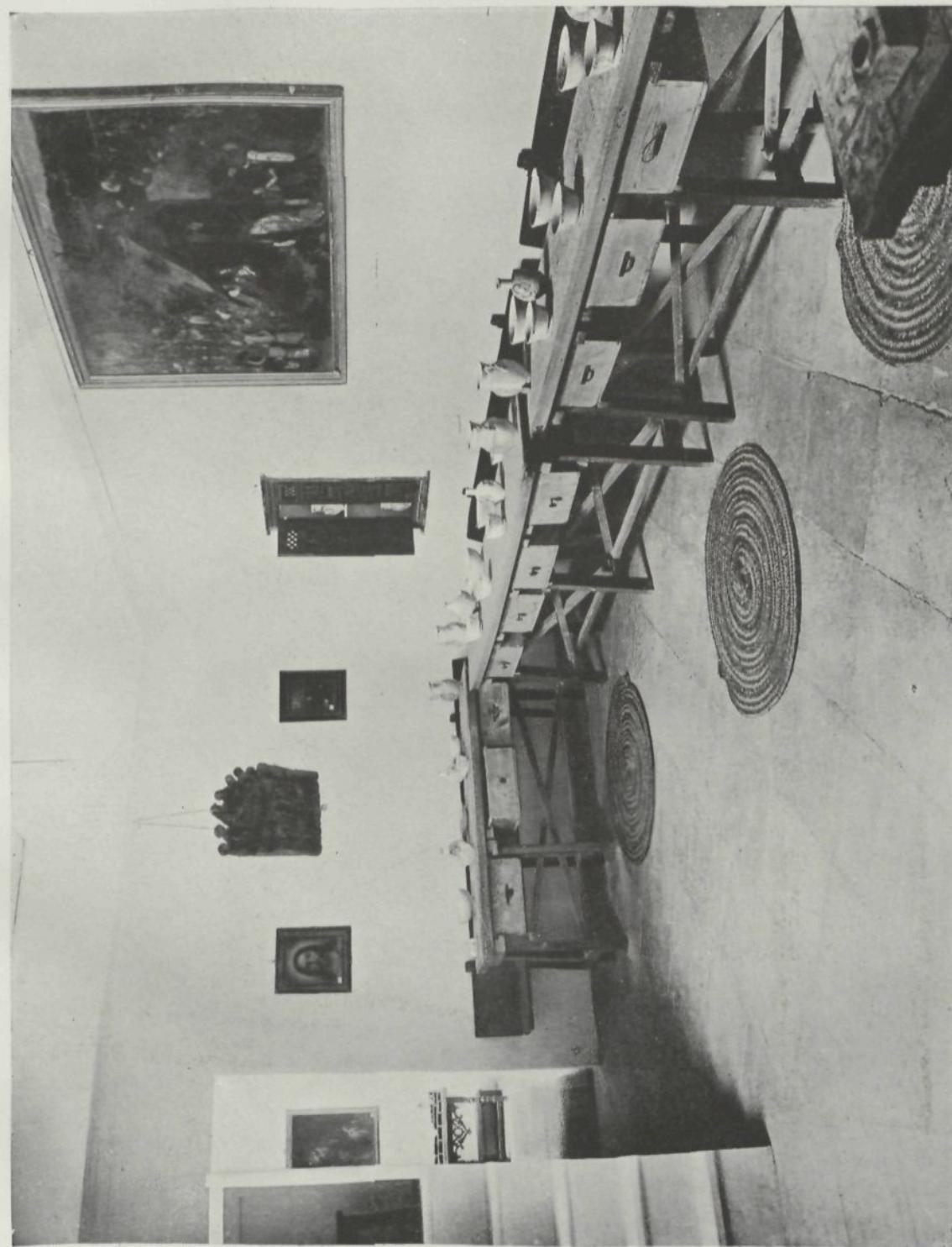
SALA CUARTA



INTERIOR DEL LOCUTORIO



SALA DE LABOR



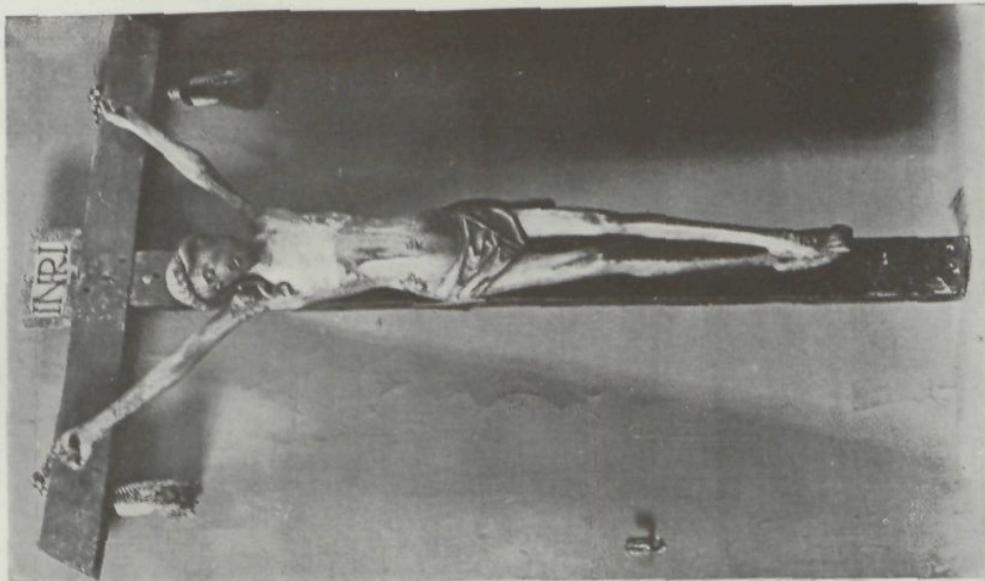
REFERATORIO



CELDA

LÁMINA XI

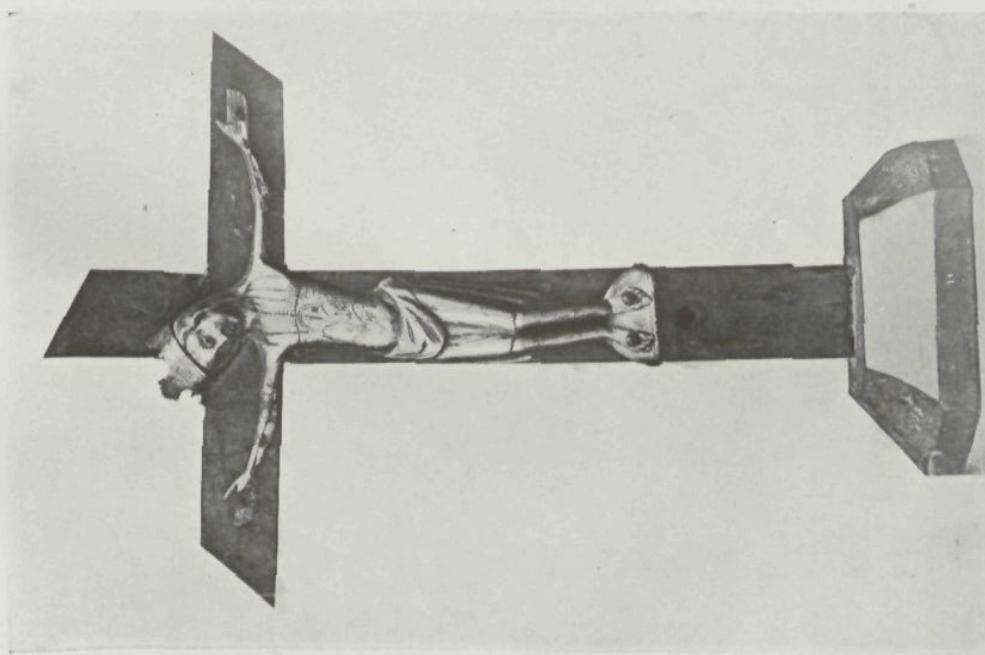
N.º 209 DEL CATÁLOGO



CRISTO GÓTICO

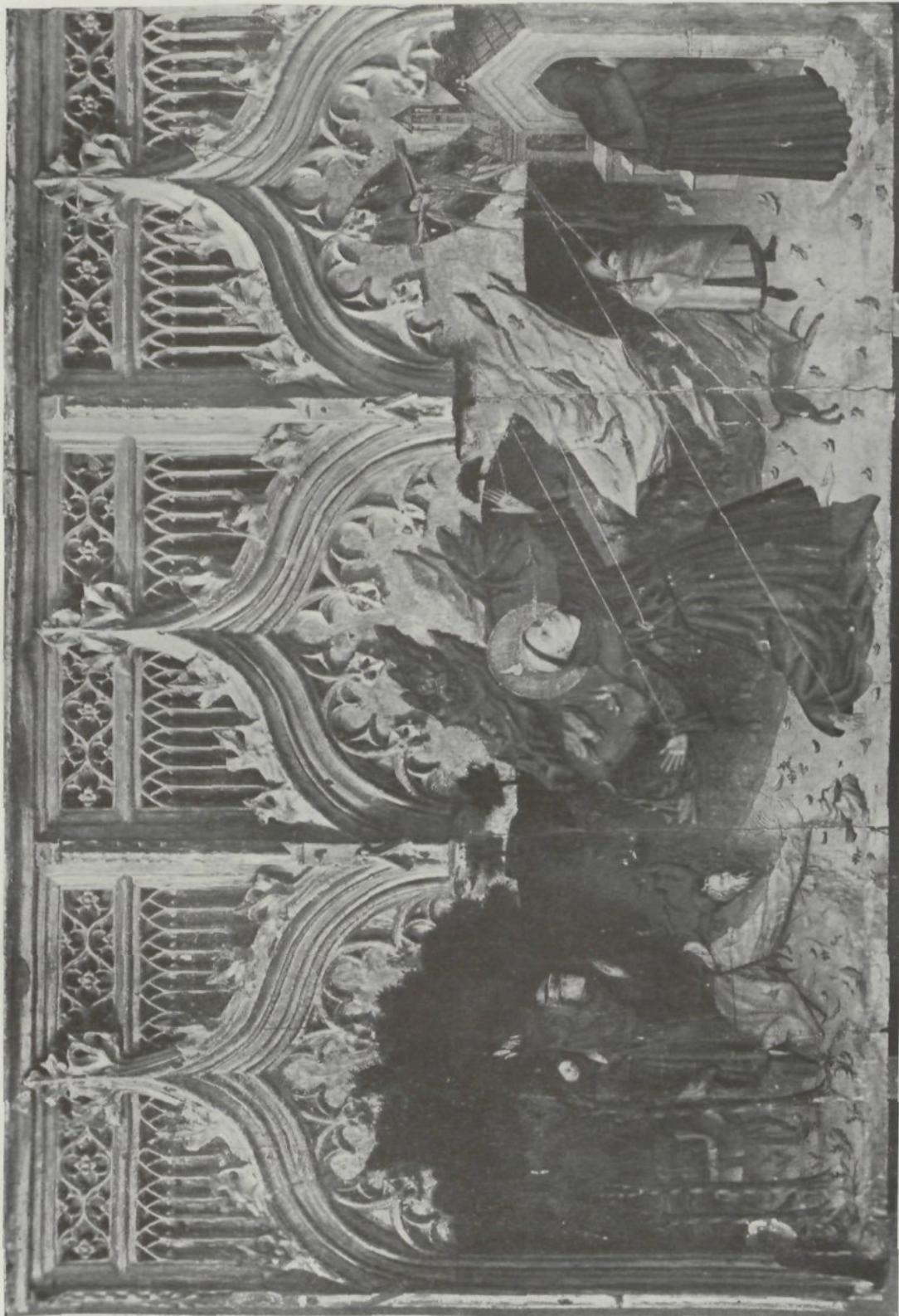
EXPOSITOR: DOÑA MARÍA BRUGUERA DE CASTILLO OLIVARES

N.º 94 DEL CATÁLOGO



CRISTO ROMÁNICO - BIZANTINO

MONJAS, SANTA JUANA (CUBAS)



EL PRODIGO DEL MONTE DE LA VERRNA

N.^o 3 DEL CATÁLOGO

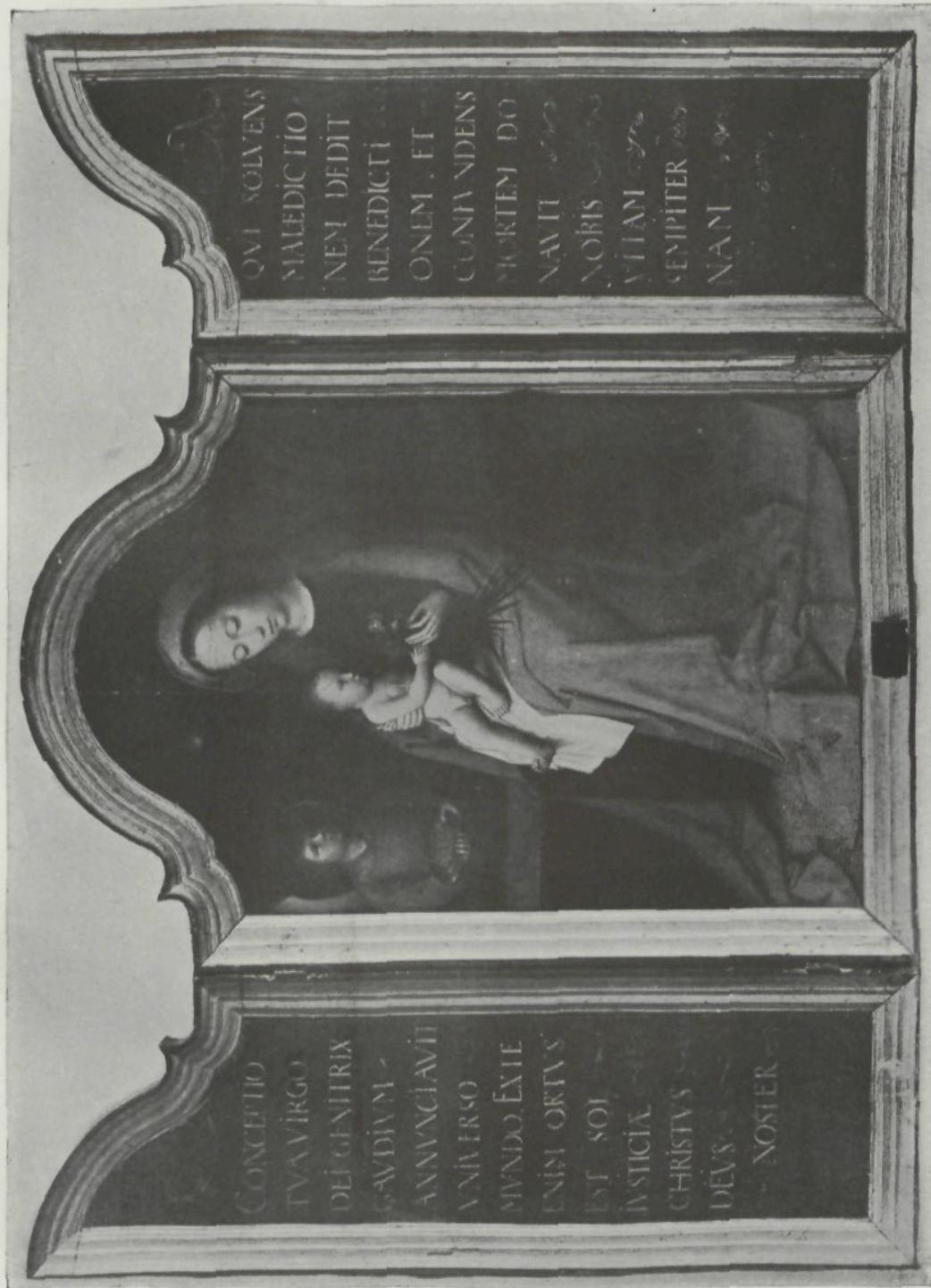


LA PIEDAD, SAN FRANCISCO Y SAN ANTONIO

N.º 4 DEL CATÁLOGO



EL SALVADOR, LA VIRGEN Y SAN JUAN



LA VIRGEN CON EL NIÑO – TRÍPTICO

EXPOSITOR:

N.^o 9 DEL CATÁLOGO



LA PIEDAD

EXPOSITOR: CONVENTO DE CAPUCHINAS DE PINTO (MADRID)

N.º 10 DEL CATÁLOGO



SAN FRANCISCO *HAMLET* CON FR. LEÓN

EXPOSITOR: COLEGIO DE LA COMPAÑÍA, EN MONFORTE (LUGO)

N.^o 11 DEL CATÁLOGO



SAN FRANCISCO EN ORACIÓN

N.º 12 DEL CATÁLOGO



SAN FRANCISCO EN ORACIÓN

EXPOSITOR: CONVENTO DE CAPUCHINAS, DE TOLEDO

N.^o 13 DEL CATÁLOGO



LA IMPRESIÓN DE LAS LLAGAS

EXPOSITOR: SEÑORES CONDES DE HEREDIA SPÍNOLA



LA ADORACIÓN DE LOS MAGOS

N.º 18 DEL CATÁLOGO



SOR JERÓNIMA DE LA FUENTE

N.º 18 DEL CATÁLOGO



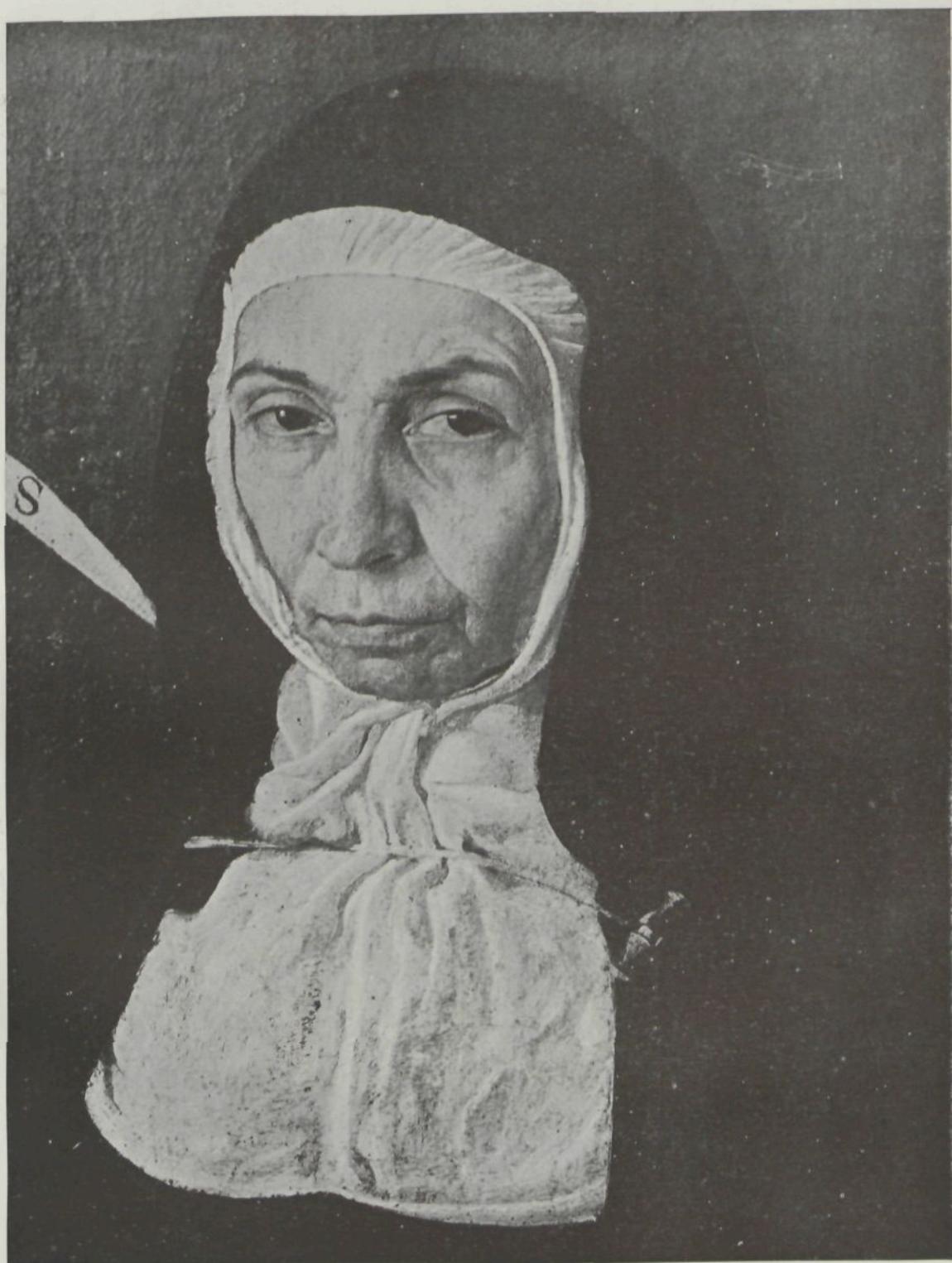
SOR JERÓNIMA DE LA FUENTE (MEDIA FIGURA)

Diego Velázquez f. 1620

Facsimil de la firma y fecha en el retrato de Sor Jerónima de la Fuente.

EXPOSITOR: CONVENTO DE SANTA ISABEL, DE TOLEDO

N.º 18 DEL CATÁLOGO

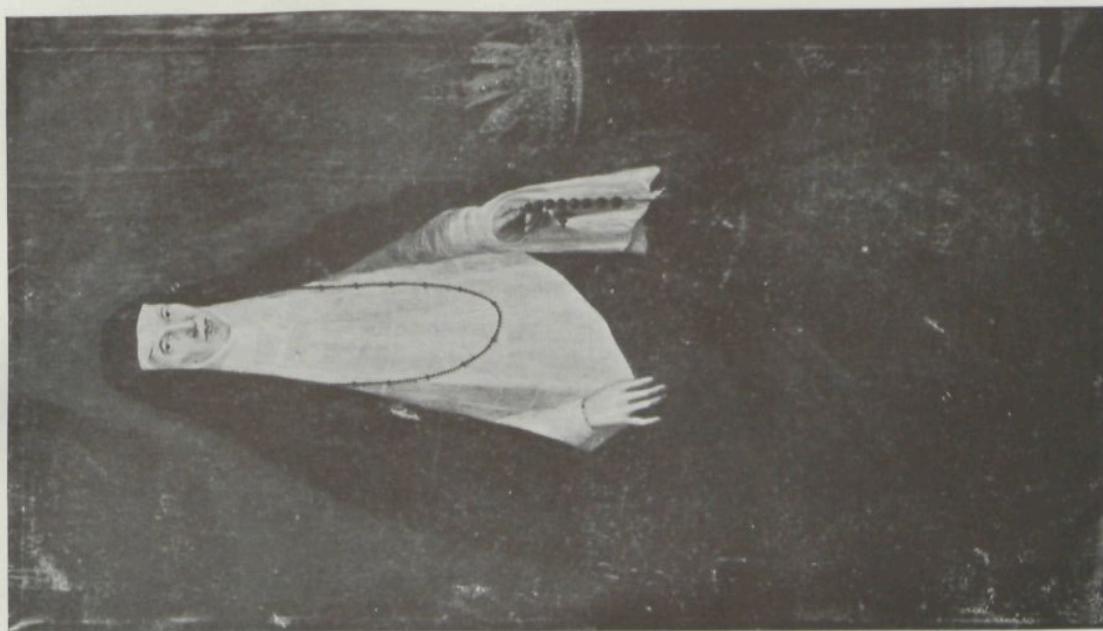


SOR JERÓNIMA DE LA FUENTE (Busto)

EXPÓSITOR: CONVENTO DE SANTA ISABEL, DE TOLEDO

LÁMINA XXXV

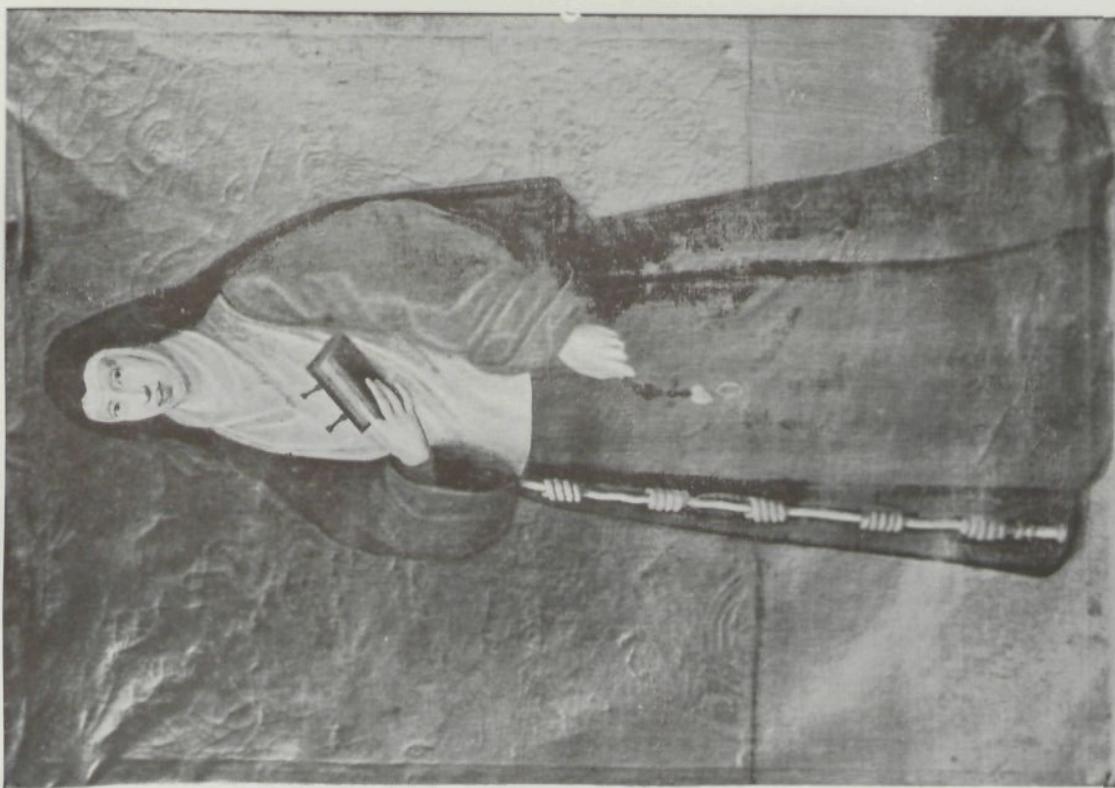
N.º 24 DEL CATÁLOGO



LA EMPATRIZ MARÍA

EXPOSITOR: MONASTERIO DE LAS DESCALZAS REALES

N.º 19 DEL CATÁLOGO



SOR MARGARITA DE LA CRUZ

EXPOSITOR: MONASTERIO DE LAS DESCALZAS REALES

N.º 21 DEL CATÁLOGO



DOÑA JUANA DE AUSTRIA

N.º 22 DEL CATÀLOGO

N.º 8 DEL CATÀLOGO



SOR MARGARITA DE LA CRUZ

EXPOSITOR: MONASTERIO DE LAS DESCALZAS REALES



EXPOSITOR: MONASTERIO DE LAS DESCALZAS REALES

N.^o 25 DEL CATÁLOGO



DOÑA ISABEL DE AUSTRIA

EXPOSITOR: MONASTERIO DE LAS DESCALZAS REALES

N.^o 26 DEL CATÁLOGO



SAN FRANCISCO RECIBIENDO LOS SIETE PRIVILEGIOS

N.º 34 DEL CATÁLOGO



SAN FRANCISCO HAMLET

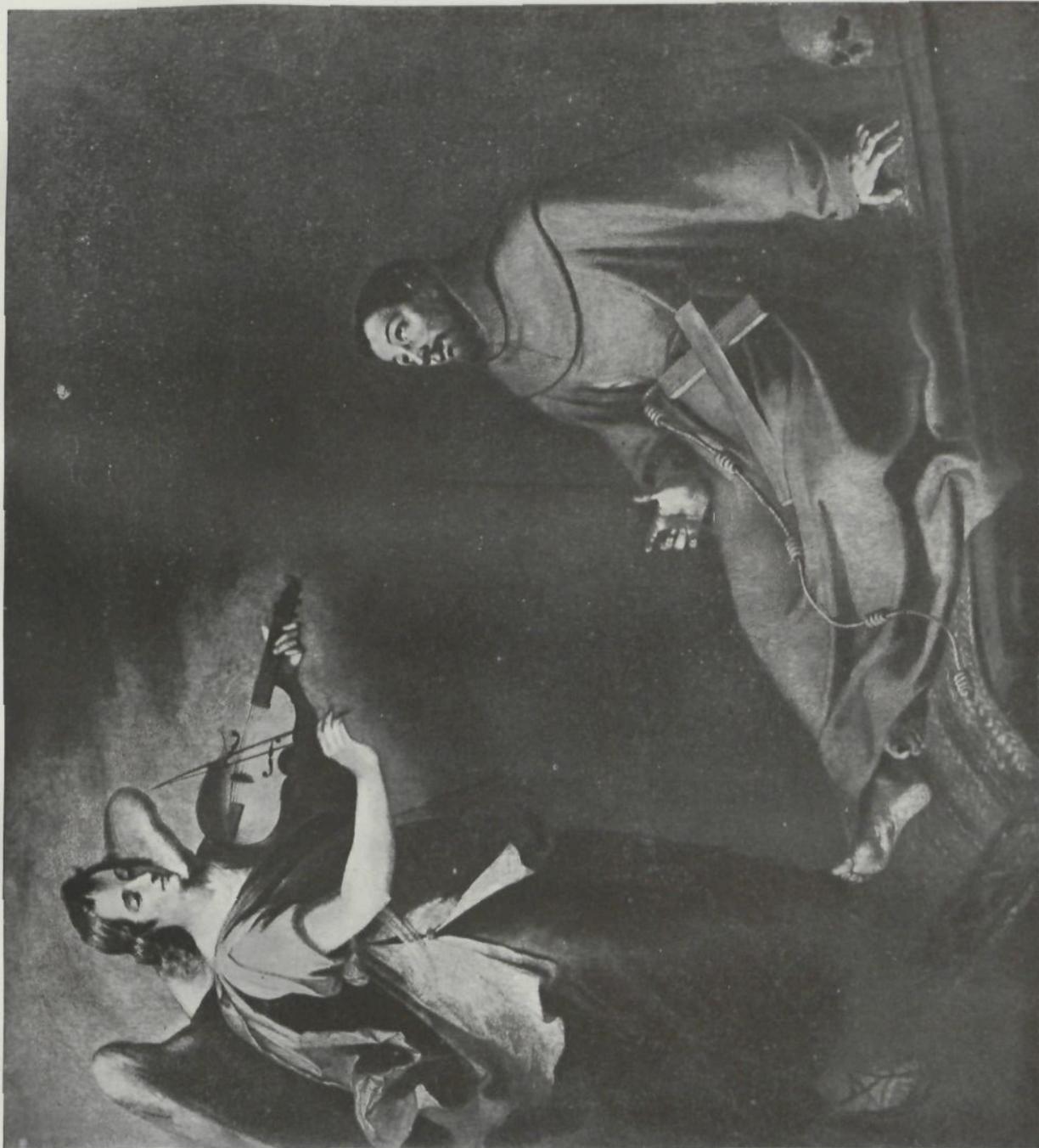
EXPOSITOR: CÓLECCIÓN BERUETE

N.º 38 DEL CATÁLOGO

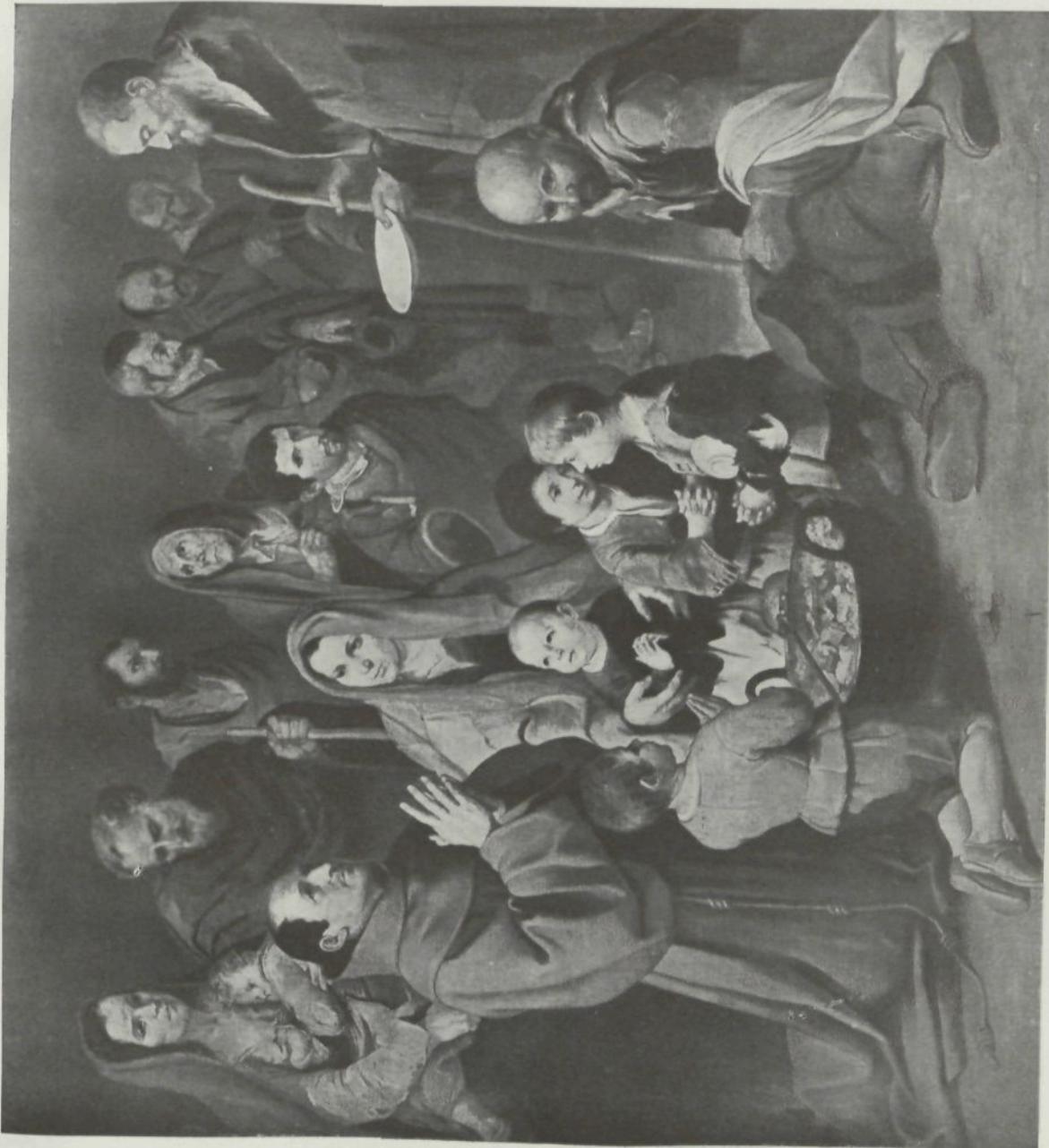


EL PRODIGIO DEL MONTE DE LA VERRNA

EXPOSITOR: HOSPITAL DE LA V. O. T.



SAN FRANCISCO CONFORTADO POR UN ÁNGEL MÚSICO
EXPOSITOR: REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO



SAN DIEGO REPARTE LA COMIDA A LOS POBRES

EXPOSITOR: REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO



DESPOSORIOS DE SANTA CATALINA



SAN FRANCISCO CONFORTADO POR UN ANGEL MÚSICO

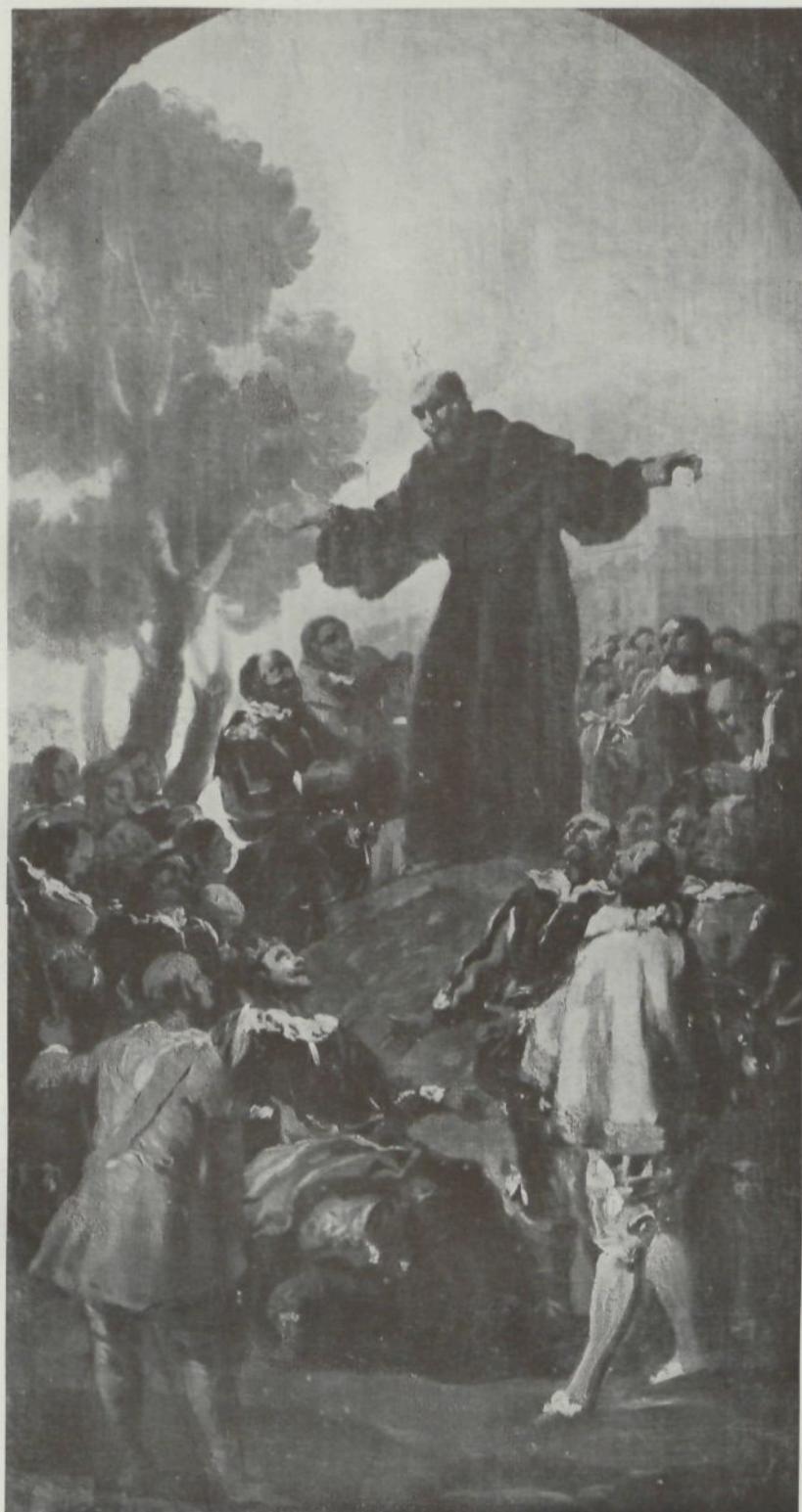
EXPOSITOR: CONVENTO DE CAPUCHINAS

N.^o 63 DEL CATÁLOGO



SAN PEDRO ALCÁNTARA

N.º 66 DEL CATÁLOGO



SAN BERNARDINO DE SIENA PREDICANDO

EXPOSITOR: SEÑORES CONDES DE TORRES ARIAS

N.º 70 DEL CATÁLOGO



SAN FRANCISCO EN ORACIÓN



LA VIRGEN SE APARECE AL SANTO



CABEZA DE SAN FRANCISCO

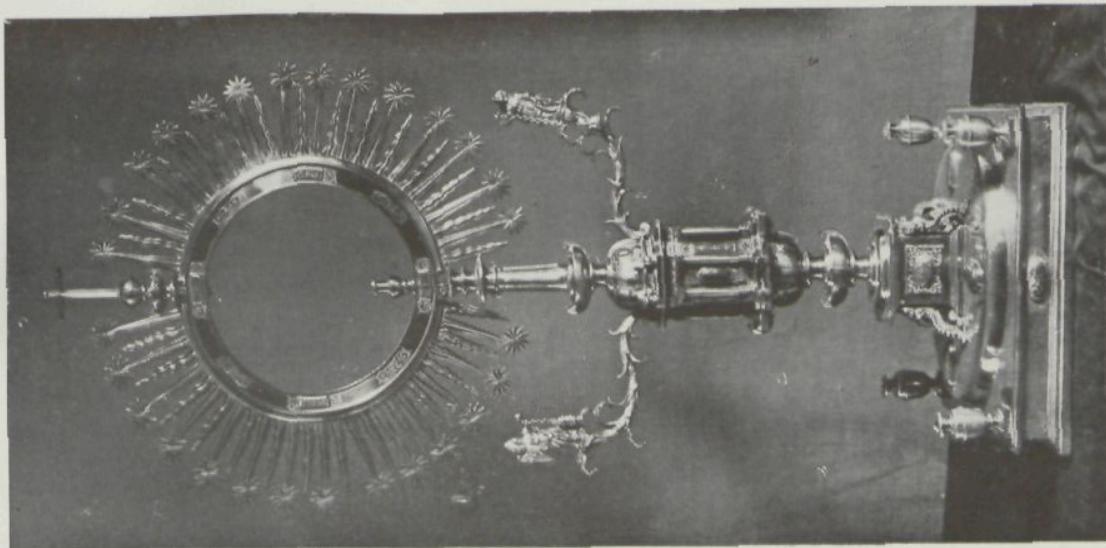


N.º 90 DEL CATALOGO

MEDIA-NARANJA DE SAN ANTONIO DE LA FLORIDA

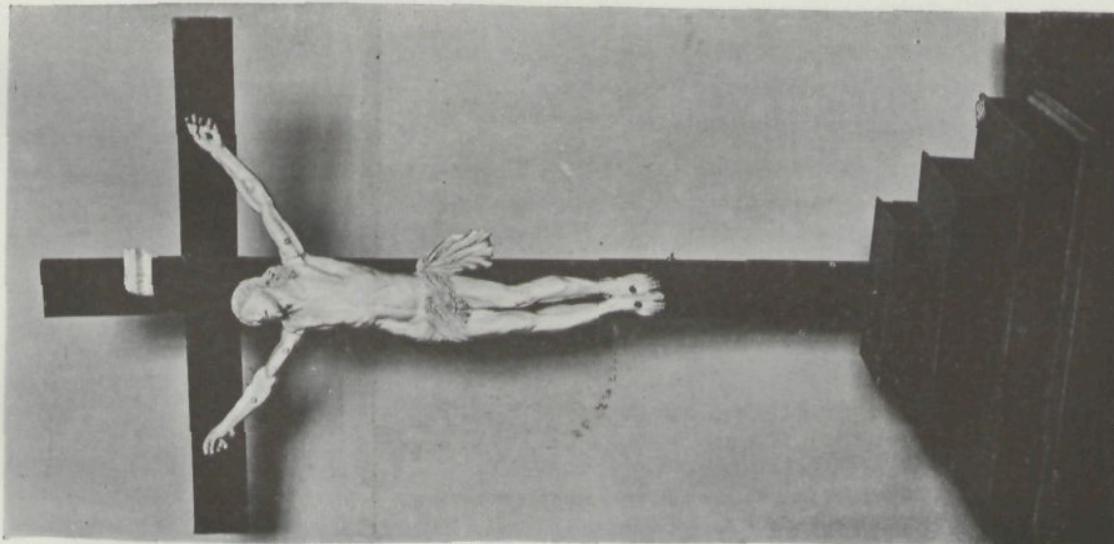


N.º 90 DEL CATALOGO



CUSTODIA DE PLATA DORADA CON ESMALTES

EXPOSITOR: CONVENTO DE SAN JUAN DE LA PENITENCIA, DE TORREJÓN



CRISTO DE MARFIL

EXPOSITOR: MONASTERIO DE LAS DESCALZAS REALES

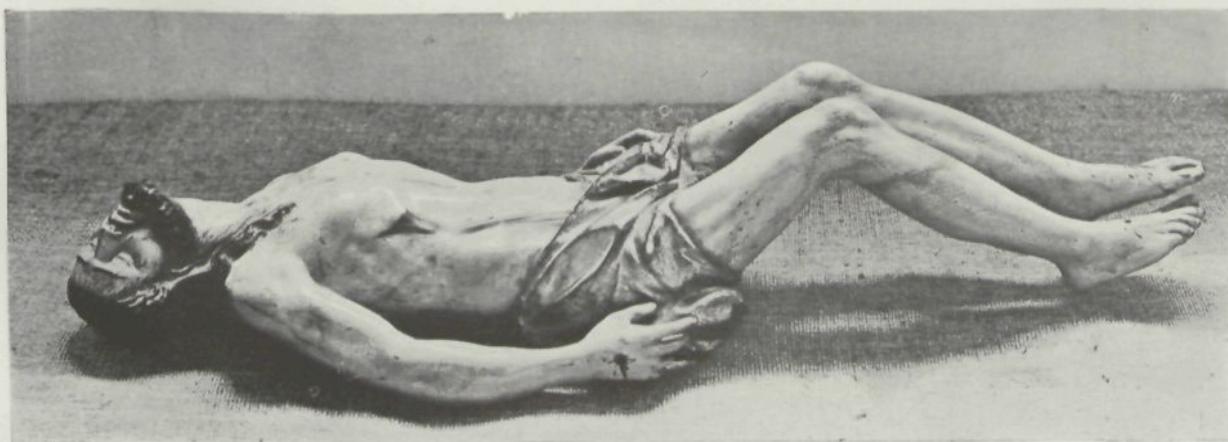
N.º 254 DEL CATÁLOGO



CRUZ QUE USABA SAN PEDRO ALCÁNTARA Y AUTÓGRAFO DEL MISMO

EXPOSITOR: CONVENTO DE FRANCISCANOS DE ARENAS DE SAN PEDRO

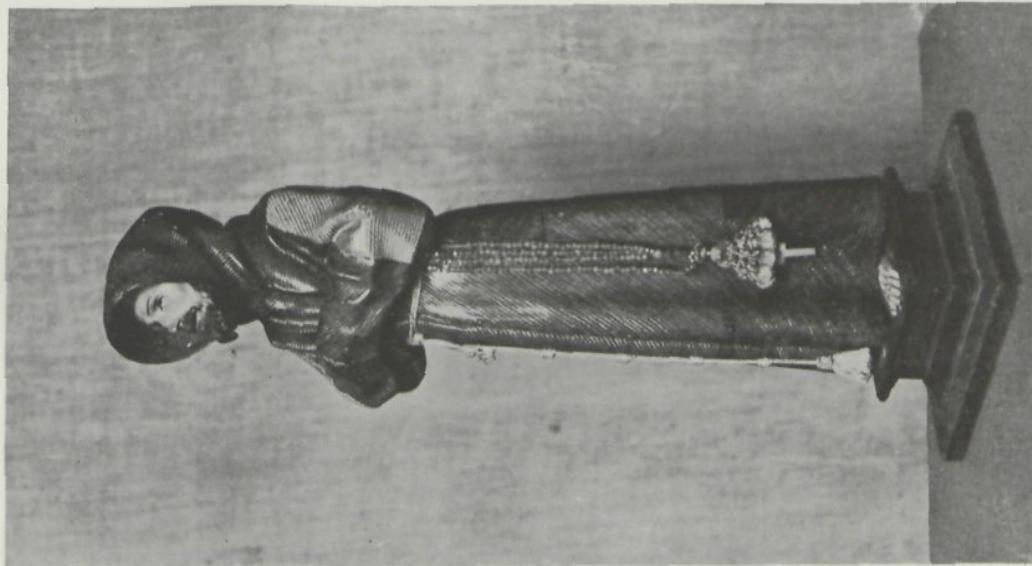
N.º 99 DEL CATÁLOGO



CRISTO YACENTE

EXPOSITOR: CONVENTO DE SANTA JUANA, DE CUBAS

N.º 103 DEL CATÁLOGO



SAN FRANCISCO EN ÉXTASIS

EXPOSITOR: CONVENTO DE CONCEPCIONISTAS (BLASCO DE GARAÑÓN)

N.º 100 DEL CATÁLOGO

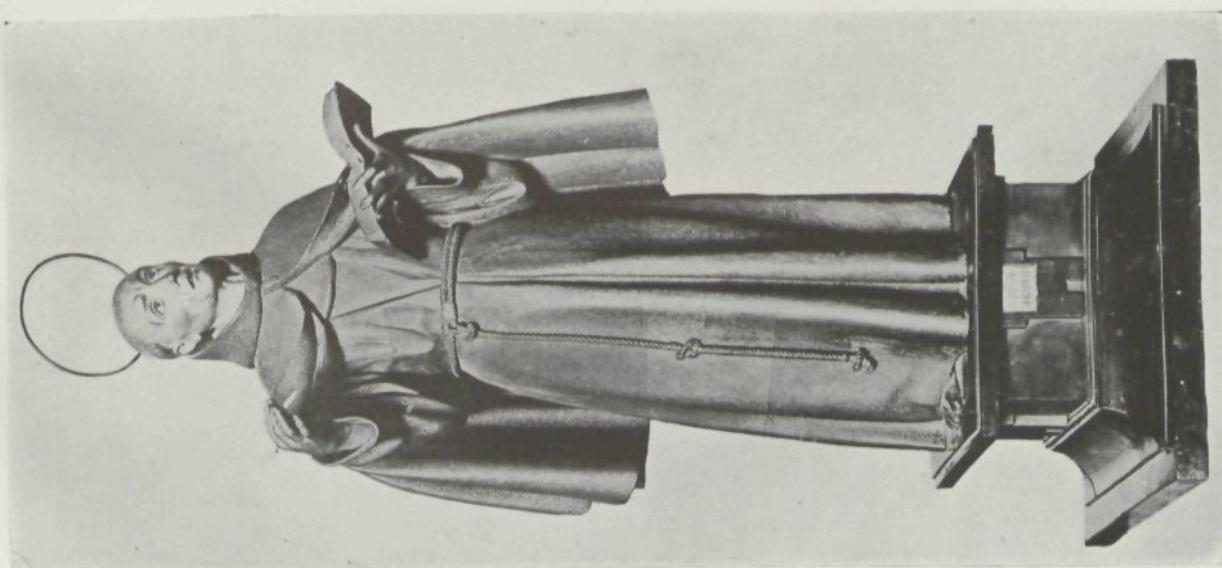


SAN FRANCISCO EN ORACIÓN

EXPOSITOR: DON JUAN LAFORA



SANTA CLARA
EXPOSITOR: MONASTERIO DE LAS DESCALZAS REALES



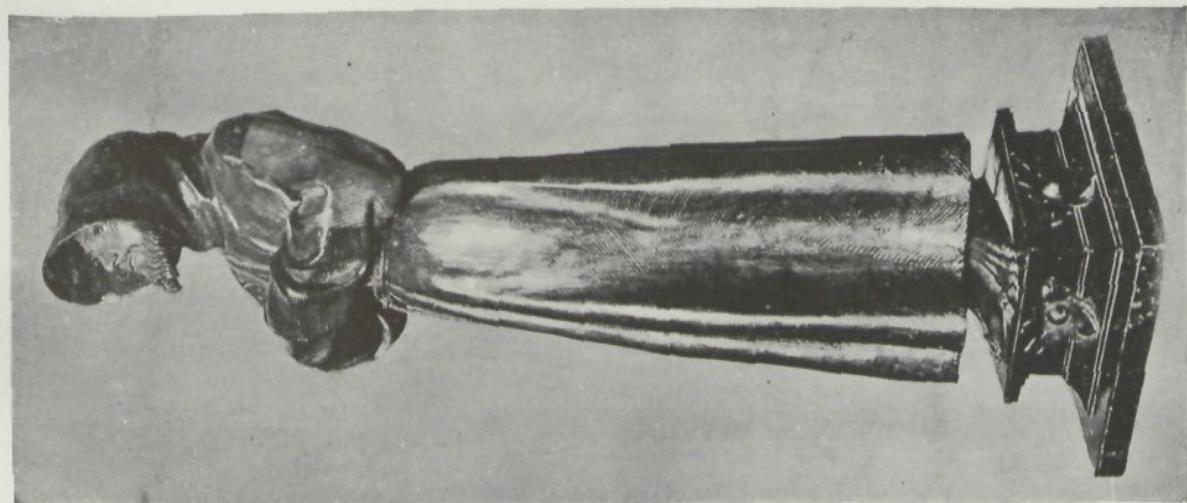
SAN PEDRO ALCÁNTARA
EXPOSITOR: COLECCIÓN BAUER

LÁMINA XI VI

N.º 78 DEL CATÁLOGO



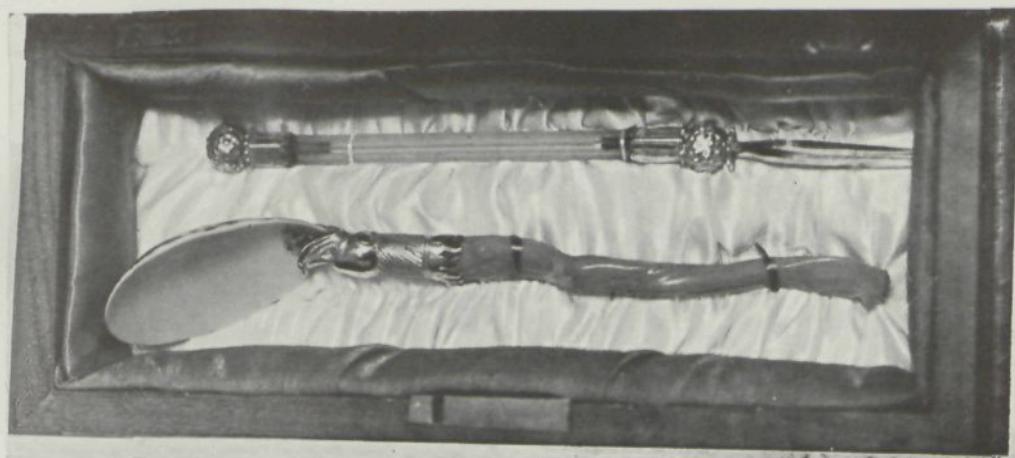
N.º 105 DEL CATÁLOGO



SAN FRANCISCO EN ÉXTASIS
EXPOSITOR: CONVENTO DE LA LATINA

SAN FRANCISCO RECIBIENDO LOS ESTIGMAS
EXPOSITOR: BIBLIOTECA NACIONAL

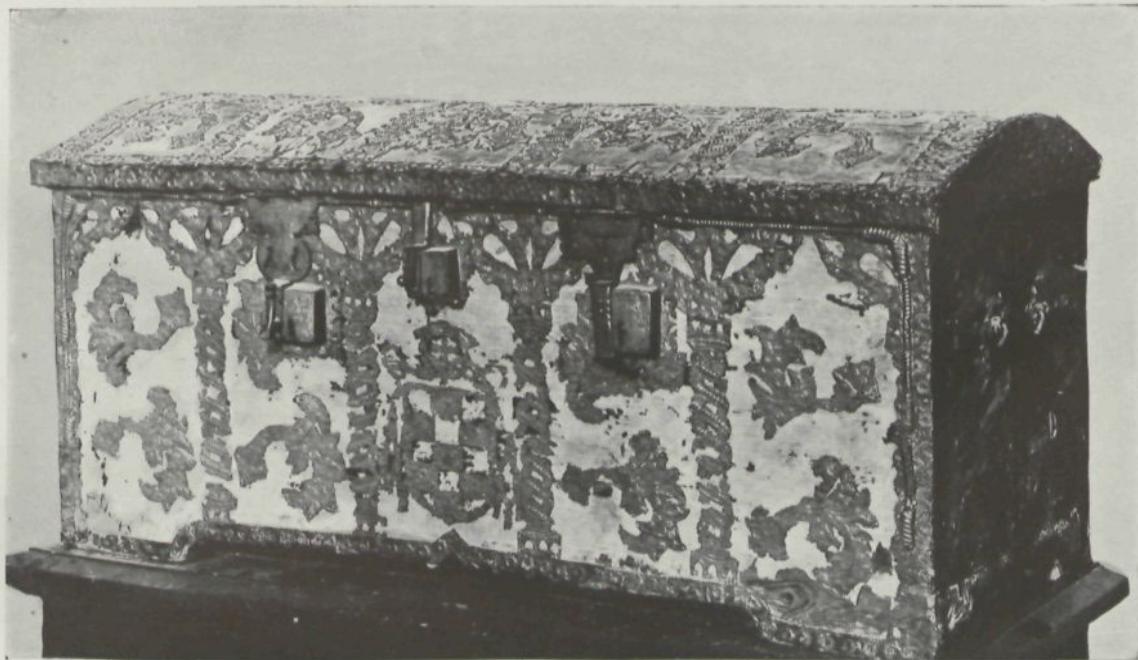
N.^o 148 DEL CATÁLOGO



CUBIERTO DEL CARDENAL CISNEROS

EXPOSITOR: CONVENTO DE SAN JUAN DE LA PENITENCIA DE TOLEDO

N.^o 229 DEL CATÁLOGO



COFRE DEL CARDENAL CISNEROS

EXPOSITOR: SEÑORA VIUDA DE LÓPEZ DE AYALA



MESA CON TABLERO DE AZULEJOS DE TALAVERA

EXPOSITOR: CONVENTO DE CAPUCHINAS, DE PINYER

N.º 166 DEL CATÁLOGO



FRONTAL ROJO

EXPOSITOR: CONVENTO DE SANTA ISABEL, DE TOLEDO

N.º 167 DEL CATÁLOGO



FRONTAL BLANCO

EXPOSITOR: MONASTERIO DE LAS DESCALZAS REALES

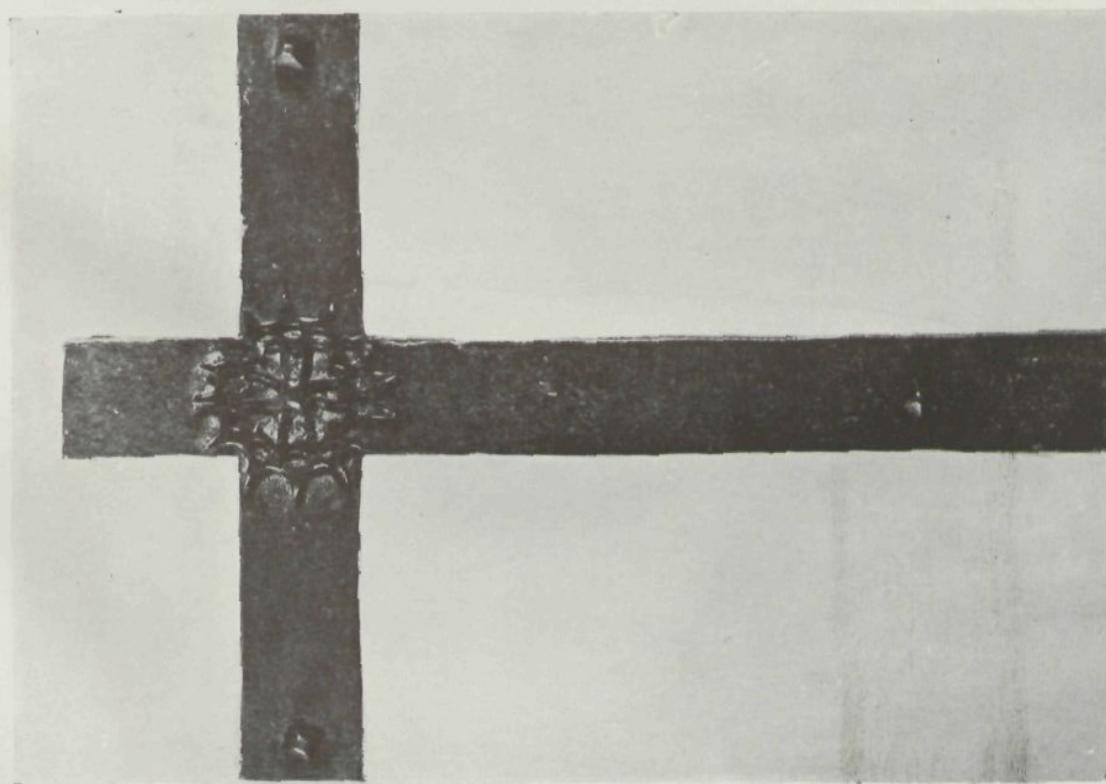
N.^o 185 DEL CATÁLOGO

LIBRO AUTÓGRAFO DE SOR MARÍA DE AGREDA



COPA CON SU PLATO REGALO DE FELIPE IV

EXPOSITOR: CONVENTO DE CONCEPCIONISTAS, DE AGREDA



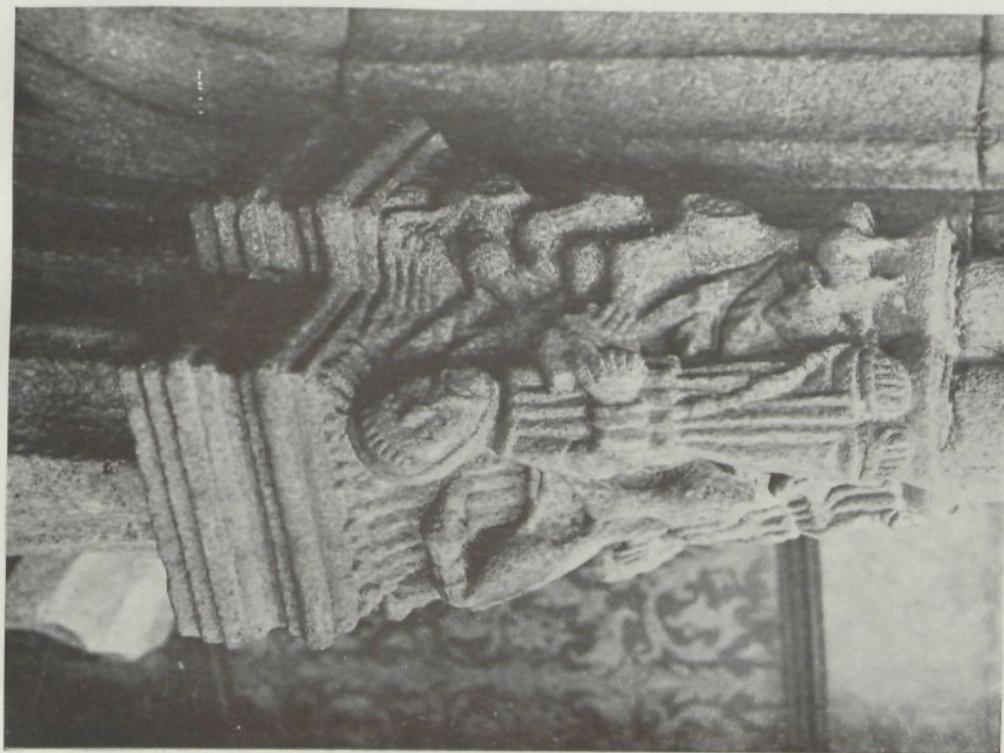
CRUZ-CILICIO DE SOR MARÍA DE AGREDA

N.º 219 DEL CATÁLOGO

N.º 228 DEL CATÁLOGO



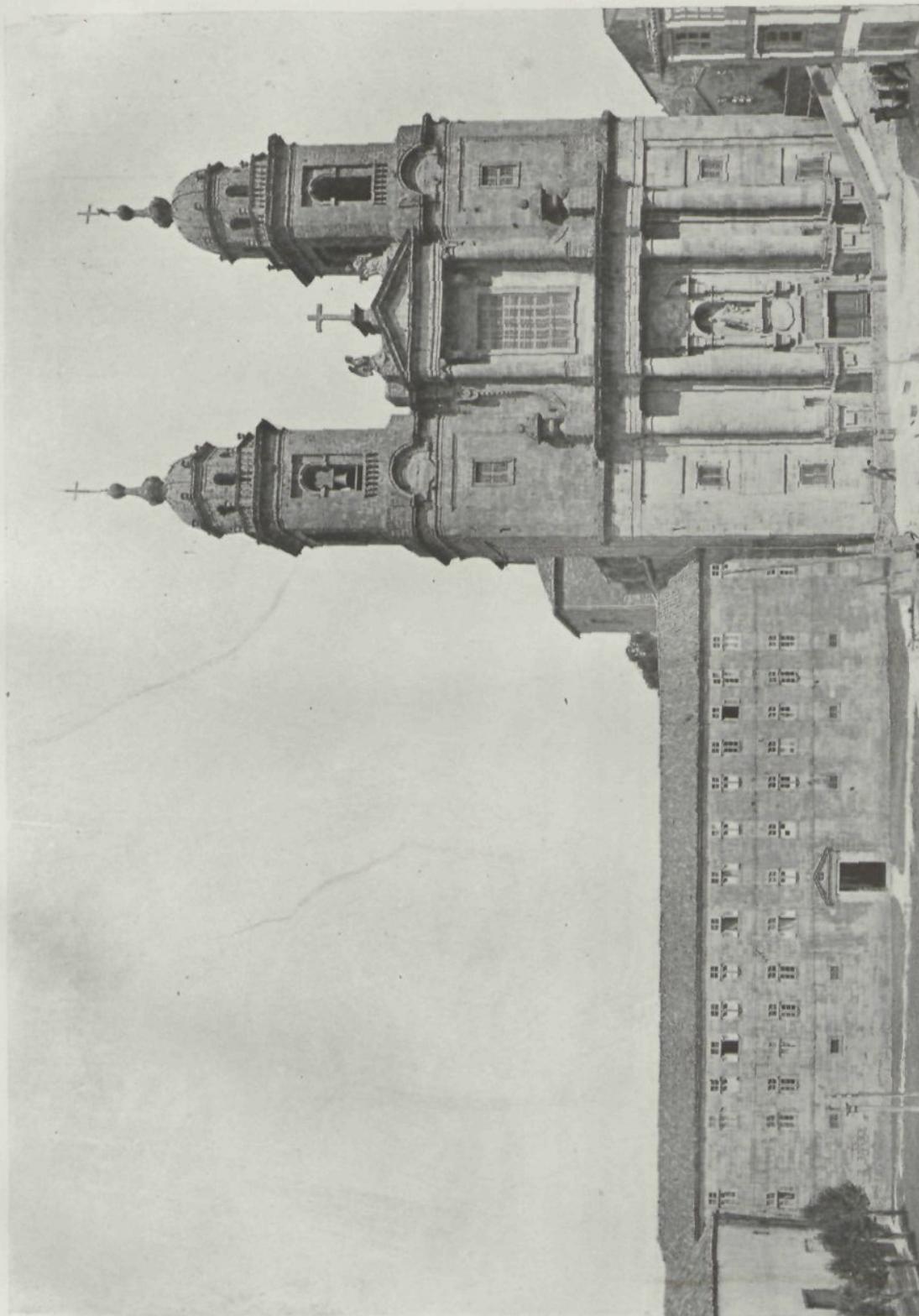
PUERTA TALLADA



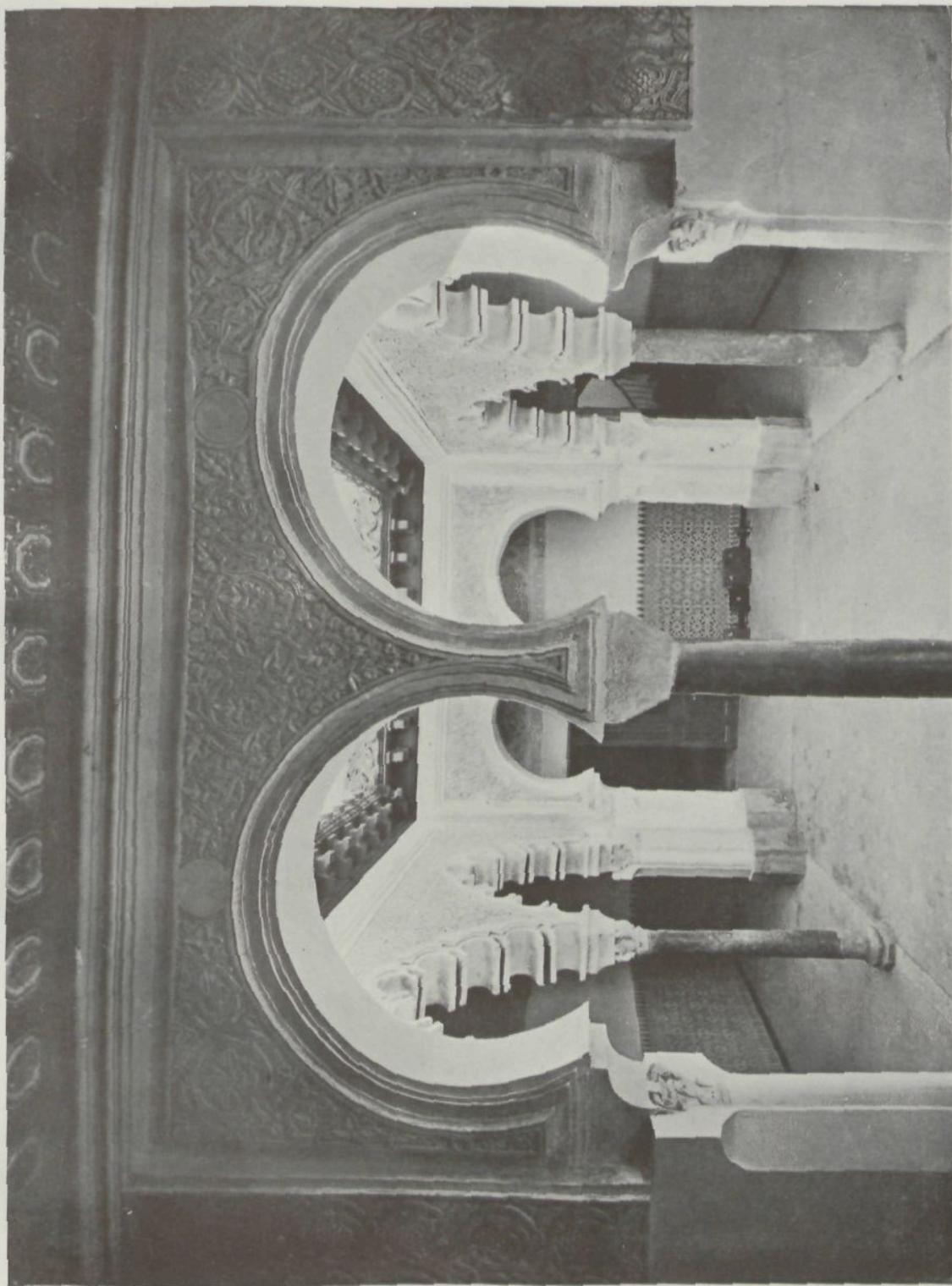
SANTIAGO — CONVENTO DE SAN FRANCISCO
CAPITEL EN LOS ARCOS DEL CLAUSTRO



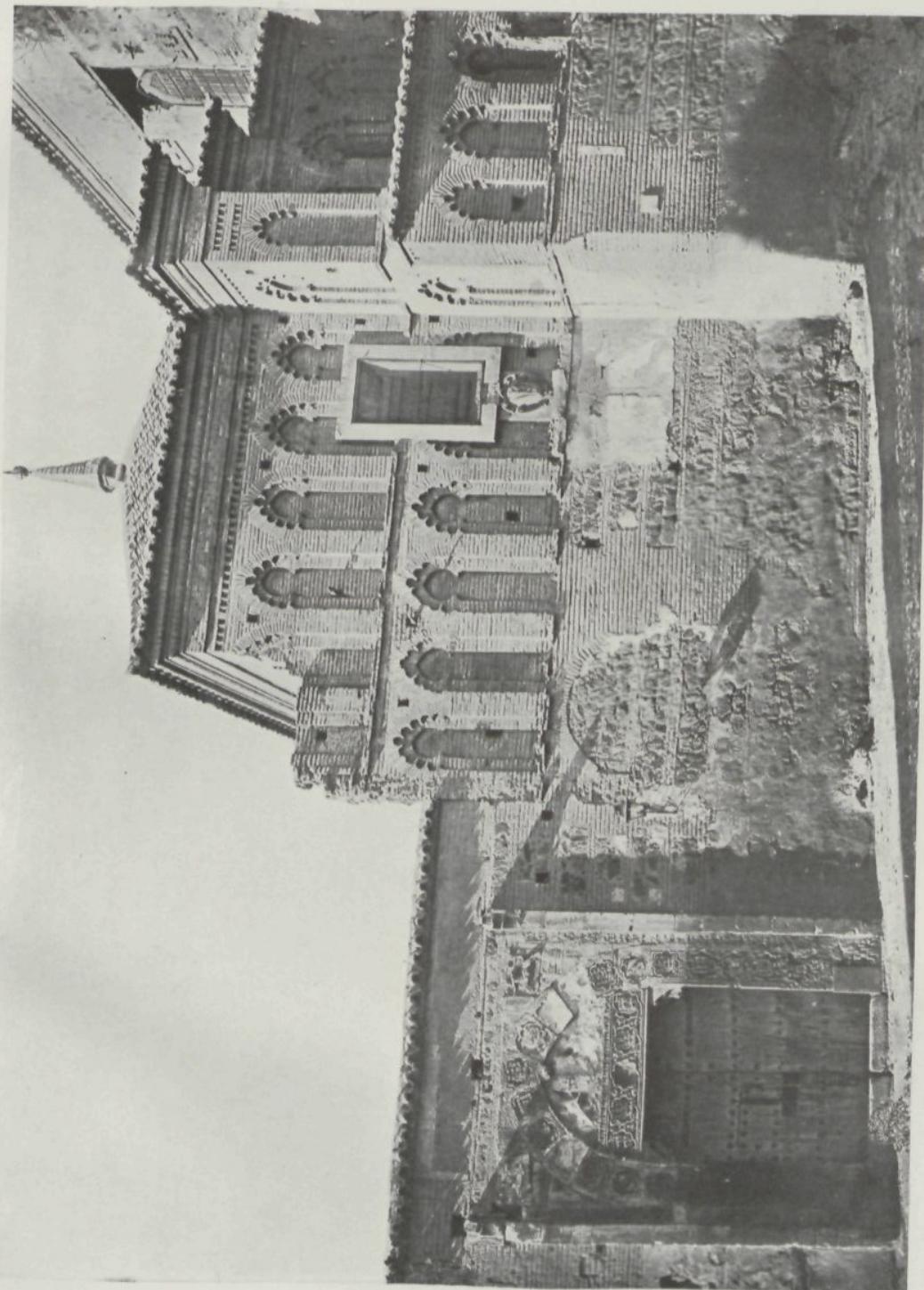
SUPUESTO RETRATO DE SAN FRANCISCO
CATEDRAL DE BURGOS



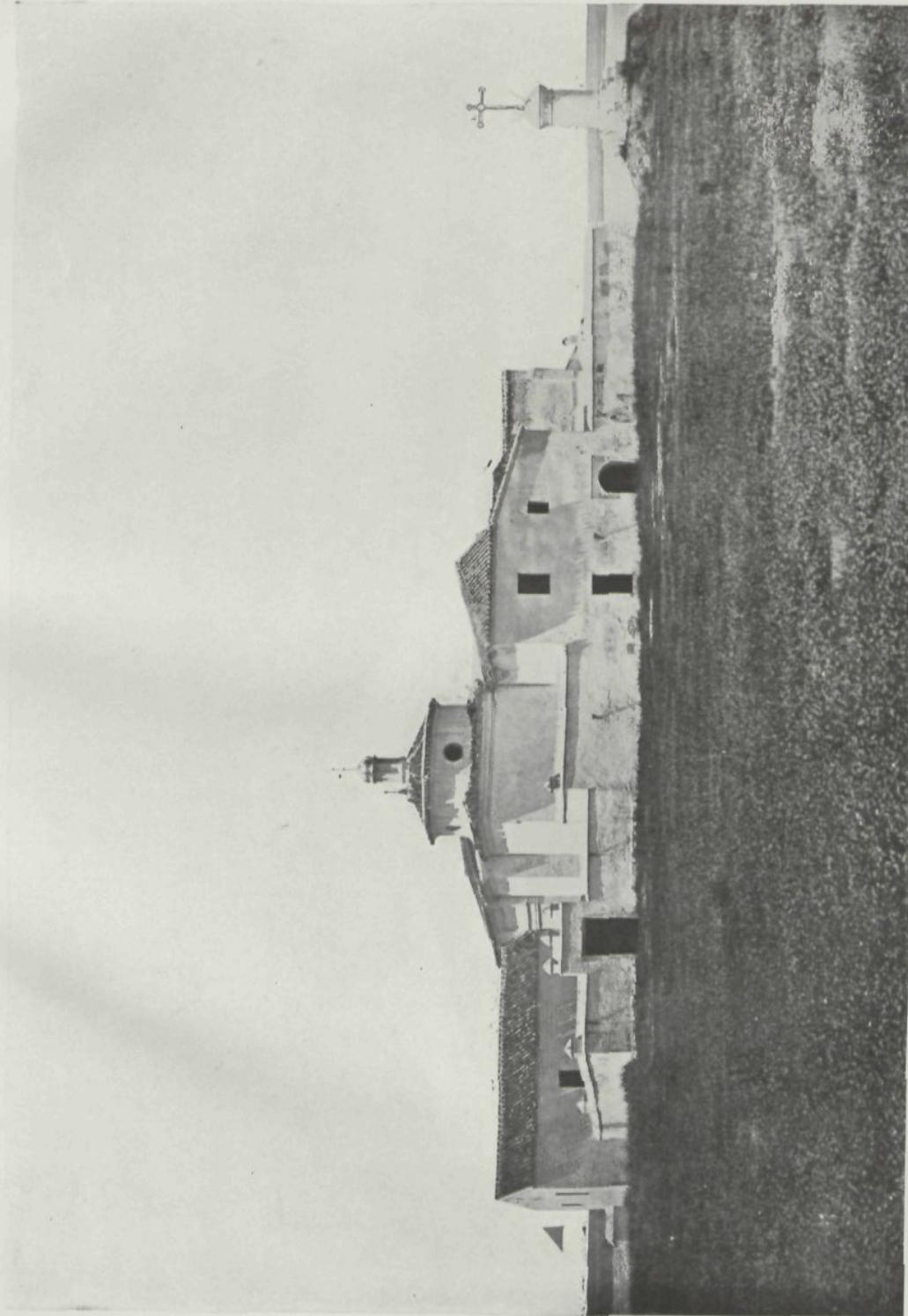
SANTIAGO — CONVENTO DE SAN FRANCISCO — VISTA GENERAL



TORDESILLAS — CONVENTO FRANCISCANO — PATIO ÁRABE



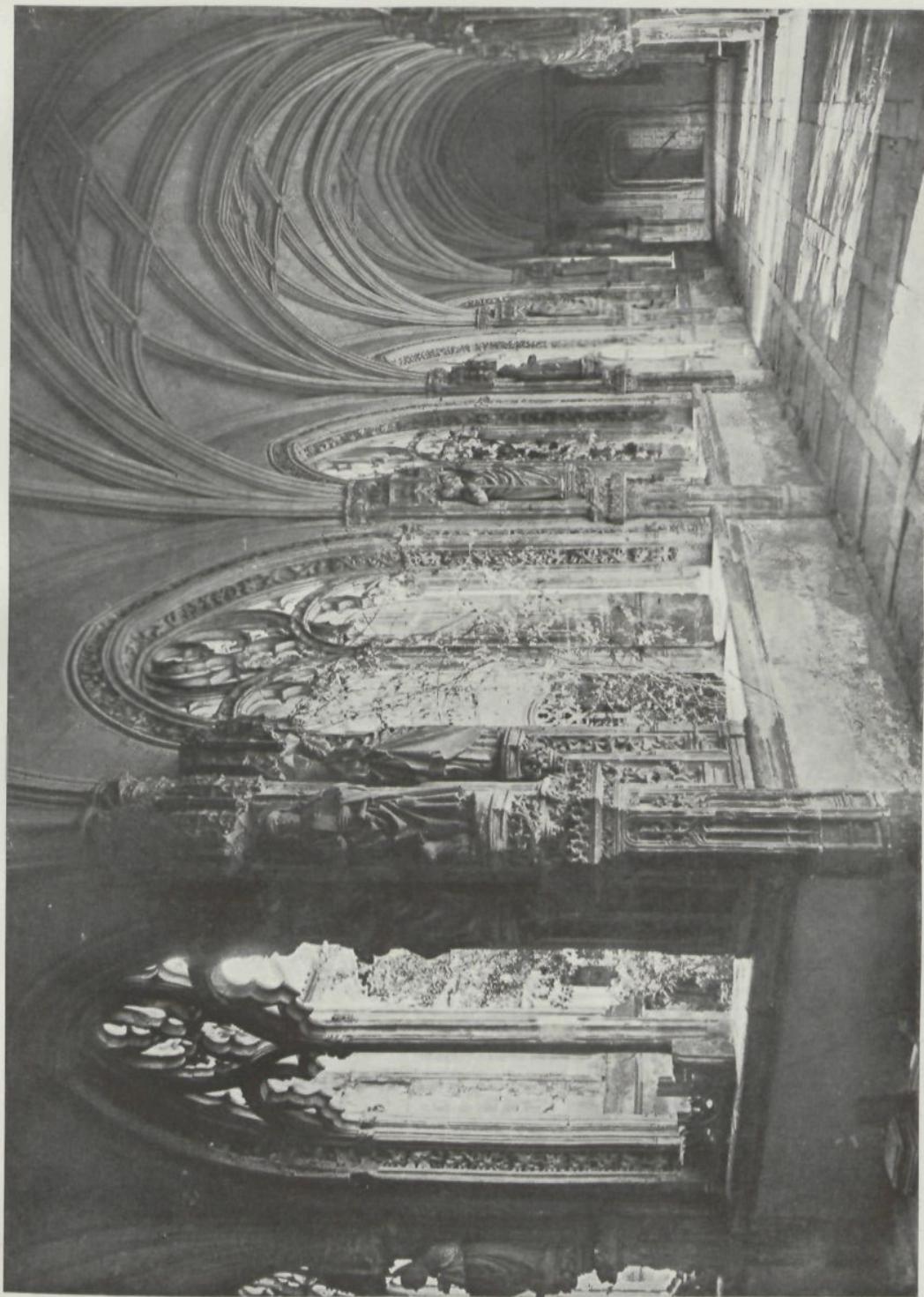
TOLEDO - PALACIO DEL REY DON PEDRO – HOY CONVENTO DE SANTA ISABEL



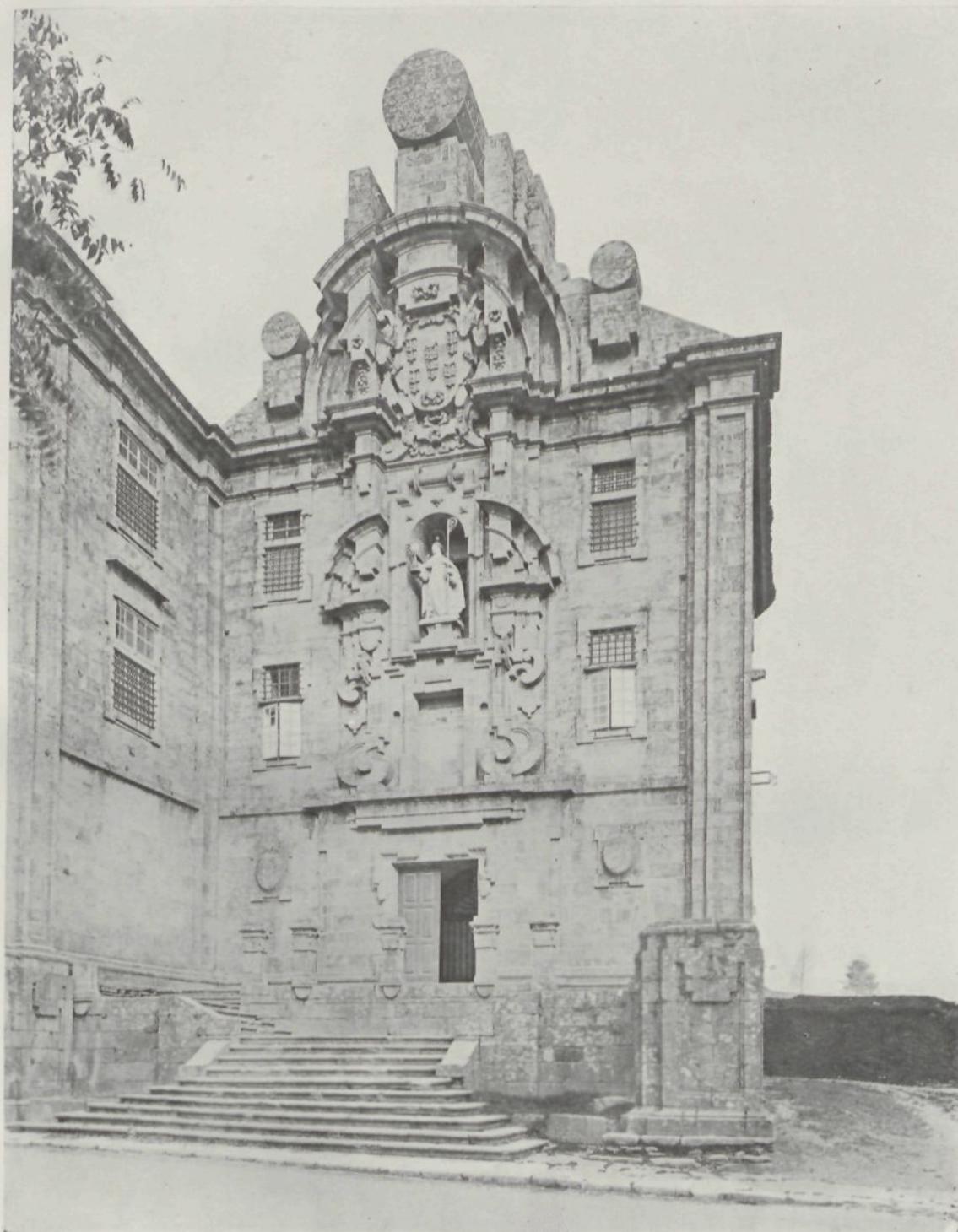
CONVENTO DE LA RÁBIDA — VISTA GENERAL



TOLEDO – SAN JUAN DE LOS REYES – ABSIDE



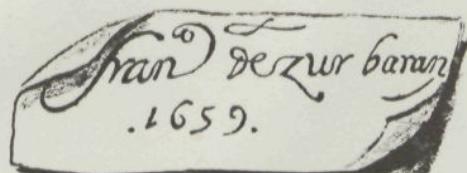
TOLEDO – SAN JUAN DE LOS REYES – ÁNGULO DEL CLAUSTRÓ



SANTIAGO DE COMPOSTELA — IGLESIA DE SANTA CLARA — FACHADA

Somnium Prodigii, X.
et doid

N.º 10 del Catálogo.



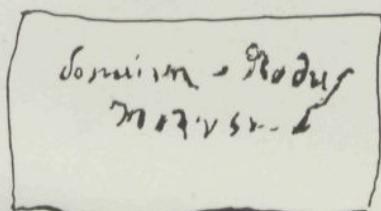
N.º 34 del Catálogo.

frān dezur Baran

N.º 32 del Catálogo.

D.º Juan Bautista Tiepolo inv. et. pinx.

N.º 63 del Catálogo.



N.º 13 del Catálogo.

N.º 17 del Catálogo.

N.º 19 del Catálogo.

Kof X Antonius nesci fac.

Jordanus
F.

N.º 49 del Catálogo.

Christophorus a Morales faciebat

N.º 42 del Catálogo.

diego Velazquez f. 1620

N.º 18 del Catálogo.

GEORGIVS FACIEBAT 1573

N.º 25 del Catálogo.

Ma. CRUZ. F.

N.º 62 del Catálogo.

Jusepe de Ribera español academico Romano
F. 1622.

N.º 27 del Catálogo.

7.047.3(Fra) Soc
4^o

R-22001



